

Biblioteca de EL LIBERAL

ADOLPHE D'ENNERY

EL PRÍNCIPE DE MORIA

VERSIÓN ESPAÑOLA DE

EL COSMOS EDITORIAL

MADRID

IMPRESA Y ESTEREOTIPIA DE «EL LIBERAL»
calle de la Almudena, núm. 2

1895

EL PRÍNCIPE DE MORIA

PRIMERA PARTE

I

Transcurría el verano del año 1865. Era una de esas oscuras y borrascosas noches del mes de Julio. Un hombre salía bruscamente de una casita situada en uno de los lados de la carretera que se extiende entre Chateaufeuf y Villete le Péage, á unos veinte kilómetros de Dreux.

Este hombre permaneció un instante inmóvil y como clavado en el suelo.

Llevaba la cabeza descubierta; su atavío parecía el de un viajero: un cinturón de cuero debajo de un paletó de elegante corte y altas polainas blancas que subían hasta las rodillas; pero el conjunto de todo este traje ofrecía el aspecto de la desesperación y del desorden.

Una vez fuera de aquella casita de apariencia modesta y casi pobre, se había detenido, presa de turbación profunda.

Después de un instante, inclinó la cabeza del lado de la puerta como para escuchar.

Ni el más ligero ruido llegó hasta él.

—¡Ya es dichosa! ¡Ya no sufre!

Estas palabras, articuladas apenas, fueron pronunciadas por el desconocido al mismo tiempo que dirigía al cielo una mirada de desesperación y de cólera.

Luego, de repente, y como movido por un impulso de resolución enérgica, atravesó con paso rápido el camino, á cuyo lado se alzaba la casita, dirigiéndose, en línea recta y á través de los campos, hacia un punto que sus ojos, siempre fijos, parecían distinguir en las tinieblas.

Aquel hombre caminaba con el paso inconsciente pero seguro de un sonámbulo.

Con la cabeza hacia adelante, como un jabalí, atravesaba las espesas breñas de los cercados que se oponían á su carrera.

A cada paso la sangre coloreaba su cutis, y mil girones de sus vestidos quedaban entre las zarzas;

pero el desconocido, sin lanzar una queja, caminaba siempre.

De esta suerte llegó á una profunda caverna, cuya entrada obstruían piedras y malezas, y en cuyo fondo se oía el ruido de una cascada, cuyas aguas corrían á precipitarse en el Euro.

Pero el abismo no detuvo su marcha; sin desviarse ni una sola línea del camino, que parecía haberse trazado; apoyando los pies en las piedras salientes y aferrándose con las manos á los arbutos y á los espinos que rasgaban su piel, descendió al torrente, y atravesándole, subió á la opuesta orilla, sin que hubiese dejado de seguir ni por un solo instante el sendero que le trazaba un misterioso impulso.

Cuando estuvo al otro lado, su mirada era más fija, su respiración más agitada; sacudió violentamente la cabeza y cruzó los brazos sobre su pecho, que la precipitación de la carrera levantaba con angustia.

Lo que tenía ante su vista era la silueta de un castillo, cuyos contornos apenas se vislumbraban en la densa obscuridad.

Al verlo, el hombre cayó al pie de una encina, presa de convulsión horrible.

Mordía la tierra con los dientes; golpeábase la cabeza contra el tronco de la encina, y sus ensangrentados cabellos, en el más completo desorden, cubrían su rostro.

Roncos sonidos se escapaban de sus labios; profundos sollozos lastimaban su garganta; pero ni una sola lágrima humedeció sus párpados.

Por último, agotadas sus fuerzas, cayó como una masa inerte; una especie de parálisis parecía haberse apoderado de todos sus miembros, habiendo perdido su mirada su primitivo brillo.

Después de largo rato levantó la cabeza; una inquietud extraña se retrataba en sus facciones.

El desconocido se pasó la mano por la frente como para traer á su memoria algún recuerdo.

Luego hizo un esfuerzo para levantarse; pero pareció vacilar sobre el camino que había de seguir, sobre el objeto que deseaba alcanzar.

De repente, un relámpago formidable rasgó las nubes, iluminó el horizonte, y la casa de elevados muros apareció blanca en medio de las tinieblas de la noche.

El hombre lanza un grito terrible; extiende los

brazos con ademán amena ador hacia el castillo, y continúa su camino.

Algunos minutos más tarde se encontraba frente á frente de un foso, á cuya opuesta orilla se elevaba un muro cubierto de hiedra.

De un salto franquea el foso, y luego escala el muro.

Ya en el parque, corre hasta las gradas, en cuyo último término se ve una puerta de encina de dos hojas.

Esta puerta está cerrada con llave.

Una triste sonrisa se dibuja en los labios del desconocido, que busca en uno de sus bolsillos un manojito de esas finas llaves modernas que parecen j gúetés de acero.

Dos segundos después, la puerta estaba abierta.

Entonces atraviesa una larga serie de salones cerrados por pesados portieres.

Ninguna luz le guía; pero la noche no tiene tinieblas para él.

Los muebles, cual servidores familiares, parecen separarse de su camino, y los pesados portieres levántanse á su paso.

Al fin llega á una puerta, cuyo botón de cristal aprieta, y penetra en un elegante *boudoir*.

El bramido del trueno no llega hasta allí sino como un gemido lejano.

En aquella habitación se respira una atmósfera saturada de vagos perfumes.

Detrás de una cortina de terciopelo se adivina la aloba.

El hombre permanece un instante inmóvil, como clavado en el suelo.

Un sudor helado inunda su frente, y una sonrisa siniestra dilata su boca; con un brusco movimiento saca de su pecho un ancho y fuerte puñal con mango de cuerno, y franquea el espacio que le separa de la alcoba.

Esta se halla suavemente iluminada por una lámpara suspendida del techo y envuelta en un globo de ópalo.

Es espaciosa y está adornada con un lujo en el cual la corrección más discreta se armoniza con los más femeniles caprichos.

El lecho ocupa el fondo y las cortinas están levantadas, á fin de que el aire circule más libremente.

El que acaba de entrar avanza algunos pasos hacia la cama, donde duerme una mujer, á quien el zumbido del trueno no ha podido despertar.

Sus cabellos destrenzados ocultan su frente, pero permiten adivinar que su dueña es mujer de rara belleza.

El hombre, al verla, hace gesto de un implacable odio, y se adelanta hacia el lecho con el paso silencioso y rápido de un tigre, pronto á lanzarse sobre su presa.

De repente de repente, y una fuerza sobrehumana parece suspender en él la acción de la voluntad. Ya no mira á la mujer: la contempla; es, en efecto, adorablemente bella.

El desconocido no es ya el hombre feroz de antes, y con la mano que le queda libre contiene los desordenados latidos de su corazón.

De repente, sus facciones, que se habían dilatado, recobran su primitiva rigidez; su mirada acaba de fijarse con horror en el fondo obscuro del lecho, y, en la sombra, distingue los vagos contornos de otra cabeza.

El hombre ahoga una carcajada, y veloz como un relámpago, su brazo se levanta... la mano armada del puñal.

Iba á descargar el golpe, cuando un trueno, más formidable aún que los anteriores, hizo estremecer al castillo hasta en sus cimientos.

En este instante la cabeza vislumbrada en la obscuridad por el desconocido se había levantado y acababa de entrar en el círculo luminoso proyectado por la lámpara.

Era una linda cabeza de niña, rubia y despeinada, con sus grandes ojos desmesuradamente abiertos, ojos de serafín, azules como el cielo y límpidos como el éter.

La mano de la niña se posó en la desnuda espalda de la joven.

Durante algunos segundos la niña contempló asustada al que terrible y amenazador se alzaba delante de ella; luego, una sonrisa angelical entreabrió sus labios, un ligero suspiro levantó su pecho, y extendiendo la mano hacia aquel hombre, con voz dulce y misteriosa exclamó:

—¡Papá!

Al oír esta voz, el desconocido dejó caer el puñal, y extendió el brazo como si hubiera querido apoderarse de la niña; pero era preciso tocar aquella cama, inclinarse sobre el cuerpo de aquella mujer, afrontar quizá el voluptuoso aliento de su boca.

El hombre, horrorizado ante este pensamiento, retrocedió bruscamente.

La niña había inclinado lentamente su rubia cabeza como un pájaro que se duerme, y poco á poco la había dejado caer sobre la almohada.

El, con mano febril, oprimía su frente.

Lo que torturaba su cerebro era, sin duda, más espantoso que el delirio de la agonía.

Sus piernas vacilaron como las de un hombre herido en el corazón; agitó los brazos en el vacío y sus facciones se descompusieron tan profundamente, que un segundo después no se parecía en nada á él mismo.

Por un movimiento maquinal había franqueado la puerta, atravesando de nuevo los salones desiertos y las escaleras solitarias.

Pocos minutos más tarde se hallaba en el campo, caminando como en sueños y murmurando palabras confusas, que ni él mismo parecía comprender.

Este hombre siniestro, este vagabundo cubierto de barro, este miserable cuya razón acababa de extinguirse, que caminaba errante y sin objeto, era uno de los personajes más nobles y más ricos de aquella época.

Era el PRÍNCIPE DE MORIA.

II

Tres años antes de esta misteriosa noche, la señorita Honorina, la célebre modista, la ilustre soberana de la moda, retirada en su elegante *boudoir*, meditaba profundamente la confección de un traje de paseo que le había encargado la vispera una embajadora, la más brillante y la más excéntrica de las mujeres del gran mundo, cuando Adelaida Ribot, su primera oficiala, entreabrió suavemente la puerta.

—¿Qué ocurre?—dijo con brusco acento la ilustre modista.

—Perdonad; pero acaba de llegar una joven que insiste de tal modo en que la recibáis...

—¡Imposible; hoy no recibo á nadie!

—Eso mismo he dicho ya á varias clientes que se han presentado; pero ésta muestra desde hace un cuarto de hora tal obstinación...

—¿Y so pretexto de qué quiere ser recibida?

—Dice que se trata de un asunto de gran importancia para vos y para ella.

—Lo mismo dicen todas... ¿Es joven?

—De dieciocho á diecinueve años.

—¿De aspecto?...

—Modesto.

—Estas interrupciones son insoportables; he aquí completamente perdido el hilo de mis pensamientos. A propósito; haced preparar un encajonado de tafetán verde claro con puntilla de Valenciennes, para adorno de una saya verde oscuro.

—¿Y la joven?

—Que pase. Puedo dedicarle diez minutos, tiempo que os concedo para que me traigáis el encajonado.

La señorita Ribot se inclinó, y volviéndose hacia la puerta, gritó:

—La señora consiente en recibiros.

A estas palabras dejóse oír el roce de un vestido, y un instante después apareció una joven en el dintel, donde se detuvo modestamente, inclinada la cabeza, hasta que Honorina se dignó hacerle señal de que se acercase.

La señorita Ribot desapareció, volviendo á cerrar la puerta.

—Y bien; ¿qué tenéis que decirme? Ya os escuchó.

Y diciendo esto, Honorina, fijando los ojos en la recién llegada, se había quedado estupefacta.

Era ésta, en efecto, una criatura encantadora; jamás cuerpo más elegante ni talle más perfecto; jamás, en fin, más juventud unida á tanta gracia había pasado por aquel *boudoir*, que, sin embargo, había visto á cuantas reinas de la hermosura encierra París.

La joven, como ya hemos dicho, continuaba de pie en una actitud que revelaba cierta timidez; pero los relámpagos que despedían sus negros ojos y su burlona sonrisa desmentían la modesta de su continente.

La impresión sentida por la célebre modista fué

tan viva, que tras un corto silencio, con dulzura no muy habitual en ella, añadió señalando á una butaca:

—Sentáos, hija mía, y decidme lo que aquí os trae. ¿Os infundo acaso miedo?

—¡Oh, no, señora! ¡Sé que sois tan buena!... Por otra parte, ¡el genio es siempre tan bondadoso!...

Estas palabras, que habrían podido pasar por lisonja, fueron recibidas por Honorina como una caricia.

—¿Tenéis que pedirme algún favor? Sentáos y quitáos ese sombrerito, que es encantador; pero cuyo velo me oculta esos rubios cabellos, que deben ser adorables. Así está bien. Sois extraordinariamente bella.

—¿Lo creéis así?

—Quizá no soy la primera persona que os lo dice.

—No, sin duda; pero la opinión de los demás está muy lejos de valer, á mis ojos, lo que la de la señorita Honorina.

Honorina sonrió de nuevo; pensó que el alma de la joven igualaba, por lo menos, á su hermosura, y añadió con la mayor amabilidad:

—Veamos, hablad; ¿qué venís á pedirme?...

¿Trabajo? ¿Queréis entrar en mis talleres? Creo que podríais ayudarme á realizar una idea que tengo desde hace largo tiempo. Estoy cansada de ensayar en maniquis los mil caprichos que surgen en mi cerebro.

Necesito un maniquí viviente, cuyos ojos hablen y cuyos labios se entreabran con sonrisas de felicidad y coquetería. Vos lo seréis; vuestra juventud y vuestra gracia me inspirarán mejor que esas insípidas muñecas. Está, pues, convenido. Por otra parte, cualquier vestido ha de sentaros á las mil maravillas.

—Os agradezco, señorita, el ofrecimiento que acabáis de hacerme. ¡Juzgarme incapaz de deslucir vuestras obras maestras, esos adorables modelos de gusto y elegancia!

—¡Deslucir!... ¡Hermosa como sois! Al contrario, las daréis más valor.

—¿Habláis seriamente?

—Muy seriamente.

—Permitidme tomar nota para recordároslo en su día.

—¿Luego aceptáis?

—No, señora. Os engañáis al creer que yo quiero consagrar mi vida á un trabajo modesto y cotidiano. No me presento á vos en calidad de oficiala, sino en calidad de cliente.

—¡De cliente!—exclamó la modista, haciendo un movimiento de admiración que no pudo reprimir.—¡De cliente! ¿Por quién, pues, venís recomendada?

—Por nadie.

—¡Ah! ¿Y os atrevéis á venir así, á casa de Honorina, con vuestro humilde vestido de beatilla? ¿Esperáis quizá que os pueda yo hacer otro igual á ese?

—No, señora; no es vestido igual á este el que yo necesito: vengo á pedir os cuatro vestidos de paseo, dos de baile y uno de amazona.

—¿Para... vos?

—Para mí.

—¿Pero habéis pensado bien lo que os han de costar todos esos trajes?

—De ningún modo; lo ignoro por completo.

—Pues bien, señorita: es asunto de... veinte mil francos... próximamente.

—¿Veinte mil francos nada más?

—¡Nada más! ¿Sois, pues, muy rica?

—¿Yo?... No poseo nada.

Estas últimas palabras fueron pronunciadas por la joven con un aplomo que contrastó bruscamente con el tono cándido y modesto que hasta entonces había afectado; al mismo tiempo lanzó una sonora carcajada, y arrellanándose cómodamente en la butaca que le había ofrecido Honorina, extendió las piernas con muelle abandono, enseñando los diminutos pies, cruzados el uno sobre el otro.

—Mi madre—continuó—era acomodadora en los palcos de la Opera. No debo á sus bondades más que una herencia de dos mil francos... de deudas. Vivo en la calle de Git-le-Cour, piso cuarto, en una habitación que me cuesta veinticinco francos mensuales.

Llevo sobre mí mi vestido mejor, y para venir á veras lo lavé ayer y lo repasé esta mañana.

—Muy bien—dijo con ironía Honorina.—En resumen: ¿venís á pedirme un crédito de veinte mil francos?

—Precisamente. Además, os rogaría que colocáseis veinticinco luises en el bolsillo de cada uno de los vestidos.

—¡Ah! Eso más... En una palabra; pretendéis que os presta treinta mil francos, sin garantía de ningún género.

—¿Sin garantías?... ¡Oh, no por cierto!

—¿Y sobre qué, os pregunto, he de hacerlos ese préstamo?

—Sobre mi matrimonio.

—¿El que amáis es, pues, un nabab?

—El que amo es un joven encantador, calavera, agobiado de deudas.

—Siento, pues, señorita—dijo Honorina con tono seco—no poder aceptar el encargo con que queréis honrarme.

—¿Y si para solventar esta deuda de treinta mil francos se os pagasen cien mil?

—¡Cien mil!...—exclamó sorprendida Honorina.—¡Cien mil francos!

—Garantidos, como ya os he dicho, por mi próximo matrimonio. El hombre á quien quiero unirme es diez veces millonario.

—¿Ese hombre os ama?

—No me conoce.

—¿Y pretendéis?...

—Este matrimonio es el fin á que tiendo hace ya mucho tiempo, y lo lograré, porque, oído bien: yo no hago más que lo que quiero, y lo que yo quiero se hace. Si os he hablado de Máximo, el primero, el único amor de mi vida, es para hacerlos comprender cuán inflexible es mi voluntad. Hace dos años que soy amada por él; hace dos años que yo le adoro, y jamás una palabra salida

de mis labios le alentado su amor; jamás una sola de mis miradas le ha hecho sospechar el secreto de mi corazón. ¿Creéis ahora que sé querer?

—Sí—dijo Honorina, casi vencida—creo que lo lograréis.

—Decid lo lograremos.

—¿Cómo!

—¿No nos hemos asociado?

—Permitid: yo no he consentido...

—Consentiréis.

—¡Ah! Creéis...

—No hace mucho pensábais en admitirme en vuestro taller. Mi belleza, decíais, añadiría un encanto más á vuestras deliciosas creaciones, cuyo valor podría aumentar.

—En efecto.

—Pues bien: en lugar de permanecer aquí, donde la feliz influencia que me concedéis recaería únicamente en cuantas habitualmente os visitan, esto es, en las que ya son vuestras clientes, es preferible que yo luzca vuestras maravillas en el paseo, en el baile, en la Opera, en el mundo elegante, cuya puerta me habríais ayudado á franquear?

—Sí, seríais, convengo en ello, un magnífico prospecto viviente, pero...

—No obliguéis, pues, á este prospecto viviente á entregarse á una de vuestras rivales: á Palmira, á Victorina ó á Hémonin.

—¿Sabrían acaso sacar partido de vos?

—Por eso no me he dirigido á ellas antes; los trajes de Palmira solo son buenos para las viudas... inconsolables.

—Es verdad—dijo riendo Honorina.—¿Y Victorina?...

—¡Victorina!... Sus colores son demasiado llamativos.

—Sí, les falta armonía.

—Y jamás tendrá vuestra gracia ni vuestra suprema elegancia.

—Las juzgáis con gran acierto; y Hémonin... tiene talento...

—No tiene, en cambio, nada de vaporoso.

—Las tres, en una palabra, tratan de seguir la moda.

—¿Y vos la precedéis.

—Ellas envejecen á sus clientes.

—Y vos rejuvenecéis á las vuestras.

—Sois muy ingeniosa. Abrazadme.

—¡Asunto terminado!—se dijo la joven.

En este instante apareció la señorita Ribot con el trabajo que Honorina había pedido.

—Estos dos verdes casan á las mil maravillas—dijo la primera oficiala.

—¡Es un rasgo de genio!—exclamó la joven.

—¿Lo creéis así?—preguntó Honorina.

—La embajadora—añadió la señorita Ribot—apreciará todo su mérito.

—Este traje—respondió Honorina—no está destinado á la embajadora.

—¡Ah! Yo creía... ¿á quién, pues?

—A esta señorita—dijo la modista, señalando la joven, cuyo semblante, al oír estas palabras, no reveló la menor emoción.

—¿Cuándo he de venir á probármelo?—preguntó.

—Dentro de tres días. Pero ahora recuerdo que aún no me habéis dicho vuestro nombre.

—Hasta el consabido instante, Julieta Chauvelot.

—Y... ¿más tarde?—preguntó Honorina en voz baja.

—Más tarde, PRINCESA DE MORIA.

III

Julieta Chauvelot era completamente desconocida del príncipe de Moria. Apenas lo había visto ella misma una ó dos veces en la Ópera, cuando iba á sentarse al lado de su madre, en el rincón más obscuro del pasillo de los palcos principales.

Únicamente sabía de él que era de origen napolitano, y que los Moria Moriani, del país de Otranto, ligados á la suerte de Murat, se habían visto obligados á huir, refugiándose en las Antillas francesas, donde el jefe de la familia había adquirido una inmensa fortuna.

La joven había oído decir que, después de la muerte de sus padres, Héctor de Moria, que entonces sólo contaba veinte años, había vuelto á Europa á disputar su cuantiosa fortuna, y que gozaba una existencia de soberano.

Nada más sabía ni trataba de averiguar más.

Julieta era ambiciosa; su alma estaba dominada por el capricho y por el orgullo; y el día en que estas pasiones violentas que tenía en germen comenzaron á enardecer su tierna imaginación, la casualidad quiso que aquel mismo día el nombre de Moria viniera á herir su oído, y que ni un momento se separase de su mente la leyenda de aquel príncipe encantador, cien veces millonario.

El nombre del príncipe, desde entonces fijo en su pensamiento, no la abandonaba ni en sueños.

Acosada incesantemente por el duro aguijón de la necesidad; pasando todas las noches de las tristes realidades de su vida miserable á los hechiceros esplendores del mundo de la Ópera, vivía en una sobreexcitación terrible, alimentada con el veneno de la envidia.

Pero en breve había de salir de esta situación.

Un poder maravilloso se había desarrollado en ella: la voluntad y todo en su vida cedió desde entonces á los caprichos de este poder.

Julieta adoraba á Máximo; amaba en él al tipo más completo de la fuerza física y de la independencia moral, y sin embargo, el día en que hubo resuelto que la hija de una acomodadora de los palcos de la Ópera había de casarse con el príncipe de Moria, impuso silencio á su corazón y ya no miró á Máximo.

Tal era la criatura, que, sin haber dirigido jamás la palabra al príncipe Héctor, partió una mañana para Hombourg, donde sabía había de encontrarle.

Honorina había cumplido su promesa.

La aparición de Julieta fué un verdadero acontecimiento.

Apenas había llegado, cuando contaba más de cincuenta adoradores; éste era un éxito brillante. Dos días después tenía doscientas enemigas: este era un triunfo.

Todos se preguntaban con admiración de dónde venía aquella mujer, que, sin madre, ni marido, ni protector, rechazaba los homenajes con desdén y los más ricos presentes con desprecio.

La plaza estaba declarada inexpugnable, cuando, á su vez, el príncipe se presentó para asediarla, decidido á no perdonar medio alguno para obtener su rendición.

Júzguese cuál no sería su sorpresa cuando, al primer ataque, la fortaleza se rindió á discreción.

Pero lo que menos esperaba era encontrar, unida al abandono propio de la cortesana, la castidad más auténtica y menos dudosa.

En vano trataba de buscar la clave de tan increíble enigma, cuya explicación se vió obligado á preguntar á la misma Julieta.

Fué esta una de las escenas más extrañas de la comedia que ésta representaba. La joven lo dijo todo; lo confesó todo, y supo mezclar á los encantos de la verdad el realce de no pocas deliciosas mentiras.

Bajo que, obedeciendo á los impulsos de su primero é irresistible amor, había reducido á dinero lo poco que su madre le había dejado, para correr á mostrarse á los ojos del dueño de su corazón.

Y hablando de este modo, un subido carmín coloreaba sus mejillas, y sus ojos aparecían preñados de lágrimas.

El príncipe cayó á los pies de tan encantadora criatura, y aquella misma noche huyó con ella á Italia.

Aunque Héctor creía apoderarse de Julieta, era ella en realidad quien se apoderaba del príncipe de Moria, y quien le aislaba, merced á esta fuga, de todo consejo y de toda extraña influencia.

Pero aún no había logrado nada: de Julieta Chauvelot á la princesa de Moria había un abismo, que era preciso franquear.

Desde entonces se entregó con incesante afán á estudiar á aquel hombre, y, á través de la ligereza y del escepticismo del archimillonario, trató de buscar pacientemente su punto vulnerable, la debilidad de su corazón, en que había de asentar el edificio de su fortuna futura.

Pero pasaron los meses sin que Julieta hubiera dado este paso decisivo.

Por fin llegó el momento en que el príncipe pudo estrechar entre sus brazos y cubrir de besos una hermosa niña.

Horas enteras pasaba contemplando su lindo semblante.

La idea de que aquel ser era suyo, le hacía enloquecer.

Un día, la niña tenía ya un año, jugaba el príncipe con ella sobre la alfombra, cuando, de repente, estrechándola contra su pecho, cubrióla de caricias, y volviéndose hacia la madre, que les contemplaba con fría mirada,

—Sabed—dijo—que quiero que lleve mi nom-

bre. Será una Moria y la dotaré como debe dotarse á la hija de un príncipe.

—Y...—dijo Julieta—¿cómo ha de llevar vuestro nombre?

—¡Pardiez! Es muy sencillo; la reconoceré.

Julieta no profirió una sola palabra; pero al día siguiente, cuando él volvió á la casa, la encontró desierta; la joven había desaparecido con su hija.

Quince días después, Julieta se hallaba instalada en su modesta habitación de la calle Gille Cœur, en París, continuando su oficio de florista.

Había partido sin llevar consigo otra cosa que el dinero necesario para pagar el viaje, y sin dejar al príncipe explicación alguna ni carta de despedida; pero había tenido buen cuidado de dejar en todas partes huellas de su paso, á fin de que se la pudiera encontrar más fácilmente.

El príncipe Héctor, al saber la fuga de Julieta y el rapto de su hija, porque él llamaba á esto un rapto, se entregó á la cólera y á la desesperación más violentas; cólera y desesperación que estuvieron á punto de costarle la vida.

Ya más tranquilo, no le costó gran trabajo descubrir las huellas de la fugitiva, y apenas Julieta había llegado á París, cuando una noche entraba en su casa el príncipe, como un huracán; corría á la alcoba donde se hallaba la cuna de su hija, estrechábala contra su pecho, y volviéndose hacia Julieta con los ojos preñados de lágrimas,

—Yo os creía buena—le dijo con triste acento—¿por qué me la habéis arrebatado? Dejad esta burla cruel, y volved con este ángel al castillo de Moria, donde éramos tan dichosos; y que ahora está tan triste... ¿Qué os faltaba á mi lado?

—La seguridad—repuso Julieta.

Luego, aproximándose á Héctor, tomó la niña para volverla de nuevo á la cuna.

Hecho esto, volvió á sentarse junto á la mesa para continuar trabajando en una varita de nardos.

—¿De qué seguridad me habláis? Explicáos, os lo supl. co.

—Si así lo queréis... sea... escuchadme...

Había llegado la hora decisiva; la joven iba á librar la última batalla, de la cual dependía el éxito de su empresa.

—Vos—dijo con conmovido acento—habéis sido la primera y única pasión de mi alma; apenas sabía yo mi nombre, cuando ya murmuraba el vuestro; apenas se habían abierto mis ojos, cuando ya no veían sino á vos.

Mi vida entera es vuestra y no podríais hallar en el maternal amor que me ha obligado á huir de vos la sombra de un sentimiento que no sea una forma de la adoración que acabo de confesaros.

—Pero, ¿por qué me habéis abandonado?

—¡Héctor—exclamó Julieta, que pareció estar al fin—Héctor: amáis demasiado á nuestra hija!

—Y solo por eso...

—Quiero que lleve mi nombre, dijisteis; será una Moria; yo la reconoceré...

—¿Y bien?

—Pues bien; una vez realizado ese proyecto, ya no sería mi hija. Cualquiera día podíais separarme de ella, y el pensamiento de no volver á ver á este ángel, en cuyos labios encuentro vuestro aliento y vuestra sonrisa, me mataría. Al perder este tesoro, os perdía en vos y en mi hija. ¡Os perdía dos veces, y yo no sabía sobrevivir á semejante desgracia!

—¿Pero qué os induce á creer que yo había de alejaros de su lado?

—¡Ay de mí! La existencia del hombre tiene sus leyes fatales. Una amante no es más que una excepción, y las excepciones no duran mucho tiempo. Día llegaría en que me hallase sola, sepultado el corazón en doble duelo.

El príncipe estaba profundamente conmovido. La farsanta, cuyas hábiles lágrimas no le impedían echar de ver esta emoción, continuó con voz cada vez más melodiosa:

—¡Ah! ¡Si el destino hubiese invertido nuestros papeles! ¡Si yo hubiera tenido los títulos, el nombre, la riqueza que nos separan!... Os habría dicho: «Sed mi marido, sed mi dueño!» y ahora os podría yo amar sin temor; os tendría siempre á mi lado, y mis dos únicos amores, el de mi hija y el vuestro, se fundirían en uno solo.

Dichas estas últimas palabras, inclinóse sobre la cuna de la niña é imprimió un beso en sus sonrosados labios.

Profundamente conmovido, el príncipe contempló largo tiempo á la madre y á la hija, y cogiendo la mano de Julieta, la dijo:

—No he de ser yo solo quien reconozca á nuestra hija; la reconoceremos ambos.

—¿Cómo?

—¡Me casaré contigo!

Con una apariencia de verdad, digna del arte más consumado, Julieta vaciló y movió los labios sin articular una sola palabra.

El príncipe la recibió en sus brazos.

Héctor quiso que su casamiento se celebrase en la capilla del castillo de Fondebrèche, magnífica propiedad situada entre bosques y llanuras, y que había comprado pocos años antes.

La mañana misma de su matrimonio, Moria presentó á la bella Julieta dos anillos nupciales; en la parte interior de cada uno había hecho grabar un lema; en el uno se leía: *Amare per vivere*, y en el otro: *Vivere per amare*.

—Escoge—dijo á Julieta—el que mejor te parezca; yo guardaré el otro.

La joven leyó ambos lemas, y cerrando los ojos, tomó al azar uno de los anillos y se lo puso en el dedo.

—Estos dos lemas—dijo—expresan todo cuanto yo puedo desear: amarte para poder vivir, y vivir para poder amarte.

En este momento el mayordomo del príncipe entró con un lindo cofrecito, que ofreció á Julieta.

Seguíanle varios criados, que depositaron en manos de la joven maravillosos estuches, y él

príncipe se alejó mientras ella terminaba su tocado.

Cuando Julieta estuvo sola, abrió el misterioso cofrecillo.

Allí encontró diez paquetes de billetes de Banco, cada uno de los cuales representaba la suma de cien mil francos.

La joven se sonrió; contó el millón de francos, y tomando uno de los paquetes lo colocó en un sobre, con estas simples palabras:

«Lo que quiero se hace.

PRINCESA DE MORIA.»

Y después de haber cerrado el sobre con el sello de sus armas, escribió:

A Mlle. Honorina, modista de Paris.

Sentóse luego delante de su tocador; abrió los preciosos estuches, y quedó deslumbrada al ver la riqueza que encerraban.

—Todo esto —se decía— pertenece á la princesa de Moria, y la princesa soy yo... yo, Julieta Chauvelot.

Y embriagada por el orgullo, palpitante de alegría, se cubría los brazos, el pecho y la frente de perlas, de diamantes y de esmeraldas; de repente, quedó pensativa delante del espejo y como sumergida en profundo éxasis.

En este momento entró el príncipe, que al verla así, le tocó ligeramente en el hombro.

—¿En qué piensa —dijo— la señora princesa?

—No me lo preguntes —respondió, haciendo una graciosa mueca— no me lo preguntes.

Y rodeó el cuello de su marido con sus torneados brazos, adornados con la pedrería que él acababa de regalarle.

IV

Habían llegado los meses de otoño.

Los dos esposos, que habitaban en Fondebrèche, se disponían á volver á París, cuando Moria recibió cartas de las Antillas.

Estas cartas le revelaban el mal estado de sus negocios, merced á su larga ausencia; ausencia que, si prolongaba, podía agravarlo más aún.

Héctor era el hombre de las resoluciones repentinas.

Entonces recordó las proposiciones que le habían hecho los mismos que se hallaban al frente de sus asuntos; se trataba de convertir sus inmensas propiedades y factorías en una sociedad colonial, haciendo por este medio una emisión de títulos que le permitiría realizar la mayor parte de su fortuna en condiciones ventajosas.

El príncipe vió en todo esto un buen negocio, y al punto formó el proyecto de partir para la Guadalupe.

Esto uponía, es verdad, una ausencia larga; pero se trataba de asegurar una existencia brillante á los dos seres únicos á quienes amaba en el mundo.

Julieta no derramó muchas lágrimas; desde un principio se mostró fuerte.

Habíase convenido en que ella permanecería

en Fondebrèche durante la ausencia del príncipe.

Por otra parte, Héctor había hecho venir de Italia á Mamita, una anciana sexagenaria que había sido su nodriza y que había consentido en dejar su retiro de Otranto para ir á vivir al lado del que ella llamaba su hijo.

Héctor partía tranquilo, pues no ignoraba que Mamita era una de esas criaturas que permanecen fieles hasta la muerte.

Así dispuestas las cosas, hizo sus preparativos, y una mañana, después de haber estrechado contra su pecho á la madre y á la hija, subió al carruaje que debía conducirle á la próxima estación.

Dos días después estaba en El Havre, en donde se hizo á la vela para las Antillas.

La travesía fué larga, pero feliz.

Una vez allí, puso manos á la obra desplegando una actividad sin límites; habría querido precipitar los acontecimientos como las horas.

Tenía ardientes deseos de volver al nido donde su corazón se había quedado.

Las cartas que escribía á su esposa dejaban adivinar claramente su constante aspiración.

Las que recibía de Julie a le entristecían, sin que él mismo supiera por qué.

Cierto que estaban escritas á las mil maravillas, llenas de sentimiento y de gracia, pero estaban llenas también de cautelosos razonamientos, que le helaban el corazón.

Un día recibió una, que al instante reconoció como de Mamita.

La epístola estaba concebida en los siguientes términos:

«No prolongues tu ausencia, y cuando vuelvas ven, ante todo, á verme á la cabaña de las Tres Encinas, donde habito y donde voy á morir. No pierdas el tiempo en acumular oro. Si llegas demasiado tarde, el oro no te servirá para rescatar el honor de los Moria.»

Héctor resolvió partir al punto.

Dejando en suspenso todos sus asuntos, y sin pensar en dar poderes á ninguno de sus encargados en la Guadalupe, corrió al muelle.

Solo había un buque próximo á hacerse á la vela; uno solo; el número de pasajeros que podía llevar á su bordo estaba completo, y estaba terminantemente prohibido al capitán, bajo las más severas penas, admitir un pasajero más.

Pero habiéndole ofrecido el príncipe una suma considerable como precio del pasaje, consintió aquél en recibir á Héctor en alta mar, ya fuera del puerto, no sin haber antes estipulado que su nombre no había de inscribirse en la doble lista de pasajeros entregada al comisario del puerto.

Sin perder un minuto, Héctor entró en una barca pesquera, y abandonando el muelle antes de la salida del *John Arthur*, le esperó algunas millas mar adentro; subió á su bordo cuando ya no se le veía desde la costa, y partió al fin para Francia.

Su pensamiento, tenazmente fijo en el misterioso sentido de la carta, se devoraba á sí mismo.

El curso regular del tiempo parecía más lento cada día.

Héctor habría querido dormir para olvidar, pero no podía.

A veces cerrábase sus ojos por espacio de algunos minutos; entonces soñaba que había llegado a la cabaña de Mamita y que se sentaba á la cabecera de su lecho.

Su nodriza le reconocía, lanzaba un grito, abría la boca para hablar, y caía muerta delante de él, herida por la emoción y sin haber pronunciado una sola palabra.

Héctor se despertaba entonces tembloroso é inundado de sudor, salía de su camarote, subía á la cubierta, interrogaba al cielo con mortal ansiedad, y terrible cólera se apoderaba de él si el viento era menos propicio, mientras que con agitados pasos recorría la cubierta de popa á proa y de proa á popa, con la obstinación y el furor de un león encerrado en una jaula.

Los marineros, lo mismo que los pasajeros, se preguntaban si no estaba privado de razón.

Entre estos últimos había un hombre llamado Jacobo Cointel, á quien acompañaban su esposa y su hija.

A veces Héctor, recorriendo la cubierta, mudo, pálido, apretados los dientes, veía el tierno cuadro que formaban estos tres seres, que sonreían á todos, como si hubiesen querido dar las gracias á la humanidad entera por su propia felicidad.

Héctor les miraba á hurtadillas, más á menudo con rabia que con bondad.

Ellos, el hombre y la mujer, no se atrevían á hablar los primeros; hubieran deseado que el desconocido les hubiese dirigido la palabra.

Una vez creyeron que Moria iba á hablarles. Jacobo Cointel acababa de llamar á su esposa: ¡Se llama á Julieta!...

Al oír este nombre, Héctor se había aproximado vivamente á ellos; su mirada se fijó largo rato en la niña, que el padre tenía sobre sus rodillas; el príncipe extendió la mano é inclinóse sobre ella; luego, volviéndose bruscamente, se alejó con paso rápido.

El hombre y la mujer vieron, sin embargo, brillar las lágrimas en sus ojos.

El buque, que había seguido su rumbo sin contratiempo alguno, estaba ya á la vista de Cherbourg, cuando una noche un grito espantoso, el grito de «fuego!», se dejó oír en todos los ámbitos de la embarcación.

Al mismo tiempo pasajeros y marineros se arrojaban por las escotillas, presas de terror indescribible. Otros corrían gimiendo de un punto á otro, sin saber lo que hacían.

En vano el capitán y el segundo se esforzaban en restablecer la calma.

Sus órdenes no eran escuchadas.

Ninguno obedecía más que al natural sentimiento de conservación.

La cubierta comenzó también á arder.

Un grito de angustia se escapó de todos los pechos, y todos corrieron á las chalupas, que trataron de botar al agua.

Pero la mar estaba gruesa, y el viento huracanado que comenzaba á soplar era un obstáculo más para las maniobras.

El viento paralizaba los brazos de los marineros, helaba los corazones y contrarrestaba los esfuerzos de los más inteligentes.

Sabíase que la bodega contenía un cargamento de aceite mineral, y precisamente de la bodega salían las llamas.

La escena fué de corta duración, y ninguna lengua humana sabría describir sus horrores.

El feroz instinto de salvación hacía esta misma salvación imposible.

Todos se agolpaban á las bandas de babor y estribor, donde estaban amarradas las canoas; pero antes de que ni una sola de ellas pudiera ser echada al mar, una detonación formidable hizo estallar el navío.

Un globo de fuego salió de él, y elevándose y corriendo primero sobre las olas, se extendió después en flamígera sábana, que iluminó durante la noche la inmensa soledad del mar.

Ni una sola huella se halló de cuantos tripulaban el buque; sólo un cuerpo, mezclado con raros é informes despojos, llegó á la playa, á cuyo frente había tenido lugar tan espantoso siniestro.

Este cuerpo, privado de movimiento, era el de Héctor.

Durante la suprema lucha, en el momento mismo en que el príncipe, agotadas ya las fuerzas, se defendía contra las olas, su cabeza chocó en la punta de una roca, y la violencia del golpe le hizo perder el conocimiento.

Cuando volvió en sí comenzaba á despuntar la aurora.

La playa estaba desierta.

Abrió los ojos, y todo lo que le rodeaba, la arena, las rocas, hasta el cielo, le parecieron cubiertos de un velo sangriento, como si los hubiera mirado á través de rojo vidrio.

La sangre hervía en su cerebro, y ruido de campanas escuchaba en sus oídos.

Este era el primer síntoma del delirio que poco más tarde debía extinguir por completo su razón.

Quiso levantarse, y tras largos esfuerzos consiguió ponerse de pie.

Quiso entonces andar, pero cayó pesadamente sobre la arena.

Trató de ordenar y poner en claro sus recuerdos, pero su memoria solo le sugirió una idea: llegar hasta las Tres Encinas.

A partir de este momento, pareció recobrar todas sus fuerzas.

—¡Llegar hasta las Tres Encinas!—se dijo.

Y se levantó, marchando con paso firme.

Héctor repetía estas palabras cada vez que se sentía desfallecer, y su energía renacía de nuevo.

Repetíalas también cuando encontraba á alguien en su camino, y huía de las miradas y de las preguntas que le habrían apartado de su objeto.

De esta suerte atravesó las aldeas y las ciudades, pagando generosamente á cuantos le servían, pero sin dirigirles la palabra.

Habríase dicho que, siniendo su razón próxima á abandonarle, quería retener, siquiera fuese solo un destello, el que, ahora, resumía en él toda su inteligencia, y repetía siempre: «¡Llegar á las Tres Encinas!»

Por último, después de mil vueltas, de las que no se dió cuenta; después de haberse extraviado, de haber vuelto diez veces sobre sus pasos y de haber perdido un número de días que jamás conoció, llegó al término de su jornada, y en una noche de tempestad: la puerta de la cabaña que Mamita habitaba se abrió con estrépito tal, que se la hubiera creído arrancada por la violencia del huracán.

Al oír el ruido, la anciana, extendida sobre una miserable cama, levantó la cabeza con espanto.

Héctor estaba pálido, extenuado, el cabello en desorden, la mirada extraviada.

Al verle, la anciana lanzó un grito sordo, incorporándose sobre las almohadas.

Estos dos seres se contemplaron como asustados el uno del otro: ¡tanto les había hecho cambiar el sufrimiento!

Héctor sacó lentamente de su pecho la carta fatal, y poniéndola abierta ante los ojos de la criatura, exclamó:

—¡Habla!

Pero lo dijo con tan extraño acento, que la anciana se estremeció de pies á cabeza.

—¡Habla!... — repitió.

—Es demasiado tarde— dijo.

—¡Demasiado tarde!

Y cayó al suelo como una masa inerte.

Por breves instantes reinó profundo silencio. Mamita se debilitaba cada vez más, y la péndola de un reloj colocado en uno de los oscuros ángulos del cuarto marcaba con su monótono y seco tic tac esta doble agonía.

Un suspiro desgarrador se dejó oír en la habitación.

—Mamita— dijo Héctor levantándose con trabajo— hace muchos días que una duda terrible me corroe el corazón; muchos meses quizá, porque ya no sé... no puedo medir el tiempo. Cómo he podido llegar hasta este sitio, lo ignoro; pero héme aquí. Es preciso que reúna tus últimas fuerzas, mi pobre Mamita, es preciso que me lo dijas todo. ¿Dónde está Julieta? ¿Qué hace? ¿Por qué me has prohibido verla antes de hablarte?

La anciana se agitó en vano con doloroso esfuerzo.

—¡Animo! ¡Animo!— dijo Héctor.— Te queda bastante tiempo para rogar á Dios. Olvida tu salud, y habla; yo rogaré por el descanso de tu alma. Si alguna vez me has amado, Mamita, habla, habla, te lo suplico.

Mamita se incorporó sobre el codo; con el brazo que le quedaba libre rodeó el cuello del que llamaba su hijo y ardientes lágrimas asomaron á sus párpados.

—¡Pobre, pobre Héctor!— murmuró.— ¡Oh! Esa mujer es la más vil, la más monstruosa de las criaturas... No la vuelvas á ver jamás... jamás.

—¿El nombre de su amante?

—Máximo... Máximo Lecuyer, hijo de un médico de Rouen.

—¿Máximo Lecuyer? Está bien; me acordaré.

—Ella le escribió pocos días después de tu partida. Ha venido de París. Julieta le ha instalado como guarda bosque en el pabellón del castillo; allí acude ella todas las noches, y allí la sorprendí.

—¡Acaba!

—Yo concebí sospechas. Una noche me dirigí hacia el bosque sin ser notada por nadie; me acerqué al muro, pero las ventanas estaban cerradas.

—¿Y bien?...

—Oí dos voces que hablaban alegremente...

—¿Pero qué prueba que una de esas dos voces era la suya?

—¿Qué lo prueba? Cogí mi puñal... ese puñal con mango de cuerno que ves allí sobre esa mesa, é introduciéndole entre la piedra y la ventana pude entreabrirlo, y la ví á ella, á tu esposa... la ví en los brazos de aquel hombre.

Entonces se oyó como el rugido de una hiena,

—¿Luego? ¿Luego?— dijo Héctor.

La respuesta se hizo esperar mucho tiempo; Mamita no tenía más que algunos minutos de vida.

—Julieta le decía... «Hace cinco años que te adoro... Tú has sido mi primero... mi único amor... pero yo quería ser rica... mi fortuna es tuya.»

Héctor de Moria extendió el brazo, tomó el puñal de mango de cuerno de que su nodriza acababa de hablar, y lo ocultó en su pecho.

La anciana vió este movimiento.

—Sea— dijo.— Ve... y... para penetrar... sin ser visto... en tu casa... porque... allí es donde ella ahora... le recibe... toma... toma...

Y con su mano, ya crispada por la muerte, trató de buscar debajo de la almohada; pero este último esfuerzo agotó toda su energía. Héctor no tuvo tiempo más que para recibirla en sus brazos.

Entonces él sacó de debajo de la almohada un manojo de finas llaves de acero.

Moria contempló un instante á la anciana.

Acababa de expirar.

Al mismo tiempo, y como ¡si algún ángel invisible hubiera querido acompañar á aquella alma, la llama de la bujía se aumentó, iluminando vivamente toda la cabaña, y se extinguió después.

El príncipe de Moria posó entonces sus ardientes labios en la helada frente de la que le había amamantado, y de un salto se lanzó fuera de aquella casa, de donde partían sus nuevos y fatales destinos...

Ya le hemos visto entrar aquella misma noche en su propio castillo, y le hemos visto salir de él, presa de los primeros amagos de enajenación mental.

Ahora vamos á seguir á este hombre que huye, menos envuelto en las sombras de la Naturaleza que en las sombras de su perdida razón.

V

El cielo ostentaba aún un color aplomado. De cuando en cuando una fina lluvia humedecía aquellas vastas llanuras.

Las gotas de agua que se desprendían de los árboles semejaban á esas silenciosas lágrimas que suceden á los más agudos dolores.

La Naturaleza parecía envuelta en triste velo.

El pobre loco marchaba á pasos agigantados á lo largo del camino que conduce de San Evans á Baudricourt.

Caminaba rápidamente, apoyado en un palo arrancado de un árbol, y que le servía de bastón.

¿Adónde iba? ¿Por qué huía? Lo había olvidado.

El que la víspera se llamaba el príncipe de Moria, no había conservado, de toda su inteligencia, más que el vago instinto de huir, el deseo de andar, de andar siempre...

Aquella tarde el cielo se despejó, cesó la lluvia, y el sol, próximo á desaparecer, iluminó con sus ardientes rayos el semblante del extraño viajero.

Al ver este magnífico espectáculo, Moria se detuvo, contempló por largo rato las púrpuras flotantes que se destacaban en el horizonte, y poco á poco, y con un movimiento involuntario, se dejó caer de rodillas.

¿Era este el movimiento maquinal de algún hábito de la infancia? ¿O bien Dios, que no se digna distinguir lo que los hombres llaman razón de lo que denominan demencia, quería hacer oír á su criatura el inefable cántico de su grandeza?

Tal vez lo uno y lo otro.

Pero este rayo de sensibilidad pasó con la vertiginosa rapidez de un relámpago.

El loco se acurrucó como un animal que se prepara á dormir, y como hacía calor, se quitó el cinturón y se desabrochó los vestidos.

A algunos pasos del sitio en que se había detenido corría una acequia que, á algunos kilómetros más lejos, iba á mover la rueda de un molino.

El curso del agua que hacía brillar los últimos rayos del sol poniente parecía interesarle.

Habiendo arrancado algunas hierbas que encontró bajo su mano, las echó á la corriente, siguiéndolas con la mirada.

Esto parecía distraerle; pero cuando pasaban de la zona iluminada por el sol, las hierbas, confundiendo con el color verdoso del agua, desaparecían muy pronto á su vista.

Entonces quiso coger margaritas. Su blancura lucharía victoriosamente contra el verde obscuro del arroyo. Pero sucedió que, por muy lejos que extendía la mano, no las encontraba á su alcance, y en vez de flores, halló su cinturón que había dejado caer no lejos de donde él estaba.

Le abrió y sacó de él los pañales que contenía. Luego, con una vivacidad infantil, los hizo mil pedazos, que arrojó también á la corriente, persiguiendo con la vista sus diversas odiseas. vien-

dolos chocar contra los promontorios; luchar, en fin, contra todos los accidentes de una navegación casual.

Héctor se sonreía, batiendo las palmas.

Era su pasado el que se precipitaba en el olvido; así desaparecieron las cartas de Julieta, la de Mamita, toda su vida, en fin.

Un incidente inesperado vino á distraerle de esta ocupación; su mano, después de haber sacado del cinturón todos los papeles, sacó multitud de monedas de oro, que lanzaron vivos destellos al ser heridas por los rayos del sol.

Lentamente las hizo pasar una á una, de la una á la otra mano.

El sonido que producía cada moneda al caer sobre la anterior, sonido que parecía brotar de sus dedos, le hizo olvidar todo cuanto antes había hecho.

Mientras que así se abandonaba á esta nueva distracción, el sol se puso; y más tarde el cielo, purificado por las brisas del crepúsculo, apareció tachonado de estrellas.

El disco de la luna surgió en el horizonte, y en el silencio profundo de la noche el sonido metálico de las monedas de oro continuó dejándose oír y exaltando aquel pobre cerebro privado de razón.

De repente el loco hizo un movimiento brusco, seguido de una exclamación.

Una mano acababa de posarse en su hombro.

—¡Hein! ¿Quién va?—exclamó—y veloz como el pensamiento envolvió el oro en el cinturón y se sentó encima.

—Perdonad, caballero—dijo un personaje, cuya espalda se encorvaba bajo el peso de un fardo y que parecía extenuado de fatiga—dispensadme y permitid que descanse un instante. Llevo seis horas de marcha, y no puedo más.

Con gran trabajo el buhonero se descargó de su fardo, y se dejó caer, más bien que se sentó, al lado de su nuevo conocido, que le miraba con aire de desafío.

Pero el pobre buhonero, á pesar del dolor que parecía le agobiaba, esforzándose en sonreír su profesión, por otra parte, le había hecho habituarse al desprecio, y el deseo de vender alguna de sus mercancías le hacía desechar toda susceptibilidad.

Así, cuando hubo descansado y se sintió en estado de hablar, miró con atención á su vecino, y con su voz más cariñosa,

—La hora—dijo—no es quizá muy á propósito para ofreceros mis servicios; pero no os ocultaré que estoy dispuesto á hacer grandes rebajas. Los tiempos están muy malos; hace dos días que no he vendido nada, y anteayer sólo me quedaban diez cuartos.

Al pronunciar estas palabras, el buhonero había llevado la mano al estómago, como si acabara de sentir un agudo dolor; pero notando que el parroquiano guardaba obstinado silencio,

—Veamos—continuó, después de haber respirado como para reunir fuerzas—no necesitáis objetos de quinçalla? Llevo también jabones de

tocador Windsor, Pivert, lechuga y otros; polvos dentífricos americanos, excelentes para fortalecer las encías y para la conservación del esmalte. Artículos variados de París, gemelos, guantes y navajas de afeitar; alfileres para corbata, cigarrerías, cepillos y una colección de cuchillos que jamás se ha visto ni en Chateaubert, y, en fin—añadió con lágrimas en los ojos—tengo la última edición de *Culembours*, juegos, apócrifos y canciones.

Le nuevo apoyó las manos sobre su pecho.

Había en las últimas palabras del buhonero tal expresión de tristeza, que Moria hizo un movimiento, volviendo la cabeza hacia el lado en que se hallaba su interlocutor.

En este instante la luna iluminó su rostro, y el buhonero lanzó una exclamación de honda sorpresa:

—Si no me engaño—dijo—nos hemos encontrado antes de ahora. Perdonad, caballero, ¿no estábais con nosotros en el *John Arthur*?

—*John Arthur!*—repitió maquinalmente Héctor.—¡Sí, *John Arthur*, sí, sí!

—¡Ciertamente! ¡Os reconozco! Vos sois aquel á quien llamaban el *Príncipe*: vos, á quien tantas veces vimos pasear en la cubierta del buque. Sí, sí, ¡sois vos! ¡Y yo que creía ser el único que había escapado de tan horrible desastre! He hecho una declaración falsa al comandante de marina... Ignoraba que Dios hubiese obrado dos milagros en vez de uno... ¡Ay de mí! ¿Habría yo creído esto posible, después de haber visto perecer todo cuanto amaba en el mundo... todo?

El pobre hombre guardó silencio un instante.

—¿Por qué no proseguís?—dijo el loco.—¡Hablad! ¡Hablad!

¿Le interesaba acaso lo que decía el buhonero? En ningún modo.

Aquel a voz dulce y cadenciosa le agradaba, y quería seguirla oyendo.

—¡Ah, sí!—replicó el otro.—Os sorprende encontrarme así, solo, agobiado por el peso de la miseria. Recordáis aquellos tres seres que jamás se separaban: el padre, la madre y la hija. ¡Ay de mí! ¡Todo ha concluído!

Dios habrá contado las horas de mis alegrías; eran tan grandes, que no podían durar mucho tiempo.

Yo fui salvado por los dependientes de la Aduana. Por toda fortuna sólo poseía cien escudos, que, con mis papeles, lleva a en un canuto de hoja de lata; con esta suma he podido comprar estas mercancías y ponerme en camino para ir á morir en el lugar donde nací.

¿Llegaré allá? Lo dudo; paréceme á veces que mi alma se escapa por mis labios. Es que hay allí arriba otra alma, ¡la de mi Julieta!...

El buhonero levantó vivamente la cabeza, porque, al oír este nombre, Héctor había lanzado un grito.

—¿Qué tenéis?—le preguntó con inquietud.

El loco le contemplaba con mirada centelleante, apretándose el corazón con ambas manos.

—¿Sufrís? ¿Puedo seros útil en algo?

Pero Héctor, recobrando la calma, repto con tranquilo acento:

—No es nada; creí que acabábais de clavarme un puñal.

—¡Yo!...

—No es nada, continuad.

El buhonero, como humilde mercader que se guarda muy bien de contrariar á su clientela, no pareció sorprenderse.

—Señor—se limitó á contestar—conozco estos efectos, porque yo mismo los he experimentado: son muy frecuentes en las personas nerviosas que han sufrido por espacio de largo tiempo,

—¡Hablad, hablad!—exclamó el loco.

—¿Deseáis conocer mi historia?

A una señal afirmativa de Héctor, el buhonero se aproximó á él, y continuó de este modo:

—Me llamo Jacobo Cointel, y por cierto no he sido muy mimado por la fortuna. Huérfano, sin parientes, sin amigos, amé á una huérfana, pobre como yo.

Ahora bien; para poder el día de nuestro enlace darle una modesta dote, me alisté en el 6.º ligero, donde luego obtuve una licencia por cinco años.

Con los mil quinientos francos que esto me valió, volví á mi país, donde ella me había esperado fielmente. Por último, me uní á mi amada Julieta. ¡Ah!... Pero perdonad, caballero. ¿Es este nombre el que os produce esa impresión dolorosa? Acabáis de estremeceros.

—Sí... he vuelto á ver la acerada hoja del puñal... ¡Continuad, continuad!

Jacobo Cointel miró con singular extrañeza á aquel hombre, cuyas extravagancias no acertaba á explicarse.

Lo que sobre todo le admiraba, era el contraste que existía entre el sentido violento de sus palabras y la impasible calma con que las pronunciaba.

El buhonero estaba muy lejos de sospechar el estado de ánimo de su interlocutor; ni aunque lo hubiera conocido, habría podido imaginarse que la materia puede conservar ciertas impresiones, ciertos recuerdos, á que el alma, adormecida, permanece a ena.

El cerebro, largo tiempo preocupado por un nombre, se despierta maquinalmente, y vibra en derredor de ese nombre familiar, sin que de ello resulte otra cosa que un efecto físico, en el cual el pensamiento no toma parte.

Tal era la impresión que producía en el señor de Moria el nombre por tanto tiempo amado de Julieta.

—Pues bien—continuó el buhonero, resuelto á evitar en adelante el pronunciar el nombre de su esposa—como una dicha no viene nunca sola, al año de mi matrimonio fui doblemente feliz; mi esposa me dió una hija, y mi coronel, que necesitaba un hombre de toda su confianza que estuviese al frente de las plantaciones que poseía en la Guadalupe, me propuso el desempeño de este cargo.

—¡La Guadalupe!—exclamó Moria, aproximán-

dose más aún á Jacobo Cointel.—¡Sí, sí; la Guadalupe! ¡Lo sé... lo sé!...

—Parti, pues, llevando conmigo á mi esposa y á mi hija.

—¡Pobre niña!—dijo con emoción Héctor.—¡Pobre niña!

—Sí, sí; vos la habéis visto...

—La veo aún... ¡siempre!... Veo su linda cabeza rubia—dijo Héctor, que pensaba en su hija.

—Perdonad, no recordáis bien: sus cabellos eran negros. Partimos, pues, los decía, y allí pasamos cinco años de trabajo, de ternura y de dicha. Pero ¡ay de mí! ¿Por qué hemos tentado á Dios?

Ya había reunido treinta mil francos, cuando se nos ocurrió la idea de volver á nuestro país, y con aquella suma abrir un modesto almacén de coloniales. ¡El hombre jamás está contento! Nuestra hija, además, era tan linda como su madre, y queríamos casarla en la misma iglesia en que fue bendecida nuestra unión.

Por último, decidimos volver; entramos en aquel funesto buque; y halagados por la felicidad, por el amor y por la esperanza, vino á sorprendernos la muerte. ¡Todo ha concluído!

—¡Todo ha concluído!—repitió el loco, con aire de convicción profunda, y lanzando un doloroso suspiro.—¡Sí, sí! ¡Todo ha concluído!

—¡Qué momento! ¡Qué escena tan espantosa! ¿Os acordáis? ¡Yo siempre la tendré presente!

Acababa de acostarme, después de la comida: es costumbre muy usual en las colonias, ya lo sabéis; nuestros camarotes estaban en el entrepuente. Hacía algunos minutos que dormía, cuando fui despertado por gritos de angustia y por un humo espeso que me ahogaba.

Ignorando lo que sucedía, me precipité de la cama; salgo; llego á la escalera, donde me hallo envuelto y después arrastrado por un tropel de pasajeros y de hombres de la tripulación, que gritan: «¡Fuego en el buque! ¡Hay doscientos toneles de aceite mineral á bordo, y estamos perdidos!»

Llego á la cubierta, buscando á mi esposa y á mi hija, y no veo más que á Julieta, que viene á mi encuentro, pálida, destrenzado el cabello, y que me dice:

—¿Y la niña?

—¿La niña? ¡Yo la creía contigo!

—No; la he acostado y duerme en mi camarote.

Yo lanzo un grito y digo á mi esposa:

—¡Voy á buscarla; pero te prohibo que me sigas!

—¡Que no te sigas!—respondió.—¡Que no te sigas!

Y comenzó á correr delante de mí; por fin la pude alcanzar al borde de la escotilla, por donde salía un volcán de humo. La detengo, buscando con la vista á alguno que pudiera contenerla; pero todos, presa de mortal espanto, se agolpaban á las bandas.

—¡Sí—gritó el loco, agitando las manos como si asistiese aún á tan espantoso desastre—sí, allí

se agolpan, y... el buque arde... ¡Fuego!... ¡Fuego por todas partes!

—En vano intento contener á Julieta, que ya parece no conocerme: se escapa de entre mis brazos, y ambos nos lanzamos á la hoguera. Bien pronto nos separamos; ya no veo más que llamas; no respiro sino fuego. Un estruendo espantoso me atruena los oídos. ¿Qué ha sido de mí? ¿Qué he hecho? Lo ignoro; me encontraba sobre cubierta con terribles quemaduras. En este instante se deja oír un crujido formidable, y ya no veo nada, nada siento; pocos instantes después recobro el conocimiento al helado contacto del agua del mar.

—¡Y el buque arde... arde siempre!—dijo Héctor con espanto.—¡Y la niña está allí... allí... allí...

—Vuelto en mí, agito maquinalmente los brazos para mantenerme á flote cuando, levantando los ojos, veo un espectáculo horrible. La proa del buque está todavía fuera del agua, pero hundéndose lentamente y junto al foque, destacándose en el rojo fondo del incendio, la forma de Julieta.

—¡Julieta!...—murmuró Héctor.—¡Julieta!...

—Estaba allí, con la niña en los brazos.

—¡Julieta! ¡la niña! ¡el fuego! ¡oh! ¡Es preciso que no mueran!

—Yo invoqué á Dios, pero no me escuchó. Julieta me miraba, sí, me miraba, y me hacía señal de que se iba al cielo... Entonces yo lancé un grito horrible; quise dirigirme hacia ella, pero las llamas que corrían sobre el agua me rechazaron, y en aquella hoguera las ví desaparecer con los últimos despojos del navío.

Al día siguiente, el mar echó á la orilla los cadáveres medio consumidos por el fuego de muchas víctimas, y entre estas víctimas estaban mi esposa y mi hija!

—¡Muertas! ¡la madre! ¡la hija! ¡han muerto!—exclamó Héctor.—¡Sí, muertas... muertas!...

Dos lágrimas se deslizaron lentamente á lo largo de sus mejillas, y su cabeza permaneció largo rato inclinada sobre su pecho.

A la relación del buhonero siguió un silencio prolongado.

Jacobo Cointel, cuyo rostro cubría mortal palidez, no podía hablar ya sino con gran trabajo y con voz muy débil.

El hambre y la fatiga habían agotado sus fuerzas.

Quando Moria levantó la cabeza, un cambio extraño se había operado en su semblante. Su agitación había desaparecido, sus facciones presentaban siempre las huellas de un dolor profundo, pero este dolor era ahora tranquilo y frío. Su mirada no expresaba ya más que una profunda resignación.

¿Qué pasaba en aquel cerebro extraviado?

Un fenómeno extraño, pero no sin precedente: de la vaga demencia que hasta entonces no había sido sino delirio, pasó de repente á la idea fija, á la locura más positiva, locura que tomó una forma, una entidad, un nombre.

Aislado de sí mismo, alejado del sentimiento de

su propia vida, por la pérdida completa de la memoria, atribuíase los infortunios cuyo relato acababa de conmoverle tan profundamente, y el príncipe de Moria, á partir de esta extraña evolución, fué realmente á sus propios ojos Jacobo Cointel, buhonero, herido en sus más caras afecciones, y llevando en el fondo de su corazón el doble luto de su esposa y de su hija.

Su locura consistió desde entonces en creerse otro, heredando dolores que no eran suyos.

Volvamos, pues, á estos dos hombres aislados en una llanura inmensa, iluminada por los pálidos rayos del astro de la noche.

Uno de ellos, vencido por la inanición, acababa de perder por completo el conocimiento.

Este era Jacobo Cointel, el verdadero, el real.

El otro, el loco, después de haber lanzado á su compañero una mirada desdeñosa y fría, se inclinó, y sin cuidarse de su cinturón lleno de oro, que dejaba en el suelo y al lado del desmayado buhonero, cogió con brazo vigoroso el fardo de Cointel, echándoselo á la espalda; vió luego el bastón de cerezo de su compañero y también se apoderó de él.

El loco hizo todo esto, no como el hombre que se apodera de una cosa ajena, sino como dueño absoluto de lo que tomaba. Hecho esto,

—Vamos—dijo hablando consigo mismo—ve, pobre Jacobo Cointel, prosigue tu doloroso camino: ¡tienes hambre, trabaja y sufre; si tienes sed, apágate con tus lágrimas.

Y así diciendo, se alejó con firme paso, perdiéndose entre las sombras de la noche.

VI

Vamos, si el lector lo permite, á retroceder doce horas para entrar con él en la alcoba que hemos visto á la incierta luz de una lámpara, cuyo melancólico resplandor iluminaba á una joven dormida al lado de una niña de rubia cabellera.

Le pie, armado de un puñal, vimos un hombre que acababa de atravesar el Océano y de arosstrar mil muertes para averiguar la fatal verdad y para castigar á la culpable.

Son las ocho de la mañana; la bella Julieta, princesa de Moria, acaba de salir del pesado sueño en que la habían sumergido las magnéticas influencias de la tempestad, y ha abierto los ojos á la luz que penetra á través de las transparentes cortinas de lustrina.

Mil veces ha pasado por su frente estrecha, pero tersa como pulimentado mármol, una mano delicada, fina, blanca como el marfil, como para separar de ella las nubes amontonadas por el sueño.

Por fin saca de entre las sábanas de batista sus brazos desnudos, que podría envidiar la Venus de Milo, si algún día soñara en completar su hermosura.

Allí está, en su lindo lecho, cubierto de seda azul, incorporada sobre el codo, y la cabeza inclinada con aire meditabundo.

¿En qué piensa la princesa de Moria?

En aquel á quien ama, en el que idolatra, en el que á sus ojos es el más adorable de los hombres.

La princesa piensa en sí misma.

Julieta se admira, se acaricia, pero un pensamiento importuno viene á turbar la calma de su espíritu.

Este pensamiento tiene un nombre.

Este pensamiento se llama Máximo.

Sin Máximo, ningún delecto, ninguna mancha existiría en esta diosa de bronce: pero ella siente de día en día que su voluntad se doblega ante la mirada de este hombre, á quien adora y le teme.

Julieta no piensa en aquel á quien engaña, ni en Dios á quien insulta. Piensa en sí, y se dice: «Yo no soy mía.»

—Cerremos los ojos—exclama—y vivamos.

Se vuelve, y ve la rubia cabeza de la niña que duerme á su lado.

¡Se había olvidado de ella!

La princesa de Moria contempla algunos instantes á su hija; pero de repente sus cejas se fruncen, un ligero rubor colorea sus mejillas, y bruscamente separa las repas y se lanza fuera del lecho.

No bien hubo puesto el pie en la alfombra, lanzó un grito penetrante, y corriendo á la ventana separó las cortinas.

Los rayos del sol iluminaron de lleno la habitación.

Julieta había caído en una butaca, y contemplaba con mirada inquieta uno de sus diminutos pies, en que brillaba una gota de sangre.

Entonces dirigió los ojos al sitio en que había posado su planta al saltar del lecho, y vió sobre la alfombra un grosero puñal, de ancha y corta hoja y de mango de cuerno: un puñal que la hizo palidecer.

Su mirada al mismo tiempo descubría detalles más inexplicables y no menos terribles; al lado del arma, la alfombra conservaba impresas huellas de pasos.

El pie que allí las había impreso debía estar calzado de anchos zapatos llenos de lodo.

La princesa de Moria siguió estas huellas, y vió que iban en dirección á la puerta que comunicaba con su *boudoir*.

Julieta se levantó, corrió á la puerta, y notó que los pasos habían atravesado igualmente el *boudoir*.

Sus piernas vacilaron; un loco terror se apoderó de ella, y con temblorosa mano agitó el cordón de la campanilla.

Un instante después, Agata, su doncella, aparecía en el dintel.

Habríase dicho que esperaba, próxima á entrar al primer llamamiento.

Agata, que parecía muy conmovida, vió la palidez de su señora, y siguió la dirección de sus ojos, que Julieta no podía separar del fatal cuchillo.

A su vez, Agata se estremeció, y apoyándose en una de las columnas del lecho,

—¡Ah!—dijo —Veo... comprendo la causa de la turbación de la señora princesa... Nosotras, desde esta mañana, estamos como locas... seguramente alguno ha penetrado esta noche en el castillo, porque esta mañana, cuando bajó Bautista, ha encontrado abiertas todas las puertas que desle fuera conducen á estas habitaciones por la escalera principal.

—¡Cómo! ¿La puerta principal abierta?

—Sí, señora; la puerta del peristilo, que todas las noches se cierra cuidadosamente.

—Dadme un peinador, y llamad á Bautista.

Bautista, no menos conmovido, sin duda, que Agata, esperaba, como ésta, la más pequeña señal, y la señora de Moria oyó al punto una voz respetuosa que decía:

—Tengo el honor de advertir á la señora princesa que estoy aquí.

—Entrad, entrad—dijo Julieta, envolviéndose en una bata.

Faut sta apareció, llevando en la mano un manojo de llaves que presentó á su señora.

—¿Qué llaves son estas?—dijo vivamente Julieta.—Creo reconocerlas.

—Señora, las he encontrado en la puerta por la cual comunica el salón encarnado con el *bou-doír*; estaban sobre la alfombra.

Julieta tomó las llaves, y después de examinarlas con detención, dijo:

—¿Tenéis noticias de aquella vieja loca que salió enferma del castillo, rehusando los cuidados de todo el mundo y cerrando la puerta al mismo médico?

—¿La señora habla de la mulata?

—Sí. ¿Qué ha sido de ella? Sin duda está ya buena, é impulsada tal vez por alguna práctica supersticiosa que le inspiraba la tempestad, se ha permitido venir aquí esta noche y penetrar hasta mi alcoba, porque estas llaves, las conozco muy bien, son las que ella tenía en su poder.

—¡Mamita ha muerto, señora!

—¡Muerta!... ¿Cuándo?... ¿Por qué no me lo habéis dicho?... ¡Mamita ha muerto!...

—Sí, señora. Yo había creído, como la señora princesa, reconocer esas llaves, y mi primera idea fué montar á caballo para ir á preguntar á Mamita. Llegué, eché pie á tierra, aproximéme á la puerta, que estaba entreabierta, y ví en su lecho á la americana con la cabeza colgando hacia un lado.

Su semblante tenía un color plomizo, y sus ojos estaban entreabiertos; me acerqué, y pude convenceme de que estaba muerta, y que su muerte debía remontar é á muchas horas antes, porque estaba rígida y fría como el mármol.

Julieta se levantó y dió algunos pasos con agitación febril.

Al oír una exclamación lanzada por Bautista, se volvió bruscamente.

—¿Qué pasa?

Bautista se había inclinado para examinar las huellas grabadas en la alfombra.

—¡Sí, sí!—continuó Julieta con voz que el miedo comenzaba á enronquecer.—Estas huellas...

yo era una loca al pensar en Mamita... es el pie de un hombre.

—Puedo asegurar á la señora que he hallado huellas exactamente iguales á éstas...

—¿Dónde?... ¿Dónde?

—En la cabaña habitada allí abajo, por.. la nodriza.

—¿Iguales? ¿En la cabaña?

—Sí, iguales; impresas junto al lecho de la anciana, como éstas se han grabadas junto al lecho de la señora.

Julieta palideció más aún. Parecíale que un dique acababa de romperse, y que un mar de pensamientos nuevos invadía su cerebro.

El criado, con propósito deliberado ó no, había insistido en el título de nodriza dado á Mamita; ahora bien: de la nodriza al amamantado, del esclavo al señor, no hay más que un paso, y la conciencia de Julieta acababa de franquearlo.

Un estremecimiento de horror agitaba su cuerpo.

Durante algunos segundos permaneció en pie, inmóvil como una estatua; luego su mirada se fijó en la niña dormida.

Una visión rápida cual un relámpago la presentó delante á un hombre pálido, amenazador, de pie junto á la cama cerca de su lecho, y con un ancho puñal en la mano... Luego, al lado de ella, al ángel cuya santa presencia quizá la había defendido.

Un impulso de reconocimiento egoísta iba á precipitarla sobre aquella bendita cabeza, que quería oprimir bajo sus labios; pero sus ojos encontraron de nuevo el puñal, colocado entre ella y la niña.

La joven retrocedió espantada, no atreviéndose á salvar la distancia que la separaba de su hija...

De repente la puerta se abrió con estrépito y un hombre apareció en el dintel.

—¿Quién va? ¡Dejadme!—dijo Julieta en tono casi brutal.

El ayuda de cámara y Ágata se precipitaron hacia la puerta para impedir la entrada al recién llegado.

—Perdonad—dijo éste con tranquilo acento—pero lo que ocurre es bastante grave para que se me dispense mi inopunidad. Vengo, como es mi deber, á ponerme á las órdenes de la señora princesa.

Esta había recobrado toda su sangre fría.

—¡Ah, sois vos, señor guardabosque!—exclamó.—En efecto...; me alegro de que hayáis venido. Esperadme en el salón encarnado. Bautista, acompañadle, vos, Ágata, salid.

Bautista y Ágata obedecieron, y vuelta á cerrar la puerta, levantóse Julieta, echó sobre sus hombros un elegante chal y pasó á la habitación contigua, llamada el salón encarnado.

Era Máximo un joven de veintiocho á treinta años. Vestía chaqueta y calzón de veludillo verde, zapatos de cuero y groseras polainas que subían hasta la rodilla.

Un largo bigote negro ocultaba su labio, y negros y rizados bucles adornaban su frente.

Eran sus ojos rasgados, largas sus pestañas y

su cutis recordaba la palidez de las hermosas pinturas de la escuela italiana.

En una palabra; Máximo habría podido pasar indistintamente por el Apolo de Belvedere ó por un descendiente de noble casa.

Pero contemplándole más de cerca, notábanse en su semblante ciertas señales, ciertas arrugas precoces, que parecían revelar que la belleza moral de aquel joven estaba muy lejos de igualar á su belleza plástica.

Sus ojos se entornaban al sentirse heridos por la luz, perdiendo su penetrante limpidez para adquirir cierto aspecto de falsedad é insolencia y su sonrisa afectaba más ironía que franqueza.

Su rostro, en fin, no era hermoso sino cuando su dueño dormía.

Cuando volvía á la vida, cuando comenzaba á reanimarse, se transfiguraba, por decirlo así, y su aspecto no era ya sino el aspecto de un hombre gastado por vulgares pasiones; frío como un procurador, egoísta y voluptuoso y de una independencia moral sólidamente sujeta á la independencia del corazón.

Este joven ejercía sobre Julieta el prestigio que siempre ejercen las naturalezas frías y viciosas sobre los temperamentos apasionados.

El había sido el primer dainio ensueño de esta joven, que en otra época arrasaba su precoz pubertad en los perfumados pasillos de la Ópera durante la noche, y en la calle Serpente durante el día.

Pero el oráculo de la Cervecería de Bucy, la estrellita del baile Bullier, el dictador político y literario de una casa de huéspedes instalada en el piso principal del edificio, cuyo sexto cuarto ocupaban Julieta y su madre, Máximo Lecuyer, en fin, tardó mucho tiempo en echar de ver la belleza de Julieta, que palidecía y se apoyaba en la barandilla cada vez que él la encontraba en la escalera. El recuerdo de Máximo no se separaba un instante de su imaginación calenturienta, y su error no fué otro que creer que ella llegaría á dominar algún día al que ya era dueño de su corazón.

Cuando la joven entró en el salón donde Máximo la esperaba, el semblante de Julieta estaba livido.

—¡Era él! ¡Era él!—repetía obstinadamente.—Mamita no ha sido aquí más que una espía. A ella es á quien él ha ido á ver al llegar; ella es quien se lo ha revelado todo; ella quien le ha entregado las llaves y el puñal... Y si no me ha herido, es porque temió que la sangre salpicara á su hija.

Máximo, arrellanado en una butaca, escuchaba sonriendo á Julieta, y entornando sus ojos, según su costumbre,

—Señora princesa—dijo—sois una encantadora joven, dotada de una imaginación... sublime, y allí donde otros no verían más que una tentativa de robo, con ayuda de llaves sustraídas, vos descubríis una nueva Desdémona amenazada por un Otelo.

—Son frases demasiado espirituales quizás y que se escapan á mi inteligencia.

—Pues bien; voy á explicarme con más claridad: creo que se trata de un vagabundo venido de Brest ó de Poissy, ó quizá de algún criado despedido de esta casa, que sabiendo que la anciana Mamita habitaba sola y que tenía en su poder las llaves del castillo, ha comenzado por penetrar en la cabaña y ha debido, para apoderarse de ellas, ayudarla á exhalar el último suspiro.

—No, no; era él, os lo aseguro. Lo sabe todo, y lo que no ha hecho esta noche, lo hará tal vez la noche próxima, ¿Quién nos dice que no espera escondido en algún rincón del castillo? ¿Que no está oculto... allí... detrás de esa puerta?...

—Si está allí... detrás de esa puerta, preciso es que tenga muy buenas piernas, pues yo le he visto correr...

—¿Le habéis visto?... ¿Dónde?... ¿Cuándo?... ¡Hablad!... ¿No comprendéis que me estáis matando?...

—Escuchadme, pues...: anoche, después de haberos esperado en vano hasta las doce, llegué bajo vuestras ventanas, que estaban entornadas. A aquella hora dormíais, sin duda.

—Sí... estaba fatigada.. Debí dormirme muy pronto y con sueño muy profundo.

—Pues bien; yo estaba, como os decía, debajo de las ventanas de vuestra habitación, en cuyas cortinas ví dibujarse una sombra.

—¡Y no gritásteis!

—Creía que érais vos. Conozco el espanto que os inunda de el trueno, y supuse que la tempestad os habría despertado.

—¿Luego?... ¿Luego?...

—Temiendo que os sintierais presa de alguna agitación nerviosa, me aproximé al muro, que golpeé con las manos, para advertiros mi presencia...

—¿Y entonces?...

—Entonces, este ruido intimidó, sin duda, al ladrón, porque en el momento en que, después de un minuto de espera, me disponía á repetir la señal, ví pasar á alguna distancia de mí á un hombre que huía.

Me lancé en su persecución: al principio se perdió entre la obscuridad; pero bien pronto la luz de un relámpago me lo hizo ver de nuevo doscientos pasos más allá, corriendo con rapidez vertiginosa en dirección al bosque.

Esta vez pude contemplarle: llevaba la cabeza descubierta, agitaba los brazos, y en su cara era chocaba contra los árboles, vacilaba y caía; un segundo después se levantaba para continuar su rápida marcha.

Gritele entonces que si no se detenía enviaría á su encuentro la bala de mi carabina, y así lo habría hecho, si las tinieblas no hubiesen ocultado á mi vis a al miserable.

¿Suponéis aún que el necio que corría con energía tan rara era un noble príncipe, un esposo ultrajado, venido expresamente de América para vengar su honor?

El razonamiento de Máximo, muy justo, aplicado á un hombre en posesión de toda su inteligencia, era falso en lo que concernía al príncipe

de Moria, que, ya privado de razón, huía de los amenazadores espectros de la demencia, y tomaba por clamores sobrenaturales los gritos que oía, mezclados con los bramados de la tempestad.

—En efecto—murmuró Julieta—tenéis razón; no podía ser él, no era él... ¡Alabado sea Dios!

Y exhaló un profundo suspiro de consuelo.

—¡No era él!—repitió.

En este momento resonó un discreto golpe dado en la puerta, y previo el permiso de Julieta, entró Bautista.

Traía en la mano una bandeja de plata, que presentó á la princesa, diciendo:

—Los periódicos y una carta de Ultramar para la señora princesa.

La joven se apoderó vivamente del pliego.

Bautista salió, después de haber dejado la bandeja sobre un velador.

Julieta, al ver la carta, se estremeció.

Estaba timbrada en las Antillas, y escrita por mano desconocida.

Era la primera vez que Julieta recibía de las colonias una carta que no fuese de su marido.

Una vez abierta, miró la firma y leyó las primeras líneas con febril ansiedad.

De repente palideció, lanzó un grito de terror, y dirigiéndose á Máximo, presentóle la carta, diciendo:

—Tomad... leed... ¡estoy perdida!

Máximo leyó lo que sigue:

«Señora:

»Creemos de deber informaros de que el príncipe de Moria ha abandonado bruscamente á Guadalupe, sin avisar á nadie, y en el momento mismo en que fuimos á entregarle una suma considerable, en virtud de lo que con él habíamos estipulado.

»Hasta ahora, creemos que la causa de tan precipitado viaje ha sido una carta que el señor de Moria recibió de Francia, y que se nos asegura le produjo la impresión más viva.

»Pocos instantes después de haber recibido dicha carta, salió de casa y no ha vuelto. Hemos hecho las más activas investigaciones, pero ni una sola noticia hemos adquirido sobre la suerte de vuestro esposo. Únicamente hemos podido averiguar que el *John Arthur* es el único navío que se ha hecho á la mar después de la desaparición del príncipe.»

—¡El *John Arthur*!—repitió lentamente Máximo.

—¡Continuad, continuad!—exclamó Julieta.

«Cierto que en la doble hoja de ruta, que hemos visto, no aparece el nombre del señor de Moria; pero el citado buque suele admitir á bordo mayor número de pasajeros del que le está permitido, y es muy posible que el nombre del príncipe haya sido omitido deliberadamente.

»Esta es nuestra última esperanza. Nos felicitaremos de que vuestras suposiciones se hubieran realizado, y de que el señor de Moria estuviese ya de vuelta en Francia, en cuyo caso le suplicamos nos indique el medio por el cual desea lle-

gue á su poder la suma de un millón ochocientos mil francos que debemos entregarle.

»CHATARD, padre é hijo.»

—¡Y bien!—dijo Julieta.—¿Creéis aún en vuestro ladrón? Héctor ha recibido una carta que nos denunciaba, y ha partido...

—¿A bordo del *John Arthur*?

—Sí.

—¡Ah! ¡Si yo estuviese seguro de ello!

—¿Qué queréis decir?

—Aguardad.

—Y comenzó á hojear un paquete de periódicos que se hallaba sobre una mesa.

—Decidme, ¿qué buscáis?

—Poca cosa; un suelto que he visto hace dos días, en el diario marítimo que recibís desde que el príncipe está en Ultramar.

Dicho suelto, que yo leí sin prestarle atención, es hoy de gran interés para nosotros.

Aquí está, leed.

Y presentó el periódico desplegado á Julieta, señalándola á la vez con el dedo una noticia con el siguiente epígrafe:

INCENDIO DEL «JOHN ARTHUR»

Julieta lanzó un grito y se apoderó del diario. He aquí lo que leyó:

«Un espantoso siniestro acaba de verificarse en las costas del Havre. El *John Arthur*, buque de tres palos y de 750 toneladas, se fué á pique el día 4 de Junio último, á consecuencia de un incendio que no pudo ser sofocado.

»El fuego se propagó con tan espantosa rapidez, que todos los esfuerzos del valiente capitán Privat fueron desgraciadamente infructuosos. Todo ha desaparecido bajo las aguas.

»Sólo un hombre ha podido ser recogido por una lancha de la aduana, que le ha conducido á Cherbourg; se llama Jacobo Cointel, y venía de la Guadalupe.

»El comisario de marina que ha recibido su declaración hizo se le facilitasen los socorros que su estado exigía, y felizmente está fuera de peligro.»

—Y todos los demás han perecido. Luego si el príncipe iba á bordo de este buque...

—Habrá muerto.

—¡Muerto!—murmuró con sorda voz Julieta, cuya palidez le prestaba un nuevo encanto.—¡Habrá muerto! ¡Yo seré libre!... Y al pronunciar estas últimas palabras, dirigió una mirada rápida á Máximo, que se contentó con sonreír.

El joven sabía muy bien que tenía que habérselas con una mujer que dominaría siempre, pero á quien jamás subyugaría por completo.

Esperaba los acontecimientos, y los esperaba siempre á pie firme.

Iba Julieta á precipitarse en sus brazos, pero un ligero grito la hizo retroceder un paso.

Su mirada se clavó en la cortina de terciopelo que cerraba la puerta de la alcoba.

La cortina se levantó suavemente, y una niña

apareció sollozando y con las lágrimas en los ojos.

—Y bien, ¿qué quiere decir esto?—exclamó Julieta con severo tono.—¿Os habéis levantado sola, señorita? ¿Por qué no habéis esperado á Rosalia?

Pero la niña, siempre triste y llorosa, avanzó algunos pasos. Nada tan adorable y tan dulce como esta aparición.

—Veamos—continuó la madre con acento más cariñoso—¿qué te afige? ¿Por qué lloras?

Julieta se inclinó para estrecharla contra su pecho.

Pero la niña, redoblando sus lágrimas, exclamó con voz entrecorrida por los sollozos:

—¡Papá!... ¡Quiero ver á papá!...

Julieta y Máximo se estremecieron.

—¿Por qué—preguntó Julieta con acento conmovido—por qué quieres ver á tu padre?

—Porque ha venido.

—¿Qué ha venido?...

—Sí, ha vuelto. Le he visto esta noche. ¡Quiero ver á papá!...

Y la niña continuaba llorando.

Julieta, desfallecida, se había dejado caer en una butaca; no tuvo fuerzas para hablar, pero sus ojos se clavaron en Máximo.

Este, que había recobrado toda su sangre fría, se encogió de hombros, y dijo:

—Es un sueño que ha tenido.

—No, nunca hasta ahora ha soñado con su padre: nunca.

—Y sin embargo, no puede ser él aquél á quien yo perseguí. No puede ser él aquél á quien yo vi huir como un ladrón.

Luego, levantándose bruscamente y tomando el periódico, añadió:

—¿Iba realmente á bordo de este buque? ¿Vive ó ha muerto? Quiero saberlo, y lo sabré muy pronto.

—¿Cómo lo sabréis? ¿Quién ha de decíroslo?

—Jacobó Cointel, á cuya busca me consagro desde hoy, y á quien no tardaré en encontrar.

Máximo partió, en efecto, aquel mismo día en busca del buhonero; pero ya había dos Jacobos Cointel

más renombradas de la comarca que se extiende entre Elbeuf y Pont Audemer.

Esta posesión, que media cerca de trescientas hectáreas, era célebre por sus dehesas, de donde salían todos los años cincuenta magníficos potros de tiro, de silla y de labor.

Lámase *La Chantepie*, y pertenecía á un hombre muy conocido en aquel país, á quien se apellidaba *el Coronel*, á pesar de sus gruesas botas, su gorra de piel de nutria, su chaqueta de toco paño en invierno y de dril en verano.

Si quince años antes se hubiera dicho al más bravo, al más apuesto de los oficiales del ejército de Africa que estaba en visperas de abandonar la espada por el látigo del labrador normando, el teniente coronel Bordier, que tales eran su grado y su nombre, se habría contentado con responder á esta broma inconveniente con un encogimiento de hombros más provocativo que cortés.

Y, sin embargo, esto fué lo que sucedió al siguiente año.

Un tío suyo, viejo solterón, á quien apenas conocía, comenzó á dar de repente muestras de loca ternura á su glorioso sobrino.

Apoderóse de él este extraño cariño precisamente en el momento mismo en que redactaba su testamento. La gloria de su nombre, ó tal vez algún sentimiento de equidad, inspiraron al solterón, que legó cerca de seiscientos mil francos á este sobrino, á quien jamás había conocido sino por retrato.]

El teniente coronel Bordier supo la noticia de tan inesperada fortuna en Burdeos, donde á la sazón se hallaba su regimiento, y donde hacia, preciso es decirlo, aunque casado y dos veces padre, una vida tan brillante como poco ejemplar.

Pero habiéndole alejado bruscamente de sus placeres las formalidades necesarias para adquirir la herencia, y vuelto á París al lado de su esposa y de sus dos hijas, aconteció que, de repente, y sin causa visible, sin motivo conocido, el teniente coronel se transformó de pies á cabeza, volviéndose tan grave, tan reservado, como desordenado y aturdido había sido hasta entonces.

Poco á poco dejó de ver á sus amigos, de figurar en los salones, de ir al Bosque y á las carreras, y finalmente, un día corrió la noticia de que había presentado su dimisión al ministro de la Guerra, y de que acababa de adquirir una quinta en Normandía, á donde pensaba retirarse para siempre.

Así desapareció de la escena del gran mundo el apuesto coronel Octavio Bordier.

Tres años después murió su esposa, víctima de un aneurisma, y el coronel quedó solo con sus dos hijas.

Hoy le encontramos en *La Chantepie*, rodeado de numerosos convidados, que en este momento se pasean, los unos bajo los frondosos tilos de la avenida que conduce á la casa, los otros bajo los manzanos del vasto jardín que se extiende detrás del edificio, y en cuyo medio se vé una mesa de treinta cubiertos, adornada con canastillas de flores.

SEGUNDA PARTE

VII

En el fondo de uno de esos hermosos valles que se extienden de Norte á Oeste, y que como magníficos ríos de verdura desembocan en ese otro río no menos hermoso que, á partir de Rouen, se llama el Sena Inferior, á orillas de un arroyo, al abrigo de los aires del Norte, y acariciada constantemente por las brisas del Mediodía, se alzaba, todavía hace algunos años, una de las quintas

Esta recepción matinal reconoce por causa un almuerzo que el coronel ofrece á las personas más fauoyentes del país, de donde acaba de ser nombrado alcalde, y al cual ha invitado además, por razones particulares, á un joven abogado de Rouen, Ernesto Duvallon, así como también á un antiguo compañero de regimiento, el doctor Lécuyer, de quien vamos á decir algunas palabras.

El doctor Lécuyer es un hombre ardientemente estudioso, que hizo en otro tiempo, en calidad de aficionado, las más rudas campañas de Africa á fin de estudiar sobre el terreno ciertos efectos de insolación y ciertas afecciones cerebrales propias de aquellos climas.

Durante el curso de estas expediciones, contra-jo la amistad más viva con Octavio Bordier; pero no siendo las mismas sus condiciones de existencia, hubieran concluido por perderse de vista, si Lécuyer no hubiera ido á establecerse en Rouen, en la época en que el coronel se instalaba en la *La Chantepie*.

Habiéndoles reunido de nuevo esta vecindad, ambos sintieron renacer su antigua amistad, y el doctor Lécuyer llegó á ser muy pronto comensal obligado en la quinta.

El doctor ocupa en Rouen una alta posición médica, no sólo por su numerosa clientela, sino también como director de un establecimiento, cuya reputación se extiende por Europa entera, y cuyo fin especial es el tratamiento de las enfermedades mentales.

Lécuyer, que en este momento se pasea, alejado de los demás, con el joven abogado, venido, como él, de Rouen, es de baja estatura, grueso y bien plinado sobre sus piernas cortas y vigorosas.

Tiene más de cincuenta años, pero se le creería mucho más joven, porque sus cabellos castaños no ostentan un solo hilo de plata, y alrededor de sus pequeños ojos grises y brillantes no se ve una sola arruga.

Toda su fisonomía revela cierta agudeza y buen humor, y su sonrisa cortesía y bondad.

Es un hombre de esos á quienes se estima desde que se les vé, y en quienes se confía desde que se les oye.

En una palabra, esta energía franca, todo este conjunto simpático, ofrece el contraste más perfecto con otra fisonomía ya conocida del lector, la de su hijo, la de Máximo, que envejece en el vicio, mientras que su padre parece rejuvenecer con el trabajo.

—Amigo mío—dice Lécuyer á aquel en cuyo brazo se apoya—he llenado fielmente la delicada misión que me habíais confiado. Acabo de pedir para vos, á nuestro querido coronel, la mano de su hija menor.

—¿Y el coronel ha contestado?...

—Accediendo á nuestros deseos.

—Gracias, doctor; os deberé la realización de mis más bellos sueños.

—Debo, sin embargo, participaros una decepción que yo estaba muy lejos de esperar.

—¿Una decepción?

—Bordier, hablándome de sus proyectos sobre el matrimonio de Susana, la mayor de sus hijas, me ha repetido muchas veces que la daría doscientos mil francos de dote...

—¿Y bien?

—Juzgad cuál no sería mi sorpresa, cuando, accediendo á vuestra unión con Ermelinda, me ha confesado francamente que no aportaría á su matrimonio más que cien mil francos.

—Me bastan los cien mil francos, doctor; mis hijos recibirán el resto. Lo que yo necesito es una mujer pura, bien educada, é hija, sobre todo, de una de las familias más influyentes en el país.

—Comprendo, amigo mío, sois abogado; todos los abogados hoy son ambiciosos, y vuestra ambición no repara en cien mil francos más ó menos. Lo que buscáis es una base sólida para vuestra futura fortuna; esta base es el ascendiente que os ha de dar la noble familia Bordier. El yerno del coronel puede llegar á ser muy bien consejero general.

—El consejero general puede llegar á ser diputado.

—El diputado, ministro.

— el ministro, jefe del Poder Ejecutivo á la caída de cualquier ministerio.

—Comprendo todo esto á las mil maravillas—dijo el doctor—pero noto un detalle que no me explico. ¿Por qué, mi querido Duvallon, habéis pedido la menor y no la mayor de las hijas de mi amigo Bordier?

—Este punto, mi querido doctor, exige una breve explicación; con la sola esperanza de llegar á ser el marido de Susana me hice presentar aquí; pero apenas había comenzado á poner en práctica mi plan, apenas empezaba á dejar escapar de mi pecho esa serie de ahogados suspiros, y á dirigirla esas tiernas miradas á hurtadillas, y que se repiten con cuidado cada vez que no han sido vistas; apenas había emprendido ese corto trabajo, cuyo objeto es hacerse adorar, y cuyo resultado infalible es enamorarse, cuando Susana me dió explicaciones tan francas y leales, que no admitían replicas:

«—Caballero—me dijo un día—mi padre, ya lo habrís comprendido, me ama con tal ternura, que á veces podría hacer suponer que siente por mí una preferencia injusta. Así, pues, me dejará en libertad completa de disponer de mí misma.

»Ahora bien: habéis venido aquí para casaros, y yo tengo la firme resolución de permanecer soltera. Ermelinda, por el contrario, será una cumplida esposa; tiene para el matrimonio todas las cualidades de que yo carezco. Seguid el consejo que os doy; no tratéis de ser mi marido; consentid en ser mi hermano.»

Había en su mirada, en su voz, tanta convicción, franqueza y lealtad, que yo habr'a creído indigno de ella y de mí responderle con una protesta banal. He seguido su consejo, y dirigiendo á la izquierda los suspiros y las miradas que antes habia dirigido á la derecha, he hecho, para ser amado de Ermelinda, tan concienzudos esfuerzos...

que he llegado á enamorarme realmente de ella. Y he aquí, mi querido doctor, cómo, habiendo venido á esta casa con ánimo de unirme á Susana, os he rogado pidáis para mí la mano de su hermana Ermelinda.

—¡Ah! Aquí están los dos extraviados; adiviné que estáis un filiso ando juntos.

La joven que así hablaba salió al encuentro de nuestros dos paseantes, seguida de otra joven alta y muy bonita.

—Ofrecedme el brazo, señor Duvalon, y vos, doctor, tomad el de mi hermana, que tiene que comunicaros noticias de la mayor importancia.

Ermelinda tenía una vivacidad, una gracia, una gentileza, que daban nuevo realce á su hermosura.

En cuanto á Susana, que había aceptado, sonriendo, el brazo del doctor Lécuyer, y hecho señal á los enamorados de que caminaban delante, parecía tan retraída como expansiva, y comunicativa Ermelinda. Morena, elegante, de flexible talle, de finas facciones y delicado cutis, ojos negros y rasgados, nariz recta, boca pequeña, labios de un rojo sensual, era Susana ingenua, humilde y candorosa.

—Mi querido doctor—dijo á Lécuyer—¿es cierto que mi padre no quiere dar á mi hermana sino la mitad de la dote que á mí me había destinado?

—¡Ya lo creo! Y lleva mucha razón.

—¿Y por que?

—Porque Ermelinda es la menor, y en justicia, no debiera casarse sino después que vos. Vuestro padre considera este cambio en el orden natural de las cosas como una injusticia, por la cual os debe una recompensa.

—¿Y él llama una recompensa á la herida más dolorosa que podría hacer á mi corazón!...

—Susana, no esperaba yo menos de vos.

—Es preciso que me prestéis un servicio, mi querido doctor: deseo que obtengáis de mi padre, que bajo cualquier pretexto deje á sus amigos y vaya á mi cuarto, donde yo le esperaré.

—¡Diantre! Va á enviarme á paseo.

—No quiero que persista ni un momento más en su injusto propósito. Haced esto por vuestra Susana, querido doctor, que os amará con toda su alma. Con que está dicho, ¿no es cierto?

—Está bien; haré prodigios por obtener lo que deseáis; pero, al menos, dadme el premio de mi trabajo.

Susana, siempre reflexiva, presentó la frente, en la que el doctor Lécuyer posó suavemente sus labios; luego se separaron; él para dirigirse al jardín, en donde estaba ya preparada la mesa municipal; ella para entrar en un lindo pabellón, mitad *boudoir*, mitad cuarto de labor, que con una alcoba tapizada de seda rosa y blanca formaba su retiro.

Una vez allí, recostóse en un diván y esperó.

—Sí—murmuró—sí; es preciso que mi padre me escuche y conozca al fin mi suprema resolución... Y vos, madre mía, ayudadme; dadme valor para que mi espíritu no vacile ante las lágrimas que voy á hacer correr

La joven guardó silencio; apoyó la cabeza en su mano, y pareció descender lentamente para escurrir hasta los más profundos pliegues de su alma.

El propietario de La Chantepie llegaba á algunos minutos después al lado de su hija.

Bordier, al entrar, se sentó en un sofá, y allí permaneció silencioso y con adusto semblante.

Susana se había aproximado á él, y le contemplaba con una expresión mezcla de temor y cariño.

El coronel vestía el traje de los días festivos, esto es, chaqueta de terciopelo negro, pantalón de fina lana y camisa de aristocrática blancura.

Era un hombre en todo el vigor de la edad; alto, de compleción fuerte y cutis bronceado por el sol americano.

Un bigote largo, poblado y siempre peinado con el mayor esmero, adornaba su labio.

Sus ojos ostentaban la expresión de una infinita ternura.

Se esforzaba por hacer ronca su voz, pero con el solo objeto de no oír la de su corazón, que como él decía, estaba siempre pronta á mezclarse en lo que no le importaba.

—Deseabas hablarme—dijo al fin con su fingida rudeza.—Veamos qué quieres.

—Padre mío, os he oído decir muchas veces que el día en que yo me casase me daríais doscientos mil francos de dote.

—¿Y bien?

—Hace un instante, cuando os han pedido la mano de Ermelinda, habéis dicho que no la dotaríais más que en la mitad de esta suma.

—Es mi firme voluntad. ¿Acaso no tengo derecho á disponer de mis bienes como me plazca?

—Permitidme preguntaros, padre mío, qué diferencia halláis entre Ermelinda y yo.

—Tu hermana es la menor—respondió el coronel con tono seco—y no es conveniente que se case antes que tú.

—¿Y es este solo el motivo que tenéis para disminuir su dote en la mitad?

—¡Ah! ¡Mil rayos! ¿Qué otro motivo podéis suponer que tenga, señorita?

Los ojos del coronel lanzaron un relámpago.

Luego se levantó, y acercándose á su hija y estrechándola contra su pecho,

—Perdóname, hija mía—la dijo—no hagas caso de estos bruscos arranques. Tú me conoces, y sabes que mi cólera pasa pronto. Pues bien; sí, quiero hacer por tí un gran sacrificio; quiero darte doscientos, trescientos mil francos, toda mi fortuna, para que seas dichosa. ¡Eres tan buena, tan linda, tan cariñosa!

—¿Y si yo os dijese que mi dicha no está en el matrimonio?...

—Te contestaría que no sabes lo que dices, y añadiría que tu locura acabaría por hacerme el más desgraciado de los hombres, si tuviera el egoísmo de preferir mi felicidad á la tuya... Pero no, no; es preciso que tú también te cases, y que yo me quede solo... sin una sonrisa que por la mañana venga á contestar á mi sonrisa; sí, solo, sin

esposa y sin hijas. ¡Ah! ¡Qué triste es ser viudo!
El coronel, guardando silencio, inclinó la cabeza.

Susana le dirigió una mirada tímida, y con voz temblorosa exclamó:

—¡Oh! La recordáis siempre con pena, ¿es verdad?

—¿De quién hablas?

—De mi madre.

Bordier levantó los ojos para mirar fijamente á su hija, y respondió con conmovido acento:

—¡Sí, hija mía, sí, lloro á tu pobre madre! Pero ¿por qué me haces esa pregunta?

—Para que me contestéis lo que acabáis de contestarme.

Y cubrió de besos las manos de su padre.

—¿Qué haces? ¿Qué significa todo esto?

—Padre mío, no ha de ser ella sola la que ruegue por vos en el cielo, que otra pobre criatura pedirá día y noche á Dios que os bendiga y os proteja. Sí, sí, seremos dos, la una muerta y la otra viva, para mezclar vuestro querido nombre á nuestras oraciones.

—¡Ah! Veamos... ¿qué galimatías es este? ¿Qué es lo que quieres decir?

—Quiero decir, padre mío, que no debéis mermar la dote de mi hermana para aumentar la mía, porque mi dote no ha de ser muy considerable... Dios no se desposa sino con los pobres.

—Dios no se desposa... Veamos, ¿qué quieres decir, qué significa todo esto?

—Padre mío, he resuelto hacer votos eternos.

—¡Votos eternos! ¿Tú! ¿Estás loca? ¿He comprendido bien? ¿Piensas acaso... en el convento?

—En el convento, no; pero sí en el más santo, en el más glorioso de los celibatos.

—Vamos, ya comprendo—exclamó el coronel levantándose como un loco, y recorriendo el gabinete á pasos agigantados.—¡Sí, sí, mía es la culpa; yo soy quien le ha inspirado esa idea con mis historias militares.

Le he referido demasiadas veces nuestros combates, nuestros sufrimientos y el heroico sacrificio de las Hermanas de la Caridad. ¿Quieres hacerte Hermana de la Caridad?

—Sí, padre mío.

—¡Y lo dices seriamente!.. Ya tenía yo un sentimiento de tu demencia. Desde que murió tu madre, no eres la misma; te has vuelto más sombría y silenciosa; cierto que es preciso llorar á los muertos, pero no hasta el punto de dejarse morir ó de causar á los vivos dolores crueles é incurables.

Susana inclinó la cabeza para ocultar á su padre su palidez y sus lágrimas.

—¡Lágrimas!—gritó el coronel estrechándola entre sus brazos, y obligándola á sentarse á su lado.

—Veamos, veamos, mi buena Susana, hija mía... no te afijas de ese modo, no me desesperes. ¿Quieres que te diga la verdad? Pues bien; á tí te sucede lo que á menudo sucede acontecer á las jóvenes... Padecen de alucinaciones; pero yo haré que desaparezcan: te distraerás, viajarás,

irás á París; y todas esas quimeras se alejarán de tu espíritu, como las nieblas de la mañana se disipan al aparecer el sol en el horizonte. Vamos, enjuga esas lágrimas, y hablemos.

—¡Ay de mí! ¡La fuerza que me arrastra, la voz que me habla, son mil veces más poderosas que todos los poderes de la tierra!... ¡Es preciso... es preciso!... ¡Padre mío, perdonadme; pero ya no pertenezco ni á vos ni á mí misma; pertenezco á Dios!...

—Desventurada! ¿Has prestado algún juramento?

Bordier estaba pálido, tembloroso, y miraba á su hija con expresión de mortal angustia.

—Aún no—dijo Susana—aún no; pero debo y quiero hacer cuanto antes mis votos.

El coronel respiró como un hombre que acaba de escapar de un gran peligro.

—Está bien: eres hermosa, joven, rica, adorada de tu padre; y cuando debías esperar serlo también de un esposo y de tus hijos, renunciás á todos estos bienes, á todas estas promesas del cielo. Tal es tu propósito, ¿no es cierto? Pues bien; no te pido más que una cosa: concédeme seis meses. Hasta que hayan transcurrido seis meses, no pronuncies ese juramento. ¿Me lo prometes?

Susana pareció reflexionar.

—Veamos—insistió Bordier—¿es acaso imposible lo que te exijó?

—Antes de responderos, padre mío, deseo que vos también me otorguéis otra cosa.

—¿Cuál? Habla.

—Quiero que deis á mi hermana la dote que os proponíais darme á mí.

—¡Jamás!—dijo el coronel, levantándose á impulsos de un arranque de cólera.—No reconozco á nadie el derecho de disponer de mi fortuna.

—Entonces—exclamó Susana, dirigiéndose hacia un Crucifijo de marfil que estaba colgado en la pared—entonces, padre mío, escuchad el juramento que voy á prestar en presencia de Dios...

—¡Susana!..

—Vuestra promesa, vuestra promesa, ó juro... Hablad... ó yo soy quien habla...

—¡Calla!... ¡Ni una palabra más!... Tendrá la dote; pero ¿esperarás los seis meses?

—Esperaré, padre mío.

—No es esto todo. Quiero que me prometas que durante ese tiempo serás libre para con tu conciencia y para con Dios.

—Lo seré.

—Está bien: hasta luego.

Y abrazó á su hija, mientras que se decía:

—Poco he de poder si no le encuentro un marido de aquí á entonces.

Iba á salir, cuando se oyeron en el jardín gritos desgarradores y confusas voces que demandaban socorro.

Susana y su padre corrieron á la ventana, y el espectáculo que se ofreció á su vista les llenó de espanto y horror. Un toro de la magnífica raza de Durham, habiendo roto las trabas que le sujetaban, saltaba por entre los convidados, que huían delante del furioso animal.

—¡Un arma! ¡Mi carabina!—gritó el coronel, precipitándose en una de las piezas contiguas.

El toro, en tanto, se lanzaba en seguimiento de una joven, cuyo sombrero, adornado con flores encarnadas, atraía su atención.

Un grito, un grito unánime se escapó de todos los pechos.

La joven, en su huida, acababa de tropezar en una raíz á flor de tierra, y yacía á algunos pasos del toro, que estaba á punto de caer sobre ella, cuando, como si surgiera de debajo del suelo, aparece un hombre, y con el fuerte bastón que esgrime en su mano, asesta un golpe terrible en la espumosa boca del toro, que se detiene, mira al agresor y se precipita sobre él.

Ermelinda, pues ella era, está fuera de peligro; pero su salvador ha caído á la primera embestida del animal, agobiado, además, por el peso de un fardo de buhonero que lleva á la espalda.

Los terribles cuernos del toro rasgan ya su pecho, cuando se deja oír una detonación.

El toro da un salto hacia atrás, azotándose los ijares con la cola.

Va á precipitarse de nuevo, pero una línea roja surca ya su frente, vacila y cae.

La bala del coronel le había herido entre los dos ojos.

—¡Paso, paso!—grita entonces el doctor Lécuyer, que se lanza sobre el herido.—Preparad cuanto antes agua, hilas, vendajes y un lecho.

—Le cuidaremos ambos, doctor—dijo Susana que acababa de llegar.

—¿Ambos?—respondió el médico.—¿Acaso, Susana, piensas hacerte Hermana de la Caridad?

—Tal ve—respondió sencillamente Susana, levantando la pálida frente del buhonero.

VIII

Este acontecimiento hizo que el almuerzo ofrecido por el coronel Bordier en La Chantepie á sus nuevos administrados se abreviase en lo posible.

Apenas hubieron partido los convidados, el coronel, acompañado de Ermelinda y de Duvalon, su prometido, atravesó el patio donde estaban los establos, entró en un estrecho sendero protegido por la sombra que proyectaban las acacias que crecían á uno y otro lado, y se detuvo delante de la puerta de una caseta contigua al molino movido por la Mirette, pequeño río que atravesaba la propiedad.

Susana, que les había visto llegar desde el umbral de su casa, comprendió en el modo como su padre daba el brazo á Ermelinda y en la sonrisa de satisfacción de Duvalon, que la promesa que pocos momentos antes había arrancado al coronel había sido cumplida, y que su hermana había recibido ya la dote que ella, por su parte, había rehusado.

La joven dirigió á su padre una mirada tan tierna que, no pudiendo éste contenerse, corrió á abrazarla; luego le dijo con el ronco acento con que solía encubrir sus emociones:

—¿Y tu herido? ¿Dónde está? ¿Cómo se encuentra?

—¡Chist! Más bajo; el doctor, ya lo véis, ha mandado parar la rueda del molino, para que el ruido no moleste al enfermo, á quien va á examinar cuidadosamente antes de hacerle acostar. Esperemos.

—¡Pobre hombre!—dijo Ermeinda.—Si no hubiera sido por él, ¿qué me habría sucedido á mí? Conozco que le debo la vida.

—Falta saber ahora á qué precio pagará su heroico sacrificio.

El que hablaba así, acababa de aparecer en el umbral de la casa.

—¿Qué decís, doctor?—exclamó Susana cruzando las manos.—¿Acaso se ha agravado nuestro herido?

—En primer lugar, querida niña, si se hubiera agravado... estaría ya muerto.

—¡Bah!—dijo Bordier.—Su estado no es quizá tan desesperado como quieres decir. Por otra parte, tanto peor para tí, que eres el médico. Ve á Susana, que ya está llorando.

—¡Salva! le!—murmuró dulcemente Susana cogiéndole las manos.—¡Salvad! ¡Os estaremos tan reconocidas mi hermana y yo! ¡Estos pobres buhoneros son á veces tan desgraciados!

Este ha debido sufrir mucho; sus ojos hundidos, sus mejillas descoloridas, lo dicen bien claro. Y luego llegaba á nuestra casa con la esperanza de ganar un pedazo de pan, y nos sacrificaba su vida. ¡Oh! Pero vos, amigo mío, le salváis. No digáis que no. ¡Su muerte nos causaría tanta pena á todos!...

Y la joven rodeaba con sus torneados brazos el cuello de aquel á quien llamaba su amigo, mientras que Ermelinda la imitaba, de modo que la cabeza del doctor, el cual no sabía si debía reír ó llorar, aparecía, como la del viejo Pan, entre dos jóvenes y encantadoras niñas.

—¡Qué diablo!—decía.—No pido otra cosa; y si pudiese el enfermo ser transportado...

—¡Bien!—exclamó Ermelinda.—Le haríais conducir al asilo, ¿no es cierto?

—No; á mi hospital.

—Yo no lo consentiría; ya que por salvarme ha sido herido aquí, aquí también debe curarse, ¿no es verdad, Susana?

—Ciertamente; por mi parte, no abandonaré al hombre que ha salvado á mi hermana, si hubiera que trasladarle al asilo; allí hay mujeres caritativas que cuidan á los enfermos; yo sería una de ellas.

—¡Está bien! Volvemos á las andadas—dijo el coronel, esgrimiendo una varilla de nogal que llevaba en la mano.—Doctor, aquí tienes que hacer mucho más que tú piensas... pero, ante todo, veamos á tu enfermo.

—Señor Duvalon, acompañad á estas señoritas—dijo Lécuyer.

—¿No me permitís permanecer aquí?—murmuró Susana con tono suplicante.

—¡Imposible!—exclamó el doctor.—Puede so-

brevenir la muerte de un momento á otro,

Los tres jóvenes volvieron á la quinta.

El doctor abrió una puerta en el fondo del comedor, y penetró, seguido del coronel, en una pieza que servía de dormitorio al molinero.

En el ángulo opuesto á la puerta se veía una cama formada por un catre oblongo; un jergón relleno de tiritola y una pequeña almohada de crin completaban aquel lecho, que cubrían una sábana de grueso lienzo y una manta de lana oscura.

En aquella miserable cama reposaba el príncipe de Moria.

¿Qué le había sucedido, á partir de aquella noche fatal en que había desaparecido arrastrando consigo en su huida un nombre, un pasado, recuerdos, afecciones y lágrimas que no le pertenecían? ¿Adónde había ido?

¿Cómo había vivido aquel desgraciado usurpador de la vida de otro, continuando un destino que no era el suyo, y cuyos infortunios confundía con sus propias desventuras?

¡Ay! ¡El no habría podido decirlo!

Subyugado por una idea fija, obraba como el magnetizado que cede á un impulso extraño á su voluntad.

Había arrasado una existencia miserable, que apenas se tomaba el trabajo de defender, persuadido de que debía sufrir, sufrir siempre, y llorar eternamente los seres queridos que sin cesar veía envueltos por las llamas y pidiéndole socorro.

La casualidad le había conducido á esta quinta, donde ahora luchaba con la muerte.

Al ver á una joven en peligro, había sentido renacer en su pecho sus sentimientos caballerescos; y sin preguntarse si acaso no iba á exponer su vida, se había lanzado, bastón en mano, al encuentro del furioso animal.

Desde este instante no había recobrado el conocimiento.

Todos los cuidados del doctor habían tendido, hasta ahora, á combatir el síncope.

Lécuyer, acercándose á la cabecera del lecho, inclinó el oído para escuchar la respiración del moribundo; luego, deslizando la mano por debajo de la manta, la puso sobre el corazón del enfermo.

—¿Y bien?—preguntó el coronel.

—¿Está ahí Pedro?

—Presente—dijo el molinero, adelantándose y haciendo el saludo militar.

Pedro era un antiguo cabo del regimiento de Octavio Pordier.

—Trae al instante dos jarras de barro cocido, un lebrillo grande, y echa leña seca en la chimenea.

—Todo está aquí.

—Luego montarás á caballo; se trata de ir á Flaucour y de volver á la quinta en cuarenta minutos.

—Cuarenta minutos... es muy poco.

—La muerte camina muy de prisa, y hemos de salirle al encuentro para adelantarnos á ella.

—La adelantaremos.

—Me traerás de casa de Gauterot, el farmacéutico, la poción que pido aquí.

Y presentó á Pedro una hoja de papel arrancada de su cartera, en la cual acababa de escribir algunas líneas.

Pedro salía de la quinta un minuto después.

—Ahora—dijo el doctor al coronel—vuelve al lado de tus hijas; yo me quedo con el enfermo; diles que respondo de nuestro hombre, con tal que esta noche se cumpla al pie de la letra lo que prescribo en mi receta.

El doctor, esperando la vuelta de Pedro, prodigaba los primeros cuidados al enfermo.

Al volver el molinero, administró á Héctor los energícos medicamentos que aquél le traía.

Reconociendo luego que el peligro inmediato había desaparecido, mandó á Pedro que velase toda la noche, que le diese la poción de hora en hora y que corriera á despertarle á la menor señal de malestar que diese el enfermo.

Una vez hechas estas advertencias se retiró.

Dos horas aproximadamente habrían transcurrido desde que Lécuyer se había separado de la cabecera del herido, cuando una forma ligera, envuelta en obscuro traje, deslizándose por el estrecho sendero que conducía al molino, abría la puerta de la habitación de Pedro y penetraba en la estancia donde reposaba el príncipe Héctor.

La alcoba estaba débilmente iluminada por una lamparilla.

Cerca del fogón, casi apagado, se veía una taza de tisana preparada por el doctor.

Encima de un velador, junto á la cabecera del lecho, estaba el medicamento traído hacia algunas horas de Flaucour, y del cual, como ya hemos dicho, había administrado el doctor algunas gotas al enfermo que, después de recobrar el conocimiento, había vuelto á dormirse un instante más tarde; pero con un sueño más natural, aunque no del todo libre de fiebre.

Por su parte, Pedro, después de haber luchado contra el sueño con tanto vigor como desplegara Jacob contra el Ángel del Señor, había sufrido la misma suerte que Jacob: había acatado por dormirse profundamente.

El sentimiento del deber, el respeto á la consigna, no se borraban, sin embargo, por completo del espíritu del antiguo soldado, ni aun en sueños; así es que, cuando por dos veces había sonado la hora, Pedro se había incorporado en la butaca en que dormía, soñando que levantaba la cabeza del enfermo y que le administraba militarmente el cordial que debía salvarle.

Después de esto se había recostado de nuevo en el respaldo de la butaca, volviéndose á dormir profundamente, con la dulce satisfacción del que cumple con un deber.

La sombra, ó, mejor dicho, Susana, que acababa de entrar, se dió bien pronto cuenta de lo que sucedía; vió el peligro que corría el enfermo y se apresuró á reparar la falta en que el molinero había incurrido.

Luego permaneció en la alcoba durante toda la noche, tranquila y severa como el soldado que vela sobre las armas.

Es que, en efecto, lo que hacía allí no era sino cumplir con un rígido deber que á sí misma se imponía.

El hombre acostado en aquel lecho le inspiraba, sin duda, compasión profunda; pero esta compasión no tenía nada de común con la obra misteriosa de caridad, á la cual, durante la noche, iba á someter su timidez de joven y la púdica delicadeza de sus veinte años.

He aquí lo que hacía: preludiaba á la cabecera del moribundo las sagradas funciones á las cuales quería consagrar su vida.

Esta conduce á otra, pero sublime, era el segundo paso que daba en el camino del sacrificio...

El haberse negado á unirse á Dauvallon había sido el primero.

¿Qué sucedía á Susana? ¿Quería acaso dedicarse exclusivamente á Dios, porque, apenas en los umbrales de la vida, había concebido por el mundo frío y desdenoso desprecio?

¿La había hecho el cielo tan encantadora para expulsarla en el sombrío claustro?

En este cuerpo, en apariencia tan perfecto, se había olvidado Dios de encender la dulce llama del corazón, las tiernas aspiraciones de la juventud.

No; esta niña, de resolución inquebrantable cuando se trata del cumplimiento de un deber, ha recibido de la Naturaleza los más envidiables tesoros.

Una de esas almas delicadas que se abren con alegría á todas las afecciones de la vida. Susana habría amado, hubiera sido amada, y estas cosas de ideas habrían absorbido por completo su vida; pero Dios la dispuso de otro modo.

Ninguna impureza ha manchado jamás su alma candorosa, y, sin embargo, es pía una culpa; es a expiación lleva en sí la más severa, la más incontestable de las injusticias: la que castiga en su sangre y en sus entrañas á la mujer que ha faltado á su deber, que ha hecho traición á sus juramentos.

Susana había heredado el castigo, ya que no la culpa, de su madre.

Una noche, para siempre funesta, esta madre, mortificada hacía ya largo tiempo por horribles dolores que reconocían por causa terribles remordimientos, viendo próxima su última hora, sintió la necesidad imperiosa de hacer una confesión, y el deber, no menos cruel, de depositarla en manos de su hija.

Susana recuerda aún los menores detalles, las circunstancias más insignificantes que acompañaron á la muerte de su madre, á quien tanto había amado, y cuyas tristezas había compartido.

En este momento, enfrente del lecho del moribundo, en esta hora de soledad y de profundo silencio, su pensamiento, fijo en el pasado, le trae la memoria, por centésima vez quizá, aquella otra noche en que expiró su madre.

La joven la ve tendida en el lecho, pálida, agitada, y repitiendo en medio de sollozos y lágrimas, que quiere estar á solas con sus hijas y hablar á cada una de ellas separadamente.

Lo ruega, lo exige, lo ordena, y cuando está próxima á lograr este deseo supremo, se calma de repente al ver á su marido que viene de arrancar á sus hijas al espectáculo de tan espantosa agonía.

La moribunda permanece sola por algunos instantes, sin tener á su lado más que á Toinette, una mujer que hacía muchos años estaba á su servicio.

La enferma le da apresuradamente sus últimas y secretas instrucciones, y cuando Bordier vuelve para prodigarla sus más ternos cuidados, le tiende la mano y pide un sacerdote.

Algunas horas después dejaba de sufrir, pero sin haber podido volver á ver á ninguna de sus hijas: Bordier había permanecido en la alcoba de su esposa hasta el último segundo.

Al día siguiente, Toinette, aprovechando el instante en que Susana lloraba á solas, entregó un paquete cuidadosamente envuelto en un pañuelo de batista humedecido por las posternas lágrimas de su madre, y abrazando á la joven,

—Os doy esto—la dijo—por orden de mi señora, y ahora que mi misión ha terminado, vuelvo á mi país, acabo de obtener el permiso de vuestro padre. Adiós, señorita; os deseo de todo corazón que seáis dichosa.

Y partió, sin que Susana la viera volver á ver. Susana abrió el paquete: contenía títulos, valores y algunos billetes de Banco, todo lo cual representaba la suma de 60.000 francos.

La joven se quedó profundamente sorprendida; pero su sorpresa se trocó bien pronto en sentimiento de dolor, creyendo ver en este dinero una especie de compensación de ciertos momentos de mal humor que su madre á veces había tenido para ella; porque si Susana era la favorita de su padre, Ermelinda era á menudo, por parte de su madre, objeto de las más vivas caricias.

Ahora bien; la idea de que su madre hubiera querido por este medio borrar de su corazón el recuerdo, bien pronto olvidado, de tan insignificantes injusticias, la hizo derramar abundantes lágrimas.

Iba á rechazar lejos de sí este presente, cuando creyó discurrir un papel cuidadosamente doblado; desdoblólo, y leyó las siguientes líneas, trazadas con mano temblorosa:

«Esta suma, hija mía, representa el fruto de mis economías durante largos años; es la única riqueza de que puedo disponer en este mundo, y te la doy á tí, que aparte de este dinero, no posees nada y nada debes poseer.

«Próxima á comparecer ante la justicia divina, no me hallo con fuerzas para dejarte, sin la acerte antes la más terrible, la más desgarradora de las confesiones: hija mía, o cupas un pueso que no es el tuyo, te cobijas bajo un techo que no es el techo paterno, porque eres el fruto de un amor criminal, y no tienes derecho al cariño ni á la fortuna de aquel á quien llamas tu padre.

»No obstante, quizá no soy del todo indigna de toda indulgencia, de toda conmiseración. Estaba sola, abandonada á mis propias fuerzas, y mis

fuerzas me hicieron traición... Olvidada por mi marido, he tendido hacia él mis manos suplicantes, le he llamado en mi ayuda; pero no me ha oído.

«Querida hija mía, no me aborrezcas, no me maldigas, porque si tú llegaras á odiarme, ¿qué ángel rogaría á Dios por mí?»

Tal fue la terrible revelación hecha á Susana... ¿Qué ángel—le decía su madre—rogaría á Dios por mí?

—Ese ángel seré yo—exclamó la pobre niña, arrastrada, subyugada por la imperiosa necesidad de amar, que llenaba su alma—e ángel seré yo... ¡Mi madre me deberá su reposo en el cielo!

Y desde aquel mismo instante había adoptado una suprema é inquebrantable resolución. Habíase dicho que no se casaría, que consarraría su vida entera á los desgraciados, y que alejándose por este medio del hogar que debía ser extraño para ella, y evitando un cariño paternal á que no tenía derecho, llevaría á cabo una santa obra que redimiría la culpa de su madre.

El matrimonio de su hermana le había presentado la ocasión de dar el primer paso en el camino del sacrificio: camino que quería recorrer hasta el fin.

Esta noche había resuelto dar el segundo, y había venido, en efecto, á sentarse á la cabecera del lecho del pobre enfermo que se ofrecía á sus cuidados.

¡Noche triste y sombría! Las horas transcurrían lentas y dolorosas.

Susana sentía que cada una de ellas le robaba una de sus alegrías, una de sus esperanzas, un girón de su juventud, una de las flores de la primavera de su vida.

La joven se lloraba á sí misma, lloraba su vida, ofrecida en holocausto á una muerte, y cuando al brillar el primer rayo de sol el príncipe Héctor, que hasta entonces había dormido con sueño profundo, pero agitado, abrió los ojos y volvió la cabeza, vió á una joven que, arrodillada, oraba con fervor, mientras que abundantes lágrimas corrían á lo largo de sus pálidas mejillas.

IX

Héctor se había quedado sumergido en profundo éxtasis al ver á aquella joven que envolvían los luminosos rayos del astro del día, y que más parecía pertenecer al mundo de los ensueños que al mundo real.

Susana, aproximándose á la cabecera del lecho, y notando que el enfermo la miraba con singular fijeza, tomó de encima de la mesa la taza que contenía la medicina y la acercó á los labios de Moria, mientras que con la otra mano incorporaba un poco su cabeza.

Estos dos seres permanecieron así durante algunos segundos, muy cerca el uno del otro.

Héctor, en su enfermedad, había adquirido un aspecto sorprendente de nobleza y de varonil hermosura.

Una palidez melancólica, largas pestañas, cuyas sombras hacen aparecer más hundidos sus ojos, en que brilla un fuego extraño; facciones de perfecta regularidad, pero que ostentan las huellas de desconocidos sufrimientos; una barba fina, larga, sedosa, que contribuye á dar un carácter más ascético á su fisonomía; todo esto añade nuevos encantos, nuevos y dulces atractivos al semblante del desventurado príncipe de Moria.

El enfermo cedió á la muda invitación de Susana, y fijos sus ojos en los de la joven, bebió lo que esta le presentaba; pero de repente Susana, ruborizada, se apresura á dejar la taza sobre la mesa, y vuelve á otro lado la cabeza sin pronunciar una sola palabra; es que teme que Pedro se despierte y la vea junto á la cabecera de aquel hombre.

Parécele que no sabía cómo explicar su presencia; y por sa de súbito terror se dirige hacia la puerta con paso receloso y rápido.

—¡No, no!...—exclama Héctor al verla alejarse.

—¡Esperad... esperad!...

Pero al oír estas palabras inesperadas, Susana, sobrecogida por el miedo, abre la puerta y desaparece.

Cree Héctor que extendiendo los brazos podrá detener aquella sombra, trata de lanzarse fuera del lecho, y al hacer tan brusco movimiento, sus manos tropiezan y derriban la mesa que está junto á su cama.

—¡A las armas!—grita entonces Pedro, dando un salto—¡a las armas!...

Pero luego se detiene, y se frota los ojos.

En cuanto á Héctor, agotadas sus fuerzas, vuelve á caer sobre la almohada, y no murmura sino palabras ininteligibles.

Pedro, sin embargo, ve que la taza que contenía la medicina yace en el suelo rota en mil pedazos; ve el líquido derramado sobre las baldosas; ve también que ya es de día, y sólo entonces comprende la grave falta que ha cometido.

Dirigiendo después sus desencajados ojos al enfermo, nota su agitación y le oye murmurar á cada instante la palabra *¡¡¡espectro!!!*

El joven molinero se estremece; ha comprendido que, en lugar de administrar la poeión al enfermo de hora en hora, había sido vencido por el sueño, y que el herdo iba de mal en peor.

Tomando al punto la resolución que le dictaban las circunstancias, corre á la quinta y penetra en la estancia en que dormía habitualmente el doctor cuando pasaba la noche en Chantepié.

Pedro puso á Lécuyer al corriente del estado del enfermo, que en un acceso de delirio—decía—ha ía derribado la mesa y roto la taza que contenía la medicina; además conversaba con los espectros.

—Toma mi estuche y sígueme—dijo el m dico—quizá sea preciso sangrarle.

Algunos minutos después, ambos entraban en

la habitación del enfermo, en el cual había producido ya su efecto, durante la ausencia de Pedro, la última dosis de calmante que Susana le había hecho tomar, de suerte que el doctor le halló sumergido en el sueño más dulce y profundo.

Lécuyer tomó la mano de Héctor; el pulso marcaba sesenta y tres pulsaciones.

Luego le puso la mano sobre la frente, donde no encontró ningún calor anormal; su respiración era regular y tranquila.

Entonces, retrocediendo un paso y contemplándole con sonrisa de satisfacción,

—Antes de tres días, este mozo habrá comido sopa y un ala de pollo.

—¡Imposible!—no pudo menos de exclamar Pedro.

—¿Cómo imposible? Muy pronto gozará de tan buena salud como nosotros, y todo esto gracias á mi idea de hacerle tomar la más enérgica de las medicinas; porque tú, de hora en hora, le has administrado la poción, ¿no es cierto?

—Os juro, doctor—dijo maquiavélicamente Pedro—os juro que le he hecho tomar todo lo que no véis derramado en el suelo.

—Está bien: si en lugar de dejar á su lado á un hombre acostumbrado como tú á ejecutar militarmente una consigna, se lo hubiera yo confiado á un rapaz que se hubiese dormido; si el enfermo, en fin, no hubiera tomado con toda exactitud, de hora en hora, la medicina que receté, era hombre muerto.

—¿De veras?...—dijo el exmilitar con notable sangre fría.

Y Pedro dedujo de este acontecimiento un axioma, que formulaba así:

«Las drogas cuando se toman, son buenas algunas veces; pero son siempre mejores cuando se dejan.»

—Escúchame, Pedro—repitió Lécuyer—el deber me llama á Rouen; voy á participar á la familia de la quinta la mejoría del enfermo, y parto. En cuanto á nuestro hombre, continúa dándole con igual exactitud la tisana que voy á hacerle preparar.

—Con igual exactitud... está bien, doctor.

—Y luego, los alimentos que pida.

Y el doctor fué á buscar á su amigo Bordier, con quien tuvo una larga conversación, que no debía ser sobre tema muy agradable, á juzgar por el semblante del coronel, que de sonriente se trocó en grave y ceñudo.

El doctor, en cuanto se vió solo, comenzó sus preparativos de viaje; acababa de hacer enganchar la berlina que debía conducirle á la estación en compañía del prometido de Ermelinda, é iban á ponerse ya en camino, cuando aparecieron las dos hermanas, roja la una como la amapola y pálida la otra como una azucena.

En dos palabras Lécuyer dispuso su inquietud respecto al estado del buhonero.

—Sin embargo—dijo á Susana—tú cuidarás de que esté siempre fresca la tisana que voy á recetarle.

Y mientras escribía rápidamente algunas frases en su cartera, observó que Duvallon aprovechaba la ocasión para separarse un poco con Ermelinda, á la cual parece á tener que decir cosas de la mayor importancia.

—Toma—dijo el doctor presentando la receta á la joven—así comenzarás tu aprendizaje... puesto que estás decidida á terminar tus días en un hospital ejerciendo las funciones de Hermana de la Caridad.

—¡Ah!—murmuró Susana palideciendo—¿Os ha hablado mi padre?

—Y algún día hablaremos nosotros del asunto, amiguita... Entre tanto, consulta el espejo que, si no es traidor, te dará buenos consejos.

Susana se dejó abraar por su amigo el doctor, pero permaneció silenciosa.

En este momento reaparecieron los prometidos; Lécuyer dió la señal de partida, y empujando las bridas, hizo crujir la fusta, y el caballo salió al trote, mientras que Ermelinda y Duvallon cambiaban la última mirada.

Susana, que se había quedado inmóvil mirando á todas partes sin ver nada, y entreabierta la boca por una sonrisa maquinal, se sintió de repente cogida entre los brazos de Ermelinda.

La joven se volvió, y envolviendo á su hermana en una mirada de infinita ternura,

—Ermelinda—le dijo con acento conmovido—tú amas y eres amada... Eres dichosa, ¿no es cierto?

—Sí, cierto; pero tú, mi buena Susana, ¿qué tienes? Parece que vas á llorar.

—De alegría—repuso Susana, que después de estrechar á contra su pecho, volvió á la quinta seguida de Ermelinda, que no comprendía nada de cuanto vea en su hermana.

Héctor seguía durmiendo tranquilamente, y no se despertó hasta que ya el sol comenzaba á desaparecer.

Entonces paseó á su alrededor su apagada mirada, y al ver á Pedro, que al primer movimiento del enfermo se había aproximado á él,

—Amigo mío—le dijo—¿dónde esto?

—En mi cuarto, que yo mismo os he cedido; es modesto, ya lo véis, pero no demasiado malo para habitación de un soltero.

—¿Y por qué me encuentro aquí?

—¿Por qué? ¿No os acordáis ya? ¿Habéis olvidado el toro de ayer?

—En efecto, ahora recuerdo; sí, una joven, ¿no es verdad?

—A quien vos sencillamente salvásteis la vida.

—Si es cierto, doy gracias al cielo... ¿Pero estoy herido? Siento agudos dolores en todo el cuerpo.

—Afortunadamente, eso no será nada. El doctor Lécuyer, que pasa por un sabio, asegura que pasado mañana podréis comer un ala de pollo; y si os permite también beber vino, yo lo pagaré; porque sabed que me llamo Pedro Cadet, fui cabo en el 2.º del 3.º del 60.º de línea; y Pedro Cadet estima á los valientes; entre tanto, bebed esta taza de tisana.

Pero al aproximar la taza á los labios del enfermo, éste, estremeciéndose, le detuvo la mano.

—¿No os gusta? Como queráis; después de todo, yo estoy convencido de que las drogas, cuando se toman son buenas algunas veces, pero son siempre mejores cuando se dejan.

—Perdonad, amigo mío: esta mañana estaba aquí una mujer. ¿no es cierto?

—¿Una mujer?

—Sí, que se ha acercado á mi lecho, y que me ha dado de beber como vos ibais á hacerlo en este momento.

—Amigo—dijo lanzando una carcajada el ex-cabo—aquí no ha entrado más mujer que yo.

—Y sin embargo, yo he visto una joven.

—¿Una joven! Muy posible; pero no aquí, ni esta mañana, sino ayer en el jardín y perseguida por un toro.

—¡Ah! Quizá tengáis razón... Sí; la vi ayer, y me he acordado de ella esta mañana. Era alta y delgada.

—Al contrario: baja y gruesa.

—Con hermosos ojos negros.

—¡Cál! Son azules.

—Pero os aseguro que es morena.

—Rubia, y muy rubia.

—No, no—eclamó Héctor con impaciencia—la he visto aquí esta mañana, poco después de amanecer... se inclinó sobre mi lecho para presentarme la medicina...

—¿Poco después de amanecer?

—Sí.

—En aquel momento echásteis á rodar esta mesa que véis aquí y cuanto encima de ella hablabais; el ruido me sacó bruscamente de mi profundo... de mis profundas reflexiones... En fin, al amanecer, amigo mío, estabais delirando... he aquí por qué...

—¡Ah!—exclamó Héctor palideciendo.—¿He delirado?

—Y tan to, que fui inmediatamente á buscar al doctor; pero cuando volvimos aquí, dormíais con la misma tranquilidad que un santo en su nicho.

Héctor, guardando profundo silencio, dejó caer la cabeza sobre el pecho.

—¿Os sentís mal?—preguntó Pedro.

Héctor levantó la cabeza de nuevo; su semblante ofrecía el aspecto de la más sombría tristeza.

—La noche se acerca—dijo con voz sorda—y... durante la noche deseo estar solo.

—Pero, ¿y si me necesitáis?

—No, no os necesito; me siento bien, y os lo repito, deseo estar solo.

—Sea; por otra parte, cuando queráis, podéis llamarme; estaré en la habitación próxima.

Y Pedro se alejó, pero para sentarse en la estancia contigua y al lado de la puerta, pronto á acudir al primer llamamiento, y prometiéndose esta vez no dejarse vencer por el sueño.

Esta necesidad de aislamiento no era, por parte de Héctor, un simple capricho de enfermo.

El desventurado tenía poderosos motivos para

querer que nadie fuese testigo de su vida nocturna.

Le hemos visto estremecerse ante la sola idea de que acaso la noche precedente una mirada indiscreta, un oído demasiado atento hubiese podido sorprender el terrible secreto de sus noches.

Ignoraba que, gracias á la conmoción que había sufrido, la noche que acababa de transcurrir no se había parecido en nada á las anteriores; que la muerte, al cernirse sobre su frente, le había proporcionado un reposo pasajero, y que su cerebro, momentáneamente paralizado, se había sustraído durante algunas horas al espantoso tormento de la locura.

Ahora bien: ¿tenía el enfermo conciencia de su demencia?

No; pero le quedaba aún el recuerdo de los sufrimientos que le imponía, de los gritos que había hecho escapar de su lastimada garganta, de las horribles visiones con que insistentemente le perseguía en las tinieblas.

Había que, más de una vez, se había hallado ensangrentado y desallecido en el suelo, arañado por sus uñas, y lejos de un albergue, del cual el espanto siempre le hacía huir.

Al aparecer el sol en el horizonte, su demencia se hacía tranquila; su idea fija recobraba sores el su apacible imperio, y su razón permanecía ligada en todo lo que no tenía relación alguna con su encarnación en la vida y dolores de otro.

Pero ya cerrada la noche, á la hora precisamente en que, puñal en mano, había recitado un golpe terrible, en lugar de dejar á su pasola desolación y la muerte: á aquella hora, Héctor de Moría entraba en una segunda existencia, teniendo que luchar, durante breves instantes, que le parecían siglos, contra monstruosas quimeras; oía rugidos feroces mezclados con infantiles sollozos, y parecía que bajo sus plantas se abrían abismos profundos, en los cuales se precipitaba con rapidez vertiginosa.

Luego, de repente, venía á la memoria el recuerdo de aquella catástrofe que él mismo había visto, y uno de cuyos trágicos episodios se apropiaba, no sin mezclar en él algunas de sus olvidadas desventuras.

En estos momentos, Héctor ve el mar con sus horizontes sin límites, y siente bajo sus pies el agitado movimiento de las olas; críese sentado sobre un rollo de cuerdas, apoyado en la borda de un buque, y sobre sus rodillas juega y sonríe una linda niña rubia, á quien llama Aurora.

Y confundiendo de este modo dos recuerdos, el de su hija y el de la hija de Jacobo Cointel, le embargan arranques de felicidad, éxtasis, alegrías y lágrimas.

Aquel pequeño ser que estrecha contra su pecho ha duplicado su vida; le habla, le acaricia, ríe y canta; parece que el exceso de goce va á arrancarle la vida, cuando de repente se oyen gritos de desesperación..., gritos que hacen crizar los cabellos, y, sin que él sepa cómo, su hija desaparece. El está en pie, solo, fuera de sí, no se nada, se ahoga, y apenas abre la boca, espesas ondas de negro humo le abrasan el pecho.

Por último, toda la terrible e cena que vió entonces se reprobuca y se desarrolla á su vista.

Un rojo velo se extiende entre él y el horizonte; las llamas calientan su rostro, y siente humar su carne y chisporrotear sus cabellos; quiere avanzar, y el fuego le rechaza; grita, llora, cae, y se encuentra envuelto entre ardientes olas.

Entonces vuelve á ver á la niña; está en los brazos de su madre. Pero ¿es realm nte aquella madre? ¿Es la mujer á qu'en él tanto ha amado? ¿Por qué al verle perimenta un sentimiento de odio y de horror? ¿Por qué ella vuelve á revolotear la cabeza? ¿Por qué no le deja ver su semblante?

Héctor la llama, le grita por tres veces: ¡Julietta! ¡Julietta! ¡Julietta!

Por último, ella se vuelve hacia él; pero ¿qué ve ahora? Una calaza cubierta con un velo negro; una cabeza que se inclina sobre la niña, en cuya frente parece querer imprimir el beso de la muerte.

No; no es una madre, no es ni siquiera una mujer la que de este modo ahoga á aquél ánge en sus brazos; es una serpiente inmundada.

Quiere gritar, pero la voz expira en su garganta; se retuerce á impulsos de horrosa desesperación, hasta que al fin vuelve en sí, cubierto de sudor, quebrantado el cuerpo, líido el semblante y torturado el cerebro por negros y siniestros ensamientos.

Así como Moria confundía en su razón extraviada su hija y la del buhonero, así también mezclaba en su turbada memoria dos mujeres, dos Julietas... mientras sofocaba el odio sus más caros recuerdos.

Así pasaba las noches el pobre loco; cada una de ellas le robaba diez años de vida; cada mañana se iba que se acercaba más y más á la tumba.

Sus fuerzas se agotaban, los insomnios acababan de minar su existencia, y había llegado hasta el punto de temer á las tinieblas tanto como á la muerte.

No pocas veces le habían arrojado de las posadas donde por la noche iba á buscar un abrigo, porque sus gritos molestaban á los viajeros.

El estado en que se le encontraba cuando amaba era para todos objeto de horror.

Tomábasele, no por un loco, sino por un hombre torturado por una enfermedad repugnante; y muchas veces, por un culpable atormentado por terribles r mordimientos.

Héctor había conc uido por no atreverse á dormir bajo techado; cuando llegaba la noche, buscaba los lugares más desiertos, los sitios más escondidos de los bosques; y cuando el sol aparecía combatiendo su fiebre y proporcionando á sus sentidos una tranquilidad relativa, cuando, después de noches tan funestas, empuñaba de nuevo su bastón de viaje y el fardo de mercancías, el infeliz, ni se quejaba de Dios, ni maldecía á los hombres.

Contentábase con dar gracias á la luz que le devolvía sus fuerzas, y con murmurar, lanzando un suspiro de cristiana resignación:

—¡Pobre, pobre Jacobo Cointell!...

Compr ndese ahora el deseo ue tenía de estar á solas por la noche, y hasta qué punto habría temido llegar á ser, en aquella casa hospitalaria, objeto de repugnancia ó de sospecha.

Cuando Pedro hubo salido, no obstante los dolores que le causaban las heridas que recibiera el día anterior, levantóse del lecho para ir á correr el cerro, o que cerraba por dentro la puerta.

Hecho esto, ganó de nuevo la cama, y echándose en ella, tembloroso, agobiado por terribles angustias, dominado por la proximidad del espantoso delirio, esperó...

Ahora bien. ¿Qué vió aquella noche?...

X

Aunque se han escrito numerosos y gruesos volúmenes sobre la locura, hoy día está aún en su infancia en misterios, donde se confunde el pensamiento y se extravía el ojo penetrante de la ciencia.

¿Quién puede decir dónde acaba la razón y dónde comienza la demencia?

La locura tiene sus accidentes, sus transformaciones; progresa avanza ó retrocede, según las causas que la alimentan; pero los cambios bruscos observados á veces en la conducta ó en el modo de razonar de un loco, no son efecto, por lo general, sino de causas que obran sobre él de una manera consecuyente y normal.

Tal sucedió á Héctor de Moria.

Un hecho sencillo y natural: la presencia de Susana á la cabecera de su lecho, modificó bruscamente la naturaleza de su delirio.

Esta noche, la primera que iba á pasar desde hacía largo tiempo bajo techado, comen ó para él, como las anteriores, con sinistras visiones.

Había llegado á conocer tan bien todas las fases de su suplicio nocturno, que después de cada una de estas terribles fases, sentía el mismo bienestar que el paciente sometido al tormento, después de sufrir cada una de las pruebas. Héctor se contaba, las sentía aproximarse, y esto era un nuevo tormento para él.

Pero á lo que más temía, en esta sucesión de espantosas visiones, era al espectro.

Era éste la mujer cubierta con velo negro.

Pues bien; esta noche, cuando surgió la mujer siniestra, Moria sintió estremecerse todo su ser; el espectro se aproximó á él más, mucho más que de costumbre, estrechando siempre contra su pecho á una niña; pero en vez de imprimir en la frente de ésta el beso mortal que arrancaba gritos de desesperación al desventurado. Héctor vió que se levantaba lentamente el velo, y á medida que le levantaba el rostro de aquella mujer, reconocía en ella á la joven angelical, que inclinada sobre su cama, le presentó la medicina que le había devuelto la vida.

Moria sintió desde entonces una tranquilidad de que había ya mucho tiempo no había gozado.

Toda su vida acababa de transfigurarse; á los

tormentos sucedían las alegrías, al suplicio la voluptuosidad.

Esta vez pudo rodear con sus brazos el cuello de su hija, que aquella joven le presentaba.

Esta dulce visión se reproducía todas las noches; el paraíso había reemplazado al infierno, y desde entonces el pobre loco veía sin terror, sin angustia, apróximarse las sombras.

Arrullado por el recuerdo de sus sueños, Héctor pasaba también el día tranquilo y feliz.

Sin embargo, un punto negro quedaba aún en tan hermoso cielo; como quiera que desde su primera aparición Susana jamás había vuelto á presentarse en el molino, la joven, cuya imagen adoraba Héctor, no era más que una visión celeste, y la idea de amar á un ser divino, á quien nunca podría estrechar entre sus brazos, le entristecía profundamente.

Llegó un día en que, sintiéndose bastante fuerte, anunció á Pedro que iba á partir; y como éste pareciera entristecerse ante la idea de separarse de su camarada, Héctor, moviendo tristemente la cabeza, exclamó con tono grave:

—Hay aún una cosa más triste: estar separado de aquellos á quien se ama por la inmensidad de los celos.

Pedro, aunque acostumbrado al extraño lenguaje de su amigo, no pudo comprender esta frase, que estaba muy por encima del nivel de su inteligencia.

Tampoco consintió el molinero en conducir á Moria á la presencia del coronel, al cual debía el buhonero una visita de cortesía antes de abandonar la quinta.

Como Héctor sabía que la mayor parte de las mañanas el rico propietario entraba en su cuarto, mientras él dormía, con el fin de asegurarse por sí mismo de los cuidados que se le prodigaban, el príncipe no quería partir sin antes haberle dado las gracias.

Héctor halló al coronel en el comedor, saboreando la taza de café con que solía coronar su comida, y hablando con el doctor Lécuyer, que había llegado la noche anterior.

—¡Qué veol!—exclamó el doctor al presentarse Héctor con el fardo á la espalda y el pesado bastón en la mano.—¿Qué quiere decir esto? ¿Quién os ha dado permiso para salir y para cargaros de ese modo?

—Perdonad, señor—repuso el buhonero—este fardo no me molesta, porque me encuentro muy bien; he recobrado mis antiguas fuerzas.

—Oid, señor bachiller; cada uno es maestro en su oficio... No repliquéis; desembarazáos de ese peso inútil y tomad asiento.

Y como Héctor pareciese vacilar,

—Os lo suplico, amigo mío—dijo á su vez Bordier, apelando á su más fina sonrisa—haced lo que el doctor os manda, y hablemos. Así, muy bien añadió al ver que Héctor obedecía—ahora sentaos, y, ante todo, tomad esta taza, en que os voy á servir un rico Moka, acerca del cual me daréis vuestra opinión.

—Mil gracias... siento haberos molestado; pero

me era imposible abandonar esta casa hospitalaria sin despedirme de su dueño y sin expresar mi más profundo reconocimiento.

—¡Partir!—exclamó el doctor—partir sin mi permiso!...

—Dispensad, caballero; yo creía no necesitar el permiso de nadie.

—Pero si el mío; ¿sabéis quién soy?

—Sé que sois el médico, y que me habéis prodigado toda clase de cuidados...

—¿Y desde cuándo, decidme, el médico no tiene derecho á disponer del enfermo?

—Desde que el enfermo—dijo sonriendo Héctor—puede pasar sin las recetas del médico; porque os afirmo, señor doctor, que gozo completa salud.

—¿Qué sabéis vos de eso?

—Creo que nadie puede saberlo mejor que yo.

—¿Habéis estudiado, acaso, los efectos que, á la larga, producen las conmociones violentas? ¿Y si yo os dijese que por espacio de muchas horas vuestra vida ha estado en inminente peligro?

—Lo ignoraba, en efecto...

—Pues bien, ahora lo sabéis. Y añado que por espacio de algún tiempo habéis de absteneros por completo de trabajar; necesitáis, además, una alimentación sólida.

—Pero, señor, yo no soy rico, y necesito ganarme la vida.

—Eso no es cuenta [mia. El médico receta, dá sus prescripciones...; ya tenéis las mías; ahora á vos sólo toca obrar.

—¿Y si yo me encontrase en la imposibilidad de seguir esas, prescripciones? Os repito que no soy rico.

—Alto ahí, amigo mío—exclamó el coronel, á quien parecía agradar este diálogo.—Desconozco, ciertamente, el estado de vuestra fortuna; pero pareceme echáis en olvido que tenéis que cobrar aún un crédito importante.

—¿Yo un crédito?

—Sin duda; ¿no soy yo vuestro deudor?

—Mi... deudor... y, ¿cómo? ¿por qué?

—En cuánto estimáis la vida de mi hija?

—Es cierto... me debéis algo..., un apretón de manos, y una sonrisa... ¿queréis pagarme?

Y diciendo esto, el buhonero se levantó; y dirigiéndose hacia donde estaba el coronel, le tendió la mano. Bordier y el doctor le miraron sorprendidos. El coronel fué el que, después de haber estrechado la mano de Héctor, le dirigió primero la palabra:

—¿Sois buhonero?

—Sí, señor.

—¿Por afición?

—Por necesidad.

—¿Habéis sufrido algún contratiempo?

—He sufrido grandes desgracias! Yo había reunido una pequeña fortuna en las colonias, y volví á Francia, cuando el buque que viajaba se quemó en medio del mar.

—¿Y lo habéis perdido todo?

—Sí, todo; pero no podéis comprender cuánto abarca esta palabra.

—¿Cómo?

—Tenía una esposa y una hija... y las he perdido.

—¿Percieron en la catástrofe?

—Sí... las dos... ¡las veo aún!... ¡El bueque arde!...

Y con voz agitada, febril, como si cediera á una fuerza superior á su voluntad, refirió, sin omitir un solo detalle, aquella lamentable historia que el verdadero Jacobo Cointel le había contado en el momento mismo en que comenzaba á torturarle su naciente locura.

Cuando hubo terminado tan terrible relato, Héctor, presa de la más violenta emoción, quedó sumergido en triste silencio, que ni el doctor ni el coronel se atrevieron á turbar.

De repente se levantó de su asiento,

—Ya lo véis; necesito andar; me falta movimiento, aire, espacio...

—¡Qué diablos!—exclamó el coronel, obligándole á sentarse de nuevo.—Yo sé que á estas inquietudes nerviosas, alimentadas por crueles recuerdos, las dominan y las hacen desaparecer el cariño, las afecciones. Quedaos, pues, aquí, que siempre es tiempo de que recobréis vuestro fardo... el cual, después de todo, sabemos ya lo que encierra... todas las mercancías que en él lleváis no valen veinte escudos... Le hemos hecho la autopsia...

Un ligero rubor tñó la frente de Héctor.

Bordier se apresuró á añadir:

—Habréis de perdonarnos esta pequeña indiscreción, Jacobo Cointel: ya véis que conocemos nuestro nombre; el día mismo en que tan valientemente defendísteis la vida de mi hija, vuestro estado nos inspiró tan serias inquietudes, que quisimos saber á quién habíamos de dar noticias de vos, en caso extremo; á este fin registramos vuestros papeles, atrevimiento que nos perdonaréis en gracia á nuestra buena intención.

—Os perdono con toda mi alma eso que habéis dado en llamar una indiscreción; pero perdonadme á vuestra vez si insisto en alejarme.

—Veamos; una palabra más: habéis dicho antes que os debe algo, y quiero pagaros mi deuda; recorriendo vuestros papeles, he creído adivinar que habíais desempeñado en las Antillas el cargo de administrador de unas plantaciones.

—Es la verdad.

—Pues bien: yo necesito un hombre probo, inteligente, otro yo; un hombre de este género que se ofreciese á mí, me prestaría un servicio importantísimo. ¿Queréis vos ser ese hombre?

—Imposible. Yo he vivido en las Pampas americanas, en plantaciones en que trabajaban esclavos negros bajo el látigo de los capataces, y catezo de los conocimientos especiales que exige la explotación de una quinta normanda.

—¡Está bien! Sabréis muy pronto de qué modo dirigimos aquí vuestras labores y cómo explotamos nuestros pastos; hay menos diferencia de la que vos suponéis entre nuestros prados y los de América. Los ganados, y especialmente los caballos, que tenemos aquí, se crían del mismo modo

que los de las colonias: confiad en mí; yo seré vuestro profesor, y veréis que entiendo tanto del asunto como los laureados de la escuela de Grignán. ¡Vamos! Estamos de acuerdo, ¿no es cierto?... Pero notad otra cosa—añadió el coronel, e trechando entre las suyas la mano de Héctor.

—¿Cuál?

—Que deteniéndoos en la quinta, os pago mi deuda... aumentándola más aún... os recompenso, en una palabra, un servicio, exigiéndoos, o ro... Ahora bien; espero que éste será para vos un argumento sin réplica, y un favor que no os atreveréis á negarme.

—Todo está terminado; acepta—repuso el doctor.

—No, señor, no; veo toda la delicadeza á que apeláis para disfrazar vuestros beneficios; pero, lo repito..., no puedo..., no quiero... Adiós... adiós...

Y se levantó bruscamente para despedirse, cuando la puerta se abrió y dos jóvenes aparecieron en el dintel.

Era la una Ermelinda; la otra, que la conducía por la mano, era la divina aparición de Héctor, el ángel enviado por el Señor para devolver la calma á aquel espíritu tan atrozmente atormentado por horribles visiones...

Pero esta vez la veía, no en sueños, sino realmente viva y aproximándose á él con la sonrisa en los labios.

Al verla, Héctor se quedó como petrificado, sin poder en algunos instantes articular ni una sola palabra.

—¡Es ella!... ¡Es ella!—exclamó, al fin, mirando como atemorizado á los que le rodeaban.

—Sí—dijo Bordier—es Ermelinda, mi hija, á quien salvásteis la vida; tal vez, más feliz que nosotros, os decidirá á permanecer aquí.

—Hemos oído la conversación desde detrás de esa ventana—repuso Ermelinda—¿por qué no aceptáis las proposiciones de mi padre?

—¿Por qué?...—balbuceó Héctor, fija siempre en Susana la mirada.

—Aceptad—dijo á su vez Susana, fijando en él sus límpidos ojos—os lo suplicamos.

Héctor, cuyas piernas vacilaron, se vió obligado á sentarse.

—Y bien—añadió el coronel—¿no será más eficaz la súplica de mis hijas que la mía?

—Me quedo—murmuró el loco con voz sorda y concentrada—me quedo...

XI

Todo parecía contribuir á desarrollar una situación producto de la casualidad, y que la casualidad misma parecía complacerse en consolidar cada vez más.

El coronel, que había registrado el fardo del buque ro, había hallado en él las pruebas que debían hacerle tomar á Héctor de Moria por el que no era.

El había sido el primero en llamarle Jacobo

Cointel, y todos en adelante habían de designarle con el mismo nombre.

Lejos, pues, de verse apartado de su manía, Héctor se aterroraba á ella cada día más.

Esa situación extraña tuvo por resultado hacer entrar á nuestro loco en tranquilidad y calma.

Su vida, antes tan terriblemente agitada se asemejaba á un torrente que, después de haber franqueado las rocas donde sus ondas irritadas se estrellaban, encuentra al fin en la llanura un cauce suave.

Su existencia, que ya nada atormentaba transcurrir á tranquila por el cauce del error, sin que nada pudiera revelar, ni al ojo más perspicaz, las extrañas anomalías que esta existencia ocultaba.

Una circunstancia había venido á consolidar esta situación extraña.

El coronel Bordier había escrito secretamente al alcalde de Arras suplicándole le diese informes de Jacobo Cointel.

La respuesta no se había hecho esperar: estaba escrita de puño y letra del alcalde, cuyos rasgos desiguales habrían revelado la avanzada edad del que los había trazado, si él mismo no hubiera tenido muy buen cuidado de advertir que, siendo alcalde de la villa desde hacía cuarenta años, había tenido el triste privilegio de ver nacer á la mayor parte de sus administrados.

«Recibimos con alegría una—añadía el anciano magistrado—las noticias que nos dáis de Jacobo Cointel. Desde que llegó á Cherbourg, á cuyas costas sabemos por los periódicos que de doscientos pasajeros que conducía el *John Arthur*, él solo había tenido la fortuna de arribar, ignoráramos lo que había sido de ese pobre joven, que tiene aquí muchos y buenos amigos, y que por todos conceptos merece ser estimado.»

A partir de este instante, el coronel concedió á Jacobo Cointel confianza y estimación sin límites, que no debían ser desmentidas.

Héctor no había querido dejar la habitación contigua al molino, donde por vez primera había saboreado las inefables dulzuras de una aparición nueva, que cambió por completo la faz de sus ensueños.

Poco á poco, Moria se amoldaba á su nueva vida, y cada día se sentía más dueño de sí mismo.

Cuando se despertaba, al despuntar la aurora, daba gracias al Todopoderoso, que había permitido que al lúgubre fantasma envuelto en negro capuz, reemplazase la encantadora figura de aquella joven, que, antes de aparecérselle en vida, había venido como una visión divina á dulcificar sus sueños.

Héctor veía en este hecho, que él llamaba milagroso, el dedo de la Providencia.

Nada humano, pues, se mezclaba en la adoración que rendía á Susana.

Sin embargo, á la perspicacia y delicados instintos de la joven no habían escapado ciertos detalles, poco apreciables, por otra parte, para ojos indiferentes ó distraídos.

Desde un principio Susana, como Ermelinda, había notado en el nuevo administrador la ele-

gancia de su continente, la finura de sus modales y la distinción de sus maneras, su lenguaje puro y escogido.

Cierto que su traje era de una sencilla rústica, casi grosera; pero cierto también que debajo de su chaqueta de paño bruto, de la blusa que llevaba cuando salía al campo, se adivinaba una condición superior á la que estos vestidos podían revelar.

Pero la atención de Susana no se había fijado solo en tan insignificantes detalles; había hecho, á pesar suyo, observaciones que la tocaban más de cerca.

Sus relaciones con el administrador eran estrictamente las que pueden existir entre una señorita rica, perfectamente educada, y un simple empleado en la casa de su padre.

Hasta ahora, todo se había limitado entre ellos á un cambio de saludos, de sonrisas, muy afectuosas por parte de la joven, y llenas, por parte de Héctor, del respeto más profundo.

Y sin embargo, lo que Susana no podía menos de confesarse era que Héctor parecía conocerla más íntimamente que debían hacerlo sus relaciones tan superficiales. ¿Era adivinación ó simpatía? Ella no habría sabido decirlo.

Por la tarde, después de la comida, cuando estaban reunidos en el comedor, el coronel, sus dos hijas y algunos de los principales servidores entre ellos el administrador, éste, que hablaba muy poco, jamás se mezclaba en las conversaciones de sermón, sino para apoyar con una sola palabra, pero siempre acertada y discreta, la opinión que ella había emitido ó el sentimiento que Susana acababa de manifestar.

Pero no era esto todo: sucedía á menudo que si Héctor emitía un parecer ó expresaba un sentimiento cualquiera, Susana encontraba en lo que el administrador decía como un eco de su propio pensamiento.

Poco á poco, el administrador llegó á ser para la joven objeto de la más curiosa atención; y Susana se abandonaba con tanta más confianza á estas inocentes investigaciones, cuanto que nada, ni en las palabras ni en ninguno de los actos de aquel hombre, habría podido justificar la menor sombra de intranquilidad ó sospecha.

Los más castos escrúpulos de la joven se sentían en seguridad completa ante aquella mirada honesta, que, al fijarse en ella, no le causaba ni embarazo ni malestar.

Una tarde, terminada la comida, el coronel había dirigido su paseo por la parte de la quinta en que se hallaban los caballos.

Susana, apoyada en su brazo, le acompañaba.

Desde que la conversación sobre la dote de Ermelinda había suscitado entre padre é hija aplicaciones tan dolorosas, el coronel se había abstenido, en lo que á los proyectos de Susana afectaba, de toda presión directa.

Pero multiplicaba misteriosamente á su alrededor los hilos de una red, en la cual esperaba ver caer á su hija antes de que el término convenido hubiese expirado.

Esta red tenía un nombre: se llamaba matrimonio.

Así, Bordier escudriñaba toda la Normandía para descubrir el príncipe encantador, capaz, en su concepto, de desencantar á la joven princesa.

A este propósito el coronel había hecho venir á Chantepié á no pocos elegidos, más ó menos seductores, para que pasasen en la quinta quince días; pero todos, sin que el coronel se explicara el motivo, habían desaparecido antes del término fijado para su partida.

No había, pues, duda ninguna de que Susana trabajaba en un sentido perfectamente contrario al en que trabajaba su padre.

—A propósito—exclamó el coronel—¿te he dicho que acabo de recibir una carta de mi antiguo amigo Valabregue, el que tantas veces te ha hecho saltar sobre sus rodillas?

—Y con cuyo hijo he jugado tanto á las muñecas, y á quien yo llamaba mi maridito.

El coronel se estremeció de alegría.

—Sí, es verdad; os amábais siendo niños.

—Sí... muy... niños...

—¡Ah! ¡Si le vieras hoy!... No le conocerías; es un joven de veinticuatro años, fuerte como un roble, amable, instruido, bien educado, y que tendrá cincuenta mil libras de renta.

—Tengo horror á los rubios.

—Los rubios... los rubios...; hace ocho días me dijiste que eran los morenos á quienes no podías sufrir.

—Es cierto; no puedo sufrir á los morenos; pero detesto más aún á los rubios.

—¡Ah! ¡Mil rayos! ¿Cuáles te gustan, pues; los alazanes?

—O los castaños... es un bonito color...

—Para los caballos.

—Sí, para los caballos.

—Hablemos en serio: Valabregue vendrá á pasar algunos días en Chantepié... con su esposa.

—¿Y su hijo?

—Y también su hijo.

—¿Para permanecer en la quinta quince días?

—Es posible.

—Pero se irá, como los otros, al cabo de una semana.

—Esto es que vas á hacerle perder las esperanzas, como se las hiciste perder á los otros... ¿Y quién te dice que no has de amarle?

—Ya sabéis, padre mío, que ocupa mi corazón un amor que no se extinguirá sino con mi vida.

El coronel se mordió los bigotes, y sin centesfar, apresuró el paso, y llegó á las cuadras, frunciendo el entrecejo, y buscando con la vista á alguno de sus servidores, para hacer caer sobre él toda su cólera.

Héctor fué el primero que se presentó.

—¡Ah! Vos aquí, señor administrador. ¿Qué hacéis en este sitio?

—Vengo de examinar á Pyramo—respondió con calma el exbuhonero—y á mí mismo me preguntaba qué podríamos hacer de él.

—¡Pyramo! No me habléis de él; ese diablo de caballo ha querido estrellarme, y le haré matar.

—¡Matar á Pyramo!—exclamó Susana con acento compungido.

—Como á un perro rabioso—replicó el coronel, que había encontrado al fin algún pretexto para desahogar su mal humor.

—¿Y por qué, padre mío?

—¿Por qué? Porque está salvaje; porque es indomable; porque nadie puede acercarsele sin peligro; porque antes de haber estado á punto de matarme, derribó y pisoteó á dos palafreneros; por último, porque no sirve ni para silla ni para tiro. Ya lo he dicho: no quiero que mate á ninguno de mis servidores; mañana mismo le matarán á él.

Susana había paladeado, y Héctor vió que pugnaba por contener las lágrimas.

—Perdonad, padre mío—dijo—¿me permitis que vea por última vez al pobre Pyramo?

—¡Qué niñería!

—Os lo suplico.

—¿Dónde está?

—Debajo de aquel cobertizo—respondió Héctor.

—¿Está bien atado?

—Tiene puestas las trabas.

—Veámosle.

Era Pyramo un magnífico caballo de media sangre, castaño, de ocho años próximamente: al ver á los curiosos que le rodeaban, comenzó á relinchar.

Tenía el pelo erizado, la boca llena de espuma y la mirada recelosa y siniestra; pero conservaba toda la nobleza de su raza.

Llevaba la cabeza erguida, y al ver á los que le miraban, examinólos rápidamente sin dar muestras de conocer á ninguno, y lanzó un relincho ronco, feroz, de cólera y de dolor á la vez.

—¡Es extraño!—murmuró Héctor, que le observaba atentamente—diríase á veces que se acuerda de un amo que ha perdido.

Al oír estas palabras, Susana levantó bruscamente la cabeza, y contempló al administrador con admiración profunda.

—Ya vuelve Jacobo á sus extravagancias—exclamó Bordier con tono entre gruñón y afectuoso—¿de dónde diablos sacáis que este animal padezca exceso de sensibilidad?

—Los animales conservan también, contra lo que generalmente se cree, el recuerdo de los muertos; recuerdo que reviste en algunos formas muy extrañas.

Esta vez, no pudiendo ya contenerse, dió Bordier rienda suelta á su ruidosa hilaridad; varios de los trabajadores que se habían acercado á la llegada de Bordier siguieron su ejemplo.

Sólo Susana no participaba de este pirronismo en materia de sensibilidad caballar.

Lejos de parecerle extravagantes las palabras de Héctor, le habían producido la más viva impresión.

Como arrastrada por la misteriosa atracción que la dominaba, separóse de su padre para aproximarse al administrador, á quien dirigió una mirada en que se retrataba el más profundo reconocimiento. Esta mirada no pasó desapercibida para Héctor, que se quedó pensativo.

El coronel, sin embargo, después de haber dado la orden de que acabasen lo más pronto posible con aquél bruto furioso, se alejó del cobertizo.

Susana le seguía con paso vacilante é inclinada la frente.

Más de una vez se volvió para contemplar al condenado; habríase dicho, á juzgar por la congoja que revelaba su semblante, que un lazo misterioso la unía á la suerte de Pyramo.

Bordier se detuvo algunos pasos más allá, delante de un cercado, donde varios potros juguetaban alrededor de su madre.

—Mira—dijo dirigiéndose á Susana—mira aquella potranca que tú bautizaste con el nombre de *Escabiosa*; es muy bonita. ¡Qué cuarto trasero! ¡Qué brazos! ¡Qué cuello! ¡Qué cabeza! Ya sabes que te la destino; nadie más que tú ha de montarla.

Susana, sin responder, movió tristemente la cabeza.

—Creo, en efecto, señorita—dijo Héctor en voz muy baja, para no ser oído más que de Susana—creo que éste ha de ser un magnífico animal, y que no podríais soñar mejor caballo de silla.

—Si Pyramo muere, jamás montaré otro caballo—respondió la joven en voz baja, como ahogada por el dolor.

Luego se alejó con paso rápido.

La visita á los establos terminó sin otro incidente.

Susana, silenciosa y triste durante la cena, se retiró á su cuarto muy temprano.

Antes de acostarse estuvo largo tiempo arrodillada, y cien veces comenzó una oración; pero su alma no gozaba de completa calma; angustias sin cuento, vagas ansiedades, oprimían su pecho.

Pyramo no se separaba un instante de su memoria, y por más que lo procuraba, no podía rechazar lejos de sí un sentimiento de irritación secreta contra aquél á quien llamaba su padre.

La joven rendía á Pyramo una especie de culto, cuyos motivos se conocerán más tarde.

Pensaba además en la amenaza de matrimonio que de continuo la agobiaba y contra la cual tenía que librar diariamente un combate.

Esta resistencia, cuyas causas habían de permanecer siempre en el misterio, so pena de violar el secreto de un tumba y de empañar el nombre de su madre con una nota de infamia, esta resistencia agotaba sus fuerzas, hasta el punto de que á menudo se preguntaba con espanto si tendría valor para llegar hasta el fin.

¡Valor!... Ella lo pedía á Dios, y esta plegaria asomaba á sus labios, ardiente, dolorosa y acompañada de lágrimas.

Eran ya las altas horas de la noche, cuando Susana, sintiendo que el sueño se alejaba de sus párpados, abrió las ventanas y apoyó los codos en el alféizar.

Una luna clara y resplandeciente brillaba en el cielo.

Á lo lejos se distinguían pequeñas colinas, por cuyas vertientes serpenteaba un camino que

arrancaba del valle, y que el astro de la noche iluminaba con su tenue luz.

Entregada á sus dolorosas meditaciones, Susana dejaba transcurrir las horas sin contarlas, cuando de repente llegó á su oído un ruido sordo y lejano, semejante á un gemido prolongado.

Sorprendida, inquieta, levantó la cabeza, y esperó.

El ruido se dejó oír de nuevo, pero más cerca esta vez, y la joven creyó reconocer en él el relincho de un caballo.

Este ruido venía de la parte en que se hallaban las cuadras, y se dirigía hacia el fondo del valle.

Por último, dejése oír el relincho por tercera vez, pero siniestro, feroz; Susana pensó entonces en Pyramo.

—¡Le están matando—exclamó—le están matando!

Y con el corazón oprimido llevóse vivamente las manos á los oídos para no escuchar más.

Habría querido levantarse, cerrar la ventana, correr á ocultarse entre las cortinas de su lecho; pero no tuvo valor para ello, y permaneció allí, inmóvil aterrada, presa de dolor indecible.

De repente, un espectáculo imponente se ofreció á su vista.

En el camino que subía hasta las crestas de las colinas acababa de aparecer un jinete, montado en un soberbio caballo, cuyas crines azotaba el viento.

El hombre y el caballo se destacaban en medio del camino; sus sombras prolongábanse más y más á medida que avanzaban.

Habríase dicho que era una visión del Apocalipsis.

El animal azotaba el aire con sus cuatro patas, se encabritaba, y tras cada uno de estos esfuerzos, vencidos, sin duda, por una fuerza sobrehumana, caía pesadamente, permaneciendo inmóvil algunos segundos, para continuar con nuevo furor aquella espantosa lucha.

Varias veces logró dar una vuelta tan bruesa, que Susana creyó ver al hombre arrojado de la silla; pero éste le dominaba siempre, obligándole á avanzar más y más.

Susana lanzó á su vez un grito desgarrador.

Estaba en pie, inclinado todo su cuerpo fuera de la ventana, y agitando los brazos, sin darse cuenta de lo que hacía.

Veía correr el caballo hacia un precipicio.

El hombre no era, sin duda, ya dueño del animal.

La joven habría querido cerrar los ojos para no ver tan espantosa caída, pero sus pupilas permanecían siempre fijas, y no respiraba.

El caballo, dando un salto prodigioso, llegó al borde del abismo, donde, levantándose sobre sus patas traseras, agitó las manos en el vacío.

Susana vió entonces una cosa prodigiosa; el jinete hizo dar una vuelta al caballo, siempre en pie, obligándole á la vez á retroceder, y manteniéndole encabritado é inmóvil, como si hubiera sido de bronce, y esperó impasible hasta que el

animal, rendido de fatiga, cayó por su propio peso y apoyó las manos en el suelo.

Luego, recogiendo las bridas con salvaje energía, clavó las espuelas en los ijares, y desapareció, envuelto en un torbellino de polvo.

Entonces Susana, irguiéndose con vehemencia, lanzó una exclamación sorda.

Un rayo de luna que acababa de iluminar la aparición, le había permitido reconocer al hombre y al caballo.

El caballo era Pyramo, y el centauro intrépido que le montaba llamábase Jacobo Cointel.

XII

El buen doctor Lécuyer había adquirido ya un hábito; al cual le habría sido muy difícil renunciar; todas las semanas, después de haber hecho la última visita á sus enfermos; después de haber examinado uno tras otro los diversos casos de enajenación mental que trataba en su hospital de Rouen; después de haber dado las oportunas órdenes á su ayudante, el doctor, con la conciencia tranquila y dispuesto el corazón á dar cabida á la más franca alegría, tomaba el sábado por la tarde el tren de las cuatro, y en cinco cuartos de hora se encontraba transportado á la estación más próxima á Chantepie.

Una vez allí, subía al cabriolet que le esperaba, y se dirigía alegremente á la quinta.

Estas cortas vacaciones semanales eran para el doctor verdaderas fiestas.

Hacia algún tiempo que tenía un compañero de expedición no menos deseoso que él de ir á visitar á los habitantes de Chantepie.

Este compañero era el prometido de Ermelinda, el joven abogado de Rouen.

Durante estos pequeños viajes, Duvallon hablaba al doctor de sus proyectos para el porvenir.

Cierta sábado llegaron á la quinta en el momento mismo en que se servía la comida, y no tuvieron tiempo sino para sentarse delante del cubierto que les esperaba.

La comida fué corta, y en ella no reinó, como de costumbre, la menor expansión.

Cuando Lécuyer entró, el coronel le había dirigido una mirada interrogadora, á la cual no contestó aquél sino dirigiendo á su vez á Susana otra mirada, en que se reflejaban la ternura y el reproche.

Un ligero rubor coloreó las mejillas de la joven, que inclinó la cabeza, y sólo desplegó los labios para rehuser los manjares que le ofrecían.

Ermelinda comía y hablaba por las dos.

Sospechaba que desde hacía algún tiempo algo grave mediaba entre su padre y Susana, y aun había llegado á sorprender ciertas misteriosas palabras; pero todo esto no preocupaba sino muy superficialmente á un alma que, como la suya, pensaba sólo en que muy pronto habría de llegar á ser la señora de Duvallon.

En cuanto el café estuvo servido, llenó el coronel su taza, que apuré de un solo trago, leván-

tóse, dando de este modo la señal de dejar la mesa, y cogió al doctor por el brazo para llevarle consigo al gabinete, cuya puerta cerró con cuidado.

—¡Vamos, ahora habla, y habla pronto! Tienes malas noticias que darme, ¿no es cierto?

—¡Diantre! Caminemos despacio.

—¿Has visto á Valabregue?

—Sí, ayer, en Rouen. Habría tenido sumo gusto en aceptar tu ofrecimiento; pero...

—¿Pero qué? Desde el instante que yo invito á venir aquí á él, á su mujer y á su hijo, ¿quién puede oponerse á ello?

—¡Tu hija, pardiez!

—¿Susana?

—Sí; tienes la lengua demasiado expedita, la has revelado tus proyectos, y...

—¿Y qué?

—¿Qué he escrito á su confesor el abate Clary, quien, á su vez, ha ido á ver á Valabregue. Ahora bien; nuestro amigo le ha prometido permanecer neutral y no dar paso alguno que facilite este matrimonio, hasta que hayan transcurrido cuatro meses.

—¡Cuatro meses! ¡Cabalmente el resto de la tregua pactada entre ella y yo! ¡Cuatro meses!...

—Veamos: ¿no te ha prometido no tomar hasta entonces resolución alguna? Y tú, coronel, ¿qué haces para apartarla del camino que quiere seguir?

—¡Ah, desventurado! ¿Piensas que si yo creyese en una vocación seria, sincera?... Pero no; te lo he dicho cien veces; Susana no tiene nada de mística; su resolución no es más que obra de su voluntad, y cuando trató de inquirirle el motivo que la impulsa á pronunciar sus votos, me preguntó si... En una palabra: ¿quieres que te sea franco? Pues bien; creo que somos dos imbéciles.

—A fé mía, preferiría serlo, á ver á Susana perdida para siempre para nosotros... Pero ¿qué te induce á creer?...

—Hasta ahora se ha negado á casarse, y sueña en el claustro, porque ninguno de los jóvenes que le hemos presentado corresponde á su ideal. Susana ha nacido en Paris, y allí ha pasado una parte de su juventud, esa edad en que las sensaciones son más vivas é influyen más directamente en el carácter y en las ideas. ¿Es verdad? Pues bien; ¿qué le hemos presentado hasta ahora? Jóvenes del país, diestros cazadores, robustos, alegres, coloradotes, de pies y manos desmesuradamente grandes...

—Es verdad, preciso es confesarlo: Susana es parisién hasta los tuétanos.

—Te lo repito: somos dos necios: lo que ella necesita es un hombre elegante, espiritual, un hombre de mundo, un parisién... ¿qué se ha hecho de tu hijo?

—¿De Máximo?

—Sí, Máximo.

—Pero... ¿por qué me haces esa pregunta?

—Respóndeme ante todo.

—¿Pensarías acaso?...

—Respóndeme, te digo.

—Veamos, amigo mío, veamos; no nos dejemos arrastrar por los impulsos del corazón. En primer lugar, tú sabes que no tengo ni un sólo céntimo que dar á mi hijo, y tú dotas á Susana en doscientos mil francos.

—Y en cuatrocientos mil, si me lo permites.

—Y sin embargo, no das á Ermelinda...

—Ermelinda es la menor, y no es de ella de quien aquí se trata; te pregunto qué es de tu hijo.

—Hace algún tiempo que mi hijo va en auge: yo sería injusto si no conviniese en ello.

—¿No me habías dicho que ha encontrado una colocación importante? ¿Qué es abogado de una gran compañía de crédito?

—Sí; ha hecho además largos viajes por cuenta de tan opulenta sociedad, y desde que volvió á París, sus negocios han aumentado de una manera tan rápida como inesperada. Ya sabes que en su profesión basta la circunstancia más insignificante para engrandecer á un hombre; sus viajes, por otra parte, le han proporcionado valiosos protectores. En fin, actualmente habita un lujoso piso segundo en la Chaussée d'Antin; tiene berlina, lacayo, ayuda de cámara...

—¡Diantre! Todo eso supone una clientela bastante numerosa.

—¡Ya lo creo!

—Ahí verás cómo mi hija es más pobre que él...

—Debo recordarte también que en otro tiempo no fué su conducta de las más ejemplares.

—Pero ya se habrá corregido.

—Ciertamente; nadie adquiere rentas haciendo una vida depravada.

—¿De suerte que tú le crees ya transformado?

—No afirmaré que sea un fénix nacido de las cenizas del pasado; pero puedo decirte que he ido á verle á París dos ó tres veces, y siempre he hallado en él á un joven correcto, reservado, serio, guapo, demasiado guapo quizá; es el más vivo retrato de su madre. En fin, voy á serte franco: le veo, sin duda, más circunspecto y mejor que lo que es en realidad. Y tú, que me haces charlar, te reírás quizá de mí; pero dispensa mi ingenuidad: siempre le he querido con pasión.

Sonrióse el coronel, y tendió la mano á Lécuyer, que la estrechó entre las suyas.

—¿Quiero ver á tu hijo.

—¿De veras?

—Muy de veras; y cuanto antes mejor. El tiempo apremia; cuatro meses pasan muy pronto.

—Pero ¿piensas en casarle con Susana?

—¿Encuentras tú en ello algo de extravagante? El es guapo, ella encantadora; ella es distinguida, él es parisién; él gana dinero y ella lo aporta al matrimonio. ¿De dónde diablos deduces tú que mi idea sea impracticable? El ha sido algo calavera, tanto mejor: ta de ó temprano, el hombre siempre tiene una época de desvarío, cuando no antes de casarse, después; yo prefiero que la tenga antes, y tengo mis razones para opinar de este modo. Así, pues, ya sabes que has de presentarme á tu Máximo.

—¿Aquí en Chantepie?

—Aquí en Chantepie.

—Pero necesitamos un pretexto para hacerle venir, á fin de que Susana no sospeche...

—Un pretexto, ya le tengo: el casamiento de Ermelinda.

—Es verdad; no pensé en ello.

—Ya no está lejos el día marcado para el enlace; enviaremos á Máximo una invitación. Tú le escribirás también informándole, bajo secreto, de nuestros proyectos, los cuales, al llegar aquí, fingirá no sospechar, á fin de que Susana no vislumbre en él un nuevo pretendiente. ¡Ah, mi buen Lécuyer! ¡Si lograra agradarle, nos habríamos salvado!

—¡Diantre! Se han visto cosas más extraordinarias.

—Si realizamos nuestros proyectos, vendería cuanto tengo para irme á vivir en París, al lado de mi hija.

—¡Ah! ¿Y yo?

—Tú, si no sigues mi ejemplo, si no vendieras tu endiablado manicomio, que acabará por arruinarte; si no te vinieses con nosotros, te tendría por más loco que todos los locos á quienes tienes la pretensión de curar.

—¿Y la ciencia, desventurado?

—¿Y la dicha, imbécil?

En este momento, una voz argentina, alegre y dulce, se dejó oír en el jardín.

El coronel reconoció esta voz que le llamaba.

—Es Susana—exclamó, dando un salto y asomándose á la ventana.

Pero no bien se hubo asomado, cuando lanzó un grito de espanto, y haciendo un gesto de desesperación, exclamó:

—¡Desgraciada! ¿Estas loca? ¿Quieres bajarte?... Pero no, no te muevas... ¡Voy allá!... ¡Va á hacerse matar!

El doctor, que le había seguido, no comprendiendo la causa del terror del coronel, miraba con atención á Susana, que, vestida de amazona y con un lindo sombrero inclinado sobre la oreja, montaba un magnífico caballo castaño que, inmóvil bajo el peso de la joven, agitaba suavemente su fina y elegante cabeza.

El coronel llegó jadeante al lado de su hija.

—¡No te muevas!—repitió.—¡Déjame obrar, ó estás perdida!

—¿Y por qué, padre mío, estoy perdida?

—¡Y lo preguntas! ¿No es Pyramo ese caballo que montas? ¿Luego no han ejecutado mis órdenes?

—Sí, es Pyramo, y jamás he montado un animal más obediente ni más dócil; acabo de dar con él una vuelta alrededor de la quinta...

—¡Con él! ¡Tú!

—Y me creía sentada en una butaca.

Y diciendo esto, agitó las bridas, y Pyramo se puso en movimiento, dando una segunda vuelta á la quinta con el más perfecto paso de andadura.

El coronel palidecía, temblaba y abría desmesuradamente los ojos, donde se retrataban la consternación y la sorpresa.

—¡Ah!—exclamó luego con acento más tranquilo.—¿Qué le ha sucedido á este animal?

Su ana, que de nuevo se había detenido delante de su padre, dirigió una furtiva mirada á la empalizada que separaba el camino de la cerca, mirada que no pudo ser perder el coronel.

El joven administrador acababa de aparecer al otro lado de la barrera.

—¿Pero me contestarás y dejarás de atormentar la boca de ese endiablado?

—Mirad bien al pobre Pyramo; ¿tiene acaso un aspecto tan feroz?

—Preciso fuera ser muy injusto para no convenir en su nobleza—dijo Léuoyer, que no cesaba de contemplar con admiración al animal.

—No sabes lo que dices. Es un caballo que padece vértigos.

—¡Vértigos! ¡Diablo!

—Vamos, hija mía, echa pie á tierra, y no me hagas morir de miedo. ¡Hola, Jacobo!—gritó al ver al administrador.—Ayúdame á sujetar á Pyramo.

Héctor se acercó, y cogiendo al caballo por la brida, respondió con suave tono:

—Dad la mano á la señorita; no hay nada que temer.

—¡Nada que temer! ¡Y vos también lo creéis así!

—Vedle, padre mío.

Y Susana se dejó caer en los brazos de su padre, sin que Pyramo hiciera el más pequeño movimiento.

—Pero—dijo Bordier—¿me dirás al fin cómo y quién ha resuelto este problema?

—Es más que un problema.

—¿Qué es, pues?

—Es un misterio.

—¿Un misterio? Sea; pero un misterio cuya clave le de averiguar. Alguien ha debido ocuparse en demar este caballo; alguna mano muy hábil le ha dirigido; pero ¿quién?... No conozco aquí á nadie, incluso yo, que tenga bastante energía, no digo para llevar á cabo, sino ni para intentar tan ardua empresa.

—Tengo, pues, razón en decirnos que aquí hay un misterio.

—Me yo he de poner en claro. Quitad, Jacobo, la silla al caballo, que yo mismo quiero llevarle á las cuadras.

Héctor obedeció, y saltando el coronel sobre el caballo, con vigor y ligereza notables, parió, diciendo al doctor:

—Sígueme; tengo que hablarte de lo mismo que hace un momento nos ocupábamos.

El doctor, que no podía menos de encontrar interesante la conversación á que el coronel aludía, siguió á su amigo, trotando, más bien que andando, al lado de Pyramo.

—¡Y bien!—dijo el coronel cuando se hubieron alejado unos veinte pasos.—¿Crees aún que esa intrepida ama ana, que esa joven hermosa y fuerte, amante del aire y de la libertad, piensa seriamente en las soledades del claustro? ¡Vamos! Quiero que esta misma tarde pongas en el correo la carta que has de escribir á Máximo.

Así hablaba á su amigo el coronel, mientras que Pyramo, maniobrando con una facilidad que confundía á su buen amo, se encaminaba á las cuas ras.

Durante este tiempo, el administrador permaneció inmóvil y abismado en profundas reflexiones, apoyando los codos en la empalizada.

De repente, una sombra se interpuso entre él y los rayos del sol, próximo ya á ocultarse en el horizonte.

Al mismo tiempo, una mano de mujer se extendió á abierta delante de él, mientras que una voz argentina pronunciaba esta sola palabra:

—¡Gracias!

Moria se estremeció y levantó la cabeza.

Susana estaba allí, y con su mado diminuta, cubierta con fino guante, estrechó cordialmente la mano del pobre Jacobo Cointel.

XIII

Héctor, al contacto de esta mano, sintió como una sacudida eléctrica, y sus facciones tomaron de repente una expresión, mezcla de terror y alegría.

Vaciló con sus piernas, apoyóse en la empalizada, y allí permaneció mudo, anonadado, fija la mirada en Susana como en una visión en cuya realidad no podía creer.

Susana, que estaba también conmovida, hacía sentir los esfuerzos para ocultar su emoción.

Cuando hubo retirado su mano de la de Héctor, se quedó silenciosa un instante, como para coordinar lo que iba á decir, y recobrando al fin su presencia de ánimo,

—Ignorái, Jacobo—dijo—el inmenso servicio que me habéis hecho, evitando que maten á Pyramo.

Héctor movió los labios como para hablar, pero no pudo.

—Lo he visto todo; lo sé todo—continuó Susana.—Sé que para conservar la vida habéis puesto en grave riesgo la vuestra.

—¡Perdón, perdón!—balbuceó Héctor.

—¡Perdonaros! ¡Cuando era por mí por quien os exponíais! Si, por mí, no tratáis de negarlo; habíais notado mi emoción, mis lágrimas, cuando mi padre condenó á Pyramo.

—Es verdad.

—Por eso he querido daros las gracias y revelaros sobre todo, el secreto motivo de mi reconocimiento. Este pobre Pyramo, así como él, era el caballo favorito de mi querida madre; había sido educado expresamente para ella, y pocos días antes de que la postrase en el lecho fatal la enfermedad que debía conducirle al sepulcro, quiso dar montada en él su último paseo. Luego murió, y desde entonces es el pobre Pyramo quedó abandonado por completo y relegado á las praderas que mi padre posee lejos de aquí, en la orilla del mar, donde no veía á nadie, donde tampoco oía la dulce voz que en otro tiempo le guiaba. Así, pues, ¿qué cual no sería mi sorpresa cuando al otro día

al verle salvaje y feroz, se clamásteis: «Diríase á veces que se acuerda de un amo que ha perdido.» ¡Ah, Jacobo, cuántas veces os he bendecido, y cómo os podre agradecer tanta el peligro á que os habéis expuesto para conservarme este pobre amigo de mi madre!

Y la joven guardó profundo silencio.

Durante esta conversación las facciones de Héctor habían tomado poco á poco una expresión extraña.

En este momento el sol, ya medio oculto entre las flotantes púrpuras que se destacaban en el horizonte, iluminaba con sus rayos la hermosa cabeza de Susana; de modo que la joven se ofrecía á los ojos de Moria tal y como se le había aparecido la primera vez, semejante á esas vírgenes que vestidas con los más vivos colores adornan las vidrieras de las catedrales góticas.

Héctor la contemplaba con arrebatamiento; agitó de nuevo los labios, pero no pudo articular ni una sola rase.

La joven, contrariada por este silencio, bajó los ojos é hizo un movimiento como para retirarse.

Entonces Moria recobró la palabra.

Sus ojos tenían un brillo extraordinario.

—¿Qué habláis de muerte y de pel gros, vos que dáis la vida?—e clamó y tendiendo la mano para impedir á Susana que se alejase.—¿No sabéis que sin vos ya yo no viviría?

—¡En mí... No sé si alguna vez he podido...

Y se detuvo bruscamente.

Acababa de recordar lo que había hecho una noche que aquel hombre luchaba con la muerte; sabía que, en efecto, le debía tal vez la existencia.

Susana se ruborizó; hasta este momento no había reflexionado que entre ella y él existía un secreto que les unía en un recuerdo común.

Como viera, avergonzada de sí misma, no sabía si debía proseguir la conversación ó retirarse, dándola de este modo por terminada.

Héctor, que no notaba la turbación de la joven, continuó, como hablando consigo mismo:

—Sí, sí—decía—es un milagro de Dios, un milagro que segur me te ignorais y que yo quiero desvelaros en otro tiempo, agobiado por terribles pesares, mi vida no era sino un largo y doloroso suicidio; entones os aparecisteis á mi como apareció Cristo en las aguas de Liberiades. Sí; antes de miraros con los ojos corporales, he podido veros con los ojos del espíritu; cuando yo luchaba con la muerte os presentásteis á mi como una visión celeste, y desde aquel mismo día renació en mi pecho la calma y me sentí feliz, lleno de vida.

Susana comprendió el extraño error que padecía el pobre Jacobo, que había tomado por una visión sobrenatural lo que no era sino la cosa más sencilla y mas real del mundo.

¿Pero se atrevería á desengañarle?

Su pudor se revelaba contra este pensamiento.

Susana, pues, le dejó continuar.

—¿Por qué, pues, me dais las gracias? Sin duda

he comprendido mal; lo único que sé es que la lengua que habla no tiene palabras para expresar lo que siento. Pero vos, que habláis en rios, habladme por mí; decidme que le bendigo en todos los instantes de mi vida, que le amo en vos, que le adoro en vos, que sois á la vez mi sostén, mi redentor y mi guía.

Imposible señalar con la pluma la dulzura con que pronunciara estas últimas palabras, que acompañó con un lento movimiento de cabeza, mientras que sus miradas parecían perderse en el vacío.

Susana no podía menos de sonreírse al ver la exaltación de aquel hombre; pero al mismo tiempo sentía e conmovida; recordaba las desventuras que pesaban sobre este infortunado; había oído referir las crueles pérdidas que sufriera, y solo así se explicaba la sobreexcitación de su lenguaje.

Pero lejos de alarmarse, concebía, por el contrario, una simpatía cada vez mas viva por aquel joven tan castigado por la desgracia.

El, entre tanto, parecía reflexionar, y como si de repente surgiera en su imaginación un extraño recuerdo, levantó bruscamente la cabeza y exclamó:

—¿Es cierto que vuestro padre abriga el propósito de casaros?

Susana, estremeciéndose, retrocedió un paso.

Esta pregunta á quien arropa y sobre punto para ella tan espinoso, la desagradó en extremo.

La joven respondió, después de un corto silencio, con tono receloso y glacial.

—¿Por qué me hacéis esta pregunta?

—Para llorar por vos y por mí si es cierto.

Susana se quedó como petrificada; este por vos y por mí, la hizo ruborizarse; y el pensamiento de que al acercarse á aquel hombre, dejando e arrastrar por sus sinocentes pero irresistibles impulsos, había podido autorizarle para hablar de este modo, la sumergía en profunda confusión.

Entonces comprendió que su puesto no estaba allí, sola, ya próximo á anoecer, y frente á frente del joven administrador; y volviendo la espalda, iba á apresurarse á ganar la quinta, cuando oyó que añadía:

—La que se consagra á Dios, no debe permanecer más que á Dios.

Al oír estas palabras, quedóse como clavada en el suelo.

¡Dios! ¿Por qué hablaba de Dios? ¿Qué quería decir? ¿Había penetrado una vez más sus pensamientos más secretos? ¿Había adivinado acaso el sacrificio que se había impuesto? ¿Era tal vez en su corazón como en un libro abierto?

El nombre del Señor, que acababa de salir de labios de Jacobo la inspiró confianza.

—¿Qué puedo hacerlos creer?...—habucó.

—Sí... conozco la promesa que habéis hecho de consagrar vuestra vida al servicio de los que sufren. ¡Santa y noble criatura! ¡Ninguna mano pueda separaros de tan sagrado camino ¡que ninguna fuerza humana pueda apagar la llama

divina que arde en vuestro corazón! Mensajera del cielo, cumplid vuestro cometido: pero no extrañéis que aquellos á quienes habéis salvado la vida traten de asociaros á su destino. Si llagáis á abandonar el cielo por la tierra, el claustro por el mundo, los ángeles y yo vestiremos el mismo luto. Así lo que Susana había tomado por una osadía casi brutal, por una especie de injuria; a fatuidad, aquel «por vos y por mí», que tanto la había disgustado, no envolvía nada de que pudiera verse herida el alma mas delicada y pura.

Por el contrario, lo que acababa de oír, triste eco de sus propios pensamientos, parecía animar la más aún á continuar con nuevo ardor por el camino del sacrificio.

La joven miró con atención al que acababa de hablarle de este modo: luego inclinó la frente, ahogó un suspiro y apoyando la mano sobre su corazón, como si hubiese experimentado un dolor agudo, murmuró:

— ¡Ue los me dé fuerzas y valor. Habéis dicho bien, Jacobo, el cielo me impone este sacrificio: ¡puedo ser!

Y volviéndose bruscamente, se alejó con paso rápido, cuan to una aldea que desde hacía mucho tiempo vagaba por los alrededores sin osar acercarse, le salió de repente al encuentro.

— Eres tú, Catalina! — exclamó Susana reconociéndola.

— ¡y de mí Señorita, perdonad si me presento de este modo; pero abandonar el país para siempre, y marchar sin despedirme de vos, era superior á mis fuerzas.

La que así la lababa era una mujer joven, y no obstante la elevación de sus facciones, habriase podido descubrir, si la ya vacilante caridad del crepusculo lo hubiera permitido, la gracia y delicadeza de su fisonomía.

— ¡Ah, mi pobre Catalina! Mi padre me ha prohibido verte.

— Con razón, se oírta! ¿No he faltado á todos mis deberes de esposa y de cristiana? Si, yo soy la hija de los miserables, y si no hubiese tenido un hijo, no habría podido sobrevivir á la vergüenza de verme arrojada de la casa de aquel á quien no me atrevo á llamar mi marido.

— ¿Luego es cierto que ha querido separarse de tí?

— Me ha atejado á su lado, sin permitirme llevar conmigo otra cosa que mis pocas ropas y... mi hijo.

— ¡Que Dios se apiade de tí, mi pobre Catalina; pero ni siquiera puedo acordarme de que fuiste mi hermana de leche... ¡Oh! Si me atreviese... si pudiera... pero no; tú conoces la voluntad inextinguible de mi padre, y... si tratara de interceder por él, ¿quién sabe si completaría tu desgracia. Ahora mismo tiemblo al pensar que podrían verte, oírte aquí.

— Esperado á que comencé á anoecer, y me permanecido largo tiempo oculta entre los árboles: ahora nadie puede vernos, ni oír al señor Jacobo, que está allí; pero de él nada tengo que temer, puesto que es él quien me ha entregado vuestras caritativas dádivas.

Susana hizo un movimiento de sorpresa.

El administrador, á quien este encuentro parecía contrariar, pero que, obligado sin duda por un movimiento de reserva, permanecía inmóvil á cierta distancia, prestaba una viva atención á las palabras que podían llegar hasta él.

— ¿Qué dices Catalina? — respondió Susana. — Yo he encargado...

— ¡Oh! Lo he adivinado todo: pero no os inquietéis; el señor Jacobo ha tenido buen cuidado de no pronunciar jamás vuestro nombre.

— ¿Mi nombre? ¿No comprendo...

— ¡Oh! Si no queréis contárselo, y es muy cruel que no me permitáis daros las gracias por vuestros consuelos, y por tanto como es de bo.

— ¿Cómo, ¿qué me debes? ¿De qué consuelos hablas?

— Os debo la única dicha que yo podía ya esperar. Gracias á vos, mi pobre hijo, en ermo, y á quien ni siquiera podía dar un pedazo de pan, no carecerá de nada.

— ¿Gracias á mí, dices?

— Si, sí, gracias á vuestros beneficios podrá recibir educación; y retirado en una ciudad lejana, donde nadie conozca mi falta, tendré al menos el consuelo de saber que el fruto de mis entrañas será el día de mañana un hombre honrado... Y vos, á quien debo esta alegría, en medio de tantas penas, ¿no queréis que os exprese mi agradecimiento, no queréis que os bendiga?...

— Pero te repito...

— ¿Quién, pues, ha sido conmigo tan generoso sino vos. Por esto he venido aun á riesgo de disgustaros, á riesgo también de oiros decir: «No soy yo... no sé nada... no quiero saber nada... vete.» Decid esto último, si así lo desearis pero yo me echaré á vuestros pies y besaré vuestros vestidos.

La pobre joven apenas pudo proferir estas últimas palabras porque los sollozos hacían espirar la voz en su garganta.

Ahogaba los gritos que querían escaparse de su pecho, y con sus manos temblorosas, arrodillada en el húmedo suelo, acercaba á sus labios los vestidos de Susana.

La hija de Jordier estaba conmovida.

Un rayo de luna que de repente penetró por entre las hojas de los árboles, le permitió ver á Héctor pálido, sonriendo y puesto el índice delante de la boca, como para invitarla á que no sacase de su error á Catalina.

La joven levantó á su hermana de leche y retrocedió algunos pasos como para sustraerse á sus brazos.

Así se aproximó más á Héctor, y mientras que la culpable, su vida en esa postración que sucede siempre á las emociones violentas, continuaba llorando, oculto el rostro entre las manos, Susana oyó murmurar en su oído estas palabras:

— Perdonadme, señorita; sabía que la amabais...

XIV

Todos los sábados, después de terminada la comida, el antiguo coronel del 15.º ligero mandaba abrir de par en par las puertas del vasto salón de la planta baja de la casa, y allí recibía á cuantos querían hablarle.

Esta sala era notable, por la elevación de su techo y por los ricos tapices que revestían sus paredes, procedentes de las antiguas fábricas de Beauvais.

Penetraba en ella la luz del sol por tres grandes ventanas que daban al jardín, y frente á cada una de las cuales se veían altos aparadores ocupados por ricas va illas.

Ancha chimenea ocupaba uno de los extremos del salón, y enfrente, en el otro extremo, se alzaba un gran armerío, cuyas puertas, ricamente trabajadas, ostentaban las anchas espirales del noble estilo Luis XIV.

La mesa estaba en medio de la estancia, y suspendida del techo veíase una magnífica araña holandesa del siglo XVI.

El conjunto de todo esto revelaba, no sólo la opulencia del dueño de la casa, sino también el gusto de un hombre que había vivido en el mundo, antes de venir á sepultarse en este rincón de Normandía.

—V amos, es preciso renunciar á ello exclamó el coronel al entrar en la sala, y con el tono brusco que le era habitual—nadie sabe nada, nadie ha visto nada, el caballo no ha salido de la cuadra, se ha transformado solo! Y bien, nueva Bradamante, ¿no venís á abrazarme?

—Después que lo haya hecho Ermelinda—respondió Susana, haciéndole con los ojos una señal de inteligencia.

Ermelinda, en efecto, se apoyaba en aquel momento en el respaldo de la butaca en que el coronel, al entrar, se había sentado.

Bordier levantó la cabeza, contentándose con esperar á que la joven tocase con sus sonrosados labios su ancha frente; luego, corriendo al lado de Susana, que, sentada delante del piano, apoyado el codo sobre la tapa, y sostenida la cabeza por la mano, permanecía sumergida en reflexión profunda, uno tras otro imprimió en aquella cabeza numerosos besos, en la frente unos, en los ojos otros, y otros en sus hermosas trenzas negras.

—¡Ah!—exclamó al mismo tiempo—me has jugado una mala partida; pero me vengaré de tí, está tranquila.

—Perdonad, no comprendo...

—¡Hazte la ignorante! ¿Valabregue? ¿Qué día llegará el bueno de Valabregue? Me parece que debes saberlo, puesto que le envías abates en embajada...

—¡Padre mío!

—Señor—dijo un criado que en este momento traba, llevando en la mano dos lices—varios

labriegos esperan que les déis permiso para entrar.

—Es verdad, no recordaba que hoy es sábado; abre la puerta y que comience el desfile.

Y volvió á sentarse en la butaca.

Era un espectáculo curioso é interesante el que ofrecía aquel hombre, amo y camarada á la vez; ya juez, ya amigo, escuchando con proverbial paciencia las reclamaciones de cada uno, aplicando la justicia y arreglando todas las diferencias con una palabra, con una sonrisa, y á veces con un juramento que valía más aun que la sonrisa.

El último que aquella noche se presentó era un hombre como de treinta años de edad, de coloradas mejillas, cabello encrespado, boca grande y mirada algo aviesa.

Al pisar el dintel, apareció contrariado viendo que el coronel no estaba solo.

Este, al reconocerle, frunció las cejas.

—¡Ah! Eres tú, Bautista—dijo Bordier—¿deseas?

—Vengo por el salario.

—¡Ah! Sí, ahora me acuerdo: ¿estás decidido á dejar el país?

—Sí.

—¿Ha sucedido algo nuevo?

—Sí.

—¿Qué, pues?

El aldeano, sin contestar, miraba sucesivamente á Susana, á Ermelinda y á Duvalon, que acababa de entrar.

—Veamos—dijo Bordier, que creyó adivinar el motivo de esta vacilación—¿quieres hablarme á solas en mi despacho?

Pero el labriego, levantando de repente la cabeza, repuso con brusco acento:

—No es necesario; hay aquí jóvenes que pueden aprovecharse de lo que voy á decir: nunca es malo que los que están próximos á casarse sepan cómo un marido castiga á su mujer cuando ésta le ha engañado.

Susana ahogó un suspiro; la última palabra del aldeano la hizo estremecer.

Involuntariamente había pensado en su madre.

—Todo eso—dijo el coronel—no es quizá más que un efecto de la maledicencia; no hay, pues, que creer en tales rumores mientras no haya pruebas.

—Ella lo ha confesado.

—¡Ah! ¿Luego ha tenido ese triste valor?

Y el coronel, levantándose, comenzó á pasearse por la estancia.

Susana inclinó la cabeza como avergonzada.

Este valor de que su padre hablaba, tal vez no lo habría tenido su madre.

—E-cáchame, Bautista—añadió el coronel—nosotros sabíamos eso desde hace ya mucho tiempo, y yo mismo había prohibido á Susana que se tomase el menor interés por esa desgraciada, que ha sido su hermana de leche; todos, sin embargo, hemos guardado silencio, porque ninguno queramos ser el primero en comunicarte tan cruel nueva. Ahora, que Dios la juzgue.

—Ya yo he arrojado de mi casa á ella y á su hijo.

—Perdonad—objetó entonces el joven abogado—á nadie le está permitido tomarse la justicia por su mano; para eso están los tribunales, amigo mío.

—¡Tribunales!—interrumpió Bordier con tono violento.—Sí, sí, tribunales, delante de los cuales los abogados cobran fama á costa de nuestras desventuras, adquieren riquezas con nuestros dolores, y ofrecen en ruidosas oraciones á los ojos del mundo esos dramas del honor, que sólo deberían desarrollarse en el silencio del perdón ó en el misterio de la tumba.

Susana se oprimía el corazón con ambas manos.

—He aquí—se decía—el horrible dolor que me espera en el mundo, cada vez que en mi presencia se hable de una mujer culpable. No, no; esto sería muy superior á mis fuerzas. ¡No tengo, pues, otro refugio que el seno de Dios!

Un instante después la puerta se abrió para dar franco el paso á Héctor, que entró sin que nadie lo notase.

—¿La has arrojado?—replicó Bordier.—¿La has arrojado con su hijo?

—Sí.

—¿Y cómo van á vivir?

—¿Qué me importa?

—Pero eso es odioso—repitió Susana.—¿Queréis acaso que mueran?

—¡Y no me preguntáis si viviré yo!—exclamó el aldeano con acento sombrío y desesperado.

—¡Pobre Bautista!—dijo en este momento una voz.

Al oír estas palabras, todos volvieron la cabeza.

—¡Ah! Sois vos, señor administrador—dijo el abriego, dirigiendo á Héctor una mirada de odio—no os he pedido que me compadezcáis.

—Pobre ¡ven!—continuó Héctor sin dar oídos á las palabras del aldeano—no es solo la falta de Catalina lo que hoy te hace desgraciado; es también el pensamiento de que tú mismo la has impulsado á hacers culpable.

—¡Yo!... ¡Os atrevéis á decir!...

—Recuerda aquellos primeros y felices días que pasaste á su lado: recuérdalos.. ella era joven, candorosa, y sólo pensaba en amarte; entonces, sin gran trabajo, podrías haberla dirigido á tu antojo; ¿no es cierto, Bautista?

—Sí, sí; pero todo cansa en este mundo, dice el proverbio.

—¿Y cuál de vosotros dos se ha cansado primero, tú ó Catalina?

—Yo no tengo que dar á nadie cuenta de mi conducta.

—Te engañas; tienes que dártela á tí mismo; bueno es que un hombre se juzgue antes de convertirse en verdugo.

—¡Está bien; dejadme en paz, y basta de sermones.

—¡Calla!—gritó el coronel, cuya frente se inundaba de sudor, mientras que con sus crispados de-

dos arrancaba, sin darse cuenta de ello, la cinta de la butaca.

—¿Es cierto, Jacobo, que este bribón ha tenido la culpa?

—Demasiado lo sabe él.

—¡Yo!—exclamó Bautista.—¿Creéis?...

—Creo que comprendes cuanto quiero decirte, ¿Piensas que si tú te hubieras conducido siempre bien no habría sido yo el primero en decirte: Cierra los ojos, tápate los oídos y muerete? No, no merece misericordia, no merece piedad la criatura infame que estudia la traición, y que no sabe hallar deleites sino en el crimen. ¡Esa mujer, óyelo bien!—la voz de Héctor se trocó de repente en sombría y terrible, y su mirada, en que brillaba un fuego extraño, parecía ver á aquella de quien hablaba—de esa mujer es preciso huir como de una serpiente inmunda. ¡Es preciso huir de ella con horror, ¿qué dices? No, es preciso matarla, sí, ¡matarla!... ¡matarla!

Y su mano se levantó como si hubiese estado armada de un puñal.

Luego, con una expresión de dolor indefinible, —¡Ah! ¡Pobre corazón leal—continuó—¡pobre ser que le había dado su alma, que por ella habría derramado hasta la última gota de su sangre, y á quien la miserable ha hecho traición!...

De repente calló, y pasándose repetidas veces la mano por la frente, dirigió á su alrededor una mirada de espanto.

—Perdonad—dijo al cabo de un instante—perdonad, decía...

—Amigo Jacobo—dijo el coronel, moviendo tristemente la cabeza—nadie trata de penetrar los secretos de tu vida; ni yo he de preguntarte si la emoción que te embarga reconoce por causa heridas antiguas, que, mal cicatrizadas, vuelven á abrirse de nuevo. Ahora bien: si la desventurada Catalina no es la mujer criminal de quien hablas, no es menos cierto que Bautista se ve hoy con una mancha en su honor, y en los brazos con un hijo que no es el suyo. No hay que pedir imposibles; es muy duro educar, dotar y dejar por heredero á hijo que nos deshonra. ¿Conocéis muchos que tengan valor bastante para hacer esto?

Susana, al oír estas últimas frases, se llevó el pañuelo á la boca para ahogar sus sollozos.

Las palabras de su padre eran su propia sentencia, y la joven se sentía desfallecer.

—Tenéis razón—replicó Héctor, que había recobrado su habitual tranquilidad—el hijo de Catalina no puede tener un puesto en el hogar de este hombre.

—¡Ah! ¡El también!—murmuró la pobre joven, ocultándose el rostro para que no viesen sus lágrimas.

Parecía que acababa de romperse el último lazo que la unía á la tierra.

—Pero alguien habrá—continuó Héctor—que tome á su cargo la educación de ese pequeño ser, cuya existencia ignorará siempre Bautista.

—Como debía ignorarse la mía... Sí, ¡oh! Sí... Todo ha concluido.

Así pensaba Susana, mientras dirigía á Héctor

una mirada rápida, en que se retrataba la desesperación y el reconocimiento, porque, amando á la pobre Catalina, no podía menos de agradecer con toda su alma al administrador lo que por ella había hecho.

—¡Ah! ¿Y para eso me habéis pedido dinero adelantado?—dijo bruscamente el coronel.

—¿Habían de morir de hambre esa mujer y su hijo?

—¿Con qué derecho—repuso el aldeano—habéis dado dinero á mi mujer? Yo no la he arrojado de mi casa para que viva feliz con el dinero de otro; que trabaje, que sufra, que se vea sumida en la mayor miseria; esto es lo justo; esto es lo que yo quiero.

—¡Luego no serás misericordioso sino para contigo mismo!—exclamó Héctor—Si; todos se perdonan á sí mismos, olvidan las faltas que han cometido, y que las más de las veces han precipitado la caída de aquélla á quien habían jurado defender, guiar, sostener...

Susana levantó vivamente la cabeza para mirar al administrador.

Recordaba la dolorosa carta que la había escrito su madre, y en que le decía: «En esta hora suprema en que podía invocar en mi defensa el abandono que me ha perdido, no debo acordarme más que de mi falta.»

Y mientras que estas palabras parecían ofrecer escritas á su imaginación, Héctor continuaba diciendo:

—Antes, mucho antes de que Catalina faltase á sus juramentos, ¿no tienes que acusarte de tu culpable abandono? ¿No eres tú el primero que has dado á esa desventurada el ejemplo del olvido? ¿Ignoras acaso sus tristezas y sus lágrimas? ¿Cuántos esfuerzos no ha hecho para volverte á sus brazos, para recobrar tu cariño? Pero sus súplicas, como sus caricias, han sido inútiles; entonces fuiste tú inexorable, como lo eres hoy mismo. Reflexiona un instante, Bautista. ¿No crees que es preciso apiadarse de esas pobres criaturas, que no siempre llevan la mejor parte en la vida común? Mientras que el marido bebe y canta en la taberna, odia el trabajo, saborea el vino y encuentra hermosas todas las mujeres, excepto la suya, ¿qué hace ella, triste, abandonada, en el hogar solitario? ¿A las noches enteras esperando á aquél á quien todavía ama, y que alardea de despreciar su amor; aguarda, llora, y á veces sueña; ¿pero qué sueña? ¿Crees que no está oculta aún en su pecho helado, la maldita serpiente de la tentación? ¿Crees que, después de haber sufrido y llorado por tanto tiempo, no ha de recordar que aún es joven y bella? ¿No has herido tú su natural orgullo? ¿No has tenido parte en su desesperación? ¿No recuerdas que, sintiendo que le faltaban las fuerzas, te llamaba en su ayuda?... ¡Te decía: ven á socorrerme, y no fuiste!

En este instante se dejó oír un doloroso y prolongado suspiro.

El coronel se precipitó adonde se hallaba Susana, que, cubriéndose el rostro con las manos, acababa de caer sobre el duro pavimento.

La desventurada veía reproducidas en las frases de Héctor, y casi textualmente, las últimas palabras trazadas por su madre moribunda.

«Le he llamado en mi ayuda (escribía su madre); pero no me ha oído.»

Bordier estrechó á su hija contra su pecho, y no viendo en este dolor convulsivo sino el efecto inmediato de una escena conmovedora, la cubría de caricias y de besos.

También tenía humedecidos los ojos, y sus facciones descompuestas acusaban la violenta emoción que en vano se esforzaba en disimular.

Ermelinda se había aproximado á Bautista, y estrechando con sus finas y delicadas manos las rudas del labriego,

—No, no—decía—no serás inflexible, tú la perdonarás; olvidarás todo este triste pasado para no pensar sino en vivir feliz al lado de aquella que te amó, que te ama aún... sí, te ama aún, estoy segura de ello... Vuelve la vista, mira, y átrévete á decir que ya no te ama.

Y Bautista, cediendo á la presión de la joven miró hacia la puerta.

En el umbral, casi arrodillada, pálida, inundada de lágrimas el rostro y sostenida por Héctor, estaba la pobre Catalina.

La joven levantó los ojos con timidez, y dirigiendo á aquél de quien esperaba su sentencia una triste y dolorosa mirada, agitó los labios como para implorar el perdón; pero no pudo articular ni una sola palabra.

Bautista avanzó un paso; luego, retrocediendo,

—¡No!—exclamó.—¡No! No puedo, mientras exista un hombre que tiene derecho á burlarse de mi nombre.

—Ese hombre de quien hablas ha muerto—dijo con ronco acento el administrador, mientras que un relámpago fugitivo brillaba en sus ojos.

—¡Muerto!—repitieron todos á una voz.

Susana, que se había levantado, dió un paso hacia él.

—Yo conocía á aquel oficial—prosiguió Héctor—y ayer supe en Couches, donde me llamaba el servicio de mi amo, que había sucumbido en un duelo.

—¡Ha muerto! ¡Y no soy yo quien ha hecho correr la sangre del miserable!—exclamó Bautista.

—¿Tú, amigo mío? Te habría matado—repuso Héctor con sarcástica sonrisa—tu hijo se habría quedado huérfano, y esta mujer que aquí, arrodillada, implora tu perdón, se habría quedado viuda.

El coronel estrechó silenciosamente entre las suyas la mano del administrador.

Bautista contempló fijamente á Catalina, que había ido á colocarse á sus pies, y vió que ya no lloraba, que no consagraba ni una sola lágrima á la memoria del seductor, cuya muerte acababa de saber de un modo tan inesperado y repentino.

Entonces la ayudó lentamente á levantarse; miróla una vez más, y lanzando un grito desgarrador, abrió los brazos.

La joven se precipitó en ellos, quiso hablar y perdió el conocimiento.

Algunos instantes después todo era tranquilidad en la quinta, y mientras el doctor Lécuyer leía y releía con cuidado la carta que acababa de escribir á Máximo, una joven, arrodillada delante de un Crucifijo, murmuraba una plegaria.

—¡Protegedme, Dios mío—decía—sostenedme, tened piedad de mí!... ¿Qué es lo que siento? ¿Qué turbación es ésta que agita mi corazón? ¡Ah! ¡Qué bueno, qué grande es ese hombre que há poco justificaba á mi madre! ¡Pero también ha condenado á los hijos del crimen! El también me anima al sacrificio. Sí, en aquel momento mismo en que con sus palabras me invitaba á alejarme para siempre de los goces y deleites del mundo, sentí... ¡Oh, Dios mío, no me abandonéis, sentí que le amaba!

TERCERA PARTE

XV

Hemos dejado á Máximo Lécuyer preparándose para partir en busca del llamado Jacobo Cointel, designado por el *Vigía de Cherbourg* como el único que había podido escapar con vida de la catástrofe del *John Arthur*, y á quien Máximo consideraba también como el único que podía decirle si el príncipe Héctor de Moria se hallaba en el número de los pasajeros víctimas de aquel desastre.

Máximo había partido, en efecto, aquella misma noche.

Primero fué á Arras, pueblo que señalaba el periódico como patria de Jacobo Cointel.

En la alcaldía, adonde se dirigió al llegar, no sabían más que lo que él mismo sabía; hasta entonces no había llegado al pueblo noticia alguna del naufrago.

Resolvió, sin embargo, esperar algunos días, en la confianza de que de un instante á otro aparecería en Arras aquel personaje, al cual la catástrofe del *John Arthur* había dado una triste celebridad.

Pero Jacobo Cointel no se presentaba, y la princesa escribía diariamente á Máximo, estimulándole á hacer nuevas investigaciones, y suplicándole que no se desanimase para llegar, á toda costa, al descubrimiento de la verdad.

Máximo se dirigió á Cherbourg, punto de partida de los primeros indicios.

Allí supo que, antes de salir de la ciudad, Cointel se había provisto de algunas mercancías, y que debía haberse dedicado al oficio de buhonero.

Máximo resolvió entonces recorrer todo el país que se extiende á lo largo de la costa, y explorar hasta las más pequeñas aldeas de la baja Normandía, explotadas de ordinario por los de aquel oficio.

Llegó un día en que tuvo la buena fortuna de hallar el comienzo de una indagatoria; pero, ha-

biendo seguido las huellas que los datos ya adquiridos le marcaban, encontró de repente otras que le llamaban por un camino opuesto.

Apenas había empezado á seguir este segundo rumbo, cuando reconoció que, como la vez primera, había sido juguete de una ilusión.

Buscó de nuevo, y los indicios, en un principio claros y precisos, se cruzaban, se confundían, para convertirse en humo.

Habríase dicho que viajaba por uno de esos países habitados por genios, que hacen volver al viajero incesantemente sobre sus pasos, ocultando á sus ansiosas miradas el objeto de sus constantes aspiraciones.

Fácilmente se adivina la causa de esta aparentes fantasmagoría.

Dos hombres habían atravesado la comarca con el nombre de Jacobo Cointel; el uno, que se había convertido en buhonero; el otro que, privado de su ardo, había dejado de serlo; el uno, que había abandonado su oro, y el otro, que lo había recogido.

Pero Máximo, que estaba muy lejos de sospechar estos extraños detalles, vacilaba entre mil indicaciones contradictorias, é ignorando por completo qué camino seguir, terminó por enviar á fódos los diablos á aquel nuevo Proteo, á quien no podía dar alcance, y volvió á París, decidido á no emprender nuevas investigaciones.

La princesa Julieta, por su parte, pensaba que, habiendo transcurrido dos meses desde la famosa noche de Fondebreche, si el héroe de aquella misteriosa aventura hubiera sido el príncipe de Moria ella no habría tardado mucho tiempo en encontrar de nuevo señales de su presencia en aquella comarca.

Conocía la naturaleza exaltada de aquel hombre nacido en los climas tropicales, y sabía muy bien que habría tratado de vengarse; su carácter enérgico, y más aún que enérgico, tenaz, no retrocedería ante una mera tentativa.

La joven, pues, acabó por persuadirse de que el príncipe estaba bien muerto, y de que el puñal hallado á los pies de su lecho pertenecía, como Máximo había dicho, á algun malhechor vulgar.

Poco tiempo después abandonaba á Fondebreche para ir á establecerse en París, donde su aparición produjo sensación profunda.

Nadie conocía sino muy imperfectamente la leyenda de su vida, pero sabían que llevaba con perfecto derecho la corona de los Moria Moriani; que la fortuna de su noble esposo era fabulosa, y que, viuda sin serlo, merced al misterio que envolvía la existencia ó la muerte del príncipe Héctor, encontrábase en una de esas situaciones originales y excepcionalísimas, que autorizan todas las esperanzas.

Ha llegado á ser la estrella más resplandeciente de los salones, cuando Máximo corrió á visitarla, no muy confiado, por cierto, en la acogida que ella podía dispensarle.

Pero bien pronto se tranquilizó. Julieta, libre ya de los temores que torturaban su pecho, lejos de las sombrías murallas del castillo de Fonde-

breche, víctima de los esplendores de la primera capital de Europa, sentía la necesidad de desembarazarse de las severas exigencias y de la austeridad que el mundo la imponía.

Había despedido toda la servidumbre de Fondebreche, y Máximo pudo presentarse sin disfraz á los nuevos criados que la rodeaban.

Convino, sin embargo, en que no se presentaría en el hotel sino cuando fuese llamado como abogado para aconsejar á la princesa en los asuntos relativos á su herencia, y que ocuparía en el opuesto barrio una habitación, donde Julieta podría ir á consultarle.

En tales cosas ella misma cuidó de adornar el nido de sus amores, y por consiguiente, el *menaje* tan admirado por el buen doctor Lécuyer, lo debía su hijo á las munificencias de su amiga.

Una nube, sin embargo, empañaba tan hermoso horizonte: á menudo preguntábase Julieta, y no sin cierto terror, si estaría condenada á vivir eternamente en esta situación dudosa entre el matrimonio y la viudez, sin gozar los beneficios de ninguno de los dos estados, y sobre todo, sin saber qué parte percibiría de la inmensa fortuna de aquel á quien creía su rto.

Lo que principalmente la aterraba era la perspectiva de una declaración de ausencia que jamás le permitiría contraer segundas nupcias.

«¡Contraer segundas nupcias!...» Estas palabras, proferidas un día por Julieta, habían hecho reflexionar profundamente á Máximo.

«¡Contraer segundas nupcias! Con quién que no fuese él?... ¿A quién amaba la princesa sino á él?»

Un nuevo horizonte se extendía ante su vista. ¡Pasar de una condición equívoca á la posesión legítima de tan inmensa fortuna!

Preocupado constantemente con esta idea, Máximo, hombre hábil y muy apto para toda especie de hipocresía, había logrado, no solo engañar á su padre, sino conservar estrechas relaciones con algunos conocidos suyos, que habían llegado á conquistar los más altos puestos.

Gracias á esto, contaba en el número de sus amigos á un joven legista que había adelantado mucho en su carrera; agregado en un principio como simple sustituto á uno de los tribunales de París, Enrique de Valbreuse acababa de ser nombrado procurador imperial en Caen, donde ya gozaba de sólida reputación de sabio é íntegro.

Máximo, pues, se dirigió á él para confiarle, no sus amores, no tampoco sus esperanzas, sino la singular situación en que se hallaba una de sus nobles parentes, suplicándole á la vez que examinase este asunto é inquiriesese el medio mejor de conceder á la señora princesa de Moria con toda independencia la libre disposición de su fortuna.

—¡La princesa de Moria!—dijo el joven magistrado con el acento de un hombre que quiere llamar en su auxilio antiguos recuerdos.—Ese nombre no me es desconocido... Esperad... Sí; ese nombre ha pasado esta misma noche por delante de mis ojos.

—¿Esta noche decís?

—Sí, en un pleito que acabo de hojear.

Y el procurador imperial, llamando á uno de sus secretarios, le dió orden de llevarle una demanda presentada por los armadores del *John Arthur* contra la *Seguridad*, Compañía de seguros marítimos.

—Estos armadores—dijo—han perdido ya el pleito en primera instancia; pero no se dan por vencidos.

Hace pocos días se ha encontrado á la orilla del mar, encerrada en una cajita de hoja de lata, entre otros papeles del buque, la lista de todos los pasajeros embarcados á bordo del *John Arthur*.

—¿Y entre esos pasajeros...

—Mucho me engaño, ó he debido leer el nombre del príncipe de Moria.

—¡Ah! ¡Veamos, veamos pronto!

—Vedle—dijo el joven procurador imperial, abriendo un registro bastante bien conservado—vedle inscripto aquí, con todas sus letras, con fecha 2 de Agosto y con esta nota marginal:

Embarcado en alta mar al día siguiente de la salida de la Guadalupe.

Ignoro qué interés tendría el príncipe de Moria en ocultar su partida; pero es lo cierto que este dato, unido á otros varios, no favorece mucho la causa de los mencionados armadores.

—Resulta, pues, que teniendo á más de esto en cuenta, según consta por las declaraciones prestadas por el llamado Jacobo Cointel ante el comisario de marina de Cherbourg, que fué él el único que esca ó del desastre del *John Arthur*, podemos; probar claramente la muerte del señor de Moria—se dijo Máximo—y en voz alta añadió:

—Mi querido Valbreuse: la consulta está terminada; creo que no necesito hacer nuevas investigaciones para hallar á Jacobo Cointel, y bendito al cielo que me ha inspirado la idea de venir á veros... Pero la señora de Moria necesitará tal vez reproducir esta lista imposita.

—Como documento que interesa al estado civil de muchas personas, no puede salir del archivo; pero siempre, y en todo caso, podréis obtener una copia certificada de ella.

—Os doy mil gracias por vuestra amabilidad, y ahora solo me resta recordaros la promesa que de antiguo me tenéis hecha de venir á visitar conmigo el establecimiento de mi padre.

—Os repito la promesa, proveeré con gusto las primeras vacaciones para ir á admirar al modesto sabio, al hombre de corazón que consagra su vida á esa encarnizada lucha de la ciencia contra la locura.

Los dos amigos se estrecharon la mano, y aquella misma noche, Máximo, de vuelta en París, se hacía anunciar en casa de la princesa de Moria.

Cuando Máximo llegó, Julieta se disponía á salir.

Un magnífico *landeau* se hallaba en el zaguán, estacionado al pie de la escalera del hotel, y la doncella echaba sobre los hombros de su bella ama uno de esos abrigos indispensables cuando

se pasa por la noche en carruaje descubierto.

—¡Sois vos, señor abogado!—dijo la princesa admirada.

—Yo mismo, señora princesa; vengo á daros una noticia de tal naturaleza, que me he creído autorizado para llegar á molestaros á una hora en que no acostumbráis á recibir.

—Hablad pronto.

—Señora, en adelante no podréis salir sino descubierta el rostro con el velo de las viudas.

—¡Cielos! ¿Será posible? ¿Se ha confirmado la triste noticia?

—¡Sí, señora princesa.

—Déjanos, Luisa, y que nadie entre, á menos que yo llame.

La doncella, comprendiendo lo dolorosa que para su señora era tan horrible nueva, salió sin responder.

Cuando hubo salido de la habitación, Máximo se dirigió á la puerta para asegurarse de que estaba bien cerrada, y para mayor seguridad, corrió la pesada cortina que la cubría.

Luego, colocándose frente á frente de la princesa, y sepultando ambas manos en los bolsillos de su pantalón,

—Y bien, querida Julieta, ¿qué decís ahora á vuestro Máximo, que acaba de cortar la cuerda que os sujetaba?

—Pero, ¿es cierto?...

—El procurador imperial de Caen nos proporcionará la prueba: elevarémos luego una solicitud al presidente; dentro de quince días se abrirá el testamento, y antes de un mes se dictará la resolución definitiva, que ha de hacer de la bella de las bellas la más rica y la más interesante de las viudas...

¡Así razonaba este aprendiz de abogado! Ignoraba que en tales circunstancias un tribunal no puede declarar la muerte, y si solo la ausencia; que la princesa podía ser muy bien constituida en posesión de la fortuna de su marido, pero á título de usufructuaria solamente; y, en fin, que la bella Julieta de Moria jamás sería considerada ante la ley como viuda, sino cuando hubieran transcurrido treinta años.

En dos palabras puso al corriente á la princesa del descubrimiento que había hecho en casa del procurador imperial.

—¿Y estáis segura de que existe un testamento?

—Sí, en casa de Duvernet, notario de Chalons-sur-Maine.

—¿Conocéis sus disposiciones?

—Perfectamente.

—¿Os deja viudedad?

—Los millones.

—¿Y el resto?

—Pertenece á Aurora.

—¿Cuya tutora seréis vos?

—Naturalmente.

Y al pronunciar esta palabra, Julieta dirigió á Máximo una mirada penetrante.

Una cínica sonrisa vagó por los labios del joven abogado, que tomó asiento en frente de Julieta.

—¿Y qué va á ser ahora de mí?—exclamó.

—¿De vos?

—Sí, de mí.

—¿Acaso no sois dichoso? ¿Qué os falta? ¿Qué deseáis? ¿Dinero? Tengo para vos cuanto podéis apetecer. ¿Un hotel, un castillo, caballos, un tren de príncipe? Veamos; decidme lo que queréis.

—Lo que yo quiero—repuso Máximo, fingiendo una sonrisa—es mucho más sencillo que todo eso... Puesto que ya sois libre... casémonos.

—¡Yo! ¿Casarme con vos!—dijo á su vez Julieta, paseando con agitación del uno al otro extremo del *boudoir*.

—Pensad, amiga mía—continuó Máximo, cruzando las piernas con abandono—pensad en qué no siempre se es joven, y que los más agradables devaneos tienen una época y un término; yo tengo deberes profesionales que cumplir y que honrar las canas de mi padre.

Julieta levantó la cortina, en reabrió la puerta, y mostrando á Máximo la desierta galería,

—Nadie nos escucha—dijo.

—Lo sé.

—¿Luego toda esa retórica es para mí? Hablemos seriamente: ¿acaso no podemos vivir tranquilos con nuestro amor, como dos pájaros en su nido? Ya sabéis que antes de ser princesa soy una buena muchacha, que llevo el corazón en la mano. Pues bien: dadme esa mano; es precisamente lo que yo quiero...

—Con todo lo que en ella hay, ¿no es cierto?

—Sí, con todo lo que en ella hay.

—Sois muy ambicioso.

—¿Encontráis extraño que yo quiera salir de esta atmósfera que me ahoga? ¿Qué me ofrecéis? ¿Los tesoros de Golconda y de Visapour? Diriais, en verdad, que no apreciáis en mí más que mi corrupción.

—Pues bien—dijo entonces Julieta con orgullo—si con esáis que vos me impulsáis al vicio, ¿cómo habías de guiarme por el camino de la virtud?

—Os comprendo; considero que mi misión está terminada, y pido mi libertad. ¡Pardiez!—exclamó con amarga sonrisa—es este un buen puesto para un pisaverde.

—¡Insolente!

—Adiós, señora... princesa.

Y levantándose, tomó el sombrero, que al entrar había dejado sobre un velador.

Julieta permaneció un instante inmóvil; adivinábase que en su interior se libraba un rudo combate; pero cuando ya el joven ponía el dedo en el pestillo de la puerta, se dirigió hacia él, y deteniéndose por un brazo,

—Sentáos—le dijo—y escuchadme. Es preciso que me conozcáis... y váis á conocerme al fin.

—Me hacéis estremecer—exclamó Máximo con ironía, sentándose al lado de Julieta.—Vamos, hablad; os escucho.

—Máximo, vos habéis sido mi primero y único amor; yo tenía una madre que confiaba ciegamente en mi virtud, y gracias á esto gozaba de

completamente libertad; me hubiera unido para siempre á vos, pero...

—¡Sí, pero sonábais en los millones del príncipe.

—¡En sus millones! Aquí empezáis ya á no conocerme. ¡En sus millones! Para tenerlos, para arrelatárselos uno á uno á aquel niño, me bastaba con ser su amante; después de haberle arruinado, me habría dado las gracias. Luego podía haber arruinado á otros veinte, centuplicando de este modo la inmensa fortuna que hoy me pertenece. Pues bien; esos tesoros que pude amontonar los he sacrificado, como sacrificé mi primer amor; lo he hollado todo con mis pies, todo... para alcanzar el fin que me proponía. La que me hacía falta era un nombre; pero un nombre noble, un lugar en el mundo destimbrador, en ese Olimpo que yo no veía sino á través del vidrio de un palco de la Ópera. Nacida en el fango, quería ocupar un asiento entre los dioses; y cuando lo conseguí lo que deseaba; cuando á fuerza de labilidad y de una fuerza inquebrantable he visto realizarse este sueño imposible, insensato; cuando soy admirada, respetada por los más nobles y los más grandes; cuando yo, Julieta Chauvelot, me llamo la *princesa de Moria*, ¿creéis que le de renunciar á este título para que se me llame *madama Lécuyer*?... Soy princesa de Moria, y jamás descenderé.

Un silencio prolongado sucedió á esta enérgica y franca declaración.

Julieta se levantó entonces y fué á colocarse en frente de Máximo.

—Y bien, mi buen amigo—añadió—¿comprendéis lo que acabo de deciros?

—Que después de tantos sacrificios hechos en aras del orgullo, queréis sacrificarme también á mí.

—¡A vos! ¡Ah, Máximo! ¡Si me amárais como yo os amo!...

—¡Dios me libre! ¡Seréis la primera en despreciarme!—exclamó.

Y levantándose de repente, se dirigió de nuevo á la puerta.

—¿Qué decidís?—preguntó Julieta, en cuyo rostro se pintaba la emoción más viva.

—Nada. Si en este momento hubiera de escoger entre estas dos frases: *adiós* y *hasta luego*, sería incapaz de hacerlo.

—Sea; me con estaréis más tarde.

—Sí, más tarde.

Y Máximo salió.

Cuando el ruido de sus pasos se hubo extinguido, Julieta cayó pesadamente en una butaca; el amor y el orgullo libraban en su pecho un combate violento.

Quiso correr y llamar á Máximo; pero sus fuerzas le hicieron traición; no pudo levantarse y comenzó á sollozar.

Iba á triunfar el amor; pero tras una corta lucha, la princesa, levantándose, fué á sentarse delante de un espejo, y murmuró con firme acento:

—¡Volverá!

Máximo, al salir del hotel de Moria, se dirigió á su casa y se encerró en su habitación.

Este joven abandonado y voluptuoso se sentía fatalmente colocado entre la miseria y la vergüenza.

En cuanto al trabajo, hacía mucho tiempo que no pensaba en él.

Estaba en el que él llamaba su gabinete de consultas, apoyado el codo en su pupitre y reclinada la cabeza sobre la mano, cuando entre varias cartas que durante su ausencia habían llegado, reconoció una de su padre.

Rasgó el sobre, y después de leerla, cerróla de nuevo.

Un relámpago fugitivo brilló en sus ojos; dejó el sillón en que se hallaba sentado, y después de recorrer con agitado paso el gabinete, llamó á su ayuda de cámara.

El criado se presentó.

—Haced mis preparativos para ir á pasar en el campo una temporada.

—¿Cuándo parte el señorito?

—Mañana por la mañana.

Y sentándose de nuevo delante del pupitre, escribió una carta dirigida á la princesa de Moria.

Esta carta contenía una sola palabra: «*ADIÓS*».

XVI

La mañana del día en que Máximo debía llegar á Chantepié, el coronel Bordier mandó llamar al administrador.

—¿No tenemos—le dijo—cierta suma que cobrar en la alquería de Chauvel?

—Sí, señor—respondió Héctor—y yo mismo me dispongo á ir á cobrarla.

—Está bien; luego continuaréis hasta la estación, donde esperaréis la llegada del tren de París. Hac d enganchar al cabriolé el caballo negro; un viajero debe acompañaros á la vuelta.

—¿El doctor Lécuyer?

—No; su hijo. Un joven de quien nos habréis oído hablar, y que viene á pasar una temporada en Chantepié.

Héctor había oído hablar, en efecto, de que Lécuyer tenía un hijo, y de que este hijo habitaba en París.

Sabía que era joven, de irreprochable conducta, y que gozaba una posición brillante.

Una ligera turbación se retrató en sus facciones.

—¡Oh!—continuó el coronel—Es un parisien muy espiritual, de buen humor, y á quien yo quiero mucho; además, es amigo de la infancia de Susana, que se alegrará mucho de volverle á ver.

Y el propietario de Chantepié le volvió la espalda y se dirigió á la casa.

Por su parte, Héctor, después de permanecer breves instantes pensativo é inmóvil, decidióse finalmente á obedecer las órdenes de su amo, dirigiéndose á las cuadras para comenzar sus preparativos.

Algunos minutos más tarde, el cabriolé salió del

patio y atravesaba la ancha carretera que conduce á Port Audemer.

De repente, el príncipe detuvo el caballo de un modo tan brusco, que el animal se encabritó, apoyándose sobre sus patas traseras.

Es que en aquel instante una joven pasaba no lejos de allí, por el estrecho sendero en que poco tiempo antes se había encontrado el príncipe Héctor á Susana.

Este sendero partía de la casa y atravesaba la carretera, para ir á perderse bajo los fresnos y los frondosos tilos que dan sombra á la Mirette.

Evidentemente la aparición de Susana, porque era ella, despertaba en el alma del administrador algo más que el simple deseo de saludarla antes de alejarse.

La manera brusca de sujetar al caballo, el estremecimiento que al punto hizo temblar las bridas en sus manos, la mezcla de agustia y timidez que se retrataba en sus ojos, tenazmente fijos en Susana, indicaban bien claramente que su espíritu era presa de una emoción violenta.

Por su parte, la joven, no bien hubo visto al administrador de Chantepie, se estremeció ligeramente, y pareció vacilar entre si continuaría su camino ó volvería sobre sus pasos.

Esta vacilación duró lo que dura un relámpago; pero bastó para que Héctor tuviese tiempo de agitar tan violentamente las bridas, que el caballo, encabritándose de nuevo, estuvo á punto de hacer volcar al carruaje.

Susana no pudo reprimir un agudo grito, y avanzó algunos pasos en dirección al sitio en que se hallaba el carruaje.

Pero notando al punto que el caballo ya no se movía y que no había nada que temer, recobró la calma, cubrióse el rostro con la máscara de la impasibilidad, y atravesó el camino, limitándose á saludar á Héctor con una fría inclinación de cabeza.

Este palideció y cerró los ojos. Cuando los volvió á abrir, el sendero estaba silencioso y desierto; la joven había desaparecido.

Lo que pasaba en su espíritu se comprenderá muy pronto, sabiendo que Susana, desde el día en que se había dado cuenta de la pasión que en su alma comenzaba á germinar, había tomado una resolución enérgica: levantar una barrera infranqueable entre ella y aquél á quien amaba; arrancar de su corazón la imagen de aquel hombre, y consagrarse por completo al austero deber que se había impuesto.

A partir de este instante, se mostró tan indiferente y tan reservada para con Héctor, como hasta entonces había aparecido inclinada hacia él por una pura y dulce simpatía.

La joven sí pudo evitar con habilidad las ocasiones todas que habrían podido colocarla á solas y fortuitamente en presencia del administrador.

A este fin, no pasó en adelante á caballo, por no montar á Pyramo; se guardó muy bien de hacer alusión alguna, ni directa ni indirecta, á la escena de Dautista y de Catalina, en que Héctor

había representado un papel tan tierno y tan noble; llevó su abnegación hasta el punto de querer parecer orgullosa, ingrata, y cuanto más arrastrada se sentía hacia él, más se empeñaba en ensanchar el abismo que ya les separaba.

Semejante á la pantera, que, para recobrar su libertad, se corra con los dientes la pata que el traidor lazo la sujeta, Susana se devoraba el corazón en que comenzaba á sentir la llama del amor que irremisiblemente había de apartarla del camino del sacrificio.

Ahora bien; ¿qué debió experimentar Héctor cuando notó el desvío que parecía inspirar á Susana?

Su locura, tranquila hasta entonces, ¿no iba á estallar con repentina violencia, aguijoneada por la desesperación?

Los efectos del desvío, de la indiferencia de la hija de Bordier, fueron precisamente los contrarios: un dolor intenso, pero esencialmente lógico y natural, acalló sus dolores imaginarios, borrando poco á poco las fantasmagorías de su calenturienta imaginación.

Cierto que no recobró ni la razón ni la memoria; pero á medida que sepultaba en el olvido su verdadero pasado; á medida que se apropiaba más y más la historia de Jacobo Cointel, todas las aberraciones que hasta aquí habían torturado su cerebro, desaparecían ante los sufrimientos reales, positivos, de una pasión súbitamente despertada.

Por la noche no veía espectros, pero padecía horribles insomnios. La fiebre de la sangre había reemplazado al delirio del alma.

Susana se le aparecía siempre, pero no ya rodeada de la aureola de las visitaciones angélicas, sino en su belleza carnal, bajo el aspecto seductor, pero terreno, de sus veinte años; y en lugar de inspirarle una adoración mística, avivaba en él la llama del deseo.

Héctor olvidaba que en otro tiempo la había tenido por un ángel enviado del cielo para salvarle; y no viendo ya en ella más que á la mujer, la idea de que un día pudiera sepultar tantos encantos bajo el velo de las religiosas, esta idea, que en otro tiempo había despertado en él la piadosa admiración que rindiera á Susana, ahora martirizaba su corazón angustiado.

En una palabra: el amor, que en tantos otros eclipsa la razón, en Héctor encadenaba la demencia, la reducía al más absoluto silencio, haciendo de él un hombre viviendo en las condiciones normales de la vida.

Jamás hasta aquí, y es este uno de los caracteres de la locura, aceptar como verdad inconcusa lo que no puede explicarse; jamás Héctor se había preocupado de las inmensas lagunas que existían en su memoria, y he aquí que ahora tenía conciencia de este profundo olvido de su vida pasada.

Más allá del incendio del *John Arthur*, y cuando trataba de remontarse á aquella época de su existencia, todo era silencio y sombras. Sabía que había estado en Arras; pero no recordaba nin-

guna calle, ninguna de las casas de su pueblo natal.

Sabía que se había casado allí, y no podía representarse ni la iglesia, ni al anciano alcalde, que tanto se acordaba de Jacobo Coitel.

Héctor no podía registrar en su memoria nada de su pasado, nada de su infancia ni de su adolescencia; nada tampoco de sus primeros amores; nada de aquella Julieta que había sido su esposa, y cuyo solo nombre, cada vez que lo pronunciaba, le causaba un dolor agudo é instantáneo, como el que le habría producido un puñal al clavarse en su lastimado corazón.

¿Vería franquear los mares con el pensamiento, llegar á las Antillas, ver las plantaciones que Jacobo Coitel había administrado? Al punto, las más espesas sombras, la confusión más extraña se apoderaban de su memoria; nada le recordaba su posición de empleado en las Antillas.

Todo le mostraba, por el contrario, su propia persona rodeada de respeto, de opulencia y de grandeza; entonces movía tristemente la cabeza, se decía que nada de esto era verdad, persuadía de que perdía la memoria, y apoderábase de él horrible espanto al pensar que tal vez el amor que sentía por Susana, y todo cuanto este amor le hacía sufrir, de pena de haberle robado la memoria, concurría por arrebatarle también la razón.

En una palabra: desde que merced al influjo de este amor su demencia estaba á punto de extinguirse, comenzaba á tener miedo de volverse loco...

Pero lo que aquella mañana le había anunciado el coronel Bordier venía á añadir una causa más terrible aún á todas estas, capaces, según él, de extinguir su inteligencia.

La llegada de un joven, hijo del más íntimo amigo de la familia, e pto en todas las elegancias de la vida parisién, y á quien se le presentaba como un amigo de la infancia de Susana, le sumergía en mortales angustias.

Cierto que él no albergaba la ambición de unirse á la hija de su amo; comprendía que un desgraciado como él, sin nombre, sin fortuna, recogido en medio de un camino como un vagabundo, hubiese dado verdaderas pruebas de locura al solicitar la mano de la hija del coronel Bordier; pero admitiendo que él no podía aspirar á ser el esposo de Susana, admitía menos aún que Susana llegara á ser esposa de otro.

Habría preferido verla tomar el velo; habría preferido verla muerta; y cuando la joven al atravesar el camino se contentó con dirigirle un ceremonioso saludo, Héctor, que iba al encuentro de aquella que más temía en el mundo, esto es, de un rival, sintió que toda la sangre de sus venas afluía á su cabeza.

Cada vez más encolerizado y sombrero á medida que el caballo devoraba la distancia, llegó por fin á la estación de Verville, vió detenerse el tren, echó pie á tierra de un vagón de primera clase á un elegante joven de veintiséis á veintiocho años, el cual, al ver el cabriolé, se aproximó á él para preguntar al auriga si venía de Chantepie y si

estaba encargado de conducir á la quinta á Mr. Máximo Lécuyer.

Héctor vaciló en contestar; temía que la alteración de su acento dejara adivinar el estado de su espíritu.

— Sois vos—añadió Máximo con impaciencia—dependiente de Mr. Bordier? ¿Puedo subir al carruaje?

—Subid—murmuró Héctor con tono seco—subid...

Tal sucedió la primera vez que se encontraron frente á frente el príncipe de Moria y el amante de su esposa, Máximo Lécuyer.

Ambos guardaron en un principio un silencio profundo.

Máximo, poco afanoso de entrar en conversación con aquel á quien miraba como una especie de criado, contemplaba con interés el pintoresco valle que se extendía ante su vista.

Héctor, por su parte, no levantaba la cabeza sino para dirigir de cuando en cuando una mirada de odio al que iba sentado á su izquierda.

—Decidme, amigo—exclamó de repente Máximo—he dejado mi equipaje en la estación. ¿Qué he de hacer para que lo transporten á Chantepie?

—Esta tarde se enviará por él.

Luego añadió con voz sorda:

—¿Pensáis permanecer mucho tiempo en Chantepie?

—Tal vez sí; ¿por qué me lo preguntáis?

—Por nada.

—¿Simple curiosidad?

—Sí.

—Observo que me miráis, me interrogáis y me respondéis con monosílabos.. ¿Quién sois, pues?

El administrador de Chantepie.

—¡Ah! esto es, el primero de los criados del coronel—dijo Máximo, mirando al príncipe con una mirada insolente.—Os doy la enhorabuena; pero creo que no es esta una razón para que me miréis con malos ojos. En fin, esperemos á que con el tiempo os hayáis acostumbrado á verme; porque, como habéis adivinado con una perspicacia que os honra, pienso permanecer en Chantepie una larga temporada.

Héctor hizo crujir el látigo con fuerza, y guardó silencio.

Máximo, algo sorprendido, miró por vez primera y atentamente á Héctor, sorprendiéndole la pureza de sus facciones y la elegante nobleza de su persona. Observó también que los vestidos ordinarios de aquel hombre formaban singular contraste con la finura de sus manos, la distinción de su rostro y la altiva serenidad de su mirada.

Estas observaciones no dejaron de causarle cierta turbación, que tradujeron sus cejas, contrayéndose a la vez que se anublaba su frente.

¿Dónde estaba su pensamiento durante el silencio que siguió á aquellas primeras palabras? No podría decirse pero es lo cierto que de repente, y sin más exordio, volvióse hacia Héctor y le dijo:

—¿Es cierto que la señorita Susana, hija de vuestro amo, á la que no he visto desde hace seis

años, es una joven bellísima? Según se dice, pasa por ser la más hermosa del país.

—Por vos mismo podréis juzgar—respondió secamente Héctor, añadiendo luego—tiene sobre todo la belleza del alma, única que agrada al esposo que ha elegido.

—Dec's que... ¿un esposo?...

—Susana ansía vivamente unirse á él

—¿Y quién es? ¿Sabéis su nombre?

—Su nombre no es un misterio para nadie.

—Excepto para mí... Responded, ¿á quién ha entregado su corazón?

—¡A Dios!

Máximo dió una carcajada.

—¡Ah! comprendo... y además, ya estaba prevenido; pero de toda suerte, podéis enorgulleceros de haberme causado un gran temor.

A estas frases, acompaña las de una risa insolente, y cuyo sentido, tan transparente como brutal, confirmaba todas sus dudas, Héctor lanzó una segunda exclamación, en tanto que sus facciones se transfiguraban. Un minuto bastó para cambiarlas por completo. Ya no era aquel noble y tranquilo semblante que el mismo Máximo había podido admirar momentos antes: sus líneas se habían hecho duras y feroces, y sus ojos sombríos abríanse desmesuradamente. Después rompió á su vez en risa salvaje; y cual si hubiera perdido la cabeza, empezó á sacudir las bridas y á dar violentos latigazos sobre la cabeza y los lomos del caballo.

Era éste un animal ardoroso y joven, de boca delicada, que al sentir los golpes apretó el bocado y salió al galope, con la cabeza hacia atrás é inyectadas en sangre las fosas nasales.

El ligero vehículo había llegado á la primera vuelta que conduce en espiral hasta el fondo de un precipicio, llamado los *Loches*, desde donde se toma luego el antiguo camino real de Caen.

En la parte baja de este camino existe un torrente.

En un instante la situación se hizo terrible. Lanzado el cabriolé á todo escape, y por decirlo así, al azar, en un camino lleno de revueltas y de pendiente rápida, saltaba por encima de los montones de piedra reunidos por los camineros, y amenazaba á cada instante romperse contra la pequeña muralla de piedra que servía de defensa á los caminantes. Máximo se levantó, disponiéndose á saltar del coche. Estaba pálido, y con uno de esos movimientos violentos que inspira el instinto de conservación, arrancó las bridas de manos de Héctor, y tiró de ellas con energía loca. Un temblor nervioso agitaba sus miembros; de repente escapóse de su pecho un grito terrible, al advertir que se acercaba á un lugar del camino que carecía de pretil.

—¡Estamos perdidos!—exclamó.—¡Toma las bridas, miserable: voy á saltar!

Apenas acababa de pronunciar estas palabras, cuando el caballo se detuvo como herido por un rayo, quedando clavado en tierra, inmóvil y con la cabeza inclinada hacia atrás.

—¿Soi, pues..., un cobarde—señor Máximo?—

dijo Héctor con la mayor calma, bajándose de su asiento y acercándose al caballo.

He aquí lo ocurrido:

En tanto que Máximo miraba lleno de terror á la bestia desbocada, Héctor de Moria, Héctor el criollo, levantando la tapa del cofre en que iba sentado, sacó de él una cuerda, hizo en un instante un nudo corredizo, y lo arrojó como un lazo á la cabeza del animal, á la vez que retenía con fuerza en su mano el extremo de la cuerda. El caballo, cogido así por el cuello en lo más rápido de su carrera, se estrangulaba á sí propio..

Héctor deshizo rápidamente el nudo; un segundo después hubiera sido tarde. Acarició al corcel, le habló, colocó de nuevo el bocado, y examinó todos los arneses.

—Vaya—dijo—todo está bien. Y ahora—añadió con ironía—si el señor gusta, proseguiremos el camino.

Y subió de nuevo al cabriolé.

—Quiero gular—dijo Máximo brutalmente.

—Sea—repuso Héctor.—Nunca se está mejor servido que por sí mismo.

—Me odiáis, y hace menos de una hora que nos conocemos. ¿Por qué me odiáis?

—¿Por qué? No lo sé; pero que os odio es evidente.

—¿Me declararéis, pues, la guerra?

—Tomadlo como os parezca.

—¡Basta!

Aquellos dos hombres no volvieron á dirigirse la palabra, y el camino se hizo sin nuevo contrarriempo hasta Chantepie, donde Máximo fué objeto de la más cariñosa acogida.

Su padre debía reunirse á él al día siguiente

XVII

En cuanto llegó á Chantepie, Máximo se apresuró á adquirir minuciosos informes acerca de Jacobo. Supo que á este nombre patronímico unía el de Cointel, y que para todos pasaba por el náu rago del *John Arthur*, á quien el mismo Máximo había buscado con tanto interés; pero después de sus inútiles pesquisas, había logrado de su amigo el procurador imperial todas las noticias apetecibles sobre la suerte del príncipe de Moria. Su ruptura con Julieta privaba de todo interés para él aquella historia; por eso no tuvo con Jacobo, á quien concebía ya como un enemigo, ninguna conversación sobre el particular.

Máximo Lécuyer no había tenido que esforzarse mucho para leer, como en un libro abierto, en el alma del administrador de Chantepie.

Tenía bastante experiencia de las pasiones para adivinar la causa de ciertos odios, y la llama sombría que había pasado por los ojos de su compañero de viaje, cuando él pronunció el nombre de Susana, aclaraba mucho, en su concepto, la situación.

Llegado á Chantepie, Máximo se preguntó si debía hablar de lo ocurrido en el camino, denun-

ciando la conducta, por lo menos sospechosa, de aquel criado, encargado de recibir á un amigo de su amo, á quien, sin duda en un acceso de celos furiosos, había tratado de matar.

Después de maduras reflexiones, optó por el silencio.

Máximo era la prudencia personificada. Iba á penetrar en un terreno descubierto, y comprendió á que Jacobo amaba á Susana desmedidamente; pero ¿no debía darle que pensar la misma exaltación de aquel amor?

El hermoso Máximo, muestra acabada de las corrupciones modernas, que tenía una invencible tendencia á pensar mal, recordó en seguida diferentes aventuras de los guardas de campo é incidentes, amantes afortunados de las castellanas ó de sus inocentes hijas; repasó en su memoria los debates, muy recientes aún, de uno de esos dramas judiciales que periódicamente apasionan la atención pública; en una palabra, juzgó que antes de maltratar al loco que había puesto su vida en peligro, y observado su emoción en aquel momento grave, debía asegurarse de si podría chocar con algún misterio de dicha clase; eventualidad posible después de todo, y que podría modificar profundamente todo un plan de campaña. Nada dijo, pues, de su aventura, ni aun aparentó, con respecto al administrador, recordar las frases amenazadoras que entre ambos se habían cambiado, fingiendo entregarse por entero al contento de volver á Chantepie, y de encontrarse de nuevo entre todos los que había conocido y amado en su infancia.

El coronel Bordier tampoco le habló á él de sus proyectos; pero la cordialidad de su acogida, el abandono de sus confidencias, el modo con que en sus paseos con Máximo aludió diferentes veces á la preocupación que le causaba el porvenir de Susana, y de su deseo de casarla lo antes posible, revelaron al examante de Julieta que la carta de su padre no había sido escrita á la ligera, y que no tenía más que subyugar á Susana, persuadido de que el coronel no vacilaría en ratificar su conquista.

El doctor Lécuyer recomendó por su parte á su hijo la mayor reserva en sus nuevas relaciones con Susana. Era preciso presentarse como amigo y compañero, y no como pretendiente; mostrarse amable y servicial, pero sin manifestar pensamiento alguno serio; hablar del matrimonio como quien no piensa en él; aparecer, en una palabra, sencillo, alegre, buen muchacho, tal como era Máximo, ó como lo creía, por lo menos, el sencillo doctor Lécuyer... La casualidad y el corazón de Susana harían el resto.

Máximo representó aquel papel como un actor consumado, y no habían transcurrido aún ocho días, cuando había logrado ya progresos sorprendentes en la intimidad de ambas hermanas. Ermelinda le consultaba sobre sus trajes; Susana, tranquilizada completamente, le dejaba charlar á su lado durante tardes enteras. Una y otra le convertían en su acompañante en todos sus paseos.

El prometido de Ermelinda, cuya felicidad se

acercaba, había trabado estrecha amistad con Máximo.

La granja de Chantepie había tomado, pues, un aspecto nuevo, y Susana, contenta con aquella diversión que había acudido en su auxilio, se entregó con febril avidez á las mil distracciones que se la ofrecían. Formó parte de todas las expediciones imaginadas por Máximo; aventuróse con los ojos cerrados en el torbellino que se agitaba en torno suyo, y le agradeció tanto el socorro, que, sin saberlo, llevaba aquel trabajo secreto de inmoción que realizaba ella sobre sí misma, que Máximo pudo tomar por un principio de simpatía positiva lo que era de parte de Susana efecto de una confianza semejante á la que siete el herido por el cirujano que le puede curar.

Pero el error de Máximo fué más allá. Llegó á persuadirse poco á poco de que, no solamente no había autorizado nunca Susana la pasión del administrador, sino que aquel amor sólo repugnancia y estra le inspiraba.

Varias veces tuvo ocasión de sorprender ciertos movimientos, ciertos hechos, que ninguna duda le dejaron respecto del particular. Para él fué evidente que la insolente esperanza de Jacobo había lastimado á Susana, y en el cuidado con que procuraba evitar su encuentro, en la frialdad de sus contestaciones cuando aquel se atrevía á dirigirle la palabra, en el estremecimiento involuntario que no podía reprimir cuando cualquier circunstancia imprevista le colocaba á su lado, sólo debía verse la repugnancia de una joven hacia un hombre indigno de ella, y de cuya persecución habría agradecido que se la libertase.

Máximo prometió prestar á la joven aquel servicio. Aborrecía á Héctor, y quiso que se le perdiera de la granja como á un criado que no cumple su deber. Para lograr sus fines estudiaba toda clase de recursos, cuando una inesperada circunstancia acudió en su auxilio.

Veamos cuál fué.

Neubourg es una pequeña población del departamento del Euro, en que todos los años, con motivo de la fiesta de su patrón San Pablo, se da en el salón del antiguo palacio edificado por Enrique II de Inglaterra, un baile que atrae á toda la juventud normanda de veinte leguas á la redonda. Las muchachas más bonitas de la comarca rivalizan allí en belleza, gracia y frescura con las hermosas aldeanas de Lieuvín y del país de Caux. Ermelinda y Duvalon habían convenido con Máximo en arrancar su consentimiento á Susana para atacar enseguida con tan poderoso auxiliar al mismo coronel. Tratábase nada menos que de ausentarse por tres días en el *break*, que iría seguido de un furgón de equipajes con las ropas de las señoritas.

Susana había resistido largo tiempo. El pensamiento de vestir un traje de baile la turbaba hasta el fondo del alma. No obstante, su instinto la decía que al asistir á la fiesta cortaría el misterioso lazo que la unía á Jacobo, y que éste, sintiendo profundamente aquella prueba de ligereza

y de olvido completo de sus anteriores piadosas resoluciones, se alejaría para siempre de ella. Además, era hermosa, tenía veinte años, y sentía acercarse la hora en que, sin verdadera vocación, la pobre niña iba á dar al mundo una despedida eterna. ¿Cómo no dirigir una mirada furtiva, la última, sobre aquellos goces de que para siempre iba á verse privada? ¿Por qué no había de llevar á su austero retiro el recuerdo de haber brillado un instante, de haber sido admirada, de haber sido mujer, durante las horas fugitivas llamadas á ser para ella como el último resplandor de una luz moribunda?

¡Pobre víctima resignada y valerosa! ¿Cómo censurarla por haber cedido á aquel postrer llamamiento de la Naturaleza, á aquella sonrisa última de la vida?

Susana había prometido y encargádose de negociar con Bordier aquel grave asunto, y le decidió sin gran trabajo. La fiesta y el baile entraban por completo en su sistema de terapéutica aplicada á la *monomanía mística*, según definía el doctor Lécuyer la supuesta enfermedad mental de Susana.

El día de la marcha llegó, pues

—Hasta pronto, amigo Cointel, había dicho el coronel subiendo al coche. Te dejo la administración general durante las tres jornadas gloriosas á que me arrastran estos jóvenes revolucionarios.

El *break* arrancó. Susana, sentada junto á Máximo, no volvió la cabeza hacia Héctor, y la única persona que le dirigió una mirada de despedida fué Catalina, la joven arrepentida, á qu en Susana había tomado poco tiempo antes á su servicio, y que con tal carácter la llevaba á Neubourg.

Catalina, vuelta á la gracia de su marido, había concebido por Jacobo apasionada gratitud.

Era mujer, había amado y sufrido, veía y adivinaba muchas cosas; y cuando volvió la cabeza para distinguir una vez más al desgraciado, le dirigió una mirada llena de tierna elocuencia. Jacobo movió dolorosamente la cabeza, y sus labios dibujaron una sonrisa que desapareció entre las lágrimas que brotaban de sus ojos.

Aquella noche descansaron los viajeros al mediar del camino de Chantepie y Neubourg: al día siguiente llegaron á este último punto, y el *break* se detuvo en la plaza, donde se encontraba la mejor posada de la localidad.

La plaza estaba cuajada de vendedores y marineros, y entre las gentes llegadas á la fiesta podíanse admirar todos los trajes de Normandía, en su brillo más rico y variado; pero al llegar el coche ante *La Cruz de Oro*, ya no hubo atención y miradas más que para las dos encantadoras criaturas que bajaron de él.

El coronel Bordier era conocido y apreciado, no sólo en el departamento donde desempeñaba las funciones de consejero general, sino también en todos los pueblos e marcanos.

Saludáronle todos al verla, y su hermosa y severa cabeza, de cubierta para corresponder á aquel saludo, se iluminó con la expresión de su

franqueza y bondad. Todas las manos se tendieron buscando las suyas; pero todas las sonrisas fueron reservadas á las encantadoras jóvenes que le acompañaban.

Aquellas señales de simpatía se prolongaron hasta el momento en que el coronel y sus hijas hubieron desaparecido bajo la bóveda que conducía á la escalera principal de *La Cruz de Oro*.

La habitación principal del primer piso, alquilada previamente por el coronel, permitía que cada una de sus hijas tuviera cuarto especial. Así que llegaron á él, abrieron los cofres que contenían sus galas, y sillones y sofás se llenaron pronto de telas.

Por la tarde, y después de la comida, debía comenzar la grave ceremonia de la *toilette*. Emelinda corrió á encerrarse casi en el momento de levantarse de la mesa, en tanto que Susana, con menor prisa, aguardó á que Catalina llegara á decirle que se acercaba el momento del baile. Notó que Catalina tardaba un poco; pero no vió la ligera turbación que retrataban las facciones de la joven, cuando entró á advertir que sólo quedaba el tiempo necesario para vestirse.

Susana era también en aquel instante presa de una viva emoción. Desde la ventana, junto á la que se hallaba sentada, su mirada, al dirigirse á la calle, donde ya se veía la muchedumbre que se encaminaba á la antigua sala, espléndidamente adornada del palacio de Neubourg, había creído distinguir al llamado Jacobo Cointel. Aquello fué una visión rápida. Pero si la aparición se había desvanecido bruscamente, Susana había tenido tiempo de ver unas facciones cubiertas de palidez, unos vestidos en desórden y cubiertos de polvo, un hombre extenuado sosteniéndose apenas, y, finalmente, una mirada, extraña y profunda, que había hecho refluir á su corazón toda la sangre de las venas.

En aquél momento fué cuando Catalina entró, y apenas hubo pronunciado algunas palabras, Susana miró nuevamente hacia la calle; pero la visión había desaparecido ya.

¿Qué vendrá á hacer en Neubourg? ¿Con qué derecho está, y cómo se ha permitido desobedecer las órdenes del coronel?

Susana tomó desde luego el partido que le dictaba su deber.

—Catalina—dijo vivamente—creo haber visto en la calle á tu amigo y protector... ¿Sabes á quién me refiero?

—No—contestó Catalina, cuya turbación se hizo mucho más visible.

—Hablo de Jacobo Cointel—añadió bruscamente la joven—y temo que, contraviniendo á las órdenes de mi padre, haya abandonado la granja y venido aquí... para divertirse.

—¿Lo podéis creer así?—preguntó Catalina con tono de queja.—Ya sabéis que el señor Jacobo no es hombre que se molesta por asistir á un baile.

—Nada sé, ni quiero saber; pero te ruego marches á comprobar si me he equivocado ó no. Recorre la plaza, las calles, las cercanías del castillo, y si le encuentras, dile que es necesario que

inmediatamente regrese á Chantepie. Puede tomar el tren en la estación de Beaumont, y estar allí mañana antes de nuestro regreso; ve y dile que yo...

La joven se detuvo bruscamente.

—¿Qué debo decirle más? preguntó dulcemente Catalina.

—Dile que yo lo exijo.

Y sin aguardar la contestación de Catalina, subió rápidamente á su habitación.

Así que estuvo sola, colocó la mano sobre su corazón, que latía con violencia; y sintiendo que sus piernas flaqueaban, se dejó caer sobre una silla. Después, dirigiendo la mirada á una mesita en que ardían dos bujías, vió un ramo formado por una sola clase de flores; el asfodelo blanco, llamado por los antiguos *lirio de las tumbas*, y que consagraban simultáneamente á la muerte y al amor.

¿Por qué se estremeció Susana al verlo y se puso pálida como la muerte?

Porque un día había pedido á Héctor que le buscara una flor rara y poética para adornar la tumba de su madre; una flor que tuviera un sentido y un perfume particulares, que expresara á la vez el duelo y la ternura de que había llenado su corazón la muerte de la que le dió el ser; y Héctor, después de explicarle el símbolo triste que encerraba el asfodelo, había sembrado dicha flor sobre la tumba de la madre adorada y la había cultivado cuidadosamente.

Susana se levantó como una sonámbula, dirigióse á la mesa, y tomando el ramo en sus manos temblorosas, pudo observar que estaba colocado sobre una hoja arrancada de un libro de apuntes, y que en dicha hoja había algunos signos trazados con premura, y escritos en letra que desde luego reconoció.

He aquí el contenido del billete:

«Necesitábais un ramo para asistir al baile, y he cogido estas flores de una tumba que os es querida. Perdonadme. Si es un sacrilegio, pronto iré á pedir á vuestra madre que me perdone.»

Susana dió un grito desgarrador, y Catalina, que entró temblando, la encontró en el centro de la sala, erguida y pálida como una estatua: su mano apretaba convulsivamente el ramo, y sus labios se agiaban sin articular sonidos.

Al grito dado por Susana, todos se habían precipitado en la habitación, y la joven, dominándose poco á poco, declaró que se había visto atacada de un malestar súbito y que no iría al baile. Mientras que hablaba, Máximo, sorprendiendo una mirada furtiva que Catalina dirigía á un papel que estaba en el suelo, observó que la joven quería apoderarse de él. Por un movimiento hábil y sin afectación, llegó antes que ella al papel, y como por casualidad, le puso encima el pie. Catalina tuvo que salir un momento, y cuando volvió, el papel había desaparecido. Máximo lo había recogido, haciéndolo pasar á su bolsillo; algo le decía que en toda aquella escena jugaba Jacobo, y que acaso se acercaba el instante de su venganza.

XVIII

En Chantepie, como en la mayor parte de las granjas de Normandía, bastante ricas para unir algún agrado á la utilidad, había un jardínito, situado en el ala izquierda del edificio principal, y cuya pueria se abría sobre el patio de en rada.

Era un precioso bosque de escasas dimensiones. Sus calles, cerradas por vallas de boj, un tanto descuidadas, desaparecían entre las hierbas; y las flores, que se abrían entre los macizos y las macetas, eran tan buenas, aunque algo ordinarias, que habían contraído la costumbre de reproducirse por sí mismas, según la ley natural, y de vivir en la mejor armonía con sus hermanas de las praderas, florecillas más plebeyas, llevadas allí por el viento.

Desde la muerte de su madre, Susana había dejado de cuidar aquel parterre, y este abandono de parte suya había bastado para que nadie se ocupara tampoco en aquel retiro florido, que había llegado á ser el más solitario y abandonado de la granja.

En él precisamente, en la mañana del segundo día que siguió á los incidentes narrados en el precedente capítulo, habiáanse sentado el administrador y Catalina, á fin de poder hablar sin ser vistos ni oídos de nadie.

—¡Oh!—decía Héctor con la mirada ardiente, y llevando impresos en su fisonomía los tormentos del insomnio.—¡Cómo! ¡Ha hecho todo eso, ha sufrido tanto por mí! ¡No he temido insultar sus más tiernos sentimientos! ¡He come ido un sacrilegio para desgarrar su corazón, y he osado hacer que intervenga la muerte en mi culpable amor!... ¡Sí, comprendo, por semejantes indicios, que la razón me abandona!

—¿Quién no es un tanto loco amando?—dijo Catalina.—Sin esta circunstancia no se harían muchas cosas.

—Pero he estado á punto de causarle la muerte...

—No, fué una crisis del momento, que desapareció como por encanto, y sirvió de pretexto para que no fuese al baile. La señorita se acostó en seguida, y aunque el coronel quiso quedarse á su lado, se negó de tal suerte, que tuvieron que dejarme á solas con ella: entonces me hizo seña de que me acercara á su lecho, y mirándome sin cólera, me dijo: «Sé franca, Catalina: confiesa que te has encargado de colocar sobre la mesa las flores y el billete.» Yo me eché á llorar, confesando la verdad; esto es, que habíais ido por el camino de hierro de Ancenis á Louviers, que el resto del camino lo habíais hecho á pie, que yo os encontré pálido y moribundo de fatiga, y que no había tenido valor para resistir á vuestras súplicas... Entonces me interrumpió para decirme: «Está bien; dame esas flores, que las quiero tener junto á mí, para que el alma de mi madre vele mi sueño...» La obedecí, y tomando ella el ramo, as

piró largo tiempo su perfume, y colocándolo después sobre su pecho, se quedó dormida.

Hubo un largo período de silencio entre ambos interlocutores.

—Y dime, Catalina, ¿qué ha sido de las pobres flores?

—¡La señorita se despertó por la mañana en el mejor estado de salud, y me dijo que á ellas debía el haber recobrado sus fuerzas. Por eso, cuando el coronel, viendo los buenos colores de su hija, decidió que regresásemos á Chantepie, ella me ordenó que trajera yo el ramo, y anoche, al llegar, colgó los asfodelos de la pila de agua bendita que tiene á la cabecera de su cama.

—¿Crees entonces que me habrá perdonado?

—Se uramente; no tiene mal corazón.

—Pero yo no me perdono haber escrito aquellas líneas odiosas. ¿Sabes lo que ha sido del papel? Lo ha destruido ella, ¿no es cierto?

Catalina se puso muy encarnada, y no contestó.

Héctor la miraba.

—Es preciso—dijo—que no quede huella alguna de aquel acto culpable. Vamos, responde: ¿sabes lo que ha sido de aquel maldito papel?

Un nuevo personaje, salido del bosquecillo, se había detenido momentos antes á dos pasos de los interlocutores, que, abstraídos en su conversación, no habían advertido su presencia.

—Señor mío—dijo el personaje aludido—el escrito de que habláis se halla en toda seguridad.

—¡Señor Máximo!—exclamó Catalina, retrocediendo con terror—¡luego no me había engañado!

—¿Qué hacéis aquí?—dijo Héctor, adelantándose hacia él con aire amenazador.

—Yo os escuchaba... y ahora me alegro; puesta que puedo sac ros de vuestra inquietud, señor... Jacobo, diciéndoos que el billete está en mis manos.

—Entonces—añadió Héctor con voz sorda y temblorosa—debéis saber lo que falta hacer aquí.

—Espero que querréis informarme de ello.

—Pues bien; váis á devolver inmediatamente ese papel, y sin impertinencias... Porque os prevengo que no las sufro.

—atalina—dijo Máximo sin perder la calma—ya comprendéis que entre este joven y yo van á mediar serias explicaciones y que vuestra presencia nos molestará. Marchad, pues, al lado de vuestra señorita, á quien no agradecerá mucho que, en vez de esperar á que se despierte, como es vuestro deber, celebréis al amanecer conferencias con un buen mozo, en un bosquecillo solitario.

—¡Insolentel

Y el príncipe levantó el brazo sobre Máximo; pero éste, con rapidez suma, esquivó el golpe, y se or ándose por conservar su burlona sonrisa, añadió:

—Ya lo véis, la conferencia que se prepara es seria, y sólo puede interesar á los hombres. Creedme, y retiráos.

Catalina, súbitamente inspirada, miró á Héctor

para alentarle, y sin responder á Máximo, se alejó rápidamente.

—Vaya, señor Jacobo—continuó el hijo del doctor, así que Catalina se hubo alejado—imagino que no supondréis que he venido aquí para proponeros una partida de pugilato. En este punto reconozco que ten is tanta solidez en la abierta mano como en el puño... Y ahora, ¿queréis que hablemos?

—¿Tenéis aquí ese papel?

—¡Ah! Os adivino la intención; pero debéis hacerme el honor de creer que habré tomado mis precauciones. Creedme, amigo mío; soy más hábil que vos, y nunca vendría yo, por ejemplo, á hablar en un bosquecillo, donde cualquiera pudiese ocultarse y oírme. Pero aceptar también mi enhorabuena; veo que para vos todos los medios son buenos, si os hacen llegar á vuestro fin; y que después de haber empleado los aires humildes y los suspiros dis retos, recurris al temor y á la intimidación. ¡Es delicio osol... Esa idea de arrojar los despojos de una tumba sobre un traje de baile, me inspira hacia vos admiración sin límites, y no puedo pintaros el de icioso recuerdo que guardaré de vuestra residencia aquí. Porque supongo que es marcharéis inmediatamente...

Del pecho de Héctor se escapó un rugido; y pálido, con los labios lividos y temblorosos, se precipitó sobre Máximo:

—¿Sabéis lo que van á costaros esas palabras?—profirió con la voz ahogada por el exceso de la violencia.

—Sé que si yo mostrara al que os paga las líneas infames que habéis osado dirigir á su hija, os arrojaría de aquí como al último de los miserables.

—¡A mí! ¡A mí!

Y rompió en una carcajada feroz; pero muy pronto, cambiando de fisonomía, apaciguó su semblante, apagó su mirada, y se sentó gimiendo sordamente y con la cabeza entre ambas manos.

—¡Tiene razón!—murmuró en voz baja.—¡No soy más que un criado infiel á sus deberes!

—Vamos—continuó Máximo—veo que volvéis á sentimientos más modestos. Creedme: es necesario que termine esta ridícula comedia. Ya debéis estar informado de los pensamientos que inspiráis á una persona cuyo nombre es innecesario repetir. La he observado atentamente desde que estoy aquí; y si antes érais para ella un motivo de terror, vuestra conducta de anteaer no es, seguramente, para Susana muy tranquilizadora. Sólo debo a adir ahora que hagáis cuanto antes vuestro equipaje, y os alejéis.

Héctor se levantó, para acercarse á Máximo con un movimiento reflexivo y tranquilo.

—Desde hace un cuarto de hora me estáis insultando, y al aconsejarme que me ausente no quiero creer que lo hagáis por sustraeros á la reparación que me deb is.

—¿Una reparación... á vos? Ya he tenido el honor de deciros que desconozco completamente el *boxeo*.

—¡Caballero, he sido soldado, y sé manejar una espada!

Al decir esto, sus ojos lanzaron un relámpago, y Máximo no pudo reprimir un movimiento de espanto; pero reponiéndose al punto, repuso con tono burlón:

—Imagino que os bromeáis; un desafío con un criado enamorado de su señora, no sólo deshonoraría a esta mujer, sino que la entregaría a ser pasto de las habillitas y di' amación del vulgo. Vamos, Jacobo, basta ya; por última vez: ¿queréis, si ó no, abandonar esta casa?

En este momento un ligero ruido que se dejó oír á su espalda, le hizo volver la cabeza.

Susana estaba á corta distancia, y avanzaba con rapidez.

Máximo salió á su encuentro.

—Mi querida Susana, ¿por qué os habéis molestado? Era inútil; este hombre, os lo aseguro, no dormirá ya aquí esta noche.

La joven no pareció oír lo que Máximo la decía, y pasó por delante de él sin prestarle la menor atención, para dirigirse á Héctor.

—Jacobo—le dijo—vengo á pedir os un sacrificio supremo.

—¡A mí!

—Lo que este hombre exige de vos insolentemente, yo os lo suplico de rodillas... ¡Partid, alejaos!..

—Hablando con franqueza, Susana—dijo con ironía Léouyer hijo—esas precauciones oratorias son, en verdad, extemporáneas: bastaba con una palabra: que parta de buen grado, ó si no..

—Caballero—exclamó violentamente Susana—no hablo con vos; es á él á quien me dirijo. Sí, Jacobo, sí, partiréis si aún tenéis alguna compasión de mí; vuestra presencia en esta casa tortura mi alma, y mi vida se consume en perpetuos dolores; partid, Jacobo, os lo ruego... os lo exijo, porque... ¡porque os amo!..

Al oír esta palabra inesperada, Máximo dió un salto atrás, y con la boca y los ojos desmesuradamente abiertos, paseaba su extraviada mirada de Susana al administrador y del administrador á Susana.

En cuanto á Héctor vaciló algunos segundos, como si hubiese perdido el equilibrio; pero de repente sus facciones se contrajeron, y mirando á Susana, que permanecía delante de él valerosa y sublime, como una joven mártir en el circo,

—Sí, sí, comprendo...—exclamó.—Entre Dios y vos no debe existir ningún obstáculo... Yo os soy molesto, y debo desaparecer. ¡Sea!—añadió con voz casi ininteligible.—Tal vez muera; pero, no obstante, partiré...

—Yo soy la que va á morir para el mundo y sus placeres; no es una sentencia lo que acabo de pronunciar, es una confesión que debe rehabilitaros á vuestros propios ojos, y consolaros de la afrenta que aquí mismo, y no há mucho, se os ha dirigido. No, Jacobo, no, vos no debéis dejar esta casa como un culpable á quien se arroja, sino como un hombre cuyo generoso corazón ayuda libremente á aquella que le ama en la obra

del sacrificio. Partid, Jacobo, y sirvaos de consuelo el saber que os habría pertenecido si Dios no me hubiera reclamado para sí, y que no siendo de vos, jamás habría sido sino de El... ¡sólo de El!.. Perdonadme, en fin, Jacobo, si, no dando oídos más que á mi orgullo, le tratado de disimular mi amor bajo mentidas apariencias: habéis sufrido mucho, lo sé pero Dios ha castigado mi presunción ha querido que yo misma venga á implorar vuestro socorro en contra mía. Os lo repito, Jacobo: perdonadme; mis lágrimas os dicen lo que pasa en mi alma.

Y esta encantadora criatura, pálida, inundado de lágrimas el rostro animada por un sentimiento mezcla de amor profano y de fervor celestial, cayó de rodillas á los pies de Héctor, cuyas manos estrechaba entre las suyas.

Héctor parecía transfigurado; en este instante no era ya Jacobo Cointel, el humilde administrador de Chantepie; era el noble príncipe de Moria.

Fijos los ojos en la que así imploraba su compasión, pareció reflexionar un instante; luego, con acento de piedad,

—Levántate, noble y generosa niña—dijo—enjuga tus lágrimas, y nada temas de mi debilidad; no quiero conocer la ley fatal que te arrastra; ¿qué falta, qué crimen excita tu inocencia? ¿Por qué te sacrificas? Lo ignoro, y no te lo pregunto. Sigamos uno y otro nuestra dolorosa existencia; tú, animada por la fé que sostiene á los mártires; yo, mudo, pero fiel hasta la muerte, á tu memoria adórala. Adiós, Susana, adiós.; esta noche, como decía ese hombre, no respiraré ya el aire que tú respiras...

El hizo un movimiento para alejarse; pero Susana, sujetándole la mano, arrancó de su seno el ramillete de asfodelos, y presentándosele,

—No es culpa mía—le dijo con triste sonrisa—si estas pobres flores están ya marchitas por espacio de dos noches las he regado con mis lágrimas.

Héctor apoderóse del marchito ramillete, apó ó en él sus labios con frenesí, y se alejó corriendo sin volver la cabeza.

Cuando hubo desaparecido, Susana miró por vez primera á Máximo, que parecía aterrado.

—Caballero—le dijo—no hago misterios de ninguno de mis actos: así, pues, no os pido que guardéis el secreto de lo que acabáis de oír.

Y sin que Máximo hubiese tenido tiempo de contestarle, salió lentamente al encuentro de Catalina, que acababa de aparecer á algunos pasos de distancia, y apoyada en su brazo, emprendió el camino de la quinta.

Máximo permaneció algunos instantes anonadado; pero irguiéndose de pronto con irreble audacia,

—¿Y bien, qué?—le dijo.—Entre Susana y yo existían dos obstáculos: Dios y este... diablo de Jacobo Cointel, que, á lo que parece, no era el menos temible de los dos. Anímo, pues, y lejos de abandonar la empresa, marchemos adelante.

Y al ver á su padre que salía de la casa,
—He aquí—pensó—tropas de refresco, que acuden en mi auxilio.

El joven salió del jardín, se unió á su padre, y cogiéndole por el brazo, llevóle bajo los fillos que daban sombra á la Mirette.

La conversación fué larga, animada y probablemente borrascosa, porque cuando padre é hijo volvieron á aparecer en el camino, el buen doctor estaba rojo como la amapola é inundado de sudor.

—Vamos, mi querido padre; lo pasado ya es irremediable—decía Máximo—y tus arengas y amonestaciones vendrían demasiado tarde. Pues bien; mi prosperidad económica es una farsa, mi título de doctor en derecho una mentira, mi brillante clientela ilusoria. Pero, ¿y luego? ¿Todo esto no te prueba que este matrimonio es hoy para mí indispensable? He aquí la verdadera situación hoy soy un árbol improductivo, un tribón, mejor dicho; soy un desesperado; pero si llego á tener veinte mil libras de renta, me transformaré por completo; seré un ciudadano modelo, la flor de los buenos hijos, de los buenos padres y de los buenos esposos. Tienes que defender el honor de tu nombre y de tu hijo único; así, pues, hasta la vista, y si sales victorioso, no dejes de darme cuanto antes tan agradable nueva.

Y Máximo volvió la espalda á su padre, que se quedó como pe rifinado.

El viejo doctor miró alejarse á su hijo, mientras que una lágrima, despidiéndose de sus párpados, rodaba lentamente a lo largo de sus mejillas.

Pero de repente, sacudiendo la cabeza como un hombre que quiere arrancar de su imaginación una idea fija y toma una resolución enérgica, se dirigió á la quinta con paso firme y seguro.

Dos minutos después entraba en el despacho de su amigo el coronel.

XIX

—Mi querido Bordier—dijo el doctor, después de tomar asiento en frente del coronel—no hace muchos días me decías que éramos dos imbéciles.

—Es posible. ¿Recuerdas por qué causa?

—Hablabamos de Susana y de la poca fortuna que hasta entonces habías tenido en la empresa de buscarla un marido entre los más arrogantes jóvenes del departamento.

—En lugar de buscarlo entre los petimetres de la capital; es muy exacto, mi querido doctor.

—Pues bien; si entonces éramos dos imbéciles, ahora lo somos mucho más.

—¿Qué dices? ¿Tu hijo no ha sido bien acogido?...

—A las mil maravillas.

—¿Susana no se muestra en extremo complaciente con Máximo; no recibe sus atenciones y galanterías con una alegría que no trata de disimular?...

—Sí, á fé.

—Así, pues, me parece que el principio no puede ser mejor.

—Este es el principio... y el fin; las cosas no irán más lejos.

—¿La razón?...

—La razón es que el corazón de Susana no es bastante grande para contener dos amores.

—Conozco su otro amor: es Dios; pero aunque ella pretende no amar más que á El, de a tú obrar á Máximo, que la obligará á ser infiel.

—Si Máximo operase ese milagro, si se hiciese amar de Susana, si tú consentieses en su matrimonio, yo ne aría mi consentimiento.

—¿Qué dices?

—Lo regaría.

—¿Por qué?

—Porque amo entrañablemente á Susana, porque soy tu amigo; porque, en fin... soy un hombre honrado.

Bordier abrió desmesuradamente los ojos.

El doctor continuó:

—Pero no se trata ahora de eso. El milagro está hecho; el amado de Susana no tiene nada de celestial; pero... no se llama... Máximo.

—¿Hein? ¿Qué dices? ¿Susana ama á un hombre que no es tu hijo?... ¿Quién es, pues?... Habla... pero habla pronto.

—Es que...

—¿Vacilas, Lécuyer? ¡Pero no; Susana es orgullosa y no mira á los que son indignos de ella.

—El que ama tu hija es, sin embargo, uno de tus inferiores.

—¡Uno... de... mis inferiores!... ¿Un subalterno?...

—Sí, un subalterno.

—¿Y es?...

—¡Jacobo Cointell!

—¡Jacobo Cointell!... ¡Cómo! ¡Ese miserable ha entrado en mi casa, ha aceptado un puesto en mi mesa y ha abusado hasta ese punto de mi hospitalidad! ¡Oh! ¡Voy!...

—Reflexiona antes de dar un escándalo—dijo el doctor, cerrándole el paso.

—¡Jacobo Cointell! ¡Un criado, un vagabundo, un buhonero sin patria ni hogar! ¡Un!...

—¡Un hombre honrado!—exclamó con energía el doctor.

—Un hombre honrado... sea. Pero ¿es acaso leal su conducta? ¡Hacerse amar sin mi autorización!

—¿Prefieres que Susana tome el hábito?

—¡El hábito! ¡El hábito!... Pues bien, sí; antes perderla de una vez y para siempre, que verla en brazos de ese hombre, que ha concebido el odioso plan de sobornar en secreto á mi hija para obligarme á entregarle su mano. No, jamás, jamás, ¿me oyes? Y ahora mismo voy á arrojarle de mi casa... ¿Quién va? ¿Quién está ahí?

El criado, que acababa de abrir la puerta del despacho de Bordier, anunció que el administrador deseaba hablar al coronel.

—¡El!—gritó Bordier fuera de sí.—¡Ah! Tanto mejor; que pase.

—Os dejo solos; me retiro—repuso el doctor.

—No; deseo que presencias nuestra entrevista; deseo que veas cómo voy á tratar á ese tunante, á ese hipócrita...

Jacobo Cointell apareció en el umbral.

Llevaba su bastón ferrado y el mismo traje humilde que vestía el día en que entró en aquella misma habitación para despedirse del coronel y expresar su gratitud por los cuidados que generosamente le había hecho se le prodigasen.

Habráselo dicho que, como la vez primera, acababa de pasar largas horas de sufrimiento.

Miró al palidez cubría su semblante demacrado y parecía no poder apenas sostenerse.

—¿Qué deseáis?—le preguntó bruscamente el coronel.

—Vengo á suplicaros me devolváis la libertad.

—¿Cómo! Vos... queréis partir?—dijo el coronel sorprendido.

—Sí, señor.

Bordier, que hasta entonces no le había mirado, fijó en él sus ojos chispeantes.

—¿Os sentís mal, amigo mío?—exclamó el doctor, al notar la extremada palidez de su rostro.

—En efecto, parece que estáis enfermo—dijo el coronel con tono brusco.—¿Y queréis partir? ¿Sabéis si tengo yo acaso la costumbre de despedir á mis servidores cuando una enfermedad cualquiera les impide trabajar?

—Os engañáis, no estoy enfermo; y si alguna turbación se nota en mi semblante, atribuídla solo á la emoción que experimento al abandonar esta casa donde habéis tanto corazones generosos.

—Entonces, ¿por qué la dejáis? Si no es á nosotros á quien acusáis, ¿os acusáis á vos mismo? ¿Os sentís acaso indigno de abusar por más tiempo de una hospitalidad lealmente ofrecida y vuestra conciencia os ordena alejaros?

La voz del coronel subía de punto á medida que hablaba; su mirada era centelleante; en vano el doctor le hacía señas de que moderase su tono.

En cuanto á Héctor, respondió con voz dulce, mientras que una débil y dolorosa sonrisa entreabría sus descoloridos labios:

—Hay algo de verdad en lo que acabáis de decir, señor coronel.

—¡Ah! Luego con éseis...

—Confieso que la Naturaleza me ha hecho ingrato y veleidoso ¿qué me falta para ser feliz? ¿Qué ama franca y generosa podrá jamás igualar á la vuestra? Vos érais más que un buen amo para mí. Veía en vos el tierno abandono del amigo, la dulce protección de un padre. ¡Ah! Creedlo, caballero; en el fondo del corazón conservaré siempre vuestro recuerdo, que lajará conmigo á la tumba; pero es tal la dura fatalidad con que el cielo me castiga, que no puedo su traerme al recuerdo de mi vida pasada, de mi vida errante, de mi miserable vida de vagabundo; yo no he sido hecho para soportar ningún yugo, ni siquiera el más dulce de todos: el del corazón. Debo partir, debo de nuevo exponerme al hambre, á la sed, á los rayos ardientes del sol, aventurándome por caminos pedregosos y para mí completamente desconocidos. Os habéis engañado, coronel; creísteis que yo era un perro bueno y fiel, y soy de la raza de los lobos... Adiós, pues... adiós... olvidadme; pero antes de maldecirme, acusad al cielo que me envió al mundo solo para sufrir.

Héctor pronunció estas últimas palabras con voz ahogada, volviendo á otro lado la cara para ocultar su emoción.

Este movimiento no pasó, sin embargo, desapercibido para Bordier ni para el médico; y mientras que el coronel, vacilante, se mordía el bigote, el doctor, en el momento en que Héctor se dirigía á la puerta, le detuvo suavemente por la mano, y le dijo:

—Os calumnáis, Jacobo; no es ni la ingratitud ni el desprecio á la dicha lo que os impulsa á alejaros de esta casa. ¿Acaso no hay en el fondo de todo esto un sentimiento de delicadeza, y, si penetramos más, no encontraríamos en vuestra brusca resolución el testimonio de vuestro agradecimiento á los que os han dispensado tan benévola acogida. Nadie trata de inquirir vuestros secretos, pero, por lo menos, no queráis huir como un culpable cuando, al partir, obráis tal vez como un hombre honrado y generoso.

—¡Ah!—gritó el coronel,—¿quién te invita á mezclarte en estos asuntos? ¿Qué empeño es el tuyo de buscar en la conducta de este hombre otra cosa que lo que él mismo ha revelado? ¡El acaba de decirlo: su alma es ingrata; no nos quiere; no nos ha querido jamás.

—¡Yo!

—¿Lo has dicho, sí ó no?

—Sólo he dicho que quería partir, y partir.

—Sí, por eso yo sé por qué, y... voy á decirlo. Partes como el minero que huye después de haber puesto fuego á la mecha. Huyes porque te pesa la explosión, porque no quieres ver los destrozos que dejarás tras de tí. Partes, en fin, animado por una intención culpable; te dices que soy padre; que soy débil, y que, en presencia de la desesperación de mi hija, perders a quizá la razón, olvidaría mi cólera, y de nuevo te llamaría á mi lado...

—¡Caballero... no es á mí á quien insultáis, sino á vuestra hija!

—¿Pretenderíais acaso darme lecciones?

Y el coronel se adelantó hacia Héctor con ademán amenazador.

—¡Bordier!—exclamó el doctor, oponiéndose á su paso.

Por breves instantes reinó profundo silencio.

—Nada temáis, señor coronel, por la noble criatura de que acabáis de hablar. Ella sabe que me alejo para no turbar, ni con la más ligera sombra, su tranquila existencia. No habléis de lágrimas ni de penosos recuerdos; cuando yo haya desaparecido, su alma pura recobrará su perdida calma y nada ya la impedirá consagrarse á Dios.

—Decid que nada se opondrá á que sea la esposa del hijo de mi antiguo amigo Lécuyer.

Héctor palideció, y el doctor, tomando la palabra,

—Te he dicho, Bordier—exclamó—que esto matrimonio es imposible. Mi hijo volverá mañana á París... Yo lo quiero.

—Y bien, Jacobo, ya lo oís; ¿afirmaríais aún que no habéis tenido vos la culpa de que fracasen cuantos proyectos tenía formados?

—Y aun cuando a f fuera—replicó Héctor con sorda cólera—aun cuando yo, á pesar mío, hubiese echado por tierra vuestros proyectos, convertido en uno v estas más caras esperanzas, de quién es la culpa?... ¿He sido yo quien ha querido permanecer aquí? ¿He sido yo quien ha pedido un sitio en vuestra casa, un abrigo bajo vuestro techo? Ya me habia vestido estos miserables harapos que acabo de recobrar; ya tenía en la mano este bastón; ya me disponia á partir el doctor y vos estabais en esta habitación, y el doctor y vos de vísais mis pasos, prontos á franquear ese umbral. ¿De qué tenéis que acusarme? Y para evitar esta desgracia, ¿qué he podido hacer que yo no haya hecho? No recabo de nuevo este bastón y mi ardo, y parto... Ya no me volveréis á ver... Tampoco oiréis jamás volver á hablar de mi parto sin volver la cabeza desaparecida... y nuevo... ¿No es acaso esto bastante? ¿Es, por ventura, vuestra indignación más grande que mi sacrificio...

—¡Ah, ah! Al fin lo confesais: partes, pero sufris; partes, pero mutilas tu corazón. ¡Pues bien; esa será mi venganza! Véte, pues, pero... pero halla, y sabe al menos decir la verdad delante de tu juez.

—He dicho cuanto tenía que decir, y solo me re tra retirarme. He aquí á Pedro que llega; el pobre muchacho siente mi partida y quiere acompañarme hasta el pueblo más próximo: hemos de apururarlos, pues solo quedan algunas horas de día.

Pedro llegaba, en efecto; tenía enrojecidos los ojos y frunció el entrecejo.

Vamos, señor Jacobo—dijo—puesto que quieren que dejis esta casa; vamos cuanto antes. El fardo está en la puerta; en un abrir y cerrar de ojos me le echo á la espalda... Luego, media vuelta á la derecha y en marcha.

—¿e arresto por ocho días!—rugió el coronel midiendo á pasos agigantados la habitación—eso te enseñará á no mezclarte más que en tus negocios.

—Lo mismo me da por ocho que por quince, mi corral; pero nadie me impedirá acompañar á mi amigo Jacobo hasta Pont Audemer.

—Vamos—dijo Moria aproximándose al coronel—no me guardéis rencor, y antes de trapear para empre los umbrales de esta casa, hacédme el favor de estrecharme la mano.

Y se la tendió con un movimiento lleno de nobleza y lealtad.

El coronel cogió aquella mano, y estrechándola enrgiamente entre las suyas permaneció largo rato mirándole de hito en hito, como si hubiese querido leer hasta en los más escondidos pliegues de su corazón.

—¿Luego estás decidido? ¿Te vas?

—Sí, señor.

—Y... no te volveremos á ver ya?

—Jamás.

—Tu voz tiembla al pronunciar esa palabra.

—¡Al v z; pero mi voluntad no vacila.

—Eres fuerte?

—No, señor; precisamente porque soy débil parto.

—Pero aún tenemos que ajustar unas cuentas.

—Perdonad, os entregué todas las mías ayer tarde; esta mañana no he tenido que hacer apun tación alguna.

—¿Qué sales tú de eso? Por otra parte, yo te debo dinero.

—¡H! Es poca cosa; pero si os empeñáis en pagarme, podis entregarlo á Pedro.

—¡A mí!—exclamó Pedro.—Yo nada quiero.

—Sí, amigo mío, tú aceptarás este testimonio de agradecimiento por tus servicios; por otra parte, es tan corta la cantidad, que...

—¿Sabes tú acaso lo que tengo que darle, imbécil?—profririó el coronel, mirando á Héctor de un modo extraño.

—¡, sé contar bien.

—No cuentas, es inútil.

—Después de todo—dijo filosóficamente el ex cabo—siquiera sea solo por daros gusto... señor Jacobo... aceptaré lo que me ofrecis.

—¿Tú aceptarás?... ¿Qué vas á aceptar?—gritó Bordier.

—Lo que queríais darle, coronel.

—¡Ah! ¿Conque tú aceptarás... cuatrocientos mil francos?

—¡Cuatrocientos mil!... ¡Diantre, es un bonito salario! Pero si es preciso...

—Pero, señor.—dijo Héctor.

—Y con los cuatrocientos mil francos, aceptarías la mano de mi Susana?...

—Es una muchacha muy bonita... pero si aun eso fuera preciso...

—¿Señor, señor! ¿Qué oigo? ¿Qué significa esto?

—Esto significa que te he dicho: ajustemos cuentas; esto cabalmente es lo que vamos á hacer, y veremos lo que te debo; yo habia emprendido una tarea, de la cual dependia, es oy seguro de ello, la felicidad de Susana y la mía. Y allí donde yo he fracasado, tú has salido airoso: yo iba á perder á mi hija y tú me la devuelves, su corazón callaba para dejar divagar á la cabeza; tú despiertas su corazón. Susana ama, en fin, y esto es cuanto yo quería. ¿Qu importa que aquel que es amado por ella sea rico ó pobre? Ella ama, y está salvada... ¡Mi hija ama! ¡Esto es lo que yo pedía á ese Dios, á quien se calumnia cuando se le supone celoso hasta el punto de arrebatár á las hijas á la ternura de sus padres! No; Dios no podía quererlo; Él es quien te ha conducido á nuestra casa; Él mismo es quien te ha colocado entre Él y Susana; Él es quien te ha escogido para salvar á mi hija. Ella te ama, lo sé, y tú la amas también; lo veo en tu palidez, en tus facciones descompuestas por el sacrificio que te ibas á imponer. ¿Y tú, que has hecho este milagro; tú, que la retienes á mi lado; tú que me devuelves la vida, no has de ser mi acreedor? Yo soy también un deudor leal, ¿lo entiendes?, y quiero pagar mis deudas. Así, pues, toma mi fortuna, toma á Susana, y toma también esta mano que un hombre honrado tiende á otro hombre honrado... En

tonces, y solo entonces, estarán saldadas nuestras cuentas.

—¡Victoria en toda la línea!—gritó Pedro con voz estentórea, que hizo temblar los cristales de las vidrieras.

Héctor estaba inmóvil, entreabiertos los labios, y gruesas lágrimas corrían á lo largo de sus pálidas mejillas.

—Mi querido Jacobo—dijo el doctor—aceptad sin vacilar; casaos, y el doctor Lécuyer será vuestro primer testigo.

Y el padre de Máximo no abandonó á Héctor hasta que le hubo dejado entre los brazos de Bordier, cuyos húmedos bigotes rozaron por dos veces las mejillas de Moria.

En este momento Susana, pálida, conmovida, apareció en el dintel, y miró á su padre con indefinible angustia.

—Señorita Susana Bordier—exclamó el coronel al verla—tengo el honor de presentaros al señor Jacobo Cointel, vuestro marido.

Un subido rubor coloreó un instante las mejillas de Susana, que palideció al punto de nuevo; sus piernas vacilaron; una nube se extendió por delante de sus ojos; llevóse vivamente la mano al corazón; lanzó un grito, y cayó como herida por un rayo, murmurando:

—¡Madre mía! ¡Madre mía!

XX

Cuando Susana volvió en sí, y abrió los ojos, notó que durante su desmayo se la había transportado á su cuarto.

Se hallaba sentada en una butaca.

Su padre, arrodillado á sus pies, estrechaba entre sus manos una de las suyas, y con el brazo sosteníala la cabeza.

El doctor, entretanto, retirado en el fondo de la habitación, preparaba un cordial.

—Y bien—exclamó éste último cuando vió que abría los ojos—¿de este modo recibís las buenas noticias? ¡Extraña organización la del cerebro de una mujer! La alegría causa en él más impresión que la más profunda pena.

Una palabra sola había herido el oído de Susana en el corto monólogo del doctor.

¿Por qué hablaba de alegría? Dirigió la vista á su padre, y notó que también él la miraba, mientras que una fina sonrisa entreabría sus labios.

Sólo entonces advinó que sin duda se habían engañado al tratar de inquirir la causa de su desvanecimiento, y que, lejos de haberse terminado la lucha, iba á exigir de ella los más dolorosos esfuerzos.

Separando entonces con suavidad los brazos de su padre, que rodeaban su cuello, y poniéndose de pie delante de él, conmovida, pero resuelta,

—Padre mío—dijo—veo que es de todo punto necesaria ya una franca explicación entre nosotros, y que sería completamente inútil retardarla ni un solo día ni una sola hora.

—¡Bien, bien! Sé lo que me vas á decir: que no has sido dueña de tu corazón, que has defraudado

mis esperanzas y las de nuestro amigo Lécuyer, aquí presente. Pues bien; sabe que no por eso estamos resentidos contigo, y que este viejo doctor, haciendo traición á los intereses de su hijo, ha abogado por la causa de Jacobo Cointel; así, pues, ahora sólo nos resta hacer los preparativos para tu dicha, pues tengo vivos de esos de que te cases al mismo tiempo que Ermelinda. ¿Qué dices á ésto? Haremos las dos bodas el mismo día?

—Padre mío, no puedo casarme con Jacobo Cointel.

—¿Qué dices?

—Digo que mi resolución es inquebrantable, y que jamás me casaré.

Bordier, volviéndose hacia donde el doctor se hallaba, le miró como si hubiese necesitado que él le explicase lo que acababa de oír.

Por su parte, Lécuyer contemplaba á Susana con la boca abierta, sin saber si soñaba ó estaba despierto.

—Veamos—repuso bruscamente el coronel.—He comprendido mal sin duda. ¿No quieres casarte con Jacobo Cointel?

—No, padre mío.

—¿Ni con Máximo Lécuyer?

—Os repito que no me casaré jamás.

—¿Qué significa esto?—exclamó el coronel.—Y tú, Lécuyer, ¿me has engañado?... ¿No me has dicho?...

—Padre mío—interrumpió Susana—no acuséis á nadie sino á mí, y escuchadme con calma... Exigisteis que por espacio de seis meses suspendiese el cumplimiento de mi resolución; esperabais, quizá, durante este tiempo hacer cambiar el giro de mis ideas, abrir poco á poco mi corazón á otros deseos, y hacerme olvidar el cielo por la tierra. Pero ¡ah! todos vuestros esfuerzos han sido inútiles; mi fatal camino está trazado; ninguna ternura, ningún amor pueden echar por tierra mis planes. Concededme, padre mío, la gracia que os pido; abreviad el tiempo de prueba que me habéis impuesto; permitid que desde hoy mismo corra á refugiarme en el silencioso asilo y bajo el hábito severo de las Hermanas de la Caridad; devolvedme, en fin, mi palabra... ¡Tened piedad de mí!

—¿Luego no amas á Jacobo Cointel?

—Os engañáis, padre mío; adoro al hombre que acabáis de nombrar, y por esto cabalmente quiero alejarme; quiero huir sin tardanza; lo quiero, y debo hacerlo. Tengo una misión que cumplir y la cumpliré con la ayuda de Dios.

—¿De Dios, dices? ¿Te atreverías á consagrarte á Dios, estando ocupado tu corazón por un amor terreno?

—Dios tiene bálsamos para todos los corazones lastimados.

—¡Mucho cuidado, hija mía—interrumpió entonces con grave acento el viejo doctor, que escuchaba con religioso silencio—mucho cuidado! No mezcles en tus quimeras á Aquel que es á la vez la sabiduría, la justicia y el amor. ¿No soy yo un buen amigo tuyo? ¿No soy yo el que más de

una vez viste á la cabecera de tu cuna, más tarde á la de tu lecho, y el que para conservarte la vida ha estudiado, no solo tu complexión ágil, sino que ha sondeado también con escrupuloso cuidado los menores impulsos de tu alma virgen? ¡No, no; tú jamás harás creer que tu naturaleza franca y tu fuerte espíritu hayan llegado á ser presa de la más triste de las demencias! ¡Sí, la más triste, infortunada niña, la más deplorable de todas! ¿Crees acaso que cuando se tiene tu edad, tu gracia y tu belleza, se tiene derecho á prescindir de los deberes todos de la mujer? ¡Ah! Si fueses una pobre desheredada de la Naturaleza y de los bienes de este mundo, quizá vacilaría al hablarte como te hablo; pero lejos de esto, eres una millonaria en gracias, en juventud y en fortuna, y vas á despreciar los deberes que te impone esta triple opulencia. ¡En lugar de ser esposa fiel y adorada, madre dichosa y fecunda, vas á preferir dejar de ser mujer! Pues bien; sábelo, ese es el más grande de los crímenes. Los tesoros que el hado nos concede son un depósito que Dios nos confía para hacerle que fructifiquen, y el día en que comparezcas á su presencia, el día en que te exija cuentas de los elementos de ventura depositados en tus manos, si le respondes como el hombre de los cinco talentos: «Señor, los he escondido para que nadie me los quite», aquel día Dios te contestará: «No te los di para que los escondieras; corazón egoísta, ve y huye de mi presencia».

Susana, que de nuevo había caído en la butaca, oculto el rostro entre las manos, no contestó á las severas abjuraciones del doctor.

Sólo por la agitación de su pecho podía adivinarse que sollozaba.

Bordier le estrechó entre sus brazos.

—Te suplico, mi querida Susana—dijo, cubriendo de besos su lindo semblante inundado por gruesas lágrimas—te ruego, en nombre de todo el cariño, de toda la ternura que por tí siento, que no me obligues á que crea que tu corazón se ha agostado al influjo de la sombría llama de un misticismo sin objeto y sin esperanza. No, Susana, no; yo jamás creeré en la sinceridad de tus inclinaciones. Lo he dicho veinte veces á este amigo que está aquí, y que nos oye; hay en tí otra cosa que no es una vocación verdadera.

—¡Padre mío!...—dijo con terror la joven.

—Veamos, hija mía, ¿qué temes? ¿Qué misterio es ese que una hija no puede murmurar al oído de su padre? ¿Dudarías de mi corazón? Habla, Susana; habla, te lo pido de rodillas.

—¡Padre mío, no martiricéis mi alma... no tengo nada que decir!

—Susana, ¿tú sabes lo que se piensa de una joven que prefiere sepultarse en un claustro á unirse para siempre al que ama? ¡Y tú le amas... lo has dicho... lo has confesado!... ¿Sabes lo que se piensa de esa joven?...

—¡Padre mío!

—Bordier—intervino el médico, que presentaba aterrizado adónde el padre iba á parar...—Basta, Bordier, basta; vas á matarla...

Pero el coronel, palideciendo de repente, espantado de su propio pensamiento, se había levantado bruscamente, y con los brazos cruzados, tembloroso, contemplaba con sombría mirada á aquella desventurada joven, agobiada bajo el peso del dolor.

—¿Sa es lo que pensarán de tí?—repitió—¡Callas, vuelves la cabeza y lloras!... Pues bien; voy á decirte... Pensarán que eres indigna de un hombre honrado y que una falta te separa de él.

—¡Una falta!—exclamó la pobre joven casi á pesar suyo.—¡Una falta!

Y como hablado consigo misma, murmuró:

—Sí, sí. ¡Una falta! ¡Una falta!

Susana pensaba en su madre.

—¡Bordier!—gritó el médico aproximándose á su amigo, que acababa de hacer un movimiento terrible.

Reinó entonces un corto silencio, durante el cual Susana, sin reparar que las palabras por ella proferidas habían sido interpretadas en contra suya, levantó lentamente la cabeza y miró al doctor y á su padre con sus grandes ojos, en que se retrataba la inocencia y candor infinitos.

—¡Ah, estás loco!—exclamó Lécuyer corriendo á abrazar á Susana y besándola en la frente.

Y estrechando entre sus manos su hermosa cabeza y obligándola á volverla hacia donde su padre se hallaba,

—¡Mírala—continuó—mira esta frente, estos ojos; contempla á tu hija y átrévete á decir que hay una mancha en su blancura de armiño!

Y abrazándola de nuevo, añadió:

—Tú misma, Susana, habías de afirmarlo y no te creería.

Sólo entonces pareció comprender la joven el terrible sentido que se había dado á sus palabras, y levantándose con heroica energía, iba tal vez á confesarse víctima de un crimen quimérico para acabar de este modo con toda resistencia, cuando su padre, sellándole los labios con la mano,

—¡Calla, infortunada!—exclamó—te conozco; sé que te acusarías con la esperanza de que en un acceso de horror y de cólera te arrojaría de esta casa, te condenaría yo mismo á esa reclusión á que aspiras! Pero ¿qué te he hecho para que queras de ese modo abandonarme?

Luego, interrumpiéndose de repente y adoptando una resolución suprema,

—Déjanos, Lécuyer; voy á ensayar la última tentativa cerca de esta alma extraviada, y las graves palabras que voy á decirle no deben ser oídas sino por ella y por mí.

Lécuyer respondió á su amigo con una rápida mirada, y tomándole la mano se la estrechó silenciosamente.

Luego, volviéndose hacia Susana, despidióse de ella con un gesto y dirigiéndose hacia la puerta desapareció.

El coronel media á grandes pasos el cuarto de su hija, y sus fruncidas cejas hacían traición á interiores y terribles combates.

De repente, deteniéndose delante de Susana y mirándola con extraña fijeza,

—Escúchame—la dijo—y cuando me hayas oído, me dás, Susana, si te crees aún con derecho á disponer de tí misma. Pero para hacerte esta revelación necesito de todo mi valor, necesito estrechar tus dos manos entre las mías, y sentir tu cabeza apoyada sobre mi corazón. Susana, si he despedido á nuestro amigo, no ha sido para oír tu confesión, para y santa criatura, no; sino para hacerte la mía, para no tener que avergonzarme sino delante de tí sola.

—¡Nuestra confesión!

—¿Te acuerdas de la noche en que Bautista, el marido de tu infelicitada Catalina, acababa de decirnos que su esposa le había engañado y que la había arrojado de su casa con su último hijo?

—Sí, sí, padre mío... me acuerdo.

—¿Te acuerdas también de las elocuentes palabras del pobre Contel, á quien vas á hacer perder toda esperanza, y á quien no obstante amas?

—¿Por qué me recordáis cosas tan tristes?

—¿No notaste mi turbación mientras que Jacobo hablaba?

Susana miró á Bordier con inquietud.

—¿Por qué él, su padre ó mejor dicho, aquél á quien ella daba este nombre, había experimentado aquella emoción? ¿qué le había hecho recordar tan conmovedora escena? ¿qué había en las palabras de Jacobo que habían llegado á conmovertle?

Estas reflexiones pasaron por su imaginación con la rapidez del relámpago; algo le decía que se acercaba á una de las crisis más grandes de su vida.

Miraba á su padre con febril curiosidad, y sin embargo, temía el instante en que iba á reanudar su confesión.

—No me respondes, Susana: ¡ah! es que en aquel instante, pendiente sin duda de los labios de aquél á quien ya amabas, no debías ver más que á él; entre tanto, yo, hija mía, pálido el rostro, sudosa la frente, tenía la muerte en el corazón: porque en los dolores como en las faltas de Bautista, en su indignación, en su ira, en las violentas acusaciones también con que agobiaba á Jacobo, encontraba yo mis propios errores, mis propios sufrimientos; encontraba, en fin, el drama entero de mi vida... ¡Susana... Yo llamo mi hija á una que no lo es mía... Susana, yo fui engañado por tu madre.

Susana lanzó un grito agudo, y dejándose caer hacia atrás, desprendiéndose de entre los brazos de aquél á quien ya no debía, no podía llamar su padre.

Bordier lo sabía todo. Susana no estaba en presencia sino de un extraño, de un juez; pero el recuerdo de su madre, muerta lentamente de desesperación, le dió valor para levantar los ojos y para murmurar con voz sorda:

—Si tenéis aquí una extraña, ¿por qué no la arrojáis de vuestra casa?

—Porque fui odiosamente tirano para con la madre, y siendo dulce y bueno para la hija, creo expiar mi falta y espero obtener el perdón.

Susana comprendió entonces que las afectadas preferencias de que por parte de Bordier había sido objeto toda su vida, no habían sido jamás para él sino un deber de conciencia, una especie de compromiso con sus remordimientos.

El coronel pagaba una deuda: he aquí todo.

—Ahora lo comprendo todo—murmuró con voz ahogada—pero la impaciencia ha sido demasiado larga... y hoy debéis ya alejar de vuestro lado esa amargura de vuestro corazón, separar de vuestra vista la desventurada oveja.

—No, no; yo jamás podré su rir, haga lo que hicierme, todo lo que tu madre ha sufrido; la ví consumirse lentamente, martirizada por el constante recuerdo de una falta... cuyo autor principal era yo; la ví morir, pugando hasta el último momento por contener en sus labios una confesión que tal vez la habría salvado, y condenándose al silencio, no para evitar mi venganza, sino para no dejarme entregado á una desesperación irremediable. ¡Ella creía que su marido lo ignoraba todo, y ha muerto ahogada por su secreto! ¡Pobre mujer! ¡Pobre Luisa!

—¡Potre madre!—murmuró Susana, anegada por el llanto.

—Hasta mi última hora tendré delante de mis ojos á aquella desventurada, arrinconada en el pueblo que yo escandalizaba con mis culpables amores; arrastrándome á mis pies, yo recien domo su vida, su perdón, su amor en cambio de un poco de remordimiento y de piedad. «No me abandonen—e clamaba—no me abandonen por una miserable sin alma y sin honor!... ¡No me abandonen á mí, que soy joven y que necesito un apoyo: á mí, á quien mil seducciones rodean durante tu ausencia; á mí, á quien el pelgro amenaza por todas partes! ¡Vuelve, vuelve; necesito tu ayuda, necesitas defender mi vida, hasta para tu honor!»

—Sí, sí—murmuró Susana, que recordaba: «yo le llamé en mi ayuda, pero no me ha oído.»

—Fué aquella una época odiosa, y la más infame de mi vida. Te lo he dicho: tu madre se retorcía á mis pies, cubría mis manos de besos y de lágrimas, pero yo unindable. En amor vergonzoso y degra ante me encendíaba la vida de ella; creía que al decirme que mi honor estaba en peligro, pretendía solo arrancarme del lado de su rival; me reía de ella, pero al día de mí un año más tarde conocí los espantosos errores que había cometido...

Una carta, que la casualidad puso al alcance de mi vista, me lo reveló todo: la falta y el nombre del cómplice. Ocho días después con un pretexto fútil me batía en buena lid, y yo sólo volvía del combate. ¿Por qué te estremeces? ¿Por qué has palidecido?

—Continúa... no es nada.

La joven pensaba simplemente que aquél que se alzaba delante de ella había matado á su padre.

—¿Qué más he de decirte, Susana? Ahora á tí te toca responderme. á tí te toca añadir si persistes aún en abandonar á este pobre vie-

—¿Y qué haría yo á vuestro lado; yo, que soy causa de vuestra vergüenza?

—¡Tú!...

—¡Yo soy el fruto de esa falta!

—¡Tú!—exclamó el coronel dando un salto.—¿Quién ha dicho eso? ¿Quién te ha hecho creer esa odiosa mentira? ¿Quién ha podido decirte, en fin?...

—¡Mi madre, señor, mi madre!

—¡Tu madre! ¡Es imposible! No es cierto; ¿me entiendes? Tú eres mi hija, mi sangre, mi vida... Oyelo bien, Susana adorada...

—¿Para qué engañarme por más tiempo? Vuestra piedad debe tener un término; conozco toda la verdad...

—Hija mía!... Pero... procedamos con calma... veamos... ¿qué te ha dicho tu madre?

—Nada, porque me separásteis de ella en el momento supremo; pero me ha escrito.

—¡Te ha escrito!

—Y he aquí su carta, he aquí su confesión, y con esta confesión, su último ruego, sus postreras órdenes.

Y con mano febril, temblorosa, Susana había abierto su cómoda y sacado del fondo de uno de sus cajones el pañuelo en que se hallaban envueltos la última carta de su madre y el dinero que la acompañaba.

—Tomad—dijo—éste es el último grito de un alma herida que huye de la justicia humana y va á refugiarse en el seno de Dios.

Bordier leyó la carta con febril ansiedad.

—Pero esta carta no está escrita para tí... ¿quién te la ha entregado?

—Toinette, la mujer que cuidaba de mi hermana y de mí.

—¡Toine tel!...

Y el coronel reflexionó algunos instantes; luego, levantando bruscamente la cabeza, murmuró:

—Así, pues, ¿porque crees no ser mi hija, piensas sólo, tal vez, en retirarte del mundo, en hacer eternos votos?

Su ana inclinó la frente sin contestar.

—¿Y serías dichosa si no me abandonases? ¿Serías feliz si pudieras aún llamarme tu padre?

—¡Ah, sí, sí!—dijo.

—¡Bendito sea Dios!—exclamó el coronel—¡He recobrado á mi hijal

Y la estrechó contra su corazón, humedeciendo con sus lágrimas su tersa frente.

Susana, temblorosa, le interrogó con la mirada.

—¡No lo crees aún! Pues bien, para que tu confesión sea completa, es fuerza que me obedezcas. ¡a caballo! ¡Pronto, á caballo! Vamos á recorrer de una tirada las seis leguas que nos separan de Verville les Bois.

—¿Verville les Bois? ¿Es allí á donde Toinette se ha retirado?

—Y allí es á donde vamos, Susana; cada minuto que perdamos será un minuto robado á nuestra felicidad. ¿Me comprendes al fin?

—¡Padre mío!...

—¡Ah, hija mía! Tu corazón no ha necesitado

explicaciones, no ha necesitado pruebas. Sí, sí, soy tu padre; antes de que el sol se haya puesto, se habrá desvanecido tan funesto error.

Algunos instantes después, Susana, montada en Pyramo y acompañada del coronel, que oprimía los ijares de su caballo favorito, avanzaba por el camino que conduce á Verville les Bois.

XXI

La casita habitada en Verville les Bois por aquella ToINETTE, de quien de nuevo volvemos á ocuparnos aquí, se alzaba en medio de un pequeño cercado, e yos productos eran los estrictamente suficientes para mantener una vaca y para dar algunos toneles de cidra.

Toinette, poco tiempo antes de la muerte de su señora, á quien amaba tiernamente, y cuyo fatal secreto conocía, se había casado con un guarda rural del distrito de Montalais, y había consagrado sus pobres economías á la compra de este cercado y de la casita.

Los rendimientos de tan miserable finca eran exigüos; pero unidos al salario del marido, debían bastar para sufragar los gastos de la casa.

Así, cuando la esposa de Bordier murió, como el primer cuidado del coronel fué despedir á Toinette, ésta, que preveía la desgracia, retiróse al lado del guarda rural, en la humilde cabaña que habían adquirido.

Luisa Bordier había muerto convencida de haber podido, gracias al sacrificio y fidelidad de Toinette, sepultar para siempre las huellas todas de su falta; pero Toinette, dejando á su ama en esta persuasión, porque desengañarla habría valido tanto como quitarla la vida, Toinette, decimos, sospechaba que Bordier estaba al corriente de lo acontecido, y no se sorprendió al recibir, veinticuatro horas después de que su ama hubo lanzado el último suspiro, con el importe de su salario y una propina considerable, la orden de dejar á Chantepie en el más breve plazo.

Supo también que el coronel había prohibido terminantemente á sus hijas conservar con ella ningún género de relaciones, y aunque las quería entrañablemente, con especialidad á Susana, fué la primera en someterse á tal mandato, y en no volver á aparecer más en Chantepie, ni siquiera en los alrededores.

Por otra parte, tuvo que sufrir pruebas que, sin borrar en ella ciertos recuerdos, los ahogaron un poco bajo el peso de preocupaciones nuevas.

Su marido no había podido resistir á las fatigas que su ocupación de guarda rural le proporcionaba,

Víctima primero de agudos reumatismos, poco tiempo después se encontraba clavado en su lecho por la helada garra de la parálisis.

La desgraciada no se desanimó ni apeló á piedad ajena, ni trató siquiera de hacer llegar á oídos del coronel ó de sus hijas su negra desventura.

Lejos de esto, trabajaba con ardor doce horas diarias, pudiendo de este modo cubrir, no solo las necesidades de su querido enfermo, sino también las de tres pequeños seres de que era madre.

Tal era la situación de esta mujer el día que recibió la inesperada visita de su antiguo amo, que acompañaba á Susana, á quien hacía dos años no había visto.

Al primer golpe de vista observó en el pálido semblante de la joven huellas de lágrimas y de profundos sufrimientos, que parecieron preocuparla mucho más que el aire feroz con que entró el coronel, saludándola con un seco «buenos días», y sentándose en la silla que Toinette había olvidado ofrecerle.

—¿Soy yo acaso la causa que motiva mi visita, Toinette?—dijo sin preámbulos y con su voz más ruda.

—No, señor—respondió, dirigiendo la vista á una alcoba, cuya puerta se abría en el fondo de la estancia, y cuyas cortinas estaban cuidadosamente corridas—y si os dignáis decirme, os lo agradeceré; os suplico, sin embargo, que habléis en voz baja, porque allí descansa un pobre enfermo...

—¡Oh! Perdonad, Toinette—dijo vivamente Susana, que se había quedado de pie y con la mano apoyada en el respaldo de la silla en que su padre acababa de sentarse—perdonad, mi buena Toinette, no sabíamos... ¿El enfermo es vuestro marido ó alguno de vuestros hijos?

—¡Enfermo!—dijo una voz bronca, mientras que una de las cortinas se levantaba.—Decid más bien muerto; sí, muerto desde los pies hasta la cintura; pero el corazón, á Dios gracias, está sano aún; y si la desgracia reina bajo este techo, aquí hay al mismo tiempo honradez y valor. Vamos, mi coronel; podéis hablar, y hablar alto, nadie teme aquí ser interrogado, ni responder.

Era el que así se expresaba un hombre de unos cuarenta años, cuyas nobles facciones se hallaban coronadas por plateados cabellos.

El coronel, algo desconcertado por la presencia de este testigo, que no había previsto, gruñó sordamente para sus bigotes, y murmuró luego:

—En efecto, no sabíamos... ¿No podríamos hablar á solas contigo un instante, Toinette?

—Yo no tengo secretos para mi marido—respondió sencillamente la interrogada, sentándose de nuevo y volviendo á su trabajo—mi marido y yo no somos más que uno; y lo que me él era en secreto se lo repetiría yo punto por punto, cuando nos hallásemos solos. Preguntad lo que gustéis, señor coronel, que estoy pronta á contestar.

—Sea: responded, pues, y responded sin rodeos—dijo Bordier, con las cejas fruncidas y chispeantes los ojos.—Explicadme por qué infame maquinación, infundida por qué infernal idea, habéis querido engañar á esta joven que está aquí y que es mi hija. Decidme qué órdenes habéis obedecido cuando, después de la muerte de su madre, le entregásteis una carta que, dirigida á

ella, habría sido la más cruel y la más odiosa de las mentiras; y ante todo, confesad que no es á Susana á quien se os había mandado entregarla.

—El pañuelo no encerraba carta alguna: no contenía más que dinero, una cantidad considerable.

—Había también una carta, te digo; y esta carta ha sembrado el dolor en el corazón de una joven.

Toinette se levantó pálida, fijando, ya en el coronel, ya en Susana, su extraviada mirada, en que se retrataban la sorpresa y el terror.

—Decís—balbuceó—decís que había... una...

—Una carta que contenía una confesión terrible.

—Y después de haberla leído—añadió Susana—he querido renunciar á todo, al amor de mi padre, al matrimonio, al mundo... Sí, había formado el proyecto de consagrarme á Dios; iba á pedir al claustro el reposo de una muerte anticipada...

—Pero esa carta—interrumpió Toinette con acento de creciente ansiedad—esa carta iba dirigida á alguien... ¿Qué nombre estaba allí escrito?... ¿A quién habíais la muerta?... ¿A quién?

—¿A la que llamaba su hija...

—¿Y no la nombraba?...

—¡No!

—¡Ah, soy una miserable! He creído hacer una buena acción, y he cometido un crimen... Dios es justo; merecía un castigo y... hele aquí.

Y aproximándose al lecho en que descansaba el guarda, cayó de rodillas, reclinó la cabeza sobre el borde de la cama y se ocultó el rostro entre las manos.

—¡Mujer, debes decirlo todo, todo, á fin de que se te haga justicia—exclamó el enfermo con tono sentencioso.

—¡Oh! Sí, hablad Toinette, hablad—dijo Susana acercándose á ella y estrechando entre las suyas las manos de su antigua aya.—Si por hacerme un bien me habéis causado un mal, decidlo; yo de antemano os le perdono de todo corazón; pero por favor, hablad; la duda me mata. ¡Tened piedad de mí!

—¡Pobre señorita—murmuró Toinette con voz entrecortada por los sollozos—pobre niña inocente! Yo os he clavado el puñal en el corazón, cuando... ¡Ah! Sí, vais á saberlo todo, y si soy culpable, me juzgaréis; pero al menos mi confesión os habrá devuelto la perdida paz del alma... Era por la tarde: mi pobre señora presentía que iba á morir aquella misma noche; cada movimiento que hacía producía en el corazón agudos dolores, horribles sufrimientos... Vuestra madre me dijo: «Siento que mi muerte se acerca... Toinette, tú cumplirás mi última voluntad; me lo prometes, ¿no es cierto?» Yo se lo prometí. «Abre ese *secretaire*—me dijo—allí en ese cajón... papeles... títulos... todo cuanto yo poseo, todo lo que es mío, nada más que mío... se lo entregaré... á ella... á mi hija Ermelinda.» Y diciendo esto, encerraba en un sobre todos aquellos títulos, todos aquellos billetes de Banco... Luego, tras mil esfuerzos,

durante los cuales creí á cada minuto que iba á morir, escribí en el sobre algunas palabras. En aquel instante dimos pasos... Alguien se acercaba; érais vos, señor, que entrábais para no abandonar más á la señora. Ella no tuvo tiempo más que para ocultar el pliego debajo de la almohada... Eran las tres cuando me ordenásteis me retirase á descansar un poco... Me fui, en efecto, á mi cuarto; pero, en vez de dormir, me dediqué á pensar en lo que el ama exigía de mí. ¡Ah! ¡Pensar que iba á enriquecer á una de sus hijas... y á cuál, ¡gran Dios!, á expensas de la otra que realmente era la única que tenía derecho á toda la fortuna! Mi conciencia se rebelaba contra esta idea. Parecíame que si cumplía esta orden me hacía cómplice de una acción culpable, y resolví obrar como creía de justicia y de derecho; prometí contravenir el mandato de la moribunda, y en lugar de á la adúltera, hacer heredera á la hija legítima... Así lo hice, y hoy veo cuán culpable soy, y lo confieso á vuestros pies... Si he querido ocupar yo, pecadora, el lugar de Dios, y Dios me ha castigado... Cuando volví al dormitorio de la señora, ya no hablaba; tenía en la mano un pañuelo con que se enjugaba el sudor que corría por su frente...; pero aprovechando el instante en que el señor salía al encuentro del sacerdote, sacó el pliego, y envolviéndolo en el pañuelo, me lo dió á hurtadillas... Quizá iba á hablarme; pero el sacerdote entraba... Vos los sabéis: expiró al recibir los Santos Oleos.

—Y luego, luego, ¿qué hicisteis?—preguntó Susana con ansiedad.

—Arranqué el sobre, único documento que atestiguaba á quién iba destinada aquella fortuna, y en vez de dirigirme á las habitaciones de vuestra hermana, me dirigí á donde vos os hallábais señorita; y creyendo obedecer á Dios, cuando no obedecía sino á mí misma, os entregué los billetes y los títulos, diciéndos: «Aquí tenéis lo que vuestra madre me ha ordenado entregaros.»

—¿Y qué me probará que todo esto es verdad?—exclamó la joven con acento de desesperación.

—Yo os lo probaré, señorita—dijo el enfermo, incorporándose en su lecho.

—¿Vos? ¡Cómo! ¡Hablad, hablad pronto!

—¡No!—gritó Toinette.

—¡Silencio! Bastante te has acusado ya; tiempo es ahora de que yo te defienda; tiempo es ahora de que yo te diga á qué precio has cumplido con lo que tu conciencia, ciega tal vez, pero honrada y leal, te hacía mirar como un deber sagrado. Señor Bordier, vuestra infortunada esposa, queriendo remunerar los servicios de Toinette, no había trazado en el sobre sólo el nombre de la señorita Ermelinda; he aquí lo que consignó la mano de la moribunda: «Lo que contiene este pliego está destinado á mi hija Ermelinda, y le pertenece. Le recomiendo, al morir, que asegure á Toinette una renta de seiscientos francos.»

—¿Eso había escrito?—babeó el coronel.

—Sí, lo había escrito; he aquí por qué yo ja-

más permiti á mi esposa que rompiera aquel papel.

—¿Lo habéis conservado, Toinette?—exclamó Susana.

—Es su diploma de honor, señorita; pues sus hijos han sufrido privaciones y hambre; y ella ha preferido siempre condenarse al más rudo trabajo antes que aceptar un socorro que la hacía cómplice de una explotación.

—¿Y esa prueba?... ¿Esa prueba?..

—Toinette—re usó el guarda—las súplicas, la desesperación de esta joven, deben hacer desaparecer tus escrúpulos; dale, pues, lo que te pide.

Toinette entonces, abriendo un armario colocado entre la cama y la chimenea, tomó una cartera de seda descolorida por el tiempo, y sacando de ella un papel cuidadosamente doblado, lo entregó á Susana.

Esta lo desdobló con mano temblorosa.

—¡Sí, sí; es la letra de mi madre!

El coronel leía entre tanto por encima del hombro de su hija.

Susana se echó en brazos de su padre, inundado de lágrimas el rostro y pidiéndole perdón.

—Toinette—dijo el coronel—comprendo el sentimiento de delectadeza que, hasta el último instante, te ha impedido presentar esta prueba que esperaba Susana. Es un proceder honrado pero que, ya lo ves, ha estado á punto de causar grandes males.

—Señor, os juro que al entregar los papeles á la señorita Susana, no creía poner en sus manos sino dinero y títulos de fortuna; ignoraba que le aconsejase una carta, y aun ahora creo que vuestra esposa debió escribirla más tarde, durante la noche, pocas horas antes de su agonía...

—Sí, recuerdo que, vencido por el sueño, dormí una hora en mi cama de campaña, ¡que yo había hecho trasladar al tocador. La desventurada aprovechó sin duda aquella hora de soledad para escribir esta confesión terrible, que no debía llegar á su verdadero destino. ¿Quién sabe si Dios lo ha dispuesto así? ¿Quién sabe si por medio de este error funesto, la Providencia ha querido contener el golpe con que esta carta iba á herir á una criatura inocente?

—¡Sí, padre mío! Para Ermelinda habría sido un golpe mortal; y ya que vos también lo creéis, permitid que os pida un favor, en presencia de estos dos honrados corazones, únicos confidentes de nuestras amarguras: consentid, padre mío, en dar á la pobre muerta una prueba de vuestro perdón, y de que os halláis dispuesto á tender para siempre un velo impenetrable sobre el pasado. He aquí la carta en ella está la confesión de mi madre... permitid que la haga desaparecer.

—Sea, Susana, para que al mismo tiempo desaparezca también de mi corazón todo lo que aún podía separarme de Ermelinda. Sea, para que ya nada me impida amarla.

Susana tomó entonces la carta, apoyó en ella sus labios con infinita ternura, y aproximándose al fuego que ardía en el fogón, entregó á las llamas el papel que acusaba á su madre.

Por encima de su hombro se adelantó una mano; al mismo tiempo que consumía la carta, el fuego devoraba el sobre en que estaban escritos el nombre de Ermelinda y la donación hecha á Toinette.

Volvióse Susana, y vió al coronel que, disimulando mal su emoción, estrechaba la mano de la digna aldeana, que acababa de completar su sacrificio.

En este instante, un niño como de unos ocho á diez años apareció en el umbral; era rubio, alto y de simpático semblante; abrazó á su madre, y ya se disponía á abalanzarse al lecho de su padre, cuando el guarda le dijo:

—Y bien, Luis, ¿no ves que hay gente en casa?

El niño se volvió, y al ver al coronel y á su hija, adoptó al punto el aire grave y un poco tímido de que se revisten los niños en presencia de personas que desconocen.

—¿Es hijo vuestro este galopín?—dijo el coronel, cogiendo al niño de una oreja y encerrándole entre sus piernas, mientras que se sentaba en el lecho del enfermo.

—Sí, señor—dijo éste—es algo aturdido, pero no es del todo malo. Levanta la cabeza, Luis, y mira á este caballero, que no te comerá.

El coronel acarició los rubios cabellos del niño, que le miraba con timidez.

—Toinette—exclamó de repente—es preciso que te vengas con nosotros á Chantepie.

—Ay de mí! ¿Lividáis que no puedo separarme de este pobre enfermo?

—Pues bien; llévale contigo.

—El, bondad del cielo, hacer el viaje para volver en seguidal...

—Veanos, todo puede arreglarse; si, por ejemplo, no tuviera que hacerlo más que una vez y en un buen carruaje...

—Pero, señor, de todos modos es preciso volver... y la fatiga...

—Pues bien; que no vuelva.

—¿Cómo?

—Que se quede contigo en Chantepie.

—¿Como, señor! ¿Consentiríais?... Pero... pero tengo á Luis, y...

—Te acompañará Luis; vendréis los tres.

—Perdonad, señor; es que tengo aún á Rosa,

y...

—¿Rosa? ¿Y quién es Rosa?

—Mi hija...

—Llevarás contigo á Rosa...

—Sí—gritó el niño—quiero ir á tu casa con Rosa, pero también con Perico.

—¿Perico!

—¿Mi hermanito!

—¡Ah!—exclamó el coronel, entre risueño y mohino—¿cuántos diablos de hijos tienes, Toinette?

—Tres, señor; nada más que tres.

—Pues bien; vente con toda tu familia, que ya habrá para todos un rincón en Chantepie. Por otra parte, tú conoces mi mesa; sabes que se alarga cuanto se quiere.

—¿Cómo, señor! ¿Pretenderíais?...

Susana rodeó con sus torneados brazos el cuello de Toinette, y estampando dos sonoros besos en cada una de sus mejillas, exclamó:

—Tú sabes, Toinette, que las órdenes de mi padre nunca se discuten. Además, yo te necesito.

—¿Vos, señorita?

—Sí; serás mi amiga, la persona de mi confianza, porque ya sabes que me caso.

—¿De verdad?

—Me caso el mismo día que Ermelinda. ¿No es cierto, padre mío, que consentís en ello?

—¡Pues no faltaba otra cosa! Y á propósito: nuestro pobre Jacobo debe estar sumergido en una inquietud mortal.

—¡Ah! No me he atrevido á deciroslo; pero he pensado mucho en él desde que salimos de la quinta.

—¡En marcha, pues! Nuestros caballos están descansados y pueden recorrer los veinte kilómetros en menos de dos horas.

—¿Y Toinette?

—Toinette va á hacer sus preparativos; mañana, al amanecer, estará aquí el carruaje, y al medio día estaremos todos reunidos, ¿no es esto?

—Sí, señor—exclamó el niño—pero yo también quiero llevar á Nerón.

—¿Nerón?—repuso como asustado el coronel.

—Mi perro Nerón—dijo Luis.

—Vaya también Nerón—añadió el coronel, que levantando al niño por debajo de los brazos hasta la altura de su ancho y poblado bigote, imprimió un beso en su frente sonrosada.

Un instante después, Susana y él volvían á Chantepie del mismo modo que habían salido.

XXII

El coronel había tenido la buena ocurrencia, antes de partir para Verville les Bois con su hija, de hacer saber á Héctor que todo marchaba á las mil maravillas, á fin de que no se inquietase.

Si el administrador se hubiera hallado presente en el momento de la partida, á él mismo se hubiera dirigido; pero Héctor estaba á la sazón á doscientos pasos de allí, entregado á dolorosas reflexiones, mientras que el doctor, deseoso de saber lo que entre Susana y Bordier había mediado, acudió al punto que les vió á la puerta de la quinta dispuesto á montar á caballo.

Á él fué, pues, á quien el coronel comisionó para que hablase á Héctor.

La comisión no tenía nada de desagradable para el corazón leal y bondadoso de aquel hombre excelente, que se habría apresurado á desempeñar su cometido, si en aquel instante no se hubiera presentado su hijo, más inquieto y alarmado que hubiera querido aparecer.

La confesión de Máximo había sido para su padre un golpe terrible.

Saber que desde hacía diez años su hijo le engañaba, abusaba de su credulidad, y que, en vez de un muchacho honrado y trabajador, no debía ver en él más que una planta agostada, viviendo

de recursos y profundamente corrompido, este descubrimiento había causado al desventurado padre terribles angustias.

Por extremado que fuese su cariño para Máximo, la energía de su conciencia, dominando la voz del corazón y de la sangre, le había impulsado á cumplir, con lo que el llamaba su deber.

—Sí—dijo á su hijo con secreta amargura—sí; el asunto marcha bien, y creo que no tardará en terminarse á satisfacción de todos; he hecho cuanto ha estado de mi parte por alcanzar tan feliz resultado.

—¡Bravo! Eres la perla de los papás. Y... dime, ¿su ana consiente?

—¡Ah! difícil ha sido conseguirlo; pero acabo de ver al coronel que montaba con ella á caballo, y me ha dicho que estaban á punto de entenderse. Además, me ha parecido que la sonrisa de Susana no desmentía lo que decía su padre.

—¡Maravilloso! ¡Papá, eres sublime! ¡Ah! Y de ese mentecato, ¿has tenido noticias? ¿Ha hecho ya sus preparativos? ¿Se ha marchado al fin?

—¿De qué mentecato hablas?

—¡Eh! de Jacobo Cointel.

—¿Y por qué ha de dejar Jacobo á Chantepie, siendo él el que se casó?

—¿Dices?...

—Digo—continuó con tono severo el doctor—digo que Susana le ama, como tú mismo me has dicho no há mucho; y como yo he tenido ocasión de asegurarme por mí mismo; ahora te digo que, por su parte, él la adora, y que el coronel consiente en unirlos.

—¿Y es ese el feliz resultado que decías haber obtenido?

—Es, en mi concepto, mucho más conveniente que lo que el coronel y yo habíamos creído en un principio.

—Gracias; eres muy bueno; ahora sólo me resta marcharme. Es a noche no dormiré aquí.

—¿Piensas volver á París?

—Ciertamente.

—¿Y qué vas á hacer allí?

—Eso á nadie incumbe más que á mí.

—Oyeme, Máximo—dijo el padre, renunciando á disimular por más tiempo su emoción—ven e á Rouen, donde vivirás á mi lado; yo no soy rico, pero procuraré que nada te falte... Allí podrás trabajar para reparar el tiempo perdido... En una palabra; te harás hombre.

—No, querido padre, no; la vida es demasiado corta para perder de ese modo los mejores años en volver sobre nuestros pasos; te agradezco el ofrecimiento, pero no puedo aceptar, porque abrigo otros proyectos. Adiós.

—¿Y de qué recursos dispones, desgraciado?

—¿Recurso? ¿Crees que me faltan? ¡Pobre padre!.. Me has llamado planta agostada, ¿y piensas tal vez que esas palabras me han herido? Ten en cuenta, por extraño que esto pueda parecer, que el porvenir en Francia es de las plantas agostadas, y que yo no cambiaría mi futura fortuna... política por la tranquila existencia que me ofrecen.

—¡Tu futura fortuna política!

—Sí, papá, sí; en Francia estamos cien mil, cien mil jóvenes de ingenio, pero todos plantas agostadas, como tú dices; todos corrompidos y sin un céntimo, que ten mos detrás de nosotros el formidable ejército de los ignorantes y de los brutos, de los harapientos y de los fanáticos, y con ellos á todos los bandidos del mundo. ¿Qué es preciso para llegar á ser uno de sus jefes? Un artículo de cien líneas, un ultraje bien dirigido, y algunos meses de prisión, tres cosas que están á mi alcance. Sí, me verás en Rouen algún día, el día en que ese honrado Duvallon, con ayuda de su suegro, y protegido y encumbrado por la burguesía, sea candidato oficial del gobierno; entonces me verás en rente de él, como candidato radical, y aquel día podrás juzgar si los diez años que me echas en cara haber perdido en cercecerías y cafés, no han sido, por el contrario, los mejores y los más serios y aprovechados de mi vida... Adiós, padre mío; no te inquietes por lo que pueda sucederme; soy de la madera de que se hacen los grandes políticos del porvenir... Entre tanto, voy á hacer mi maleta.

Por segunda vez aquel día el hijo dejó al padre aterrado.

Héctor, durante todo este tiempo, se sentía presa de la más cruel agitación.

Para él no había pasado desapercibida la dolorosa impresión que recibió Susana cuando su padre le dijo: «Señorita Bordier, tengo el honor de presentaros á Jacobo Cointel, vuestro futuro marido.»

Moria había comprendido perfectamente la desesperación de aquella víctima de sí misma.

Comprendía también que la resolución de Susana de consagrarse por completo á Dios debía ser el resultado de circunstancias y antecedentes ignorados por Bordier, y que todo cuanto el coronel pudiera decir ó prometer, no cambiaría en nada sus decisiones.

Para él las cosas continuaban en el mismo estado que antes, y el sacrificio exigido por Susana debía cumplirse.

No obstante la ventura un momento vislumbrada, era preciso permanecer fiel á la palabra empeñada; era forzoso que se alejase de Chantepie.

Tales eran las reflexiones que atormentaban su imaginación, cuando Pedro vino á anunciarle la partida del coronel y de su hija.

Al oír esto, Héctor se puso lívido y un estremecimiento nervioso agitó todo su cuerpo.

—¡Lo ves—consiguí balbucear al fin—lo vest...! Se alejan para no asistir á mi desesperación... para sustraerse á las emociones de una despedida...; tienen razón; yo también sé lo que debo hacer... Acompáñame al molino.

Pedro, en el primer momento, y entregado por entero á la alegría de haber oído hablar al coronel del matrimonio entre Héctor y Susana, se había apresurado á volver á llevar al molino el fardo de su amigo, sacar lo que contenía y dejarlo todo en su lugar.

Pero los nuevos preparativos no fueron largos. Una pequeña cantidad, que á despecho de todas sus liberalidades había pedido economizar de su salario el príncipe de Moria, cuya fortuna ascendía á muchos millones, fué cuidadosamente encerrada por él en una bolsita de cuero; luego hizo de nuevo el fardo, envolviendo sin orden alguno cuanto halló al alcance de su mano: ropa blanca, rajes, libros, así como lo poco que le quedaba de su antigua pacotilla.

Cuando hubo terminado, dijo á Pedro:

—Vamos; ayúdame á cargarlo sobre mis hombros; y presto que te empeñas en acompañarme una parte del camino... partamos.

Caminaban en silencio hacia ya mucho tiempo, cuando llegaron á un punto elevado, desde donde podía descubrirse, en toda su extensión, la granja de Chantepie. Héctor se detuvo para envolver en una mirada rápida aquellos lugares que tanto amaba y en que tanto había sufrido.

Una ventana, sobre todo, que se destacaba en el verde fondo de la hiedra que escalaba los muros, atraía su atención...

Era la en que tantas veces había visto el sonriente y virginal semblante de aquella á quien no debía volver á ver.

Volvióse de repente, abrazó al pobre excabo, est echóle la mano en señal de despedida, encogióse bruscamente de hombros para equilibrar el peso del fardo, y golpeando el suelo con el bastón, como si tomase posesión de aquella tierra confidente de sus antiguas miserias, emprendió la marcha con paso firme y decidido.

Pedro le siguió con la mirada tanto tiempo como se lo permitieron las ondulaciones del camino; y cuando le hubo perdido de vista, enjugándose una lágrima, emprendió también el sendero del molino.

Héctor, por su parte, continuaba su marcha con sombría energía.

Cada árbol, cada piedra recordábasele mil detalles de aquellos seis meses de trabajo, de esperanza y de ventura. Moria separaba valerosamente la vista de aquellos objetos que, como otros tantos amigos, parecían tenderle los brazos y querer detenerle; apretábase el corazón con las manos como para hacer más tardos sus latidos; ahogaba los suspiros prontos á escaparse de su lastimado pecho, y aumentaba la rapidez de su carrera.

De repente, sin embargo, se detuvo, y quedó como clavado en el suelo.

Acataba de oír á lo lejos una voz argentina que le llamaba.

¡Era la voz de Susana!

Levantó la cabeza, y vió á su derecha, en un sendero transversal, al coronel y á su hija, que dirigían hacia aquel sitio sus caballos, lanzados á galope.

Un instante después se hallaban á su lado.

—¿Adónde vas?—le dijo el coronel, echando pie á tierra.

—Jacobó—exclamó la joven—¿os marchábais?

—Me aleja—balbuceó Héctor.

—¿El doctor—añadió el coronel—no te ha dicho que esperases nuestra vuelta, que todo iba á arreglarse, que Susana sería tuya?...

—¡Susana!—murmuró el príncipe.—¡Susana!

—Vuestra esposa, caballero.

—¡Mi... mi esposa!...—y paseó á su alrededor su extraviada mirada, en que se reflejaban la felicidad y la sorpresa.—¡Mi esposa!... ¡Y ella, ella es quien lo ha dicho!...

—Y yo me apresuro á anunciar en persona á nuestros amigos tan fausta nueva—dijo Bordier. Y los tres se dirigieron á la granja.

Máximo, al separarse de su padre, había vuelto á su cuarto, resuelto á partir aquella misma noche.

Hecho ya el equipaje, bajó al comedor de la planta baja con la esperanza de encontrar en él á los dueños de Chantepie, de los cuales quería despedirse.

La noche había cerrado por completo, y la estancia no estaba aún iluminada; pero, merced á un rayo de luna que penetra por las abiertas ventanas, Máximo pudo ver á dos personas sentadas la una junto á la otra, á quienes no tardó en reconocer.

El criado, al verle entrar, se apresuró á llevar una luz.

Las dos personas que allí se hallaban se habían levantado á la llegada de Máximo, y una de ellas, aproximándose á él, le dijo:

—Olvídate todo cuanto aquí ha sucedido, caballero, como yo mismo me propongo olvidarlo; entre nosotros no debe existir hostilidad alguna desde el momento que no somos dos rivales por otra parte, la amistad profunda que la señorita Susana profesa á vuestro padre, me obliga á tenderos la mano.

Y hablando de este modo, el príncipe de Moria, cuyos esfuerzos para aparecer tranquilo y para tratar de sonreír se abian bastante mal disimulados, se mantenía en pie delante del hijo de Lecuyer.

Susana, apoyada entre tanto en el brazo de Héctor, ofrecía al joven parisiense el espectáculo de un grupo, cuya encantadora intimidad revelaba más de lo que era necesario.

Máximo había palidecido; pero apelando á toda su sangre fría, fingió una sonrisa, y rozó con su mano la mano que se le ofrecía.

Como si se hubiesen puesto de acuerdo para no dar á esta prueba de reconciliación sino el aspecto de cordialidad indispensable para satisfacer las conveniencias, los dos jóvenes se separaron, y Máximo, tomando la palabra, repuso:

—Me complace en ver que los devotos fervores de nuestra querida Susana han cedido el puesto á otros sentimientos, que no por ser más sencillos y vulgares, son menos legítimos; pero lo repentino de este cambio tiene, en verdad, algo de milagroso.

—¡Oh, Dios mío!—dijo Susana sonriendo.—No hay en ello nada de milagroso; y vue tro padre, que en todo se ha mostrado razonable y cariñoso, podrá certificároslo. Al unirme á Jacobo feinte-

obedezco, no sólo á mi amor que vos no ignoráis sino también á la voluntad de mi padre... y Dios espero que perdonará mi infidelidad.

—diciendo esto, la joven se apoyó más visiblemente en el brazo del príncipe, que la condujo de nuevo hasta la butaca en que antes se hallaba sentada.

Máximo iba á retirarse, cuando entró el coronel seguido del doctor.

Al ver á Héctor, se dirigió hacia él, y le dijo:

—Mi carta al alcalde de Arras saldrá en el tren de las doce, mi querido Jacobo; voy á enviar á un hombre para que la ponga en el correo. De esta suerte ganaremos un día, y el próximo domingo podrá publicarse la primera proclama.

Luego, dirigiéndose á Máximo,

—Ahora que hablo de cartas, mi querido Máximo, justo es que no me olvide de entregaros ésta que acañ de traer para vos.

Máximo rompió el sobre.

Trá de Valbreuse, el procurador imperial de Jaen.

He aquí lo que contenía:

«Querido Lécuver: En la época en que me hicisteis vuestra última visita, en el pasado mes, deseaba saber qué había sido de un tal Jacobo Cointel, el único que había escapado con vida de la catástrofe del *John Arthur*; la casualidad me ha hecho conocer el actual domicilio de esta persona, y me apresuro á daros noticias de él...»

—Bueno—se dijo Máximo—demasiado sé lo que ha sido de éste hombre.—E iba á meterse la carta en el bolsillo, cuando llamaron su atención las siguientes palabras:

«Jacobo Cointel, nacido en Arras, se halla en este momento en la Martinica.»

Máximo, en el colmo de la admiración, dirigió una rápida mirada á Héctor, y continuó leyendo:

«Después de haber permanecido en Francia una corta temporada, se ha trasladado á aquella colonia con un empleo análogo al que había desempeñado, y que le ofreció una casa del Havre, en cuyo punto se embarcó hace siete ú ocho meses: en sus últimas cartas anunciaba, según mis noticias, un viaje probable á Francia en el mes próximo.»

«Os dirijo estas líneas á Chantepie, á casa del coronel Cordier, donde sé que os encontráis en compañía de vuestro padre, á quien os ruego hagáis presentes mis más afectuosos recuerdos.»

Vuestro,

EDMUNDO DE VALBREUSE,

Procurador imperial.

Cuando hubo terminado la lectura, Máximo dirigió al príncipe una segunda mirada, en que se pintaban el odio y el triunfo.

—Es a carta—le dijo con amarga y profunda ironía—esta carta habla de vos Jacobo.

—¿Y qué dice de mí?—preguntó Héctor.

Máximo, sin responder, continuaba mirando á aquel hombre, á quien odiaba por haber reducido á la nada sus más halagadoras esperanzas, y á quien, de un modo tan inesperado como repentino podía desenmascarar, porque aquel hombre, la carta lo probaba, no era Jacobo Cointel; aquel hombre mentaba; aquel hombre se ocultaba bajo un falso nombre; aquel hombre, que le robaba á Susana, que iba á casarse con ella, era un falsario, y quizá algo peor.

—¡Y bien!—dijo Héctor con impaciencia.

—Hablad, amigo mío—exclamó el coronel, á quien esta es una disgresión un poco, sin que él mismo supiera por qué, y que veía que la misma Susana se sentía inquieta por las miradas extrañas que Máximo dirigía á su prometido.

—Perdonad—replicó Máximo, que recobrando su sangre fría acababa de formar todo un plan de campaña.—No es precisamente de vos de quien habla esta carta, sino del naufragio de que estuvisteis á punto de ser víctima. Ignorábase el paradero de muchos de los desgraciados que desaparecieron en aquella catástrofe; entre mis clientes cuento, por cierto, una dama que tenía razones para suponer que su marido, al partir de la *Guadalupe* para dirigirse á Francia, había hecho la travesía en el *John Arthur*; yo os habría pedido algunos detalles acerca de este sujeto; pero demasiado sabéis, amigo mío, que las relaciones que hasta hoy han mediado entre nosotros, desde mi llegada á la quinta, no han sido de las más cordiales; por otra parte, hallados los libros de á bordo poco tiempo después de la catástrofe, no quedaba duda alguna sobre la muerte del desventurado prncipe... á quien vos seguramente habéis conocido.

—¿Yo?

—Sí; como habéis debido conocer á todos los pasajeros. Este se llamaba el príncipe Héctor de Moria.

—¡Héctor de Moria!—exclamó el príncipe levantándose de un salto y poniéndose lívido; pero un rojo subido reemplazó inmediatamente á esta palidez.

El acento, el gesto, la mirada, todo en él acababa de cambiar bruscamente.

Héctor no se parecía á él mismo; estaba de pie; una sorda vibración agitaba todo su cuerpo, vibración parecida á la que hace mover á las hojas del tilo al aproximarse la tempestad.

No obstante, hizo un esfuerzo para reconocer todas sus facultades; inclinó la cabeza, pareció reexonar, y oprimiéndose la frente entre ambas manos, exclamó:

—¡Moria! Héctor de Moria...! ¡Héctor... de... Moria...!

Y á cada palabra, á cada sílaba de este nombre, parecía que una chispa eléctrica ponía en conmoción su cuerpo.

—¡Ja, obo! ¿Qué tenéis? ¿Os sentís enfermo?

Y el coronel, al decir esto, se había lanzado en su corro; pero Susana, más ligera que su padre, cogiendo á Héctor por un brazo le había obli-

gado á sentarse de nuevo en la butaca que acababa de abandonar.

El doctor, admirado, se había precipitado también en ayuda del príncipe, cuyas manos es rechazó entre las suyas mientras examinaba sus facciones con perfecta atención.

Sin embargo, la crisis que acababa de experimentar el príncipe, había sido tan rápida como terrible. Había causado el oír el nombre de Moria, pronunciado por vez primera en su presencia desde los acontecimientos que habían paralizado su memoria, desde el instante en que su razón, ya turbada, olvidando de repente el pasado, no conservaba otro recuerdo que el de la horrible catástrofe que le había contado el verdadero Jacobo Coitel.

Nada desde aquel día había venido á turbar el nuevo curso de sus ideas: ningún incidente se había presentado que hubiese podido despertarle de su sueño, sacarle de su error.

Mas de repente había oído pronunciar su nombre, que no sabía era el suyo, y una especie de relámpago rápido y formidable había, durante algunos segundos, disipado las tinieblas con que luchaba aún, haciéndole experimentar una sensación terrible.

Pero seme ante á la máquina de guerra que destruye poco á poco los muros de una fortaleza, esta memoria tenía que asestar aún muchos golpes antes de triunfar de los obstáculos que la separaban de la luz.

Algunos minutos después, el cerebro de Héctor había recobrado la calma ficticia, pero tranquila, de su enfermedad.

En cuanto á los personajes testigos de esta extraña escena, no habían visto en esta súbita transformación sino la impresión causada por dolorosos recuerdos, por la evocación imprudente de un espantoso desastre.

El doctor examinaba á Héctor con el ojo experimentado de la ciencia.

Su convicción era segura.

Lécuyer no veía más que una crisis nerviosa, producida por una impresión terrible.

—Veamos, amigo mío—dijo—procurad analizar lo que acabáis de sentir; decid me qué habéis experimentado.

—He experimentado—respondió Héctor, con el tono más natural—como la sensación de un puñal agudo que me hubiese atravesado el pecho.

—¿Luego?

—Mi cerebro ha vibrado como una hoja de acero.

—¿Después?

—Me ha parecido que un ser extraño á mí mismo, otro yo, se agitaba dentro de mí y me hablaba...

—¿Nada más?

—¿No encontráis muy extraño todo esto?

—¿Por qué muy extraño?

—¡Tengo un miedo horrible!

—¿Por qué?

—¡Temo volverme loco!

Susana lanzó un doloroso gemido, y aproxi-

mándose á él, pareció querer formar con sus brazos, para el que amaba, un refugio y un abrigo.

El coronel pareció interrogar al doctor con una mirada en que se leía una violenta angustia.

—Este necio—pensaba Máximo—¿querrá prepararse la retirada?

Todos, excepto él, esperaban con penosa impaciencia las palabras que iban á brotar de los labios del doctor.

Este, levantando la cabeza, sonrió, y haciendo un gesto que le era familiar y cogiendo por la oreja al príncipe.

—No aumentaréis vos—dijo con franco acento—el número de mis pensionistas. Hace más de veinticinco años que estudio las enfermedades mentales, y de todos mis descubrimientos el más incontestable es éste: ninguno de los que temen volverse locos llegan á serlo jamás; vuestra inquietud en este punto es la prueba más convincente de la solidez de vuestra razón. Ahora bien; necesitáis reposo, necesitáis olvidar el pasado, al cual con creces compensa el presente; y, en fin, no habéis de tratar de alejar de vos la dicha. Tal es mi prescripción. Y ahora, Máximo, despedite de nuestros amigos, puesto que estás decidido á partir.

—¿Cómo! ¿Se marcha!—exclamó el coronel.

Luego, dirigiéndose á Máximo y tendiéndole la mano,

—¿Me guardáis rencor?—dijo.—Hacéis mal. Vamos, Susana; dile también que hace mal, y que tienes empeño en que se quede.

—Máximo—dijo Susana—negándoos á asistir á mis bodas, daríais lugar á creer que no conservaréis afección alguna á vuestra amiga de la infancia.

—Me juzgáis mal, querida Susana—respondió Máximo, cuyos proyectos de partida desde el descubrimiento que creía haber hecho, habían quedado completamente abandonados—asistiré al espectáculo de vuestra dicha y pido á vuestro prometido permiso para oír receros, como regalo de bodas, una prueba de esa afección que a afección de invocar.

El regalo que Máximo quería colocar en la canastilla de bodas de Susana era la carta del procurador imperial.

XXIII

El contrato de matrimonio de Susana debía ser firmado el mismo día que el de Ermelinda.

Las dotes de ambas jóvenes ascendían á la misma cantidad.

Preparábaseles el mismo *trousseau*, y las bodas debían celebrarse al mismo tiempo.

El programa del coronel había de poner en movimiento toda la comarca.

La felicidad le hacía divagar no poco. Soñaba en cacerías, bailes, fuegos artificiales, la coacción de la primera piedra de una escuela pública, carreras de caballos y mil otros estejos, entreteniéndose á una locomoción sin descanso y ponien-

do en revolución completa á todas las gentes de la granja.

Trasladó á Chantepie una nube de obreros para decorar las nuevas habitaciones de Susana; en las de Ermelinda no era necesario ocuparse, porque había de establecerse con su marido en Rouen.

Susana, por el contrario, permanecería en Chantepie, donde Héctor seguiría siendo administrador.

El coronel tendría siempre á su lado á su querida hija y á su yerno, á quien adoraba.

Esta perspectiva le sumergía en un océano de felicidad.

Había rejuvenecido diez años; se reía á solas y á mandíbula batiente, sin saber por qué, y no encontraba una sola vez á Héctor que no le abrazase diciéndole:

—¡Hola! ¡Te vas á llevar á Susana!

¿Qué había sido del príncipe en medio de estos transportes de alegría, de ternura, de actividad, en este torbellino de cosas, por las que se sentía arrastrado como en sueños?

Cada día más espantado de la transformación misteriosa que en él se operaba, de los frecuentes olvidos de hechos y cosas de su vida presente, y de esos vagos é incomprensibles recuerdos de su existencia pasada, luchaba consigo mismo para aferrarse desesperadamente á la realidad.

Temía estar solo; el reposo le inspiraba horror, y estaba siempre en permanente agitación para acostarse extenuado, rendido de fatiga, con la esperanza de librarse de sí mismo por medio del sueño.

Su palabra era breve; su gesto brusco; su mirada brillaba como una especie de fiebre misteriosa, parecida á la que se apodera de la Naturaleza al comenzar el mes de Abril, en que la sangre afluye á la cabeza de los seres y la savia á la copa de los árboles.

Pero él no veía en esta transformación, en este reverdecimiento intelectual, sino la prueba de una sorda desorganización de sí mismo.

Parecía que entre él y la felicidad existía un abismo, y que de su fondo surgían tempestuosas nubes.

Para no verlas, seguía á todas partes al coronel, como la sombra sigue al cuerpo; se asociaba á todos sus planes, á todos sus proyectos; pedía al cansancio físico armas para combatir estos fugitivos esfuerzos de su razón que renacía, y cuyos esfuerzos tomaba Héctor por otros tantos desfallecimientos morales.

Un día, el anterior á aquel en que había de firmarse el contrato, Susana, al terminar la comida, tomándole de la mano, le obligó á sentarse á su lado, en uno de los divanes del comedor.

Todos se habían dispersado en distintas direcciones, y Héctor mismo se preparaba á seguir al coronel.

Pero Susana sentía una vaga inquietud.

La joven vislumbraba en su amado lo que los demás no veían, y su corazón le decía que aquella alma turbada tenía necesidad de todo cuando

to el amor puede inspirar de valor y de fuerza.

—¿No me amáis ya?—dijo con su voz más dulce y cariñosa.

—¡Oh, estad tranquila!—dijo esforzándose por sonreír, pero apartando su mirada de aquellos ojos que le abrasaban.

—Entonces, ¿qué tenéis? ¿Por qué os veo triste, preocupado? ¿Qué os inquieta? ¿Por qué no me abris vuestro corazón?

Héctor permaneció algunos instantes sin contestar; luego, levantando la cabeza,

—Susana—le preguntó con acento receloso—¿cuánto tiempo hace que estoy aquí?

—¿Qué queréis decir?

—Sí; ¿cuánto tiempo?... Me parece á veces que hace años... y á veces... que he llegado la víspera... y ¿cómo vine?... ¿qué sucedía cuando llegué?... Alguien estaba en inminente peligro, ¿no es cierto? Lo sé, pero... ¿quién?

Susana le miraba aterrorizada.

—Os inspiro miedo; pues bien: yo también me aterro á veces de lo que pasa por mí... Susana, acercáos, que yo siento latir vuestro corazón junto al mío... Cerca de vos me siento tranquilo, seguro, feliz... ¡Oh! ¡No me abandonéis, no me abandonéis!

—¡Pobre amigo!—murmuró dulcemente, reclinando la cabeza de Héctor sobre su hombro.—La vida ha tenido para vos crueles dolores, cuyo eco aún no se ha extinguido; pero os calmaréis cuando lo hayáis olvidado todo.

—¡Olvidar!... ¡Ay de mí! Este es mi tormento secreto, mi suplicio. ¿Olvidar?... ¡Este olvido es el que me mata!... No me exijáis que os refiera mi vida... porque no podría... la he olvidado... Hay instantes en que lo olvido todo, sí, todo, hasta mi mismo nombre, que se borra de repente de mi memoria, y cuando quiero recordarlo, mi imaginación me presenta otro, que no es el de Jacobo Cointel... es... es... ¡Oh! Ahora tampoco recuerdo ese nombre... cuando el verdadero se eclipsa en mi cerebro, reemplázale ese otro, y con él otra existencia se desenvuelve ante mi vista.

—¿Otra existencia?

—Sí, una existencia suntuosa y brillante; quizá la vida del hombre que llevaba aquel nombre y á quien yo, sin duda, he conocido; pero cuando el nombre se me olvida, el recuerdo de esa existencia me deja al mismo tiempo... Podría contarosla, si recordara ahora el nombre... ¡Ah! Aguardad, creed... sí, está á punto de brotar de mis labios; mi alma me lo dice al oído, pero mi lengua se niega á repetirlo. ¿Comprendis este suplicio? Pues así vivo hace muchos días y muchas noches. ¡Es un recuerdo que marcha delante de mí como un fuego fatuo... á cada minuto se posa sobre mi mano... y al movimiento que hago para apresarle... se aleja; y le persigo siempre, y me parece correr en pos de mi propia vida! A veces atraviesa en forma de llama por el fondo tenebroso de mi pensamiento; un pequeño esfuerzo, y me apodero de él... ¡Vana esperanza! La luz se extingue y me hallo sumido en las más espantosas tinieblas.

—¡Jacobó! ¡Mi buen Jacobó!

—¿Por qué me llamas Jacobó?

Y el príncipe miró á Susana estupefacto; luego á ella:

—¡Perdón, amada mía, perdón!... No sé lo que acaba de pasar en mí... El nombre de Jacobo con que me has llamado, me ha herido, me ha indignado, como si no fuera el mío. ¿Qué manía es esta de querer apropiarme otro nombre? Jacobo Contel soy yo; sí, indudablemente soy yo; un vagabundo recogido en su camino, amparado por caridad... ¿Y es este miserable el que está á punto de ser dueño de tu belleza, de tu deslumbradora juventud, de tu persona y de tu alma? ¿Y qué te da él en cambio: á tí, que mereces que se amontonen los millares á tus pies? ¿Cien esclavos no serían bastantes para servirte; un palacio debería ser tu morada; deberías ser duquesa, ó marquesa, ó princesa... ¡Sí, sí, príncipe! sí, sí, Susana; princesa de... de... ¡Ah, voy á volverme loco!

Y esta vez, espantado también de este esfuerzo de su razón, que él tomaba por un acceso de locura, echóse en brazos de Susana, exclamando:

—¡Álvame, defiéndame contra mí mismo! ¡Este sufrimiento es horrible!

Susana, pálida, desaltecida, desencajados los ojos, le echaba contra su pecho, temblaba al menor ruido, temblando ante la idea de que pudiera alguno entrar y sorprender el estado lamentable del que amaba.

Así permanecieron largo tiempo, silenciosos, mezclando sus suspiros y sus lágrimas, porque Héctor, al salir de esta crisis, sollozaba en los brazos de Susana como un pobre niño enfermo sollozo en el regazo de su madre.

La joven, vueltos los ojos al cielo, pensaba que no podía librarse de su destino, y que, habiendo resuelto sacrificarse por su querida madre, el cielo la castigaba, porque, olvidando sus votos, se disponía á entregarse al que amaba.

Decíase que el sacrificio debía necesariamente seguir su rumbo, y que, habiendo prometido consagrar su vida al consuelo de humanos sufrimientos, Dios le enviaba el más terrible para que lo aplacase y le concediese un refugio bajo las alas de su amor.

Jamás esta adorable criatura fué más sublime que durante estos cortos instantes de meditación piadosa.

Susana aceptó el sacrificio con la resignación de una paloma; y aunque persuadida de que desde el siguiente día iba á unir su vida á la existencia de un ser cuya razón se extinguía, su corazón no vaciló ni un solo instante.

Sólo le inquietaba el temor de que echaran de ver demasiado pronto lo que para todos era todavía un misterio.

Así es que, cuando vió que Héctor volvía á su estado normal, apresuróse á hablarle con la mayor tranquilidad de cosas ajenas á cuanto acababa de suceder, y le obligó á salir á respirar el aire libre, ofreciéndole mil distracciones ingeniosas, para no dejarle ni por un solo momento entrega-

do al peligroso trabajo de su extraviada imaginación.

En su alma ingenua y sencilla se agitaba ese sentimiento, mezcla singular de alegría quimérica y de sonriente melancolía, que apasionada, atrae, liga al corazón, lo inspira, lo absorbe.

Entonces sólo se entregó Susana por completo á la tarea de atraer fuera de sí mismo á su querido enfermo, recurriendo para ello al tesoro secreto de sus facultades, de sus gracias y de sus encantos, de que hasta aquí no le había permitido hacer uso su propio retraimiento.

Susana, sin embargo, alimentaba en el fondo de su corazón los mismos temores que Héctor, y tenía verdaderos deseos de unirse á él con lazos indisolubles; temía que un obstáculo súbito é inesperado hiciera su enlace imposible; aspiraba, en fin, al sacrificio, como tantas otras aspiran á la felicidad.

Llegó, pues, el día siguiente, no sin que la angelical Susana hubiese de ado de dirigir á Dios las más ardientes súplicas y las más tiernas plegarias.

Sentíase más tranquila, más confiada: así es que la llegada, muy de mañana, de Máximo Lévesque, no le causó alarma alguna ni presentimientos penosos.

Máximo había ido á Caen á casa de su amigo Valbreuse, el procurador imperial, y volvía armado de todas cuantas pruebas podían hacer ver de la manera más palmaria y más positiva, que desde hacía muchos meses el verdadero Jacobo Contel había vuelto, en efecto, á la Guadalupe.

Como muchas personas invitadas á la ratificación de los dos contratos deseaban poder volver á sus respectivas casas en el tren de la noche, había resuelto que dicho acto se verificaría por la tarde, y precedería al banquete opiparo que debía inaugurar, por decirlo así, la serie no interrumpida de los festeos ideados por el coronel.

Así, pues, todos, desde las primeras horas de la mañana, tuvieron que dedicarse á hacer sus respectivas toilette; para que Héctor, que continuaba, como siempre, distraído y preocupado, no fuera el último en acudir á la sala donde había de llevarse á cabo la ceremonia, Susana había tenido que asegurarse de antemano de que nada le faltaba.

Persuadida de que los más ostentosos vestidos le sentarían á las mil maravillas, había hecho que, pocos días antes, viniese á Chantepie el mejor sastre de Rouen, para que confeccionara para él un traje del más rico paño y del más elegante corte.

Héctor, como era natural, la dejó obrar, y cuando, la mañana del día señalado, vió ocupadas todas las sillas de su habitación por las diversas piezas de un elegante traje de mañana, la tranquilidad é indiferencia con que los contempló no pudieron menos de causar honda admiración al bueno de Pedro, que se extasiaba como un niño ante aquellas magnificencias.

En aquel momento entró un hombre, que, sa-

Judando con estoica gravedad al príncipe, le dijo:

—Señor, soy el peluquero de la casa, Gabriel; peluquería, calle Pavée, 50, en Rouen. La señorita Susana me ha hecho el honor de confiarme el cuidado de vuestra cabeza, y voy á...

—Bien, bien—repuso tranquilamente el príncipe—despáchatos pronto.

Héctor tomó asiento, y el peluquero, armado de peine y tijeras, dió comienzo á su obra de regeneración.

—¿Cómo! ¿Váis á cortarme la barba?—preguntó Héctor.

—Señor—replicó Gabriel con calma—tengo órdenes...

—¡Ah! Eso es diferente.

Y Moria, sin añadir una palabra más, quedóse abismado en profundas reflexiones.

Entre tanto, la admiración de Pedro subía de punto.

En efecto: bajo la mano hábil y experimentada del artista, la cabeza de Héctor se transformaba de un modo sorprendente.

Largo y sedoso bigote, cortado á la inglesa, reemplazó á la inculta barba que le ocultaba parte del semblante.

—Si el señor quiere mirarse al espejo—dijo Gabriel—podrá juzgar por sí mismo.

—Es inútil—respondió el príncipe, perseverando en su indiferencia—dejadme; voy á vestirme.

Cuando el artista se hubo retirado, Héctor, siempre tranquilo, pero profundamente absorto en intrincadas reflexiones, dijo á Pedro con un gesto que el excabo nunca le había visto hacer, y con un tono que le era desconocido:

—Vamos, pronto; vísteme.

El asombro de Pedro fué grande.

Era la primera vez que su amigo le tuteaba.

—Dame el panalón.

—¿Cuál? Hay dos: uno gris y otro negro.

—¡Imbecil! ¿Quieres que me vista de negro tan temprano?

—¡Ah!... ¿Luego es el gris?

—Sí, la corbata larga, el chaleco de piqué amarillo, el gabán azul y los guantes de piel de Suecia; así estaré presentable. Así precisamente se presentó lord Muffield en Herbert House al firmar su contrato de matrimonio.

—¡Ah! Habéis conocido al lord... ¿cómo habéis dicho?

—¿Qué lord?... ¿Qué?... ¿Qué he dicho yo? ¡Vamos! No me hagais perder la paciencia y despáchate; pero despáchate pronto, animal...

Pedro seguía asombrado, aunque menos vivamente que la primera vez; veía que la familiaridad de su amigo era cada vez menos amable.

Terminada la *toilette*, el príncipe se puso los guantes, sin reparar en las muestras de loca sorpresa que su aspecto y continente arrancaban al excabo, y se encaminó, sumido siempre en las más profundas reflexiones, á la gran sala de la planta baja, donde ya se hallaban reunidos todos los invitados.

¿En qué pensaba?

En nada.

Marchaba como en sueños, sin tener conciencia de lo que hacía.

Después de bajar la escalera interior, abrió una puerta que daba paso á una larga galería, en cuyo extremo opuesto se hallaba una pieza reducida, á la que el coronel daba el nombre de *fumadero*, y que precedía á la sala.

En esta pieza había un espejo, debajo del cual estaba colocado un ancho diván.

Al pasar por delante del espejo, Héctor alzó los ojos; pero al ver su imagen reproducida en la luna, un fuerte estremecimiento corrió todos sus miembros, y volviéndose con precipitación y mirando á su alrededor como para buscar al hombre que acababa de distinguir, el nombre de MORIA fuertemente acentuado se escapó de sus inconscientes labios.

—¡Moria!—epitio.

Y como había dicho á Susana, vió en un segundo al arse delante de su vista y pasar como en vertiginoso torbellino las fases todas de su antigua existencia.

—¿Qué hacéis aquí, mi querido Jacobo?—dijo el doctor, que había salido á su encuentro.—¡Todos están ya reunidos, y vuestra prometida os espera.

—¡Mi prometida!...—respondió maquinalmente el príncipe—¡mi prometida!...

—¡Sin duda! Nuestra buena Susana comienza á inquietarse un poco...

—Susana... Sí... Sí... Susana, vamos.

Y con el paso de sonámbulo que acababa de llevarle hasta el *fumadero*, siguió al doctor y penetró en la sala.

XXIV

La concurrencia era numerosa y brillante. Todos se honraban con acceder á la invitación de uno de los hombres más queridos y más ricos del cantón.

Allí estaba el juez municipal, el teniente coronel de la gendarmería, el comisario central, el ingeniero jefe del departamento, y otros muchos personajes, todos deseosos de conocer á Jacobo Cointel, cuyas extrañas aventuras conocían en parte.

Sabíase que, recogido pobre y miserable, por el rico propietario de Chantepie, había llegado, en alas de inesperada fortuna, á hacerse amar de una de las hijas del coronel Bordier, y que con ella se iba á casar.

Esa fortuna no despertaba, sin embargo, envidia alguna contra el antiguo buhonero, que fué por todos recibido con el más cordial afecto.

Vióse con no poca extrañeza que el futuro esposo de joven tan distinguida, como lo era Susana Bordier, no se presentase vestido de negro y con corbata blanca, en una ocasión en que cada uno de los asistentes había creído deber sacar á relucir, en gracia á las ceremoniosas costumbres

del país, los espécimens más dignamente extravagantes.

Pero no obstante, todos pensaron que un pobre diablo, nacido en tan pobre cuna, no debía estar muy al corriente en las exigencias sociales, por lo cual todos también saludaron al príncipe con la más exquisita cortesía, cuando el coronel, llevándole cogido del brazo, dió con él la vuelta á la sala, á fin de presentarle á sus amigos.

Héctor no había salido de la atonía, ó, mejor dicho, de la distracción profunda en que su pensamiento se había perdido.

Desde que se encontraba en medio de aquella numerosa concurrencia, á la absorción moral había venido á unirse una inquietud extraña, una vaga ansiedad, que hacía temblar su voz cuando trataba de hablar.

Parecía que su lengua no estaba dirigida por su cerebro; balbuceaba palabras inconexas, sin darse cuenta de lo que decía, ni de lo que contestaba, ni del sitio en que se hallaba á la sazón.

Atribuíase esta turbación al sentimiento de inferioridad de que debía estar penetrado en presencia de tantas personas importantes, y á todos agradó en extremo esta prueba de modestia.

El coronel, que por su parte habría preferido verle más expansivo, le reñía secretamente por su timidez.

—Vamos, ánimo—le decía—y procura saludar con amabilidad á mi antiguo camarada el teniente coronel de la gendarmería, á quien voy á presentarte.

Y le condujo al lado del viejo militar, que en aquel momento escuchaba con atención suma un debate científico empeñado entre el juez de paz y el doctor Lécuyer.

—Mi querido de Brécourt, señor juez de paz, permitid que os presente á mi yerno Mr. Jacobo Cointel...

El teniente coronel estrechó cordialmente la mano de Héctor, que se había inclinado en silencio.

Máximo acababa de acercarse al grupo.

—He leído precisamente en la *Gaceta de Tribunales*—dijo el juez de paz—que vuestro nombre ha sonado más de una vez en un pleito que las Compañías de seguros marítimos sostienen contra los armadores del *John Arthur*, de cuyo naufragio os salvásteis solo vos, según creo.

—El *John Arthur*... Sí, sí; una horrible catástrofe...

Héctor guardó silencio.

Parecía que no era él quien hablaba.

Hizo un movimiento como para buscar de dónde podía salir aquella voz, y en este instante encontró la mirada de Máximo, que le contemplaba con los labios entreabiertos por una sonrisa maligna.

Moria, estremeciéndose, clavó también sus ojos en aquella fisonomía que parecía no reconocer.

Luego, con visible repulsión, separó la vista del semblante de Máximo, que continuaba sonriendo, y se alejó bruscamente, sin saludar á na-

—¡Y bien!—dijo riendo el señor de Brécourt.—¿Qué diablos le sucede?

—Querido—respondió con viveza Bordier—está desde hace unos días muy nervioso, muy impresionable. El doctor mismo ha prohibido que se le recuerde la catástrofe...

—Además—añadió el doctor—el amor, la felicidad, le trastornan la cabeza.

—Mi padre tiene, sin duda, razón—repuso á su vez Máximo, que, cogiendo por el brazo al juez de paz se separó con él algunos pasos del grupo.

Luego, con voz misteriosa, continuó:

—¿Pero? quién sabe si este hombre tiene otros motivos para no estar muy tranquilo?

—¿Qué queréis decir?

—¡Chist! Aquí llega el notario con los papeles debajo del brazo... Sentémonos y esperemos...

Susana, desde que Héctor entró, no había cesado un instante de mirarle, y los más negros sentimientos invadían su alm.

Moria se había aproximado á ella, y la joven había sentido redoblar su angustia.

El la miraba, en efecto, con expresión extraña; pero como ella clavase en él sus ojos en que se reflejaba una adorable ternura, Moria, apoderándose de una de sus manos, imprimió en ella galantemente sus labios.

Al ver luego un asiento desocupado entre Susana y Ermelinda, sentóse en él, y sin preocuparse para nada de su prometida, paseó su mirada extraviada por toda la asamblea.

El notario había dado comienzo á la lectura.

Para comprender bien lo que á la sazón acontecía en el cerebro de Héctor; para darse cuenta del estado preciso á que había llegado este drama interior, que tenía por teatro los abismos más profundos de la inteligencia humana, es necesario, en primer término, recordar las fases que ya había recorrido.

Hemos visto persistir la demencia en el príncipe en tanto que las circunstancias exteriores, así como los secretos esfuerzos de la naturaleza, no vinieron á contrariar su artificial existencia, basada en un error.

Pero, obedeciendo al poderoso impulso del amor, sucede al fin que la reacción comienza, y que al calor de esta pasión vivificadora todo el sistema mental entra en actividad.

Las ideas, los recuerdos borrados no ha mucho tiempo de la memoria comienzan á reaparecer, mientras que las engañadoras quimeras desaparecen gradualmente.

Entonces se opera en la inteligencia un fenómeno parecido al eclipse; el pasado se encuentra con el presente en ese movimiento combinado de retroceso y giratorio; el error y la realidad se confunden, luchan, y no producen más que tinieblas. El monomaniaco se horroriza entonces de la obscuridad de su pensamiento: ha perdido de vista la mentira; pero la verdad no le ilumina aún con su luz resplandeciente: solo puede guiarse por los falsos destellos del uno, pero no posee aún la luz de la otra. Olvida poco á poco, pero no ha llegado el momento de que recuerde.

Atraviesa esos instantes de obscuridad que ofrecen los cuadros disolventes, cuando desaparece una imagen para dejar el puesto á la siguiente, y en que, eclipsada la primera, no ha reaparecido aun la segunda.

La vista entonces no percibe más que una claridad tenue y confusa.

En este momento es cuando hemos visto al pobre loco, que comienza á dejar de serlo, arrojarse llorando en brazos de Susana, con esar le el anormal estado de su espíritu, é implorar el socorro de su ternura contra el terrible espanto que le invade por todas partes.

Peró la evolución, una vez comenzada, no debia detenerse en su camino, y ahora tocamos á la peripecia final.

Ya en aquella sala, llena de personas, de las cuales la mayor parte le son bien conocidas. Héctor pasea su mirada como un hombre que se admira de encontrarse entre ellas.

Los semblantes y los objetos que le eran familiares parecen borrarse de su memoria, confundirse y desaparecer en la confusión del caos.

Por muchos esfuerzos que haga, no podrá nombrarlos; la estancia en que se halla le es completamente desconocida; la lectura de las actas no llega á sus oídos sino como una serie de sonidos ininteligibles; no se da cuenta ni del motivo de su presencia en aquel sitio, ni del objeto de la reunión; y mientras que todo lo que forma su vida presente queda sumergido en el olvido más completo, todo lo que fué su pasado, todo su ser de otro tiempo, toda su persona verdadera y real, en fin, arrollando el último obstáculo que se oponia á su paso, entra en su memoria como desbordado torrente.

Peró este asalto de su ser intelectual no le devuelve en aquel instante mismo el ejercicio normal de sus facultades.

La violencia es inseparable de la reacción, y en un principio todo en él es tumulto, colisión, tempestad.

A la demencia ha reemplazado una especie de embriaguez; su cutis se colora, sus facciones se animan, el delirio se retrae en sus ojos; por último, en este momento, en que la razón, como ardiente lava, le sobrecita y le sopeca, el príncipe Héctor parece dar, más que nunca, muestras de la más completa demencia.

—Vos... vds...—le dice Máximo, tocándole en el brazo con su enguantada mano.—Os esperan para firmar.

—¿Para... firmar?

—Ved; vuestra prometida tiene ya en la mano la pluma... Vamos; id pronto.

Y sacándole al medio de la sala, Máximo le conduce, no le deja, no le pierde de vista, y le pone la pluma en la mano.

El hijo de Lécuyer tiene entre tanto dentro de la suya la carta de Valbreuse; la carta auténtica, emanada de Caen; la carta que dice que el verdadero Jacobo Cointel está en America; la carta, en fin, de que va á servirse para exclamar:

—¡Detened á este hombre, que es un falsario!

—Aquí, vuestro nombre, con todas sus letras—dice el notario, inclinándose cortésmente delante del novio—yo lo autorizaré luego.

Héctor, no obstante, no comprende lo que se le pide adivina vagamente que es preciso que escriba su nombre; que para esto tiene una pluma en la mano, y que le indican con el dedo el sitio en que debe firmar... Obedece; cede maquinalmente al impulso que le dan, y firma... *Héctor, príncipe de Moria!*

Una exclamación brusca y sorda se deja oír entonces detrás de él.

Es Máximo; Máximo, que como agitado por una corriente eléctrica, acaba de meterse precipitadamente en el bolsillo la carta de Valbreuse.

En cuanto al notario, inclinado sobre el papel, pareció examinar con la más exquisita atención el nombre trazado por Héctor.

—Perdonad, caballero—dijo—no entiendo el nombre que habéis escrito.

—El mío, caballero.

—¡El vuestro! ¿Os llamáis Héctor, príncipe de Moria?

Al oír este nombre, todos los concurrentes se habanleantado; Susana, pálida como la muerte, había avanzado algunos pasos hacia donde se hallaba su prometido; pero sus fuerzas le hicieron traición, y cayó sentada en una de las butacas que rodeaban la mesa.

Su hermana, que había acudido en su ayuda, no comprendiendo lo que pasaba, prodigábale mil caricias y la animaba con las más carinosas frases.

El coronel, que se había precipitado sobre el notario, miró también la firma, y dirigiéndose á su vez á Héctor, con una especie de estupor,

—¿Qué significa esto?—exclamó.—Responded, pero responded pronto.

Y sacudía con fuerza el brazo del príncipe.

—¿Con qué derecho me interrogáis? ¿quién os ha permitido poner la mano sobre mí; á vos, á quien no conozco?

Una exclamación ruidosa se dejó oír por todos los ánimos de la estancia, y no pocas de las personas allí reunidas se precipitaron entre ambos interlocutores.

Susana, á quien el espanto había devuelto las fuerzas, se había lanzado también sobre su padre, á quien rodeaba con los brazos.

—¡Alma, señores!—dijo de Brécourt—¿Queréis decirnos, caballero, por qué cuando se os ha rogado que firméis, habéis escrito: «Héctor de Moria?»

—Porque Héctor de Moria es mi nombre; porque soy de los Moria-Moriani, príncipes napolitanos, y porque yo mismo soy el príncipe de Moria. ¿Hay acaso alguno aquí que se atreva á sostener lo contrario?

Y diciendo esto, agitaba la cabeza con furia, golpeaba el suelo con el pie, lanzaban relámpagos sus ojos, y su voz vibrante parecía querer desatar á todos cuantos allí presentes le contemplaban, con una sorpresa que comenzaba á trocarse en espanto.

El doctor, abriéndose paso, había llegado hasta él.

—Vamos, amigo mío, tranquilizáos; volved en vos... Mirad á Susana... la estáis matando... se muere...

Y le condujo al lado de la joven que, pálida y desfallecida, cruzadas las manos y fijos en Héctor los ojos, parecía implorar su perdón.

—¿Quién es esta adorable niña?—preguntó el príncipe con conmovido acento.

—Es mi hija, caballero—rugió el coronel—mi hija á quien insultáis.

—¡Padre mío!...—profirió Susana con voz apagada.

El príncipe, después de contemplar á de nuevo, dirigió una mirada á los que le rodeaban, como si se admirase de encontrarse en medio de aquellos extraños semblantes y en aquel lugar que le era desconocido.

—¿Cómo he venido aquí?—preguntó.—¿Quién me ha conducido?... ¿Con qué objeto me encuentro en esta casa? ¿Y por qué me dice este caballero que yo he insultado á esta joven?

—¿Olvidáis, pues—replicó el doctor que es vuestra prometida, que este contrato que acabáis de firmar es el de vuestro matrimonio?

—¿Mi prometida?... ¡Un contrato de matrimonio!...

Y los ojos de Héctor despidieron relámpagos.

—¡Ah! Al fin creo comprender... Sí; soy víctima de alguna maquinación infame. Sí, sí; tenían mi venganza y los miserables han aprovechado mi sueño, un desvanecimiento, un instante de fiebre, para transportarme aquí... para hacerme caer en un lazo... Vamos, hablad; ¿qué queréis de mí?

—Calma...—dijo el doctor insistiendo en obligarle á sentarse—calma, y todo se pondrá en claro, todo se explicará... ¡Príncipe!...

Y al decir esto, hizo una expresiva señal al coronel, que pareció comprenderle; Bordier cogió á su hija por el brazo y la llevó fuera de la sala.

Al ver esto, la mayoría de los concurrentes, comprendiendo que su presencia era allí ya, no solo innecesaria, sino molesta, imitaron el ejemplo del dueño de la casa.

Todos fueron á reunirse en diversos grupos á la sombra de los manzanos del jardín y solo quedaron al lado de Héctor y del doctor el señor de Brécourt, juez de paz, Duvalon, Ermelinda, el coronel, que no tardó en volver, y por último, Máximo, el único de los asistentes para quienes la identidad del príncipe estaba fuera de toda duda.

Cien veces, en efecto, había leído, al par que la bella Julieta, las cartas de Héctor; cien veces había visto la firma de Moria; firma extraña, trazada con gruesos caracteres, inclinada de derecha á izquierda, y que reconoció al primer golpe de vista.

Pero Máximo, para quien era evidente que el hombre que estaba allí y á quien momentos antes se preparaba á hacer detener como á un falsario, era el príncipe de Moria, se preguntaba qué concurso de circunstancias extrañas había podido

decidirle á ocultarse como un culpable, á despojarse de su nombre, de su rango, de su inmensa fortuna; á encarnarse, en fin, en la personalidad de un miserable buhonero.

Entre tanto, persuadido de que no tenía que combatir sino una exaltación febril, un delirio pasajero, el doctor, que había comenzado por halagar la manía del enfermo, llamándole príncipe, trataba de reducirle poco á poco á la tranquilidad y á la razón.

—Haced un esfuerzo sobre vos mismo—le decía—ayudadnos á coordinar vuestros recuerdos... Comencemos por esta joven... ¿Cercáis, Ermelinda, á reconocerla, ¿no es verdad?

—¿Quién es?

—Yo, Ermelinda, á quien salvásteis la vida.

—¿Yo os he salvado la vida?

—Sin duda... librándome de las astas de un toro furioso...

—Pero, ¿dónde, cuándo, en qué ocasión?

—Cuando me perseguía el animal que se había escapado. En aquel momento pasábais por el camino, cargado con un fardo de buhonero.

—¿Un fardo de buhonero?

—¿Que era vuestro oficio!

—¡Mi oficio! ¡Mi oficio! Buhonero yo, que tengo doce millones de fortuna, seis administraciones en la Guadalupe, plantaciones cuya inmensa extensión no conozco... ¿Todo esto no hace inverosímil un fardo de buhonero? ¿Qué os parece, señores?

Y Héctor miraba á los circunstantes con aire irónico y al anero, sin que dejase por esto de preocuparle la persistencia con que Máximo tenía los ojos clavados en él.

—¡Acabemos!—exclamó.—O yo he sufrido algunos ins antes de fiebre, que obs urecen á n mis recuerdos, ó todos vosotros no sois sino una cuadrilla de saltadores.

—Caballero—dijo gravemente el señor de Brécourt—estáis en presencia de gentes honradas que voy á nombraros, para que sepáis á quién habláis de esa suerte... Comenzaré por deciros que soy el conde de Brécourt, teniente coronel de la gendarmería; que está aquí el juez de paz del cantón, y que el honor le sabio que desde hace un instante trata de volver á su estado normal vuestra turbada razón, es el doctor Lécuyer, de Rouen..

—¡Lécuyer!—exclamó el príncipe, cuyo rostro se cubrió de lívida palidez.—¡El doctor Lécuyer!...

—¡Ah! ¡Ah! ¿Recordáis mi nombre?—dijo éste.

Lo recordaba, en efecto; pero no porque lo hubiese oído pronunciar mil veces, ni tampoco porque él mismo lo había repetido otras mil desde su llegada á la quinta, pues que todo cuanto había sucedido durante su locura acababa de borrarse completamente de su memoria, sino porque en este momento, como un rayo de luz, un recuerdo claro, limpio, preciso, invadía su cerebro: se acordaba de su llegada á casa de Mamita, su nodriza, y, palabra por palabra, de todo cuanto ella le había dicho.

Ahora bien: el nombre de Lécuyer era precisa-

mente el que había pronunciado la moribunda. La anciana había dicho: «Se llama Máximo Lé-cuyer.»

—¿Os llamáis... Lé-cuyer?—dijo avanzando un paso hacia el doctor.

Y le contempló con ansiedad; pero al ver sus canas, y adivinando su edad, añadió:

—¿Vos tenéis un hijo... un hijo... que se llama Máximo?... ¿Dónde está?... Quiero verle... quiero...

—Aquí estoy, caballero. ¿Qué me queréis?

Y Máximo se presentó delante del príncipe, con los brazos cruzados sobre el pecho, erguida la cabeza, provocativa la mirada y con la sonrisa en los labios... El joven repitió:

—Soy Máximo Lé-cuyer, que está pronto á contestaros.

Pero no había acabado de pronunciar estas palabras, cuando, rápida como el rayo, la mano del príncipe se agitó en el aire y cayó ruidosamente sobre la mejilla de Máximo.

Un grito unánime resonó en todos los ámbitos de la sala.

El coronel cogió á Máximo por un brazo, impidiéndole de este modo lanzarse sobre el príncipe.

La confusión llegó á su colmo.

Héctor, inyectados en sangre los ojos, quería precipitarse de nuevo sobre su adversario.

—¡Dejadme—gritaba Máximo—dejadme; necesito su vida!

—¡Ah, ah, ah! ¡Es él! ¡Es él! ¡Al fin comprendo dónde estoy!—dijo el príncipe desembarazándose de los que le sujetaban.—La presencia de ese miserable me lo explica todo... He caído en una emboscada... Sois unos infames... quizá asesinos. Pero no me impediréis dar buena cuenta de ese miserable...

Todos los esfuerzos se reunieron para evitar que se precipitase de nuevo sobre Máximo, que, por su parte, se revolvía entre los brazos del coronel, gritando:

—¡Como! ¿Permitiréis que me insulte ese hombre sin que yo pueda pagar como merecen esos insultos?... Necesito su sangre... quiero su vida...

Pero el doctor, cogiéndole las manos, le dijo:

—No te batirás; no puedes batirte con él.

—¿La razón, padre mío?

—Coronel—continuó el doctor, dirigiéndose á Bordier—responded; vos habéis sido soldado y sabéis lo que el honor exige: ¿os batiríais con un loco?

—¡Loco!—rugió el príncipe.—¡Local! Ahora comprendo: esta es la coronación de todas las infamias de que soy víctima; no me cogeréis vivo, os lo juro.

Y escapándose por segunda vez de entre las manos de los que le sujetaban, trató de precipitarse fuera de la sala.

Pero Pedro, previo mandato del coronel, acababa de entrar con dos robustos mozos, y á una señal del doctor, los tres se precipitaron sobre el príncipe y le derribaron en tierra.

—Cuerdas, pronto, y que le aten sólidamente!—exclamó el doctor.

Y añadió luego con voz triste:

—¡Desventurado! La felicidad le ha hecho perder la razón.

En los ojos de Máximo brilló entonces un relámpago de triunfo.

Así se produjo en el príncipe de Moria esta transformación extraña, sin precedente quizá; la de un hombre á quien se había considerado como perfectamente cuerdo cuando estaba loco, y á quien se trataba como á un loco cuando acababa de entrar en el goce completo de su razón.

XXV

Mientras que estos acontecimientos se desenvolvían en la granja de Chantepie, un hombre bastante bien vestido se presentaba á la puerta del despacho del alcalde de Arras, solicitando ser introducido á la presencia de la primera autoridad del pueblo.

—Podéis entrar—dijo el portero—el señor alcalde está junto á la ventana leyendo un periódico.

El hombre penetró en el despacho, dirigiéndose adonde se hallaba el magistrado y le tendió la mano, diciendo:

—Buenos días, señor alcalde; soy yo, que al fin vuelvo.

El pobre viejo, que veía mejor de lejos que de cerca, levantóse las antiparras á la altura de la frente, y miró al recién llegado con aire de sorpresa, en que se retrataba, no obstante, una curiosidad benévola.

—¿No me reconocéis?—continuó sonriendo el personaje—y sin embargo, vos mismo me inscribisteis al nacer en el Registro civil; vos extendisteis mi acta de matrimonio, y, por último, poco faltó para que el año pasado extendiéseis también mi partida de defunción...

—¡Jacobó Cointel!—exclamó el anciano alcalde.—El naufrago...

—En persona.

—¡Ah! Me alegro mucho de verte. Todos en el pueblo tuvimos un verdadero placer al saber que Dios te había protegido tan milagrosamente... Pero ya sospecho qué te trae por aquí.

—¿Lo sospecháis?

—Ciertamente; vienes á buscar tus papeles.

—Es verdad—dijo Cointel no poco sorprendido—pero ¿quién ha podido decirlo?...

—¿Que te volvías á casar?

—¡Cómo! ¿Sabíais también que pienso volverme á casar?...

—Sin duda; y hoy mismo iba á expedir los documentos; ya están despachados.

Cointel no volvió de su asombro.

—¿Y á dónde me los ibais á expedir?

—¡A Normandía, pardiez!

—¿A Normandía?

—Departamento del Eure, Ayuntamiento de Franclieu, á la granja de Chantepie, á casa del coronel Bordier, tu suegro.

—¡Bordier!... ¡Un coronel... suegro mío!

—Recibe mi enhorabuena. Entrar como simple administrador en una quinta, y al cabo de seis meses casarse con la hija del amo es lo que se llama hacer fortuna... Esto es una prueba más de lo mucho que vales, y por ello te felicito con todo mi corazón.

El anciano alcalde podía haber hallado aún mucho tiempo sin que Jacobo Cointel, sin salir de su sorpresa, hubiera pensado en ir a interrumpirle.

Sin embargo, después de un segundo de reflexión, irguió la cabeza, diciéndose:

—¡Pobre hombre, cómo ha envejecido desde que no le veo! Está muy claro; me conunde con otro.

Luego, alzando la voz,

—En todo esto no veo más que una falta, señor alcalde—dijo—y es que ni conozco al coronel que habláis, ni he sido administrador en ninguna aldea de Normandía, y que, en vez de llegar al departamento del Eure, vengo de la Guadalupe. Y si bien es cierto que pienso volver á casarme, como acabáis de decir, mi matrimonio guarda grandes analogías con el primero: me caso con una joven á quien amo, pero cuya dote consiste en veintiséis años y su hermesura. Sin embargo, señor alcalde, acepto vuestra enhorabuena con reconocimiento.

—¿Qué diablo dices?

—¡La pura verdad.

—Después del naufragio del *John Arthur*, ¿no te hiciste buhonero?

—Sí, á fé.

—¿No tuviste la suerte de salvar la vida á una joven?

—Yo?

—¡Sin duda! ¿Has perdido la memoria?

—¿Y quién os ha contado esas cosas?

—¡El padre, pardiez! Mi colega, el alcalde de Francieu; el padre de la joven á cuyas asustadas he hecho despachar los documentos. De aquí precisamente las dos cartas que me ha escrito.

Jacobo Cointel las tomó, y después de leerlas, se frotó los ojos como un hombre que no sabe si duerme ó si está despierto.

—¡Y bien!—replicó el magistrado cruzando los brazos y mirando á Cointel con aire de triunfo.

—Pues bien, señor alcalde; es preciso admitir que hay dos Jacobos Cointel; verdadero el uno y el otro falso.

—Y tú supones que el falso...

—Seguramente no soy yo... puesto que me habéis reconocido.

—Es cierto.

—Y os repito que acabo de llegar de la *Guadalupe*, y que jamás he ido al departamento del Eure.

—¡Diablo! Este es un asunto grave. Algún otro habrá tomado tu nombre.

—Y habrá utilizado en su provecho la simpatía que excitaban, sin duda, mis desgracias...

—Para introducirse en una casa...

—¡Y hacerse amar de la Lija!

—Es decididamente muy grave.

—Oid, señor alcalde; ¿vos no tenéis duda alguna respecto á mi identidad?

—Ninguna.

—¿Y podéis darme de esto una declaración auténtica?

—¡Certamente.

—¿Con todos los datos que conmigo se relacionan, con mis señas y con las correspondientes deposiciones de testigos?

—Todo legalizado en forma, con tu firma al lado de la mía y el sello de la alcaldía.

—Pues bien; váis á darme ese certificado y á entregarme á mí los documentos necesarios para realizar mi matrimonio.

—¿Y luego?

—Partiré en el tren de las diez, que sale esta noche para Rouen, y mañana por la tarde tendré el gusto de presentar en persona á mi homónimo los documentos que ha hecho expedir para su casamiento. Me costará cien escudos más; pero no importa. ¿Qué decís á esto?

—A fé mía, está muy bien pensado; y si de este modo contribuyes á la prisión de un falsario, tanto mejor.

Y diciendo esto, el alcalde llamó á su secretario, y aquella noche misma, al dar las diez, Jacobo Cointel partía para Rouen, y á la mañana siguiente tomaba billete para la estación más próxima á Francieu, desde donde se encaminó á pie á la granja de Chantepie.

El primer ser viviente que encontró al llegar á la quinta fué el excabador Pedro, que, sentado á la puerta, fumaba una pipa con aire distraído y melancólico.

—¿Qué queréis?—dijo con tono brusco á Cointel al ver que éste vacilaba entre aproximarse á él ó pasar adelante.

—¿Vive aquí el señor coronel Bordier?

—Aquí es.

—¿Y habita también en esta casa un hombre llamado Jacobo Cointel, que... según tengo entendido, va á casarse con su hija?

—¡Casarse!... ¡Casarse!... De eso precisamente se trata. ¿Pero para qué necesitáis al señor Jacobo?

—¡Oh! Para poca cosa... En primer lugar, para verle...

—No está visible.

—¿Por qué?

—Porque está enfermo.

—¡Oh! ¿Qué tiene el bueno de Jacobo Cointel?

—Tiene que... tiene... lo que no os importa. Os digo que no está visible, y esto debe bastaros.

—¿Y podría ser llevado á presencia del coronel?

—El coronel no está enfermo, y os recibirá, si lo tiene á bien.

—¿Dónde está el coronel?

—Allí, en el salón de la planta baja; desde aquí podéis ver la puerta, en lo alto de las gradas.

—¿Y puedo presentarme á él?

—Eso es cuenta suya; él os recibirá si os cerrará la puerta, según se encuentre de bueno ó de mal humor.

—Luego creéis...

—Yo creo—dijo entonces con rudeza el antiguo cabo—creo que me estáis haciendo hablar desde

hace más de un cuarto de hora, cuando me halló más dispuesto á retorceros el cuello que á contestar á vuestras preguntas pa adó continuad vuestro camino; pero basta de charla.

Y al decir esto, Pedro volvió la espalda á Jacobo Coitel y continuó fumando con creciente energía.

Jacobo tomó entonces el partido de atravesar la huerta y de llegar al dintel.

En este instante, el doctor sostenía una conversación animada con el coronel y Susana.

Hacia ya tres días que Lécuyer había agotado todos los recursos de que podía disponer para calmar al príncipe de Moria.

Figúrese el lector de qué arrebatos no se habría dejado llevar Héctor al saber que se hallaba frente á frente de Máximo, cuyo nombre le había revelado Mamita en su lecho de muerte.

A partir de este instante, habíase convocado plenamente de que todos cuantos le rodeaban conspiraban para perderle, que era víctima de algún lazo tendido por su mujer, de acuerdo con su amante, y que se habían tomado todas las medidas necesarias para burlar los esfuerzos que él hiciera para recobrar su libertad.

Así, pues, adoptó el partido de afectar la mayor tranquilidad, de demostrar una resignación de Job, y de aprovechar la primera ocasión propicia que se le ofreciera para escaparse.

Al día siguiente de aquel en que Moria había recobrado la razón, y en que, por consiguiente, se le había tomado por un loco, una joven de maravillosa belleza, y en cuyo dulce semblante se adivinaban las huellas de profundo dolor, entraba de repente en su habitación, y, cruzando las manos, le decía con voz que penetraba hasta el fondo de su corazón:

—Amigo mío, ¿no queréis reconocermos?

Héctor la contempló largo tiempo con una mezcla de admiración, de sorpresa y de ternura; pero guardó silencio.

Ella prosiguió refiriéndole toda su vida común en los seis meses que acaba an de transcurrir; confióle sus dolores, sus luctuosas esperanzas; ya se ponía roja como la amapola, ya una mortal palidez cubría su semblante; la joven atrevióse, en fin, á repetirle varias veces: «Te amo, Jacobo; te amo». Las más duras rocas habríanse fundido al calor de sus palabras.

Pero á través de la abierta ventana, Héctor veía á los operarios de la granja que guardaban las salidas todas, y comprendió que le era imposible evadirse; y á pesar de las palpitaciones de su corazón, á despecho de la fiebre que activaba el flujo de la sangre en sus venas, sin hacer caso de la joven que, suplicante, sollozaba á sus pies, permaneció con los brazos cruzados, fija la mirada en el suelo, inmóvil la lengua y crispados los labios.

Ella no consiguió sacarle de su tenaz mutismo; no obtuvo de él una mirada, ni una señal, y retirándose desesperada, resolvió no hacer en adelante tentativa alguna para verle.

En este instante un ligero ruido hirió sus oídos. Hacíanse los preparativos para trasladar á Jacobo Coitel al manicomio...

Al saber que aquel á quien ama á ella á ser arrebatado y sometido á un tratamiento desapiadado, Susana, recurriendo á sus postreras fuerzas, declaró que, no solamente se opona á esta horrible medida, sino que, pene rada des á deberes para con aquel que ya consideraba como su marido, estaba resuelta á no abandonarle nunca, á hacerse su esclava, su ángel tutelar, y á consagrar á una existencia que le era tan querida todo lo que Dios le conce fiese de vida, de fuerzas y de valor.

Pero no obstante las lágrimas y las súplicas de Susana, íbase á proceder á la traslación del loco, cuando de pronto la puerta se abrió, y un hombre, de pie en el dintel y con el sombrero en la mano, dijo con tímido acento:

—Perdonad; no habita aquí un hombre que se llama Jacobo Coitel?

—Jacobo Coitel...—repitió el doctor—sí, ciertamente; aquí está. ¿Para qué le necesitáis?

—Le traigo los documentos que ha hecho pedir á la alca día de Arras; pero tengo orden de entregárselos en propia mano. ¿Podría verle?

—Es que... ignorais, sin duda... Ante todo, ¿quién sois?

—Un emisario del señor alca le simplemente. ¿Hay algún inconveniente que me impida ver al señor Jacobo?

—¿Le conocéis?—preguntó vivamente Susana.

—¿A quién?... ¿A Coitel?... Le conozco como me conozco á mí mismo.

—En onces, padre mío, ¿por qué no ha de ver este hombre á nuestro pobre Jacobo?

—Susana tiene razón—añadió Lécuyer—no veo ningún inconveniente... al contrario... ¿Tenéis aquí esos documentos?

—Sí, señor; he los aquí.

Y sacó de su cartera los papeles de que se había hecho cargo.

—Caballero—dijo el doctor—vamos á llevaros á la presencia del que queréis ver; pero, ante todo, bueno es que os advertamos un doloroso detalle.

—¿Cuál?

—Que desde hace tres días está dando inequívocas muestras de enajenación mental.

—En efecto; he aquí una complicación que yo no esperaba.

—Por esta razón vacilábamos en permitirnos ver á ese desgraciado; pero ¿quién sabe, por otra parte, si esta visita inesperada, la visita de un antiguo conocido, las noticias que seguramente le traéis de su pueblo natal, los recuerdos que habéis de despertar en su memoria, no ejercerán una influencia benéfica en su parte moral. Venid, pues, caballero, y quiera Dios que logréis mejor éxito del que nosotros hasta ahora hemos alcanzado.

Un instante después, Susana, el coronel y el doctor, seguidos de Jacobo Coitel, penetraban en la estancia en que Héctor, con guardias de vista, se hallaba en cerrado.

Moria estaba sentado en los pies de su cama, cruzados los brazos sobre el pecho, reflexivo, pero tranquilo.

Al ver entrar á los visitantes se levantó, y dando un paso adelante, saludó con dignidad y calma.

—Mi querido Jacobo—le dijo dulcemente el doctor—os traemos á un emisario de Arras, encargado por el alcalde de aquel pueblo de entregaros los documentos necesarios para vuestro enlace.

—Está bien—respondió Héctor—veo que el complot formado contra mí continúa en el mismo estado... Presentadme, os lo ruego, al emisario de Arras.

El coronel y el doctor se apartaron á un lado, para dejar franco el paso á Jacobo Cointel.

Este avanzó un paso; y no bien hubo clavado sus ojos en el príncipe, lanzó una exclamación de sorpresa, y dijo:

—Pero, si no me engaño... sois vos, señor, aquél que... Sí, sí... Somos antiguos conocidos... ¿No os acordáis?

Héctor le miraba, y parecía, en efecto, llamar en su auxilio confusos recuerdos.

—Es verdad—dijo—no me sois desconocido... Aguardad; ya recuerdo... ¿No os he visto á bordo del *John Arthur*? Sí, con una mujer y una niña...

—Entonces debéis conocer mi nombre, y me sorprende...

—¿Vuestro nombre?... Aguardad... no... no me acuerdo.

—¿Cómo! No os acordáis que una noche... en un camino de la Beacia... me aproximé á vos?... Yo estaba agobiado por la fatiga... me caía de inanición...

—Una noche... cerca de un camino!... Me parece, en efecto... Sí, os veo como á través de una nube.

—Hablamos por espacio de muchas horas... Es verdad que teníais un aspecto extraño... y que me decíais cosas que no dejaban de admirarme... Yo os refería mis desventuras, mi dolor; os decía cómo había perdido á mi esposa, á mi hija...

—¡Ah! Sí, ahora recuerdo; una llanura... la luna nos iluminaba con sus rayos... un arroyo que murmuraba á mis pies; un fardo de buh nero... á mi lado... ¡Me acuerdo, sí, me acuerdo! Vuestro nombre, ¿cuál es vuestro nombre?

—Perdonad, señor; el vuestro primero, porque pretenden...

—¿Yo? Me llamo el príncipe de Moria.

—Vamos bien!—exclamó el coronel, á quien este diálogo había hecho concebir alguna esperanza.—¡Príncipe de Moria! ¡Hienos aquí de nuevo en el punto de partida!

—¿Qué decís?—preguntó Cointel.

—Ya os hemos advertido de antemano que su manía consiste en hacerse pasar por un príncipe, en decir que tiene millones y que desciende de una ilustre familia napolitana...

—Comprendo—dijo con ironía Héctor—que esto desconcierta vuestros honrados cálculos; pero...

—Perdonad—intervino Jacobo Cointel—si no me engaño, tenéis por loco á este caballero.

—¡Ay de mí!—exclamó Susana.

—¿Y le tenéis por tal porque pretende llamarse príncipe de Moria?

—Y porque, en realidad, se llamaba Jacobo Cointel—repuso el señor Bordier—Jacobo Cointel, buhonero; Jacobo Cointel, á quien yo he recogido, á quien he conservado la vida, en cambio de la vida de mi hijo, que acababa de salvar; Jacobo Cointel, en fin, á quien he hecho mi administrador; á quien iba á dar el título de yerno cuando...

—¿Y en qué os fundáis, caballero, para darle el nombre de Jacobo Cointel?

—En primer lugar, en sus propias declaraciones, en los documentos hallados en su equipaje, en mi correspondencia con el alcalde de Arras...

—¿Y en nada más?

—No es bastante?

—No; porque á todo lo que acabáis de decir no tengo que contestar más que una sola cosa.

—¿Cuál?

—¡¿Cuál?—preguntó el doctor con visible vivacidad.

—La siguiente: ignoro en absoluto el nombre de este caballero; pero lo que sí puedo asegurarse es que no se llama Jacobo Cointel.

—¿Y por qué?—dijo Bordier.

—Porque Jacobo Cointel soy yo.

—¿Vos...?

—¡Yo mismo!

El doctor se dejó caer en una silla, y el coronel se quedó estupefacto, mientras que Susana, lanzando un agudo grito, había caído de rodillas á los pies de Héctor.

Bordier, volviendo en sí y dirigiéndose á Jacobo, —¿Podéis probar lo que decís?—dijo.

—Perdamente: antes de salir de Arras me he provisto de todas cuantas pruebas podían identificar mi persona... Helas aquí...

El coronel las tomó temblando, y miró á Héctor, que, sonriendo, estrechaba con dulzura la mano de Susana, prostrada á sus pies.

—¡Ah, caballero!—decía Jacobo, que se había apoderado de la otra mano del príncipe—ignoro por qué razón os habéis dignado tomar durante algún tiempo el humilde nombre que llevo... vos que habéis sido mi bienhechor, que me habéis salvado de la miseria, del hambre y de la desesperación... Decís que sois príncipe... ¡Ah! No me cuesta trabajo creerlo, puesto que como un príncipe os habéis conducido conmigo. ¿Puedo acaso olvidar que, aprovechando los cortos instantes en que la debilidad y el cansancio me habían hecho perder el conocimiento, cambiásteis generosamente vuestro cinturón lleno de oro, por mi pobre fardo, que no valía cien escudos?

—Si no he oído mal—dijo el doctor con voz poco segura—en ese encuentro de que habláis... escuchásteis de boca de este caballero palabras extrañas y que os llamaron la atención.

—Sí, sí, muy extrañas; pero sus miradas eran más singulares aún.

—¿Y vos recordáis que perdisteis el conocimiento?

—De sancio y de hambre. Sí, señor.

—Y entre tanto este hombre, á quien llamáis vuestro bienhechor, desapareció con vuestro fardo...

—Sí; pero, os lo repito, me dejó su valor multiplicado.

—Bien; pero partió con el fardo de buhonero...

—Y mi bastón, caballero; mi bastón ferrado... Pero... aguardad...

—¿Qué?

—Ahora recuerdo... Sí, cuando recibí el conocimiento, una voz que se alejaba hirió mis oídos, y of distintamente es as palabras: «¡Muertas! ¡Muertas!... ¡Pobre Jacobo Cointel!...»

—¡Ah! ¡Miserable ignorante! ¡Mil veces ignora te y ciego!—exclamó Lécuyer, golpeándose la frente.—¡Y yo nada he visto, nada he comprendido!...

—¡Caballero!—continuó Cointel dirigiéndose al príncipe—habéis hecho más que salvarme la vida; me habéis devuelto el valor, la esperanza... He comprendido que Dios no quería que yo me abandonase, puesto que él mismo no me abandonaba, y animado con aquel principio de fortuna, emprendí de nuevo el camino de un puerto de mar, resuelto á tentar segunda vez la suerte... He tenido buen éxito, y hoy puedo devolveros el excedente de lo que valía mi pobre pecotilla, pero lo que nunca podr pagaros es la dicha que me habéis proporcionado.

Héctor le estrechó afectuosamente la mano, y le dijo:

—Acabáis de hacerme un servicio mucho mayor que el que yo os he prestado... Sin vuestra presencia aquí, yo estaba perdido, y las infames manos que me sujetan...

—Caballero—dijo con grave tono el doctor Lécuyer—aquí no hay más que un culpable, y ese culpable soy yo.

—¡Vos!

—Sí, yo que reconozco, que confieso con humildad, con dolor profundo, mi culpable error. Pero antes de acusar á los que vos miráis como mis cómplices, pensad bien las preguntas y las respuestas que vais á oír. Escuchadme, Jacobo Cointel, y contestad: ¿Cuánto tiempo hace que sucedió lo que acabáis de relatar?

—Un año próximamente...

—¿Cis, caballero?—continuó el doctor, dirigiéndose á Héctor—un año. Ahora bien: ¿podéis decir lo que habéis hecho durante ese año?

—¿Yo? Durante...

—Durante un año. ¿Podéis decir qué cambios han tenido lugar en vos y fuera de vos? ¿Podéis decir cuáles han sido, durante ese tiempo, vuestras alegrías, vuestras emociones, vuestros sufrimientos?

Héctor inclinó la cabeza, y pareció reflexionar.

—No os atrevéis á contestar... comprendéis que existe un vacío en vuestra memoria, y que entre

el instante en que encontrásteis á este hombre y aquel en que nos acusábais de haberos tendido un lazo y de querer haceros firmar por la fuerza un acta de casamiento, ha transcurrido un lapso de tiempo considerable, y vos no podéis explicaros el empleo que de él habéis hecho.

—¡La verdad... es verdad!

—Y durante ese tiempo—murmuró Susana—llegásteis á esta casa; aquí os dimos hospitalidad y os hemos amado, sí, y os amamos aún... siempre... siempre...

La joven no pudo decir más. La voz expiró en su garganta.

Héctor la miró confuso y asombrado; ayudóla á levantarse, y después de contemplarla largo tiempo en silencio, lanzó un grito desgarrador, y estrechándola contra su pecho, exclamó:

—¡Basta, basta! Ahora comprendo... ahora adivino... No me explicaba el estremecimiento de todo mi ser á la vista de esta adorable criatura... Ignoraba que mi corazón es más fiel que mi memoria... Pero ahora, ¡oh! perdóname, perdóname... Sí, durante ese año, que sólo de a una sombra en mis recuerdos... sí... eso es... lo adivino... te he visto... te he admirado... te he amado... Sí, debe ser verdad... ¡y la prueba es que te amo, te amo aún!...

Al pronunciar estas palabras calló de nuevo, y levantándose bruscamente, se alejó de ella como aterrado. Su memoria acababa, á su vez, de imponer silencio á su corazón.

¿Con qué derecho hablaba él de amor á una joven; él, el marido de Juliea?

En este momento la puerta se abrió suavemente, y Máximo, que había tenido conocimiento de la llegada de un personaje desconocido á quien se acababa de conducir á la presencia del príncipe de Moria, se presentó con aire tranquilo y burlesco, deseoso de saber cuál podía ser el objeto de la conferencia.

Al verle Héctor sintió un estremecimiento nervioso, que reprimió al punto.

Y dirigiéndose al coronel.

—Creo saber—le dijo—que habéis manejado la espada á vos, pues, es á quien me dirijo.

—¡Ablad, caballero.

—Yo he pegado en el rostro al hombre que veis aquí.

Y señala' a con el dedo á Máximo, admirado de la actitud de las personas allí presentes y de la calma con que estas palabras acababan de cambiarse.

—¿Y bien?—replicó el coronel.

—Recuerdo igualmente que, después de esto, vos impedisteis que las cosas siguiesen su curso natural, pretextando que yo había perdido la razón y que no era posible batirse con un loco.

—Es cierto, caballero.

—Y hoy, ¿qué pensáis de todo ello?

El coronel, dirigiéndose á Máximo, le dijo con tono seco:

—Todos los presentes, mi querido Máximo, juzgan que podéis aceptar la reparación que os ofrece el príncipe de Moria.

Máximo comprendió que algún acontecimiento extraordinario había vuelto las cosas á su verdadero lugar, y que desde aquel instante tenía que habérselas con personas que, sin conocer las causas del ultraje, le tenían en cierto modo por legítimo.

Miró primero á su padre, que, con los ojos clavados en el suelo, parecía querer permanecer neutral; luego al coronel, que, seducido sin duda por las maneras finas y delicadas de aquel á quien ahora llamaba el príncipe de Moria, parecía ponerse resueltamente de su parte, y por último, á Susana, que había palidecido al oír la palabra reparación, pero que miraba á su vez á Héctor con una expresión extraña, mezcla de amor y de inquietud...

Máximo, pues, que había resuelto vengarse con una sola palabra; que habia decidido, antes de empuñar la espada, asestar á Moria una puñalada cruel, sonrió, inclinóse con refinada gracia, y respondió:

—Celebro tanto más esta resolución, cuanto que, si acabo Cointel no dió reparacion alguna, el señor de Moria y yo nos debemos recíprocamente una muy seria. Tan justo es que yo ve que mi ofensa, como justo es que él quiera vengar en mi persona, su honor de...

—¡Miserable! Ni una palabra más—exclamó el príncipe.

—¡Pues qué!—repuso Máximo—, tendríais quizá interés en ocultar á nuestros amigos que estáis... caído?

—¡Casado!—repitió una voz moribunda.

—¡Y padre!—añadió el malvado.

Susana cayó como una espiga cortada por la cuchilla del segador.

XXVI

Volvamos á la bella princesa de Moria

El día en que Máximo habia salido de su casa diciéndole: «No os digo ni adiós, ni hasta luego; reflexionaré», aquel día, sonriéndose y encogiéndose de hombros con refinada coquetería, habia murmurado:

—¡ah! No puede vivir sin mí.

Pero cuando á la mañana siguiente habia recibido el billete de Máximo, en el que sólo se leía la palabra «Adiós», una contracción dolorosa oprimió su corazón, y su primer pensamiento fué correr á casa de su amante, llegar hasta él, y obtener su perdón á fuerza de lágrimas y caricias.

Pero bien pronto el orgullo dominó al amor, y Julieta se prometió no contestar á ese insultante desafío sino con un desdenoso silencio.

Hay siempre en el fondo de los amores culpables una gran dosis de egoísmo, y el egoísmo es por naturaleza calculador.

La princesa calculó, pues, que Máximo, con sus hábitos de pereza y disipación, no podría permanecer mucho tiempo lejos de ella, y que fatalmente habia de llegar un día en que volviera humilde y sumiso.

Esta idea la hizo sonreír.

Julieta entonces tendría un esclavo en su amante, y á los deleites de la pasión uniría la suprema voluptuosidad del orgullo satisfecho.

Así ama el vicio cuando ama.

Sin embargo, pasaban los días, transcurrían las semanas, y Máximo no daba más noticias de su persona que si estuviera muerto.

Es que, por su parte, el joven abogado seguía la misma política, se servía de la mismas armas que Julieta, y, no obstante las decepciones que en Chateaubriand habia sufrido, queria jugar el todo por el todo, y no presentarse delante de Julieta sino cuando hubiera sido llamado por ella, esto es, como vencedor, pudiendo entonces dictar sus condiciones de paz.

Esta lucha, pues, entre los dos amantes, no fué de dos coraones sinceramente apasionados, sino de dos orgullistas.

El más débil de los dos era el que debía sucumbir: el más corrompido el que debía vencer.

Julieta apeló á cuantos medios tenía á su alcance para permanecer invencible.

Tenía á su disposición los aturdimientos del lujo, las embriagueces de una existencia á la cual nada faltaba, ni el prestigio de un nombre ilustre, ni el brillo de la fortuna, ni el deslumbrador encanto de poderosa belleza; era libre, recibía todos los homenajes, amontonaba en torno suyo todas las distracciones que podían atarrear su pensamiento, adormecer un poco sus sentidos, y, finalmente, no obstante todo esto, un día se sintió más triste, más sola, más desesperada que nunca.

Un nuevo aguijón torturaba su corazón; desde hacia algunos días, una idea fija habia penetrado en su mente como una flecha emponzoñada, despertando toda su antigua pasión por Máximo.

Julieta se habia dicho: «Tal vez algún otro amor le encadena; otra mujer quizá le sujeta los ojos de mí...»

¡Otra mujer! ¡El amaba á otra!

Este pensamiento exaltaba de nuevo su orgullo y su vanidad.

La princesa de Moria habia soñado en el triunfo y estaba vencida.

Existía, pues, en el mundo una mujer que valía más que ella: Máximo, cuyo materialismo brutal conocía, habia encontrado una belleza más perfecta que la suya... Sí, es eso; Julieta lo habia adivinado todo; es despreciada por Máximo, como se desprecian los restos de un testigo.

Este pensamiento, decíamos, le produjo violentas convulsiones de desesperación y de rabia, y deseos desenfrenados de venganza.

Su primera idea fué la de descubrir á su rival.

Pero, ¿y Máximo? ¿Dónde descubrirlo?... ¿Dónde buscarle?...

Una fina sonrisa entreabrió los labios de la joven.

Conocía la habitación que aquel ocupaba en la Chaussée d'Antin, y el ayuda de cámara era algo adicto á él... y mucho á ella.

Allí fué, pues, á buscarle.

Un instante después penetraba en el despacho de Máximo.

Su pupitre estaba lleno de papeles.

Julietta los examinó todos uno tras de otro, sin hallar en un principio ninguno que pudiera interesarle; pero de repente vió una carta, sacóla del sobre, desdoblóla y miró la firma.

—¡Écuyer!... Es de su padre...

Iba á dejarla, cuando de pronto lanzó un grito de furor.

—¡Ahora lo comprendo todo! ¡Está allí, en la granja de Chantepie! ¡Va á casarse!... ¡Quizá lo ha hecho ya!... ¡Casarse!... ¡Eh!... ¡Bautista!...

—¿Señora?

—Tienes cien luises si llevo á Chantepie sin que él lo sepa... Esto es, que el menor aviso que tuvieras la audacia de enviarle, te costaría caro. ¿Me comprendes?

—Perfectamente.

—¿Le advertirás?

—Me guardaré muy bien de hacerlo, señora.

—Entonces está resuelto; no me has visto; todo lo ignoras.

—Absolutamente.

—Toma esto á cuenta de tus servicios.

Julietta le arrojó un portamonedas lleno de oro y se dirigió á la puerta, pero antes de salir se volvió de nuevo para decirle:

—A mi vuelta te entregaré el doble.

—La señora puede contar con mi silencio.

—Está bien.

Y desapareció.

Al día siguiente partía en el primer tren, y echaba pie á tierra en la estación de Pont-Audemer, donde adquirió noticias de la granja de Chantepie, que estaba á distancia de cinco leguas.

Necesitaba un carruaje; indicaronle el alquilador, y algunos minutos más tarde salía con dirección á la quinta.

¿Cuál era su objeto?

Ella misma no habría podido fijarlo.

Solo pensaba en que su aparición sería un rayo que destruiría, arruinaría dos dichas, dos existencias: esto la bastaba.

Julietta comprendía que éste no era un medio hábil de hacer volver á su lado al inconstante; pero ella no aspiraba más que á vengarse.

Perdersé á sí misma la importaba muy poco; impedir esta unión; dar á conocer sus infames amores con Máximo; revelar cuál había sido su existencia cuando se hallaba á su lado; he aquí lo que deseaba en primer término; luego, tiempo tenía de reflexionar; por otra parte, la joven no veía el más allá, no quería verlo.

Sus sentidos, devorados por la fiebre, sobrecitados por la cólera, le hacían cerrar los oídos á los consejos todos de la razón.

Acaban de llegar á un punto del camino en que éste se hallaba cortado por un sendero transversal.

—Si la señora tiene mucha prisa en llegar—dijo el rústico automedonte—he aquí un sendero que puede recorrerse en una hora.

—Pues bien; guiad.

—¡Ah! Es que los carruajes no pueden pasar por él...; pero á pie, y andando á buen paso, llegaréis á la granja mucho antes que el carruaje.

—¿En cuánto tiempo podría llegar?

—En tres cuartos de hora, próximamente.

—¿Y me aseguráis que llegaré mas pronto?

—¡Diantre! Si no teméis por vuestros pies...

Julietta, sonriéndose, se encogió de hombros; era hija del pueblo y no temía el cansancio.

Es verdad que desde el día anterior un dolor extraño la oprimía el corazón y hacía su respiración difícil; pero esto era motivo más para que ella procurase hacer ejercicios violentos: parecía, sin duda, que andando podría librarse de aquel dolor.

De suerte que con aquella resolución brusca de que se revestía en casos supremos, saltó del carriolet que la conducía, y poniendo en la mano del cochero una moneda de oro,

—Tomad—le dijo—con esto os pago de adelantado; id á esperarme al primer recodo del camino de Chantepie. Tal vez volvamos esta noche misma á Pont-Audemer. Ahora siento necesidad de andar.

El carruaje continuó al paso.

La princesa, ya sola, apoyóse primero en un árbol, haciendo un esfuerzo para respirar, y moderando con ambas manos los latidos de su corazón.

—¡Vamos!—exclamó.

Y comenzó á caminar con paso resuelto. Por otra parte, no la disgustaba llegar á pie, y entrar en la granja como una persona que se hubiese extraviado y que demandara un instante de reposo... La casualidad haría lo demás.

La pendiente era abrupta, accidentada y casi intrasitable.

Julietta, jadeante, presa de una sofocación dolorosa, con mil trabajos, pudo ganar las faldas de la colina; y comprendiendo que sus fuerzas no respondían á su impaciencia, comenzó á arrepentirse de haber adoptado resolución tan poco meditada.

Ya en la cima, vió un pequeño bosque, y sintiéndose en extremo fatigada, pensó en reposar algunos instantes á la sombra de los árboles.

Llegó hasta el bosque no sin cierta dificultad, y allí se dejó caer al pie de un árbol de ancha copa, cuyas ramas, entrelazadas con las de los demás árboles que lo rodeaban, la protegerían con su sombra.

Así permaneció algunos minutos palpitante, extenuada; pero aquella naturaleza indomable no habría tardado en reanimarse, y Julietta habría continuado su camino, si un ruido extraño no hubiese atraído de repente su atención.

A una distancia que ella no podía calcular, pero si seguramente dentro del bosque, acababa de oír murmullo de voces, luego el ruido que forman las hojas secas al ser holladas, súbitamente seguido del más profundo silencio, que un instante después le permitió escuchar el choque de dos espadas.

Julietta permaneció en pie inmóvil, inclinada la cabeza hacia adelante, queriendo alejarse, y sintiendo que sus pies estaban como clavados en el suelo por un poder superior á su voluntad.

El ruido se hacía más distinto; luego se perdía, y según que la brisa corría ó no en dirección al sitio en que ella se encontraba, así percibía con más ó menos claridad este diálogo entre dos espaldas.

Julietta asistía, invisible á un duelo invisible también.

Allí, entre las breñas del bosque, dos hombres, frente á frente el uno del otro, trataban de matarse.

—Bah!—se dijo—¿Acaso conozco yo á esos hombres? Y aunque los conociera, ¿hay alguno cuya vida me sea aún?...

No pudo acatar: el nombre de Máximo asomó á sus labios y un velo ensangrentado se extendió por delante de sus ojos.

Y el choque de los aceros resonaba siempre...

Julietta habría querido gritar; pero su voz no podía franquear su garganta paralizada; eperimentaba lo que con frecuencia se experimenta en sueños; sufría la angustia de la inmovilidad; luchaba contra su impotencia y la imposibilidad de obrar.

Sólo el oído obedecía á su voluntad: habríase dicho, en fin, que una divinidad fatal la había tocado con su helada mano.

De repente, un grito de dolor resonó en todos los ámbitos del bosque; un murmullo confuso hirió sus oídos, y luego nada: todo quedó sepultado en el más profundo silencio.

Este grito la había hecho estremecerse.

Vació: un terror súbito se apoderó de ella, y cayó sin fuerzas sobre el césped en que antes había estado sentada.

Un espasmo nervioso agitaba todos sus miembros; la joven comprendía que todo había concluido al otro lado del bosque, y que un alma acababa de escaparse á través de una ancha herida.

Julietta seguía diciéndose que los combatientes le eran seguramente desconocidos; que ningún lazo le unía á aquel que, sin duda, acababa de recibir tan funesta muerte. Se decía todo esto... y, sin embargo, su cuerpo temblaba como si hubiese recibido la herida.

La muerte que se cernía entre las sombras del bosque parecía haberla tocado, al pasar, con sus funestas alas.

La princesa fué sacada de su casi desvanecimiento por el ruido que producían las breñas al separarse.

Al mismo tiempo sintió pasos que se detenían á intervalos, para continuar un instante después con monótona regularidad.

Entonces se irguió; un vago presentimiento la decía que un espectáculo horrible se acercaba á ella.

De repente, á diez pasos del sitio en que se encontraba, en un estrecho sendero que iba á perderse entre las sombras del bosque, aparecieron

dos hombres, dos oficiales del ejército, vestidos de uniforme.

Marchaban lentamente y con la cabeza descubierta.

Señala detrás una camilla llevada por cuatro aldeanos y acompañada por un anciano, en cuyas pálidas facciones se retrataba el más profundo dolor.

Al tomar el recodo del sendero, la camilla apareció frente á los ojos de Julieta.

La princesa se irguió de nuevo como movida por un resorte, y sus ojos se abrieron desmesuradamente. Sin lanzar un solo grito, sin estremecerse siquiera, la joven salió al encuentro del fúnebre cortejo.

En la camilla iba extendido un cadáver, cubierto el cuerpo por fina camisa abierta por el pecho.

Una pequeña mancha roja se destacaba de la blanca tela en la parte izquierda.

Los brazos caían fuera de la camilla y rozaban el césped, mezclado acá y acullá con hojas ya amarillentas.

Cuando llegó al lado del cadáver, Julieta hizo un gesto y el cortejo hizo alto.

Su dolor era tan elocuente; retratábase tal imperio en su mirada, que los siete que acompañaban al cadáver comprendieron que el muerto interesaba á aquella mujer, y que convenia detenerse y conceder algunos minutos á desesperación tan muda.

Julietta se arrodilló, siempre silenciosa, al lado del cuerpo, acarició con sus manos delicadas aquel livido semblante; cogió uno de sus brazos, que al momento dejó caer con espanto, y levantóle bruscamente los párpados.

Entonces se convenció de que todo había concluido, y como una loca, extraviada la mirada, se arrojó sobre el cadáver, estrechándolo contra su pecho y cubriéndole de besos.

El señor de Brécourt, uno de los testigos, quiso separarla del cadáver; pero ella resistió como una fiera que hace frente á los perros; desasióse de entre los brazos del teniente coronel de la gendarmería y agitó con movimientos insensatos su hermosa cabeza, cuyas sueltas trenzas caían sobre sus espaldas.

Al fin pudo hablar.

—¡No, no!...—exclamó estrechando entre sus brazos con más fuerza el cuerpo inanimado.—¡No, no me separaré hasta que sepa el nombre del asesino!... ¿Dónde está? ¿Dónde está el miserable que ha matado á Máximo? ¡Quiero verle!... ¡Que venga aquí!... ¿Tiene acaso miedo? ¿Dónde está?

—Levantad los ojos, señora; está en vuestra presencia.

Estas palabras fueron proferidas por una voz grave, lenta, reposada.

Julietta volvió la cabeza para mirar al que acababa de hablar de esta suerte.

Estaba allí, pálido y ensangrentado.

Una estocada que había recibido en el duelo le había atravesado el pecho, y la sangre había en-

rojecido también la blanca camisa que cubría su cuerpo: una espada brillaba aún en su diestra.

Sus ojos se clavaron en Julieta.

Ella se levantó lentamente, como una muerta galvanizada.

—¡Vível... ¡vível... ¡vível...

La joven lanzó un grito estridente, terrible; lle-óse ambas manos al corazón, y cayó pesadamente sobre la hierba, como un árbol cortado por el pie.

El doctor Lécuyer acudió en su ayuda é inclinóse para levantar en sus brazos aquella linda cabeza.

Una ligera espuma brotaba de sus labios y una lívida palidez se extendía por su semblante.

—Su corazón se ha partido... —dijo— está muerta.

—Dios impone castigos que son misericordias --murmuró el príncipe, al mismo tiempo que estrechaba en silencio la mano trémula del coronel Bordier.

.....

Seis meses después de estos acontecimientos, un elegante carruaje á la Daumont—era entonces la moda más refinada—en que iban un hombre, una mujer y una niña, atraía la atención de los que, aprovechando uno de los primeros y más hermosos días de primavera, habían ido á respirar el aire puro del bosque de Bolonia.

El hombre contaba treinta años próximamente; era hermoso, pero de una hermosura melancólica y de rara distinción.

La joven era encantadora, radiante, y sus facciones, de divina perfección, atraían todas las miradas.

Inclinados suavemente el uno hacia el otro, se hablaban en voz baja y sonreían.

A veces la mano blanca y delicada de la joven acariciaba la rubia y abundante cabellera de la

niña, que, dirigiéndole una encantadora sonrisa, se arrojaba en sus brazos.

—¡Singular balanza la de la fortuna!—decía uno de los jóvenes que seguían el carruaje, galopando por uno de los paseos del bosque—el año pasado la princesa Julieta vivía alegre y siempre risueña, y al príncipe se le creía muerto...

—¿Y bien?—murmuró el compañero á quien se dirigía.

—Este año todo ha cambiado: el príncipe vive y la princesa ha muerto.

—Y esa mujer, ¿quién es?

—La segunda esposa del príncipe de Moria.

—¿Y cómo murió la primera?

—No se sabe.

—¿Por qué ha permanecido tan poco tiempo viudo?

—Se ignora.

—Pero ¿qué era del príncipe mientras se le creyó muerto?

—Es un misterio para todo el mundo.

—Aquí debe haber alguna historia extraña.

—De la cual nadie conoce ni una sola palabra.

Nadie, en efecto, podía estar iniciado en los particulares de esta historia: el príncipe mismo no recordaba ninguna de las evoluciones sufridas por su espíritu enfermo, ninguno de los hechos en que había intervenido durante aquel doloroso período.

El hombre que había recibido sus confidencias íntimas y las de los principales personajes de este drama, el doctor Lécuyer, era el único que podía reconstruir todas sus peripecias, y, gracias á su profesión de alienista, llenar sus claros, merced á una prudente y sabia apreciación de las diversas fases que había debido atravesar la obscurecida razón de Héctor.

Teniendo, pues, á la vista las notas por él trazadas, y que se nos han comunicado después de la muerte del buen doctor, hemos escrito las siguientes aventuras del príncipe de Moria.

FIN DE LA NOVELA



NUESTRO FOLLETIN

Cuando brillaba con esplendores muy distintos de los de hoy la novela francesa y se planteaba de nuevo en la nación vecina la solución de los grandes problemas sociales iniciados en 1789, vió la luz pública una de las obras que de mayor popularidad han gozado en el presente siglo.

Nos referimos á la admirable novela de Eugenio Sué

LOS MISTERIOS DE PARIS

que va á reproducir EL LIBERAL.

Entre las varias producciones de verdadera importancia que hubiéramos podido elegir, hemos preferido la de Eugenio Sué, á que nos referimos, por creer que con tal determinación prestamos un señaladísimo servicio á nuestros habituales lectores.

La novela que anunciamos constituye un drama gigantesco, lleno de figuras soberbiamente pintadas; un drama conmovedor, en el cual el arte de contar excita siempre la curiosidad, la suspende y la satisface al fin, siendo constante el atractivo del interés, que no es, por cierto, el único mérito de tan sorprendente obra.

Publicó Eugenio Sué

LOS MISTERIOS DE PARIS

en 1842 en el folletín del *Journal des Debats*, que era esperado todas las tardes con una impaciencia solo comparable á la avidez con que era leído.)

La boga del libro fué inmensa, tanto en los salones como en los talleres, y á esta circunstancia se debe el número fabuloso de sus ediciones y la rapidez con que fué traducido á todos los idiomas europeos.

En los momentos actuales, cuando la nueva generación no tiene con frecuencia á mano la hermosa producción de Sué, á que aludimos, consideramos oportuna la publicación de tan brillante novela, que bien puede ser puesta al lado de las mejores de Alejandro Dumas, no sólo por la novedad de la intriga, sino también por lo dramático y maravilloso de la acción, por la riqueza de los incidentes y por la potencia imaginativa que en toda la obra resplandece.

Bien pronto se convencerán nuestros lectores de la verdad que estos elogios encierran.